Raúl Mandrini

La Argentina aborigen

De los primeros pobladores a 1910

biblioteca básica de historia





Raúl J. Mandrini

La Argentina aborigen

De los primeros pobladores a 1910





biblioteca básica
de historia

Dirigida por Luis Alberto Romero



siglo veintiuno editores argentina s.a.
Tucumán 1621 7° N (C1050AAG), Buenos Aires, Argentina

siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.
Cerro del agua 248, Delegación Coyoacán (04310), D.F., México

siglo veintiuno de españa editores, s.a.
c/Menéndez Pidal, 3 BIS (28006) Madrid, España

Raúl J. Mandrini
La Argentina aborigen - 1a ed. - Buenos Aires : Siglo XXI Editores Argentina, 2008. // 288 p. ; 21x14 cm. (Biblioteca Básica de Historia, dirigida por Luis Alberto Romero)

ISBN 978-987-629-027-2

1. Pueblos Aborigenes Argentinos. I. Título

CDD 305.8

Edición al cuidado de Yamila Sevilla y Valeria Añón

Diseño de colección: tholön kunst

ISBN 978-987-629-027-2

Impreso en Grafinor / / Lamadrid 1576, Villa Ballester,
en el mes de octubre de 2008

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina // Made in Argentina

Índice

Introducción

Hace algunos años, no muchos, en un congreso reunido en un hermoso y pequeño pueblo de la Patagonia andina, una de las investigadoras invitadas –historiadora, especialista en patrimonio y, en ese momento, funcionaria nacional– comenzó su conferencia inaugural destacando la importancia de la historia patagónica, a pesar de que se trataba de "una historia tan reciente". Para ella, así lo señaló, la historia de Patagonia comenzó hace algo más de un siglo, cuando los primeros colonos galeses se asentaron en la región.

Cuando terminó su exposición, los rostros de algunos jóvenes historiadores locales se veían bastante enojados. Alguien en el público la corrigió: la historia patagónica comenzó bastante antes, hace al menos unos 13 000 años, cuando los primeros hombres llegaron a la región. Esos hombres eran los ancestros lejanos de nuestros pueblos originarios aunque, al parecer, para nuestra conferencista, esos pueblos estaban "fuera de la historia". Su afirmación, sin embargo, no era original; como muchas otras, forma parte de un conjunto de lugares comunes frecuentemente repetidos sobre el pasado de las sociedades aborígenes. Tales lugares comunes se reiteran desde hace mucho tiempo, aunque las investigaciones realizadas desde hace varias décadas los contradigan. Este libro se propone mostrar, a través de un acercamiento al pasado indígena, la falsedad de tales afirmaciones.

En efecto, normalmente se piensa que el pasado de los pueblos originarios es corto y que su presencia en el continente es reciente; que esas poblaciones son relativamente homogéneas –"cuando se ha visto a un indio se los ha visto a todos", proclamaban los hermanos Ulloa en el siglo XVIII–; que se trata de sociedades estáticas, sin cambios apreciables a lo largo del tiempo y, por lo tanto, "sin historia"; que excepto algunos casos especiales, como mayas, incas o aztecas, eran pueblos con una organización económica, social y política muy simple y con una tecnología primitiva. En síntesis, poca antigüedad, homogeneidad cultural y racial, falta de cambios, primitivismo, son habitualmente asociados a los pue-

blos originarios. El acercamiento a su historia nos va a mostrar lo contrario: una antigüedad que se remonta a los momentos finales de la última Edad del Hielo, gran diversidad y heterogeneidad, profundos cambios a lo largo del tiempo, complejidad social y cultural.

Aclaremos desde el comienzo que el libro que presentamos es una obra de historia; quiere brindar al lector la visión de un historiador sobre el pasado de los pueblos originarios que, desde hace milenios, viven en el sur del continente americano, en el territorio que hoy pertenece a la Argentina. Esta afirmación inicial requiere algunas observaciones.

Ante todo, no es común en la Argentina que un historiador escriba sobre los pueblos originarios, especialmente sobre el período anterior a la invasión europea al continente americano durante las primeras décadas del siglo XVI. En general, sea por razones ideológicas o historiográficas, los historiadores consideraron que se trataba de un tema ajeno a la disciplina y a sus intereses académicos, delegando su estudio a otros especialistas. De ese modo, el tratamiento de la problemática aborigen quedó en manos de arqueólogos, etnógrafos y antropólogos sociales y, como consecuencia, los aborígenes fueron los grandes ausentes en el campo de la historia. Esta postura dominó la historiografía argentina desde su formación misma a fines del siglo XIX y, aunque en las dos últimas décadas no pocos historiadores, especialmente jóvenes, incorporaron las cuestiones referidas a las sociedades originarias en el ámbito de sus preocupaciones, son todavía muchos los que siguen atados a las viejas concepciones.

En segundo término, es ésta una obra de síntesis, es decir, busca ofrecer una visión general y unitaria de ese pasado aborigen apoyada en el estado actual de nuestro conocimiento sobre el tema. En este sentido, se diferencia de las obras generales publicadas en los últimos años (véase la bibliografía) que son, independientemente de su calidad, colecciones de trabajos monográficos de carácter regional dedicados fundamentalmente a la época prehispánica, centrados en determinados períodos y escritos fundamentalmente por arqueólogos. Estas obras, interesantes para el investigador o para los estudiantes de la disciplina, suelen ser difíciles de seguir para el lector no especializado que se acerca al tema.

Es justamente a este lector curioso, interesado en el pasado, a quien está dirigido este libro. Aunque sin separarnos de la rigurosidad del conocimiento científico, hemos evitado conscientemente los tecnicismos de la jerga académica, las complejidades del lenguaje científico y los

desbordes de la "erudición" innecesaria. Aunque apoyados en la información brindada por especialistas de reconocido prestigio, la síntesis que ofrecemos es personal, y en muchos aspectos la organización de los contenidos y del relato que presentamos se aleja de los marcos aceptados. Así, en la elaboración de los capítulos hemos abandonado criterios regionales o geográficos para adoptar cortes cronológicos que nos permitieran seguir los grandes procesos históricos. También hemos relegado a un segundo lugar la descripción del material arqueológico y documental –aunque en él se sostenga el relato– para priorizar el análisis de los cambios y continuidades en la organización económica, social, política y cultural de las sociedades involucradas. Al encarar así nuestra reconstrucción del pasado lo hacemos desde una perspectiva historiográfica específica, la de la "historia social", entendida como una "historia de sociedades", en el sentido en que lo planteaba hace ya años el conocido historiador inglés Eric Hobsbawm.

Como historiadores, necesitamos ante todo definir el tiempo y el espacio en los que transcurrió la historia que pretendemos narrar. El inicio no es difícil de determinar pues corresponde al momento en que llegaron al territorio los primeros hombres o, para ser más precisos, al momento en que tenemos los primeros indicios seguros de su presencia. Cronológicamente, ese arribo se produjo, en términos aproximados, hace al menos unos 13 000 años en el caso de la Patagonia argentino-chilena, de donde provienen los datos más antiguos. Esa cifra es estimativa, pues se apoya en fechados radiocarbónicos (C^{14}) (véase texto en capítulo 1) y es probable que ya hubiera pequeños grupos humanos algún tiempo antes.

El final es, en cambio, una decisión del autor y corresponde aproximadamente al año 1910, momento en que la República Argentina celebraba el Centenario de la Revolución de Mayo. Era también el momento en que el flamante estado nacional argentino completaba la ocupación militar de los últimos territorios que se encontraban en poder de comunidades aborígenes independientes y afirmaba su presencia en aquellos otros incorporados en las décadas anteriores. A partir de entonces, el destino de las comunidades originarias que sobrevivieron cambió bruscamente: incorporadas al estado nacional como minorías étnicas marginadas, debieron iniciar una dura lucha por su supervivencia.

El espacio en el que nos moveremos en esa historia de muchos milenios tiene límites poco precisos. Corresponde, en grandes líneas, al es-

pacio sudamericano situado al sur del paralelo de los 15° de latitud sur, con centro en el territorio actual de la Argentina. Pero debemos tener en cuenta que la Argentina, como estado-nación, apenas se remonta a mediados del siglo XIX, y que las zonas de ocupación europea recién se habían empezado a definir a fines del siglo XVI. Por su carácter nacionalista, la historiografía argentina –también la de los países vecinos– proyectó hacia el pasado los límites contemporáneos, creando así una unidad geográfica permanente y atemporal llamada Argentina, y otorgó el carácter de "argentino" a todo lo que se encontrara en ese espacio. Así, es frecuente oír hablar de "indígenas argentinos" para referirse a poblaciones que vivían allí mucho antes de que el estado argentino fuera siquiera un proyecto político. Lo mismo ocurrió con las jurisdicciones políticas provinciales.

Por ese motivo, no podremos circunscribirnos al territorio actual de la Argentina y deberemos mirar permanentemente a territorios que, actualmente, pertenecen a otros estados, como Chile, Bolivia, Paraguay, Brasil y Uruguay. Los actuales límites no existían como tales. La cordillera de los Andes, por ejemplo, que hoy marca la separación entre Argentina y Chile, era entonces un espacio de circulación y un punto de encuentro entre poblaciones que aprovechaban los boquetes y pasos cordilleranos para transitar. Debe pues entenderse que, cuando en el texto nos referimos a jurisdicciones políticas actuales –nacionales o provinciales–, lo hacemos sólo para facilitar al lector la ubicación en el espacio.

Ese espacio es geográfica y ecológicamente heterogéneo. Relieve, clima, suelo y recursos se distribuyen desigualmente y cambian a veces en distancias muy cortas. Al oeste dominan las alturas, la cordillera y las montañas; al este, los planos, las llanuras y las planicies, las grandes cuencas fluviales. Aunque dominan los climas templados, hay grandes contrastes entre el norte y el noreste subtropical y la franja fría del sur, entre las zonas lluviosas y los desiertos. Además, ese espacio sufrió profundos cambios a lo largo de los milenios en que transcurre nuestra historia.

Otro problema no menos serio para el historiador es el de las fuentes. A diferencia de otros científicos, él no puede tener ante sí los hechos que estudia, no puede ser observador. Sólo posee los restos que han quedado de ese pasado, sean restos materiales, representaciones de distinto tipo, textos escritos, etc. Cada uno de ellos muestra algo de la vida de los hombres y de la sociedad que los produjeron. Pero sólo una parte. Muchos aspectos de la vida no dejaron testimonio alguno,

o los testimonios que dejaron se perdieron. Esos testimonios, datos o indicios, como los llama Carlo Ginzburg, constituyen la materia prima con que trabaja el historiador. A él corresponde interpretarlos, conectarlos y darles sentido; el conocimiento que adquiera dependerá de las preguntas que les haga y de las hipótesis que formule. En suma, la historia –toda historia– es, en tanto narración, una construcción del historiador.

El tema de las fuentes no es aquí simple. Para toda la etapa prehispánica disponemos sólo de testimonios arqueológicos, es decir, de restos materiales –objetos, utensilios, herramientas, edificios, tumbas, desechos de la vida cotidiana, etc.–, pues las poblaciones originarias de la región no utilizaron la escritura. Los restos arqueológicos pueden brindar al historiador información muy rica sobre la tecnología y la economía, sobre muchos aspectos de la vida cotidiana e incluso sobre aspectos estéticos y simbólicos. También permiten inferir cuestiones referidas a la organización social, al sistema político o al mundo de las creencias. Sin embargo, muchas cuestiones quedan en la penumbra pues los restos materiales sólo representan algunos aspectos de la vida social, únicamente una pequeña parte de ellos se ha conservado y las inferencias que podemos extraer suelen ser demasiado generales. También puede ocurrir, por supuesto, que no hayamos sabido interpretarlos o formular las preguntas adecuadas.

Por otra parte, la investigación arqueológica esta condicionada –como en general toda la investigación científica– por el contexto económico y sociopolítico en que se desarrolla, así como por el contexto de ideas y teorías que la rodean. Una consecuencia de ese contexto general es el desarrollo desigual de la investigación, más intensa para algunas regiones y períodos, casi inexistente en otros casos. Tales desigualdades se verán reflejadas sin duda en el texto, que depende fundamentalmente del material aportado por los arqueólogos. Así, conocemos con mayor profundidad el pasado de los pueblos originarios de la Patagonia –en particular sus etapas más tempranas–, del oriente de la llanura pampeana y del noroeste –en especial las últimas etapas–. En el otro extremo, casi nada sabemos de la región chaqueña antes de la invasión europea.

A partir de la conquista comenzamos a disponer de documentos escritos. Tales textos fueron producidos por los europeos –luego por criollos– y, en el mejor de los casos, datan de comienzos de la etapa colonial. Es cierto que a veces recogen tradiciones más antiguas y arrojan alguna luz sobre la vida de las sociedades aborígenes en los momentos

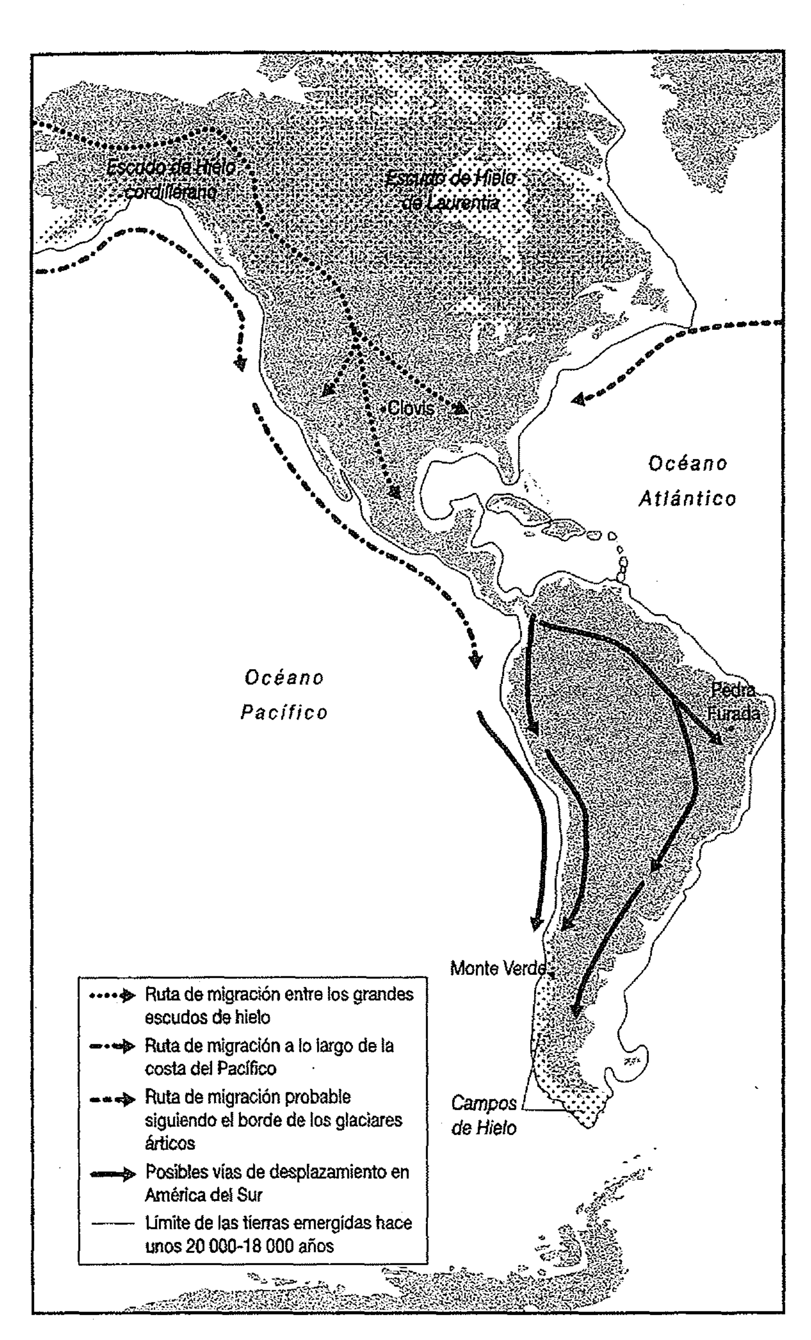
previos, pero es apenas un momento fugaz en una historia de muchos milenios. El uso de tales documentos –relatos y crónicas de exploradores y conquistadores, narraciones de viajeros, ensayos y estudios de funcionarios y misioneros, documentación administrativa, judicial y religiosa– presenta, por otra parte, dificultades serias. En efecto, viajeros, conquistadores, funcionarios y misioneros se limitaron, en general, a transcribir sus impresiones y en ellas la visión de los "otros" aparece deformada por prejuicios, ambiciones, intereses, temores o, simplemente, incomprensión. Sólo un trabajo crítico profundo permite recuperar información valiosa para la construcción de una historia de los pueblos originarios.

Por todo ello, nuestro conocimiento actual tiene carácter provisional y está sujeto siempre a revisión. Nuevos datos o nuevas teorías pueden cambiar afirmaciones que hoy nos parecen sólidas. Recordemos, como ya dijimos, que nuestro conocimiento del pasado está permanentemente en construcción, y que esa construcción resulta de la lectura que, en cada momento, hagamos de los datos y testimonios que tenemos de ese pasado. La omnipotencia de algunos autoproclamados historiadores al pretender poseer la "historia verdadera" frente a una "historia falsa o falseada" –la que hacen los demás– no es sino una demostración de autoritarismo. Desde un punto de vista científico, esa posición resulta demasiado ingenua y simplista, y no siempre bien intencionada.

Una obra de síntesis como la que ofrecemos sólo es posible por el esfuerzo previo de muchos investigadores provenientes de distintas disciplinas –en especial de arqueólogos, historiadores y antropólogos– que, con su trabajo, nos han brindado los materiales esenciales para construir esta historia de los pueblos originarios. Por eso, a todos ellos –sería imposible nombrar a cada uno– debemos expresar nuestro reconocimiento. Sin embargo, no puedo dejar de expresar mi agradecimiento particular a quienes han colaborado de muchas maneras con esta obra: a aquellos con quienes he conversado o discutido muchos aspectos de mi trabajo, que me han orientado en muchos temas o problemas, que generosamente me han facilitado materiales difíciles de conseguir, incluidos trabajos inéditos, o me han alentado en el trabajo a realizar: a Cristina Bayón, Mónica Berón, Guillaume Boccara, Nora Flegenheimer, Raúl Fradkin, Jorge Gelman, Christophe Giudicelli, Julieta Gómez Otero, Juan Francisco Jiménez, Marcelo Lagos, Erick Langer, Diana

Mazzanti, José A. Pérez Gollán, Gustavo Politis, Miriam Tarragó, Alicia Tapia, Gladys Varela, Daniel Villar y David Weber.

No puedo dejar de agradecer a mis discípulos y colaboradores en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Marcelino Iriani, Sara Ortelli y Carlos Paz, así como a los estudiantes que participaron en los talleres de doctorado que dicté en la misma universidad, particularmente a Débora Finkelstein, Marcelo Gavirati, Claudia Gotta, Carla Manara, Laura Méndez, Julio Vezub. Un especial reconocimiento debo a Alberto Rex González, quien hace ya años orientó mis primeros pasos en el estudio de los pueblos originarios americanos. Este trabajo hubiera sido imposible sin el respaldo económico de un subsidio de la Fundación Antorchas, que financió los gastos iniciales del proyecto; también conté para su realización con una licencia sabática que me otorgó la Universidad Nacional del Centro. Agradezco además la amabilidad del personal de la biblioteca del Museo Etnográfico de Buenos Aires, así como la confianza de Luis Alberto Romero y de Siglo XXI Editores de Argentina al aceptar una obra que estaba todavía en proyecto. Por último, este libro está dedicado a Susana Bianchi, cuyo apoyo, aliento y paciencia fueron fundamentales para su realización.



El poblamiento del continente americano

1. Los primeros americanos

El poblamiento del continente

¿Quiénes fueron los primeros americanos? ¿Cómo eran? ¿De dónde y cuándo llegaron y cómo consiguieron hacerlo? ¿Cuál era su modo de vida? Éstas son algunas de las preguntas que científicos y legos han venido formulando a lo largo del tiempo, hasta la actualidad. La búsqueda de una respuesta apasiona hoy a los investigadores tanto como apasionaba a los estudiosos y eruditos varios siglos atrás. La historia de los interrogantes acerca del origen de las poblaciones americanas se remonta a las primeras décadas posteriores a la llegada de los europeos a tierras americanas, a fines del siglo XV.

Uno de los temas que más acalorados debates provoca entre los estudiosos del pasado americano es el del poblamiento original del continente, incluidas las tierras que hoy constituyen el territorio argentino. En las últimas dos décadas, los hallazgos de restos de los más antiguos pobladores se han multiplicado, y se han perfeccionado los métodos y las técnicas de investigación. Sin embargo, más allá de algunos acuerdos sobre cuestiones generales, los debates y las discrepancias entre los especialistas parecen haberse profundizado. Las dudas persisten o se han acrecentado, en especial en aspectos referidos a la antigüedad y al carácter del primer poblamiento. Pese a eso, establecer las características de los procesos generales del poblamiento del continente resulta esencial para comprender el carácter de los primeros grupos humanos que, milenios atrás, se asentaron en la mitad meridional de América del Sur. ¿Qué sabemos acerca de esos primeros americanos?

El origen del problema

Los viajes de los primeros navegantes a través del Atlántico, empezando por los de Cristóbal Colón, plantearon profundos interrogantes a los eu-

ropeos: un mundo desconocido se alzaba ante ellos, el universo se ampliaba más allá de los límites supuestos por la imaginación medieval. La cuestión de mayor importancia era, sin duda, definir y comprender a los habitantes de estas tierras, a los que Colón, creyendo haber llegado a las Indias, les dio la denominación que perdura hasta hoy. Este tema tomó particular relieve cuando, adquirida la conciencia de hallarse ante un mundo nuevo y a medida que conocían mejor el continente, los conquistadores observaron con asombro costumbres y formas de vida muy distintas de las suyas y se interrogaron acerca de las características y la naturaleza de estos pobladores, es decir, acerca de su humanidad.

Ese interés no era sólo producto de la curiosidad ni respondía exclusivamente a motivaciones académicas o filosóficas. Lo que se discutía en los círculos letrados, intelectuales y religiosos europeos era el problema de la humanidad de los pobladores de las tierras descubiertas, pero la polémica tenía que ver, en buena medida, con cuestiones más prácticas, pues lo que se ponía en juego era la legitimidad de reducir a esclavitud a los habitantes del continente, como se hacía con las poblaciones negras de África. Quienes se oponían a la esclavitud de las poblaciones americanas debían demostrar la "humanidad" de los nativos; para eso, el problema de los orígenes de estas comunidades resultaba crucial. Finalmente, los debates fueron zanjados por una bula papal emitida en 1537, que reconocía la humanidad de los indios aunque asimilándolos a la condición de menores cuya tutela tenía que ser asumida por la monarquía castellana en cuestiones terrenales y por la Iglesia en las espirituales.

Más allá de esta definición, el interés por conocer el origen de los primeros pobladores no decayó y, con el tiempo, los escritos sobre el tema se acumularon. Esos primeros intentos de explicación establecieron algunas cuestiones básicas en las que coincidieron incluso las hipótesis más fantasiosas formuladas hasta mediados del siglo XIX. Las respuestas fueron buscadas en los textos bíblicos, dada la autoridad de estas fuentes en ese contexto. Basándose en la concepción de la unidad de la especie humana –todos los hombres descendían de un único predecesor, Adán, producto de un acto de creación divina original–, se buscaron en las distintas genealogías de la Biblia relaciones que permitieran vincular a los americanos con alguno de los pueblos mencionados en el Antiguo Testamento. Hacerlo también implicaba demostrar su humanidad. Con algunas variantes, adhirieron a esta explicación personalidades de la talla de fray Bartolomé de las Casas, fray Diego Durán y fray Gregorio García, entre otros.

Carentes de base empírica, estas explicaciones coincidían en ciertos presupuestos esenciales. Todas ellas postulaban un origen único para el

hombre –tal como lo establecía el texto bíblico– y, en consecuencia, entendían que éste había llegado a América desde el Viejo Mundo en una época no muy lejana, pues las cronologías derivadas de la Biblia establecían la creación del hombre entre 5000 y 6000 años atrás. Además, todas trataban de encontrar vinculaciones con pueblos conocidos del Viejo Mundo a partir de supuestas semejanzas, tanto biomorfológicas como culturales o lingüísticas. En la actualidad, esas comparaciones, basadas en un conocimiento parcial e insuficiente de las fuentes y de los hechos, no resisten una ajustada crítica científica. Por eso llama la atención la persistencia de explicaciones que retoman los aspectos esenciales de esas viejas formulaciones. No son ya hebreos o fenicios los elegidos para explicar el poblamiento de nuestro continente, pero no se ha descartado a los egipcios e, incluso, alentados por la televisión y por ciertas publicaciones... ¡a los extraterrestres!

La búsqueda de explicaciones de carácter científico se inició en la segunda mitad del siglo XIX, alentada por el auge de las ciencias naturales y el desarrollo de las doctrinas evolucionistas. Las anteriores formulaciones, sometidas a una profunda crítica, no pudieron resistir el embate. El género *Homo*, al que pertenecemos, fue considerado entonces el resultado de un largo proceso evolutivo y se empezó a pensar en la posibilidad de una presencia muy antigua del hombre en el continente americano. Algunos estudiosos de la época aceptaron, incluso, la posibilidad de un desarrollo evolutivo autónomo.

A comienzos del siglo XX, algunas de estas formulaciones fueron a su vez sometidas a crítica y, aunque las nuevas propuestas retomaron supuestos anteriores, buscaron fundamentarlos con información arqueológica y paleontológica más sólida. Fue el antropólogo Alex Hrdlicka quien, en los Estados Unidos, formuló de forma más acabada estas nuevas ideas. Se sostuvo entonces que, proveniente de Asia y ya finalizada la llamada Edad del Hielo, esto es, en el período Holoceno o actual, el hombre había entrado en América por el estrecho de Bering en varias oleadas migratorias. Según Hrdlicka, esos migrantes, emparentados biológicamente con las poblaciones mongoloides asiáticas, eran cazadores con una cultura material esencialmente paleolítica. El desarrollo posterior, que llevó a la creación de complejas y refinadas culturas, fue un proceso local, específicamente americano, sin aportes exógenos.

Estas ideas, parcialmente modificadas luego por los avances de la investigación arqueológica, se encuentran en la base de lo que constituyó, durante la segunda mitad del siglo XX en la antropología estadounidense, la postura hegemónica sobre el poblamiento americano, conocida en los

El Cuaternario

A lo largo de los millones de años transcurridos desde su formación, nuestro planeta sufrió tremendos cambios y transformaciones, que afectaron tanto el medio físico como las formas vivientes. Los naturalistas y geólogos dividen esa larguísima historia de la Tierra en una serie de etapas o "eras", asociando a cada una de ellas procesos geológicos, climáticos y biológicos específicos. La última de esas eras recibe el nombre de Cuaternario y se caracteriza, en lo biológico, por la presencia del género *Homo*, del cual nuestra especie, el *Homo sapiens sapiens*, forma parte.

El Cuaternario, cuyos comienzos se remontan a cerca de dos millones de años, ha sido dividido en dos períodos. El primero, mucho más extenso, recibe el nombre de Pleistoceno y terminó hace unos 10 000 años (8000 a. C.). La característica del Pleistoceno es la presencia de períodos de intenso frío –glaciaciones– que alternan con momentos más templados o interglaciares. Durante los períodos glaciares, grandes extensiones de hielo cubrieron partes importantes de las masas continentales mientras descendía el nivel de los mares y océanos. Por ese fenómeno se conoce también al Pleistoceno como la "Edad del Hielo".

El segundo período, más reciente y corto, es el llamado Holoceno, que se prolonga hasta nuestros días. Su comienzo, hace unos 10 000 años, coincide con el final de las grandes glaciaciones del Pleistoceno. Durante el Holoceno disminuye el frío, se reducen las masas glaciares y crece el nivel de los océanos, hasta alcanzar características similares a las actuales. Con el cambio de las condiciones que habían definido al Pleistoceno, se produjo también la extinción de muchas especies adaptadas a ese mundo más frío y húmedo, particularmente algunos grandes mamíferos herbívoros. Debe destacarse que, aunque los especialistas fijan la fecha de 10 000 años A.P. (antes del presente) para el fin del Pleistoceno, el paso de un período al otro fue un proceso lento que se desarrolló a lo largo de varios milenios.

medios científicos como la "hipótesis Clovis". La cultura Clovis tomó su nombre del sitio homónimo en el estado de Nuevo México, donde entre 1932 y 1937 se realizaron los primeros hallazgos de unas puntas de proyectil características –también llamadas "clovis"–, asociadas de modo indiscutible a huesos de mamut. Apoyada en hallazgos incuestionables realizados en los Estados Unidos en su mayoría, respaldada en numerosos fechados de Carbono 14 –técnica descubierta a mediados del siglo XX que revolucionó la cronología arqueológica–, y avalada por la auto-

ridad de investigadores destacados, la hipótesis Clovis pareció, finalmente, haber logrado la clave para una explicación científica definitiva del poblamiento originario del continente americano.

El Carbono 14

Desarrollado en los Estados Unidos hacia 1950 por Williard Libby, la datación por medio del Carbono 14 (C^{14}) tuvo rápida difusión y proporcionó a los arqueólogos un método relativamente confiable para establecer una cronología absoluta. El C^{14} es un isotopo radiactivo que se encuentra en todos los seres vivos, que lo obtienen por intercambios con el medio. La proporción de C^{14} en los seres vivos se mantiene constante, pero al morir el organismo cesan los intercambios con el ambiente y el C^{14} comienza a degradarse hasta desaparecer. Esa desintegración mantiene cierta constante, lo que permite, sabiendo la proporción de C^{14} presente en un resto orgánico, determinar el tiempo transcurrido desde su muerte.

En la práctica no es tan simple. Debemos tener en cuenta que las cifras proporcionadas no se refieren a fechas (en términos calendáricos) sino a años radiocarbónicos, o sea, a tiempos derivados de la desintegración de ese isótopo. Ese tiempo se fija en 5568 años para la desintegración de la mitad de la concentración inicial. Se necesitan otros 5568 para la desintegración de la mitad del resto, y así sucesivamente. Además, como las cantidades de C^{14} son muy pequeñas, las determinaciones son siempre aproximadas y no señalan un momento preciso sino un período expresado en años antes del presente (A.P.). Por "presente" se toma el año 1950. Así, cuando leemos que un resto se fecha en 8550 ± 150 años A.P. significa que pertenece a un ser vivo que murió en algún momento entre 8700 y 8400 (8550 es el punto medio) años radiocarbónicos antes de 1950. Por otra parte, debe tenerse la certeza de que la muestra no ha sido contaminada, lo que podría alterar el contenido de C^{14}, y estar seguros de las asociaciones entre la muestra fechada y los demás restos o episodios que se quieren fechar.

Para solucionar el problema de la diferencia entre fechas calendáricas y radiocarbónicas, estas últimas suelen calibrarse vinculándolas a series de fechas obtenidas del análisis de los anillos de los árboles (*dedrocronología*) realizado en el hemisferio norte. En general, las fechas calibradas en años de nuestro calendario resultan algo más antiguas que las radiocarbónicas.

La "hipótesis Clovis": América para los americanos

En términos generales, la hipótesis Clovis postula una fecha máxima de entre 12 000 y 13 000 años A.P., coincidente con el final del Pleistoceno, para el inicio del poblamiento del continente. Por cierto, las fechas propuestas por Hrdlicka para la antigüedad del poblamiento habían sido abandonadas porque, desde la década de 1920, un creciente número de hallazgos había venido demostrando, más allá de cualquier duda, la contemporaneidad de los hombres con animales extinguidos al finalizar la Edad del Hielo. Entre tales hallazgos, realizados principalmente en las llanuras y planicies centrales de los Estados Unidos, se destacaban algunos restos óseos de animales extintos que tenían aún clavadas bellas puntas de piedra tallada.

A partir de la década de 1950, numerosos fechados radiocarbónicos confirmaron la edad de esos restos, asignándoles una antigüedad de 12 000 años A.P. Los hallazgos –no se conocían entonces en el continente otros tan seguros y bien fechados– fueron atribuidos a una cultura de cazadores especializados en la captura de grandes mamíferos a quienes pronto se identificó con el nombre de Clovis, como antes referimos. Resistidos al principio, esos descubrimientos fueron finalmente aceptados por la comunidad científica y constituyeron la base de la mencionada hipótesis Clovis, a la cual adhirió un nutrido grupo de investigadores estadounidenses.

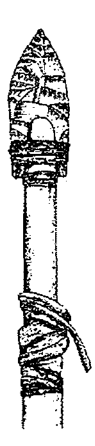
No obstante, esa hipótesis iba mucho más allá, pues no se trataba sólo de fijar una fecha inicial para el poblamiento del continente. Sus seguidores se proponían brindar un coherente modelo científico de todo el proceso del poblamiento, y sostenían que no existían pruebas irrefutables para afirmar que fuera anterior a Clovis, a la cual consideran la primera cultura americana. Los portadores de las puntas de proyectil Clovis fueron definidos como cazadores altamente especializados, dedicados a la matanza de grandes herbívoros. Las posibilidades de alimento que les brindaban las praderas centrales de los actuales Estados Unidos, con una abundante y variada fauna, en la que se destacaban especies de gran tamaño –mamut, mastodonte, formas hoy extinguidas de bisontes y caballos–, permitieron el rápido crecimiento demográfico de esos primeros cazadores. Gracias a eso, iniciaron una migración exitosa y veloz que los llevó, en unos pocos siglos, hasta el extremo meridional del continente americano. Científicamente, se trataba entonces de demostrar, incluso mediante modelos computarizados, que esa acelerada marcha de miles de kilómetros atrave-

sando diversos medioambientes, desde las forestas tropicales hasta las altas tierras andinas, había sido posible.

Las puntas Clovis

Las puntas Clovis tomaron su nombre del sitio donde fueron inicialmente identificadas, en el estado de Nuevo México. Alcanzaron gran difusión en las planicies y llanuras centrales de América del Norte. Tienen forma lanceolada y su dimensión oscila entre 7 y 15 centímetros de largo. Se destacan porque sobre sus caras y a partir de la base se ha practicado una acanaladura que, seguramente, sirvió para unirlas a un mango o astil.





Restos óseos de mamut asociados a puntas Clovis, hallados en Naco, Nuevo México, Estados Unidos.

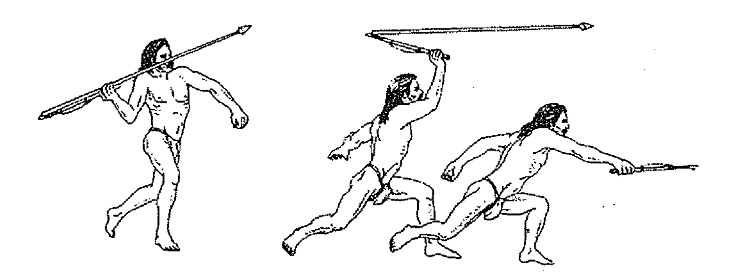
Para arrojarlas debió usarse una lanzadera, artefacto que permitía dar más fuerza, velocidad y alcance al proyectil. Como se ve en la ilustración, con frecuencia las puntas Clovis fueron encontradas en asociación con restos de grandes mamíferos hoy extinguidos. Este hecho sirvió para definir a sus portadores como cazadores especializados en la captura de megafauna.

Pese a su amplia aceptación, la hipótesis Clovis no dejó de despertar críticas, pues existían algunos sitios arqueológicos que no encajaban en el modelo. Tales sitios –y quienes los habían investigado– fueron duramente desacreditados por buena parte de la comunidad científica, pues se argüía que habían sido mal excavados, que las muestras de los fechados estaban mal tomadas o contaminadas, que los artefactos no eran tales, que no eran seguras las asociaciones entre los fechados y los materiales hallados, entre otros argumentos. Esas críticas, acertadas en muchos casos, sin embargo no siempre eran justas; detrás de ellas había cuestiones vinculadas más a la política y la ideología que a la ciencia. Para muchos arqueólogos estadounidenses, la hipótesis Clovis se había transformado en el ícono de la expansión de la más temprana cultura norteamericana, un equivalente, en la Edad del Hielo, a la "difusión contemporánea de la Coca Cola". Además, como los hallazgos más significativos que cuestionaban la hipótesis Clovis provenían de sitios de América del Sur, lo que se ponía en duda era el rigor científico de los arqueólogos latinoamericanos y europeos que habían trabajado en ellos.



El propulsor o lanzadera

El propulsor, o lanzadera, es un artefacto formado por una vara o tabla de madera, o una caña, con un gancho de piedra o hueso en la parte posterior donde se encajaba el dardo.



El propulsor se sostenía con la mano –los dedos pulgar e índice sujetaban el dardo– y constituía una suerte de prolongación del brazo. Se arrojaba el dardo mediante un movimiento amplio del brazo –similar al de arrojar una piedra–, que imprimía al tiro mayor fuerza, velocidad y alcance.

De hecho, el único de los sitios cuestionados que finalmente fue aceptado, en 1997, en los círculos estadounidenses, fue Monte Verde, en el litoral chileno, cuya excavación fue dirigida por Thomas Dillehay. Aunque Dillehay no compartía la hipótesis Clovis, al fin y al cabo era estadounidense. La excavación de Monte Verde, realizada con toda minuciosidad por un equipo multidisciplinario, demandó largos períodos de trabajo de campo; sus resultados fueron expuestos en dos voluminosas y exhaustivas publicaciones –la primera editada en 1989, la segunda en 1997– dignas sin duda de ese complejo sitio. En 1997, Monte Verde fue visitado por una comisión de especialistas entre los que se encontraban algunos de los investigadores más escépticos. En un acto paternalista, éstos dieron su aprobación a los trabajos realizados.

El reconocimiento del sitio de Monte Verde –más allá de ciertas dudas que aún persisten– abrió enormes posibilidades a las investigaciones sobre el poblamiento temprano de América. Por un lado, forzó a los defensores más radicales de la hipótesis Clovis a reconsiderar su teoría sobre la antigüedad del arribo del hombre a América, que ahora podía remontarse algunos milenios hacia atrás. Por otro lado, más importante aún, abría el camino para revisar la actitud asumida hacia otros sitios que reclamaban similar antigüedad y obligaba a no descartar a priori, en el futuro, todo hallazgo que la reclamara, dado que sería absurdo pensar que los pobladores de Monte Verde eran los únicos seres humanos que habitaban el continente antes de 12 000 años atrás, pues las últimas dataciones remontan la antigüedad de los restos de Monte Verde a cerca de 14 000 años. Tales sitios existían, y algunos de ellos se ubican en los territorios meridionales de América de Sur pertenecientes hoy a la Argentina y a Chile.

El poblamiento del continente americano

Hoy quedan pocas dudas de que los primeros pobladores llegaron a América desde el extremo oriental de Siberia, atravesando el estrecho de Bering. Cuando esos primeros grupos humanos ingresaron al territorio americano, el clima en todo el mundo era mucho más frío y húmedo que el actual: se producía el último avance glaciar del Pleistoceno y gran cantidad de agua quedaba retenida en los hielos continentales, lo que hizo descender el nivel de los mares alrededor de 130 metros. Como consecuencia, durante largos períodos, una planicie libre de glaciares, de 500 kilómetros en el sentido este-oeste y 2000 kilómetros en

el norte-sur, unía Alaska con Siberia oriental, formando un verdadero puente terrestre entre ambos continentes.

Ese puente, conocido como Beringia, alcanzó su máxima extensión 50 000 años atrás; para el 20 000 A.P., tenía una superficie de un millón de kilómetros cuadrados. Se presentaba como una tundra cubierta de musgos, líquenes y juncos que albergaba abundantes animales: mamuts, caballos, bisontes y caribúes; era un ambiente que brindaba amplios recursos para la vida de los cazadores-recolectores que se movían siguiendo las migraciones de esos animales. Con los datos que hoy manejamos, es posible establecer los comienzos de esa entrada entre 18 000 y 20 000 años atrás, aproximadamente.

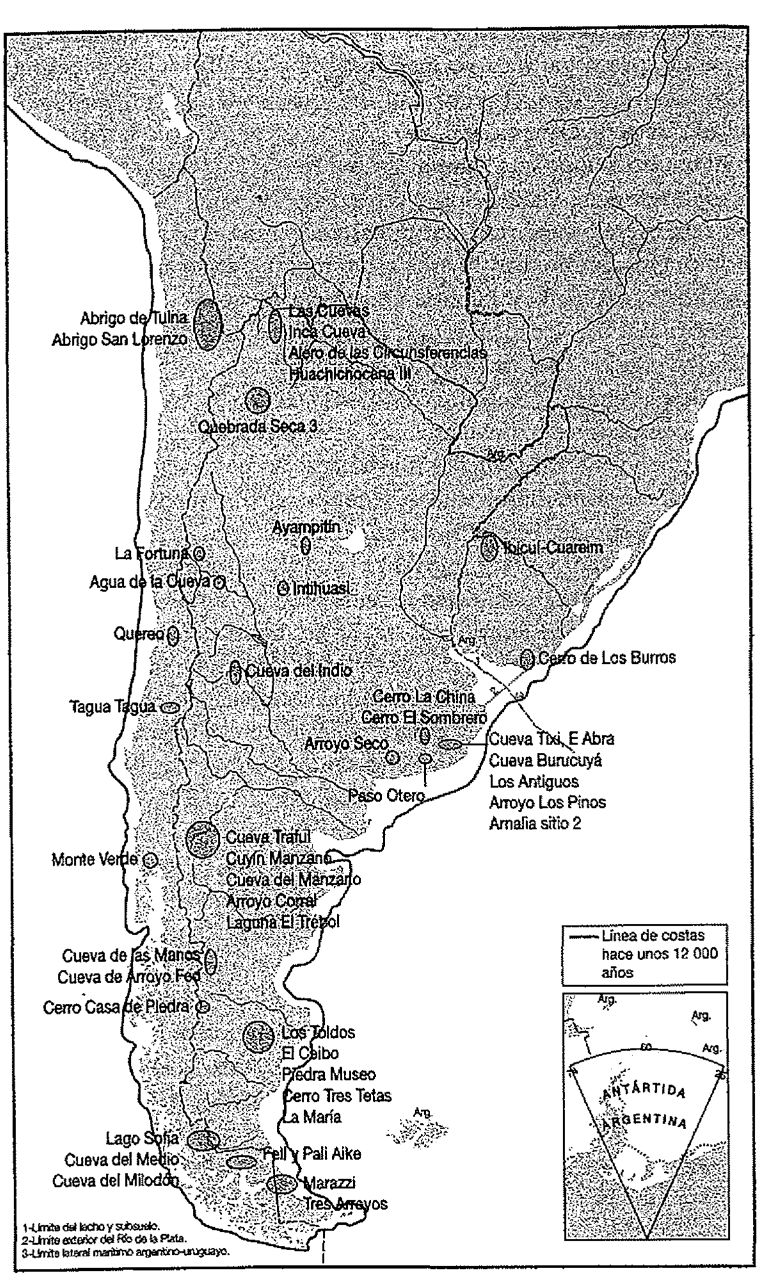
También se han propuesto otras vías de entrada de grupos humanos al continente. Hace algunos años se habló de migraciones a través del Océano Pacífico e incluso se supuso, aunque con escasos y pobres testimonios, un movimiento de gente desde Australia cruzando partes de la Antártida. Recientemente, a partir de similitudes entre algunos instrumentos del noreste de América y los de la industria solutrense del sudoeste de Europa –desaparecida hace unos 19 000 años–, antropólogos estadounidenses plantearon –sin descartar la vía de Bering– la posibilidad de que grupos provenientes de Europa sudoccidental hayan atravesado el Atlántico siguiendo el borde sur de la masa glaciar, que cubría extensas porciones de los territorios septentrionales de ambos continentes. Argumentan que los cazadores solutrenses parecen haber estado muy bien equipados para hacer frente a las bajísimas temperaturas de esas altas latitudes. Sin embargo, aún falta encontrar pruebas sólidas que la avalen.

El desplazamiento de esos cazadores hacia el sur del continente parece haber seguido más de una vía. Desde Bering debieron alcanzar primero las estepas herbáceas que se extendían en el centro de América del Norte, donde el clima era más benigno y abundaban los grandes herbívoros. Hicieron ese camino siguiendo el corredor terrestre que, al este de la cordillera de las Rocallosas, unía el interior de Alaska con las estepas centrales. Ese corredor, que separaba los glaciares de la cordillera de las Rocallosas del gran casquete helado que cubría la mayor parte de las tierras del actual Canadá, estuvo libre de hielos durante algunos momentos del Pleistoceno, cuando las condiciones eran menos frías. Pero ese camino no era fácil de seguir y sólo estaba disponible en algunos momentos. Por tanto, otros investigadores propusieron como alternativa la costa del Pacífico de América del Norte que, al parecer, estuvo libre de hielo. Además, como las aguas se habían retirado, debió

haberse formado una franja costera transitable para esos cazadores capaces de aprovechar recursos marinos. A fines del Pleistoceno, las aguas volvieron a cubrir esas tierras, ocultando los restos que pudieron haber dejado las poblaciones a su paso.

Al mismo tiempo que algunos grupos se expandían por las estepas y praderas de América del Norte, otros debieron seguir camino hacia el sur recorriendo América Central hasta alcanzar el territorio sudamericano. Quedan huellas de ese paso temprano en el actual territorio mexicano; en cambio, faltan en las tierras centroamericanas. Ya en América del Sur, los distintos grupos parecen haberse dividido: unos habrían seguido su marcha por el corredor andino; hay testimonios de este desplazamiento en Colombia, Perú y Chile. Otros, en cambio, debieron desplazarse hacia el este y el sur, moviéndose por las costas colombianas y venezolanas del Caribe hasta alcanzar las actuales Guayanas y las tierras nororientales del Brasil, donde su paso quedó testimoniado en un conjunto de abrigos rocosos de la región a los cuales, como en el caso de Pedra Furada, se ha atribuido una antigüedad comparable a la de Monte Verde. Las condiciones ambientales del actual territorio brasileño eran entonces muy distintas y favorecían el movimiento de esas pequeñas comunidades: el clima era menos caluroso y húmedo, las selvas se habían reducido en superficie y su lugar era ocupado por praderas y sabanas abiertas. Al parecer, éste fue el camino elegido por los grupos que alcanzaron el extremo sur del continente, pues los que avanzaban por la zona andina deben haberse visto detenidos por los glaciares que cubrían los Andes patagónicos.

Es claro entonces que el avance fue lento y de ninguna manera lineal. Ese movimiento debió enfrentar retrocesos, desvíos e intentos fallidos. No era fácil asentarse en cualquier parte, y durante ese larguísimo trayecto los pequeños grupos de cazadores recolectores debieron buscar los lugares más aptos para sobrevivir, adaptarse a diferentes condiciones ambientales y aprender a utilizar distintos recursos. No sabemos si todos lo lograron; aquellos que finalmente alcanzaron las tierras meridionales del continente habían acumulado, sin duda, una larga experiencia y enormes conocimientos.



Principales sitios para fines del Pleistoceno y comienzos del Holoceno (12 000 a 8000 A.P.)

2. Los comienzos

Los pueblos originarios entre 12 000 y 8000 años atrás

En las últimas dos décadas se multiplicaron los hallazgos de restos de los más antiguos pobladores americanos y se perfeccionaron los métodos y las técnicas de la investigación arqueológica. Como resultado de estos avances, parece hoy seguro que había ya poblaciones humanas establecidas en el actual territorio argentino y en el de sus países vecinos, entre fines del Pleistoceno y comienzos del Holoceno. Esos primeros pobladores, cuya presencia se remonta quizás a más de 12 000 años atrás, habitaron un mundo muy distinto del actual, y fueron contemporáneos de especies animales hoy extintas.

Clima y medioambiente a fines del Pleistoceno y comienzos del Holoceno

En efecto, hace unos 12 000 años (y seguramente ya desde dos o tres milenios antes), las duras condiciones climáticas de la última etapa del Pleistoceno empezaron a cambiar. El intenso frío comenzó a ceder: lentamente, las temperaturas medias ascendieron y el clima se volvió algo más benigno, se modificó la orientación de los vientos y cambió el régimen de precipitaciones. En algunas zonas se fue pasando de condiciones más húmedas a una mayor sequedad; en otras, ocurrió lo contrario. Los grandes glaciares, que en América del Sur sólo afectaron a las altas cumbres andinas y al extremo meridional de la Patagonia, comenzaron a derretirse, iniciando un lento retroceso. Las aguas de deshielo corrieron hacia los mares, cuyo nivel subió anegando las tierras más bajas en tanto la superficie de los océanos se extendía. Beringia, el puente terrestre que había unido Asia con América, desapareció bajo las aguas. En el extremo sur se formó el actual estrecho de Magallanes, que separó definitivamente Tierra del Fuego –hoy una isla– del continente al que había estado unida hasta entonces.

Estos cambios se prolongaron durante varios milenios, tal vez hasta hace unos 8000 o 10 000 años. El impacto de esas transformaciones varió de una región a otra, con efectos desiguales en cada una de ellas, aunque es indiscutible que las modificaciones climáticas afectaron las condiciones de vida de todas las comunidades vivientes, vegetales y animales, incluido el hombre. El proceso no fue lineal pues hubo variaciones locales y regionales, con algunas fluctuaciones importantes –por ejemplo, el posible retorno a condiciones muy frías entre 11 000 y 10 000 años atrás–, pero la tendencia general se mantuvo. En síntesis, aunque se acepta convencionalmente la fecha de 10 000 años A.P. (esto es, 8000 a. C.) como la divisoria formal entre el Pleistoceno y el Holoceno, la transición entre ambos períodos fue un proceso largo y complejo.

Con estas ideas básicas como premisa, debemos analizar con más detalle las condiciones geoambientales en que vivieron los primeros pobladores de las tierras meridionales de América del Sur, los paisajes encontrados y los recursos a su disposición. En particular, nos interesan aquellas zonas de donde provienen los restos mejor conocidos de esos primeros habitantes, aunque es probable que no fueran ellos los únicos: la extensa meseta patagónica, el oriente de la actual llanura pampeana, el litoral fluvial y las tierras bajas orientales, la región puneña y circumpuneña.

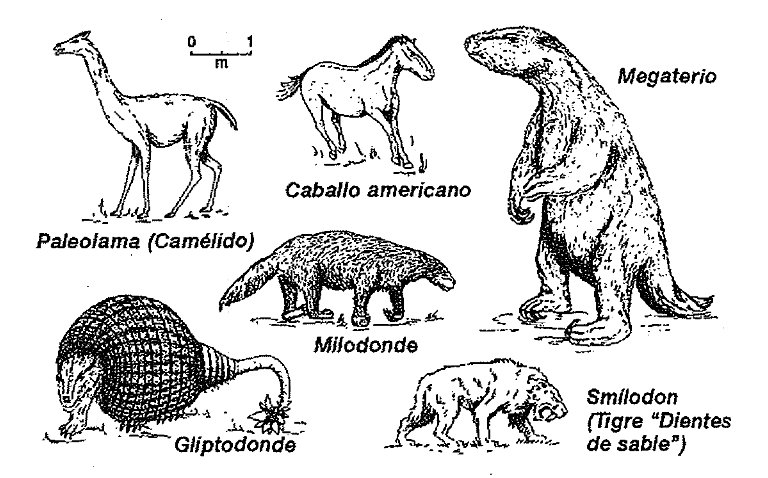
La meseta patagónica y el área fueguina

La Patagonia extraandina es hoy una extensa meseta esteparia de gran aridez, cruzada por fuertes vientos, casi desprovista de vegetación excepto en los pocos lugares que poseen agua potable, y casi deshabitada. Este paisaje contrasta con el que encontraron los primeros pobladores; ocurre que milenios de cambios climáticos y la sostenida intervención humana modificaron profundamente el espacio, en especial durante el último siglo, por el sobrepastoreo de ovinos y la falta de políticas adecuadas de conservación.

La situación era distinta a fines del Pleistoceno, momento de cambios profundos. Aunque el clima era más frío, la disponibilidad de agua era mucho mayor que hoy: el lento deshielo de los glaciares cordilleranos alimentaba corrientes de agua –aún pueden observarse antiguos cauces, hoy secos– que fluían hacia el Atlántico a través de cañadones, formando lagunas, "mallines" –esto es, zonas pantanosas– y ojos de agua en los lugares bajos. La vegetación debe de haber sido más rica y extensa, sobre todo los pastizales, y la región era capaz de mantener una cantidad mucho mayor de animales, tanto de especies hoy extinguidas, algunas de gran tamaño, como de otras que aún subsisten.

La fauna extinta de fines del Pleistoceno

En la Patagonia la fauna extinguida incluía algunos animales de gran tamaño como el milodón –herbívoro similar a un perezoso– y la macrauchenia –animal del tamaño de un camello con un cuello largo y un hocico extraño–, así como el caballo americano, dos camélidos, y algunos carnívoros como la pantera patagónica, una variedad de zorro y, quizá, el tigre "dientes de sable". Entre las especies que aún viven se encontraban el guanaco y el huemul, el puma y dos especies de zorro, entre otros. También había dos especies de ñandú –el ñandú petiso y el de las pampas–, pingüinos, aves voladoras y mamíferos marinos, como el lobo marino y los cetáceos.



En la llanura herbácea que rodeaba a las sierras del sur bonaerense vivía una variada fauna que comprendía tanto especies hoy vivientes como otras extinguidas. Estas últimas incluían grandes mamíferos, especialmente herbívoros que, en algunos casos, pesaban más de una tonelada. Gliptodontes, milodones, megaterios y caballos americanos, compartían el espacio con guanacos, venados, ñandúes, armadillos, coipos (o nutrias), roedores, zorros, pumas y jaguares, entre otros. La mayoría de ellos fue usada, en distinta medida, como alimento por los primeros cazadores, y algunos animales, como el zorro, tuvieron al parecer valor simbólico, tanto ritual como funerario.

En ese ambiente se instalaron los primeros pobladores. Ocuparon reparadas cuevas en las partes altas de los cañadones, donde corrían riachos o arroyos, y en las paredes rocosas que bordeaban antiguos bajos con lagunas o lagos. También establecieron campamentos a cielo abierto en las planicies donde afloraban rocas para tallar, o cerca de antiguos lagos –hoy salitrales– donde la abundancia de agua y pastos atraía a los animales, pero esos sitios al aire libre, afectados por la erosión y el tiempo, son difíciles de encontrar e interpretar.

En cambio, la ocupación de las tierras cercanas a la cordillera fue un poco más tardía pues allí perduraron condiciones más frías. También es probable que algunos grupos acamparan temporariamente en el litoral marino para aprovechar sus recursos, en especial los mamíferos marinos y los moluscos. Si así ocurrió, sus restos se encuentran hoy bajo el océano, lejos de la costa actual.

El oriente de la llanura pampeana

Las tierras del centro y sur de la actual provincia de Buenos Aires forman parte de la región pampeana propiamente dicha, o pampa húmeda. Hoy se presenta como una llanura apenas ondulada interrumpida al sur por las sierras de Tandilia y de Ventania que, a modo de cuña, dividen en dos la llanura, y cuya altura apenas excede los 1000 metros sobre el nivel del mar. El suelo, formado por sedimentos pardos o negros con alto contenido orgánico (*humus*), se torna más arenoso hacia el oeste y hacia el sur. Prevalece un clima templado y húmedo, con lluvias más intensas en primavera y otoño. En la vegetación predominan gramíneas y arbustos, con varias y complejas comunidades vegetales, en especial en el área serrana.

También aquí, a fines del Pleistoceno, cuando llegaron los primeros grupos humanos, las condiciones eran muy distintas. Aunque la llanura bonaerense no fue afectada por los glaciares, el clima era más seco y frío que el actual, y los secos y huracanados vientos de la cordillera arrastraban nubes de polvo que depositaban en las partes llanas, lo que dio lugar a la base de los suelos actuales. La estepa árida dominaba la región. El territorio era además más amplio pues, debido al descenso de las aguas del océano, el litoral atlántico se hallaba unos 100 kilómetros más al este.

Las sierras de Tandilia y Ventania, geológicamente muy antiguas, presentaban muchos lugares que ofrecían protección –cuevas, abrigos y aleros rocosos– y recursos básicos como leña, animales y agua, disponible en manantiales, arroyos y lagunas. En la llanura que las rodeaba vivía una variada fauna que comprendía tanto especies hoy vivientes como otras ex-

tinguidas: grandes mamíferos, especialmente herbívoros, compartían el espacio con guanacos, venados, ñandúes, armadillos, coipos (o nutrias), roedores, zorros y pumas, entre otros. Casi todos esos animales sirvieron como alimento a los primeros cazadores; algunos, como el zorro, tuvieron al parecer valor simbólico, tanto ritual como funerario.

El litoral fluvial y las tierras bajas orientales

También el actual litoral fluvial argentino y las tierras vecinas de Brasil y Paraguay presentaban condiciones muy distintas durante el último avance glacial. Predominaban entonces condiciones más frías y secas y extensas sabanas semidesérticas dominaban el paisaje. En el trópico, había disminuido la extensión de los bosques y la selva tropical se redujo hasta quedar limitada a algunos manchones en el paisaje. En la costa atlántica, más retirada hacia el este, se extendían amplias llanuras con vegetación abierta y abundantes recursos vegetales y faunísticos. Toda la región –que fue uno los caminos transitados por los primeros pobladores– era un área rica, apta para la ocupación humana.

Hacia fines del Pleistoceno e inicios del Holoceno, estas condiciones se invirtieron. Las temperaturas comenzaron a ascender, los vientos predominantes cambiaron al este, aumentaron las precipitaciones y la humedad, creció el caudal de los ríos y algunos, como el Paraná, modificaron su cauce. En el norte, las laderas de los macizos montañosos del actual Brasil se cubrieron de bosques y en las planicies altas de esos mismos macizos se formaron lagunas y pantanos; en las llanuras, la selva tropical invadió praderas y sabanas y formó una masa continua. En tanto, las costas se angostaban y cubrían de manglares y esteros; hacia el sur, se extendieron pastizales y praderas.

El área puneña y circumpuneña

La Puna, extensa planicie a más de 3500 metros sobre el nivel de mar, abarca el extremo noroeste de la actual Argentina y se prolonga hacia el norte en el altiplano boliviano y hacia el oeste en el desierto atacameño. El ambiente puneño es frío y árido, y la monotonía del paisaje es interrumpida por serranías, altos volcanes nevados y extensos salares. Aunque el agua es muy escasa, algunas cuencas cerradas forman verdaderos oasis donde la vida es posible.

A fines del Pleistoceno, cuando los primeros hombres se establecieron allí, el límite de las nieves permanentes era más bajo y el clima más frío y húmedo; las precipitaciones superaban los 500 milímetros anuales de promedio, pues, a diferencia de lo que ocurre hoy en día, los

vientos dominantes provenían del Pacífico. Como consecuencia, la disponibilidad de agua era mayor. Cauces hoy secos debieron llevar entonces agua y los actuales salares eran extensas lagunas. Había amplias zonas áridas, pero la extensión de los pastizales de gramíneas y herbáceas debe haber sido mayor, sosteniendo la vida de una rica fauna formada tanto por especies hoy extintas –caballo americano y algunos camélidos, entre otras– como actuales –el guanaco y la vicuña–.

Estas características se prolongaron hasta comienzos del Holoceno, aunque ya se perfilaban condiciones menos frías y de mayor sequedad, las que se acentuaron unos 8000 años atrás. Por ese motivo, es razonable pensar que los primeros pobladores se establecieron en las quebradas de acceso a la Puna, espacios más protegidos y reparados que las planicies más altas. Desde esas quebradas, durante el verano, los cazadores podían acceder a los recursos faunísticos y vegetales de la altiplanicie y también a los productos de los valles y quebradas de altura media.

Los testimonios arqueológicos

Los testimonios tempranos del poblamiento son escasos; muchos ofrecen dudas sobre su ubicación cronológica y, en general, los fechados radiocarbónicos se encuentran sometidos a revisión. Aun así, esos testimonios nos hablan de grupos humanos pequeños y móviles, que raras veces permanecían mucho tiempo en un lugar, aunque solían volver regularmente a aquellos que ofrecían condiciones más ventajosas. De todos modos, los sitios más tempranos conocidos sugieren que sus ocupantes tenían ya un buen conocimiento del territorio y sus recursos –protección, agua, caza, materias primas–, lo que les habría permitido elegir los lugares más aptos para su instalación, ya fueran cuevas o sitios al aire libre.

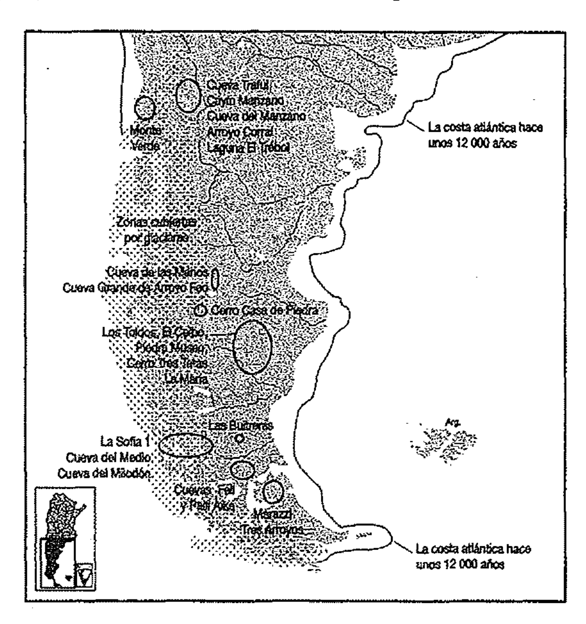
El sur patagónico-fueguino

Del sur patagónico provienen los testimonios más tempranos del poblamiento. Los más antiguos se sitúan en la meseta central santacruceña, al este del meridiano 70 y al sur del río Deseado, una zona favorable por su disponibilidad de agua, pastos, animales y piedras para tallar. Según fechados radiocarbónicos, los testimonios más antiguos se remontan a más de 12 000 años atrás, aunque las fechas más tempranas –Abrigo El Puesto 1 de Piedra Museo y Cueva 3 de Los Toldos– ofrecen algunas dudas. Los fechados, en cambio, se hacen más numerosos y seguros entre 11 000 y 9000 años atrás.

El territorio patagónico-fueguino entre fines del Pleistoceno y comienzos del Holoceno

Los sitios más antiguos se distribuyen entre el paralelo 46 y la actual isla de Tierra del Fuego, entonces unida al continente por el descenso del nivel de los océanos. Por ese mismo motivo, la masa continental era más ancha: la costa del Atlántico se encontraba más al este y, por el lado del Pacífico, incluía los actuales archipiélagos fueguinos. Buena parte de la porción andina de la Patagonia se encontraba todavía cubierta por glaciares.

Son pocos los sitios con testimonios seguros. Los más antiguos –Piedra Museo, Los Toldos, El Ceibo, Cerro Tres Tetas y La María– se encuentran en la meseta central santacruceña. Más al sur, entre el río Gallegos y la actual costa del estrecho de Magallanes, distintas cuevas



–Las Buitreras, Lago Sofía 1, del Medio, del Milodón, Fell y Palli Aike– brindaron también testimonios tempranos del poblamiento. En Tierra de Fuego se ubican Tres Arroyos y Marazzi.

Al norte, hacia la cordillera andina, deben mencionarse las cuevas de las Manos y Grande de Arroyo Feo en el valle del río Pinturas, la Cueva 7 del cerro Casa de Piedra y los sitios de la cuenca del río Limay, como Traful, Cuyín Manzano, Cueva del Manzano, Arroyo Corral y laguna El Trébol.

La disponibilidad de agua era determinante en la elección del lugar. El Cañadón de Las Cuevas –donde se encuentra la Cueva 3 de Los Toldos–, era atravesado por un curso de agua del que hoy queda un pequeño arroyo temporario. El Ceibo se ubica al pie del acantilado que rodea por el norte a un gran bajo que fue un antiguo lago, y aún hoy existen en el lugar numerosas fuentes de agua potable. El Puesto 1 de Piedra Museo está emplazado sobre una barranca a cuyo pie se extendía una gran laguna convertida hoy en una amplia depresión salitrosa. Por supuesto, también se tenía en cuenta la facilidad de acceso a otros recursos, como animales para cazar, leña –importante para calentar abrigos y aleros en el invierno– y piedras para la confección de instrumentos.

El arte rupestre de Patagonia

El arte rupestre es la forma de expresión más conocida y admirada de los cazadores patagónicos. Esas pinturas, realizadas sobre paredes y techos de cuevas y abrigos, se remontan a la época de las primeras ocupaciones humanas. La variedad de motivos y técnicas empleadas ha permitido a los especialistas distinguir "estilos" que, en ciertos lugares y épocas, coexisten o se combinan. Algunos tuvieron una vida más restringida; otros se extendieron ampliamente en el espacio y el tiempo. Las manifestaciones más tempranas consisten principalmente en pinturas de manos en negativo, escenas de caza y motivos geométricos simples.
Las improntas de manos en negativo, abundantes en Patagonia y con



una amplia difusión espacio-temporal, parecen haber formado parte del acerbo cultural de los primeros cazadores. Con un hisopo o pincel embebido en pintura se contorneaba la mano apoyada en la roca; luego, se cubría la superficie que la rodeaba, ya fuera salpicándola o bien "soplando" la pintura con la boca o mediante un tubo ahuecado. Los colores más frecuentes son el negro, el rojo y el blanco, y las figuras pueden aparecer aisladas o agrupadas, como las del río Pinturas o las del cañadón de Los Toldos.

Las escenas de cacerías colectivas muestran, con gran dinamismo, a hombres y guanacos. El lugar destacado del guanaco refleja su importancia para esas sociedades. Las figuras humanas, en cambio, son más pequeñas y esquemáticas. El número de cazadores representados puede ir de menos de una decena a más de cincuenta, lo que implica que, a veces, participaban cazadores de distintas bandas. Usando principalmente el rojo, el negro, el ocre y el amarillo, sus autores aprovecharon las rugosidades naturales de las paredes para representar rasgos del espacio en que se despliegan animales y cazadores. Las más conocidas y bellas son las de la Cueva de las Manos, en río Pinturas, donde coexisten con improntas de manos en negativo, como muestra la ilustración. Por último, la representación de motivos geométricos simples –círculos, zigzags, espirales, tridígitos, trazos en V, figuras laberintiformes– tuvo gran extensión y su importancia fue creciendo con el tiempo. Estos motivos pueden aparecer solos o combinados con algunos de los anteriores.

Todas estas obras son comparables, por su calidad estética y por la destreza técnica con la que fueron confeccionadas, con las grandes manifestaciones del arte parietal del Paleolítico superior europeo, del cual fueron casi contemporáneas.

En Piedra Museo, por ejemplo, esos variados y vitales recursos se encontraban en el perímetro del antiguo lago; su emplazamiento lo convirtió en un punto óptimo para cazar, pues desde allí podían divisarse las tropillas de animales que se dirigían a abrevar en la antigua laguna y se tenía una amplia panorámica del paisaje. La extensa meseta que se extendía al oeste, y las serranías ubicadas al este, al noroeste y al sudoeste, donde se hallaron restos de canteras y talleres, proveían la materia prima con la que se elaboraron los artefactos más antiguos.

En todos esos sitios hay testimonios de distintas ocupaciones humanas a lo largo del tiempo. Predominan los instrumentos de piedra, algunos fogones y restos óseos de animales. Ellos nos informan acerca de la tecnología y los recursos usados, las actividades económicas, la organi-

zación y el uso del espacio en los asentamientos. Algunas de las magníficas pinturas realizadas sobre las paredes de cuevas y abrigos arrojan alguna luz sobre el universo simbólico de esos antiguos cazadores. Esas manifestaciones rupestres se hallan en distintas partes del territorio patagónico; las más tempranas y las de mayor complejidad y belleza se encuentran en la Patagonia central, como los conjuntos del río Pinturas.

Aunque también deben haberse utilizado el hueso y el cuero –sus restos no se han conservado–, los artefactos conocidos más antiguos son instrumentos tallados en piedra. En la preparación de esos instrumentos se emplearon piedras del lugar, siendo característicos los realizados sobre lascas –fragmentos desprendidos por percusión de un núcleo de piedra– grandes y anchas, de formas variables, con retoques marginales en una de sus caras. Algo después, unos 11 000 años atrás, aparecieron instrumentos con trabajo bifacial: se trataba de puntas de proyectil que debieron ir unidas a un astil. Esas puntas, delgadas y de forma subtriangular, son características de una industria conocida como *toldense* –por la cueva de Los Toldos, donde fue reconocida en un principio–, que incluye también raspadores y raederas unifaciales, cuchillos y hojas largas bifaciales. Corresponden a esta etapa algunos artefactos de hueso, como retocadores, punzones finos y piezas tubulares de huesos de aves. En Piedra Museo aparecen también, en un nivel superpuesto al más antiguo, unas puntas bifaciales llamadas "cola de pescado" por la forma en que termina su pedúnculo. Estas puntas son comunes en muchos sitios de Patagonia y de la llanura pampeana, y tienen una antigüedad supuesta de entre 11 000 y 10 000 años.

Los restos de animales encontrados en los sitios muestran que sus ocupantes no se dedicaban a la caza especializada de grandes herbívoros pleistocénicos, como se propuso para los cazadores Clovis. Por cierto, aparecen en los sitios restos de fauna extinguida –caballo americano, un camélido similar a la vicuña actual, milodón y aves corredoras– pero son relativamente pocos pues, además de las dificultades propias de su captura, esos animales habían comenzado ya su largo proceso de extinción. En cambio, son abundantes los restos de una variada fauna aún viviente: estos cazadores hacían un consumo intenso de variadas especies, como el guanaco, cuya importancia fue cada vez mayor, el ñandú, el puma, la martineta y algunos roedores. Preferían una estrategia de caza generalizada y oportunista –esto es, volcada a la captura de un amplio espectro de especies según las tuvieran a su alcance– más que a una caza programada de especies bien determinadas o fijas.

El trabajo de la piedra

El material lítico, es decir, las piezas confeccionadas con piedra, tiene especial significación para los arqueólogos por su durabilidad, en especial para los períodos más tempranos pues los objetos confeccionados con otros materiales –cuero, hueso, madera– raras veces se han conservado. Los especialistas denominan "núcleos" a los bloques o trozos de piedra que se encuentran en el entorno, y "lascas" a las láminas que los talladores desprenden de los núcleos por percusión o presión. Aunque en ocasiones algunos instrumentos o herramientas se confeccionan a partir de núcleos –generalmente aquellos de gran tamaño, como algunas hachas– en general se prefieren las lascas, de menor tamaño y formas más definidas. Una vez obtenidas las lascas, se les da la forma buscada y el filo necesario, según el uso que se les vaya a dar. Este trabajo, más delicado, se realiza por percusión, es decir, golpeando sobre la laja con un percutor, o mediante presión, es decir, golpeando sobre una pieza intermedia o retocador apoyada en la lasca que transmite el impacto. El tallado por presión permite un acabado más fino, por lo que se usa preferentemente para retocar los bordes y filos. El trabajo de las piezas puede realizarse sobre una sola de las caras (unifacial) o sobre las dos caras (bifacial).

Los arqueólogos clasifican los objetos según diversos criterios. Además del material usado y de las técnicas empleadas, se toma en cuenta la función principal que esos artefactos debieron tener. Muchas veces, un instrumento servía para diferentes usos, como cortar, machacar, extraer raíces, partir huesos para extraer la médula. Otros, en cambio, tenían por su forma funciones más precisas: puntas que solían estar unidas a astiles de madera, raspadores, raederas, punzones, cuchillos. En sociedades de cazadores, estos instrumentos estaban vinculados a la caza (puntas de distintos tamaños y formas), al procesamiento de los animales y al trabajo de los productos derivados como la carne, los huesos y los cueros.

Los distintos sitios se diferenciaban principalmente por la o las funciones que cada uno parece haber desempeñado dentro de sistemas de amplia movilidad regional. Algunos lugares fueron usados sólo para ciertas actividades, como la reactivación de los filos de instrumentos y la faena de las piezas cazadas cerca, de las que sólo se consumían en el lugar las partes con menor rendimiento de carne; las piezas anatómicas mayores –cuartos traseros y delanteros– debieron haber sido traslada-

das. En otros sitios se realizaba el procesamiento final, por ejemplo, el descarne y la fractura de los huesos para extraer la médula, y la utilización de las presas obtenidas y trasladadas desde los lugares de matanza. También se procesaban allí cueros y pieles, esenciales como abrigo durante los crudos inviernos. Debieron existir además ocupaciones al aire libre –canteras, talleres, lugares de acecho y caza– cuyos restos no se conservaron o no han sido hallados.

En el extremo sur, sobre las tierras que bordean la actual costa del estrecho de Magallanes y la isla de Tierra del Fuego –todavía unida al continente por un puente terrestre–, un conjunto de sitios en territorios que hoy pertenecen a la Argentina y a Chile testimonian la presencia temprana del hombre. En cuevas y abrigos, artefactos y restos de fauna prueban la contemporaneidad de esos grupos humanos con especies hoy extinguidas.

En Las Buitreras, una cueva en el curso medio del río Gallegos, los restos encontrados, tanto faunísticos como líticos, sugieren ocupaciones temporarias y de poca actividad. Esas primeras ocupaciones se remontaban a más de 8000 años atrás, a juzgar por la capa de cenizas volcánicas que las cubre. Las Buitreras debió formar parte de un circuito de movilidad que incluía otros sitios, como las cuevas de Fell y Palli Aike, a unos cincuenta kilómetros de distancia, sobre las costas del estrecho de Magallanes. En Fell, los restos más antiguos –fechados en unos 11 000 años A.P.– incluían puntas del tipo "cola de pescado" y otros instrumentos asociados con huesos de fauna extinguida, aunque los principales recursos eran el guanaco, el ñandú y algunos animales pequeños. La vecina cueva de Palli Aike, en cambio, fue ocupada más tardíamente, algo menos de 9000 años atrás.

Más al oeste, cerca de la bahía de Última Esperanza, varias cuevas muestran ocupaciones antiguas. La Cueva del Milodón, conocida desde fines del siglo XIX, se hizo famosa por el hallazgo de restos de ese mamífero extinguido, en excelente estado de conservación, junto a instrumentos de piedra. A fines del Pleistoceno, la zona presentaba óptimas condiciones para el poblamiento: la actual bahía era un gran lago alimentado por el agua de los glaciares, y poseía ambientes aptos para el asentamiento humano donde vivía una rica fauna. Esos sitios, fechados entre 11 000 y 9500 años atrás, permitieron recuperar variados instrumentos de piedra, como puntas, raspadores, raederas y cuchillos. Los restos de fauna muestran que los cazadores capturaban guanacos y otros especímenes aún vivientes, así como animales hoy extinguidos, entre los que se destaca el caballo americano.

Algunos grupos de cazadores vivían en esta época en el territorio de Tierra del Fuego, todavía unido al continente, al menos en su parte central. Dos sitios parecen tener una alta antigüedad: Tres Arroyos y Marazzi. El primero, un abrigo rocoso en la porción chilena de la isla, proporcionó lascas e instrumentos asociados a huesos de caballo americano y guanaco, y restos de fogones que permitieron fechar el nivel más antiguo en unos de 10 000 años A.P. Marazzi, cerca de Bahía Inútil, fue usado esporádicamente, unos 9500 años atrás, por cazadores que capturaban y consumían guanacos, algunas aves, ocasionalmente zorros, e incluso mariscos, pese a estar algo alejados de la costa; en cambio, no se hallaron restos de fauna extinguida.

La ocupación de las tierras situadas al oeste del meridiano 70°, en la actual provincia de Santa Cruz, fue más tardía que la de la meseta central, seguramente porque allí perduraron condiciones de frío más riguroso. Sin embargo, a comienzos del Holoceno había ocupaciones en dos lugares al menos: el valle del río Pinturas y las planicies vecinas y, un poco más al sur, en el actual Parque Nacional Perito Moreno, cerca del lago Burmeister.

En los profundos cañadones que flanquean el río Pinturas, un afluente del río Deseado, se encuentran dos sitios de singular importancia arqueológica: la Cueva de las Manos, conocida por sus magníficas pinturas rupestres, y la Cueva Grande del Arroyo Feo, sobre un pequeño afluente. Ambas brindan testimonios de tempranas ocupaciones humanas, entre unos 9500 y 9300 años atrás. En el actual Parque Nacional Perito Moreno, en una cueva del cerro Casa de Piedra, se encontraron restos de ocupaciones que se remontan al menos a unos 9700 años atrás. Los vestigios más antiguos son muy escasos, índices de ocupaciones breves por parte de pequeños grupos que, seguramente, comenzaban entonces a explorar la región.

Los materiales conservados y las pinturas rupestres permiten conocer algo más acerca de la vida de estos tempranos cazadores. Esas bandas se movían según las estaciones para aprovechar los variados recursos de caza y recolección de distintos microambientes, con diferencias de altitud y relieve, como el límite entre bosque y estepa, la estepa abierta, el cañadón del río. Deben haber conocido bien esas diferencias para programar a partir de ellas sus actividades de caza, recolección y obtención de leña y materias primas, especialmente piedras adecuadas para la confección de instrumentos.

Más al norte, en el oeste de las actuales provincias de Neuquén y Río Negro, en o cerca de la cuenca del río Limay, los testimonios de tem-

pranas ocupaciones humanas en algunas cuevas se remontan a fechas similares. Entre las conocidas hasta ahora se encuentran las de Cuyín Manzano y Traful, esta última con ocupaciones que se remontan a más de 9000 años atrás.

Los restos más tempranos de la cueva Traful son instrumentos de piedra no especializados y huesos de cánidos. Hace unos 7800 años, aparecen puntas bifaciales de forma triangular y sin pedúnculo. Para esta época, el guanaco era ya el principal recurso para los cazadores de la región. En la laguna El Trébol, dentro del tejido urbano de la actual ciudad de Bariloche, hallazgos recientes sugieren que grupos humanos convivieron con fauna extinta –al menos con el milodón–, lo que haría remontar su antigüedad a unos 10 000 años atrás.

La llanura pampeana sudoriental

A fines del Pleistoceno, hace al menos unos 11 000 años, grupos de cazadores-recolectores y especies animales hoy extinguidas convivían en las sierras del sistema de Tandilia y en la llanura vecina. Varios sitios arqueológicos investigados en las últimas décadas testimonian esa historia inicial que ocupa el último milenio del Pleistoceno y el comienzo del Holoceno.

En el sector oriental de Tandilia, seis sitios documentan ocupaciones muy tempranas, fechadas entre 10 500 y 9600 años A.P. Tres de ellos, como por ejemplo Cueva Tixi, eran campamentos-base situados en lugares privilegiados, con una amplia vista panorámica de la llanura vecina que permitía visualizar el movimiento de animales y hombres así como otros importantes recursos: arroyos y lagunas donde proveerse de agua, árboles o arbustos para procurarse leña. Esos campamentos permanentes brindan amplio testimonio de las actividades de los cazadores-recolectores. En cambio, otros sitios, como Amalia Cueva 2, sólo sirvieron para realizar algunas actividades específicas. Pequeños o ubicados en lugares de difícil acceso, se cree que eran campamentos usados transitoriamente durante los desplazamientos para cazar, recolectar u obtener piedras para la fabricación de instrumentos.

Más al oeste, en la porción central del sistema de Tandilia, en los cerros El Sombrero y La China, se hallaron restos de esos cazadores tempranos fechados entre 11 000 y 10 000 años atrás. Básicamente, consisten en numerosos instrumentos de piedra, entre los que se destaca una importante cantidad de las puntas de proyectil llamadas "cola de pescado". El hallazgo de algunos restos óseos en el cerro La China, entre ellos una placa de gliptodonte asociada a instrumentos, muestra

que esos cazadores convivieron con fauna extinta. Teniendo en cuenta los fechados y las características del material recuperado, es posible afirmar que las ocupaciones en ambos cerros estaban relacionadas, y que las diferencias se debieron a las distintas actividades llevadas a cabo en cada lugar.

En la llanura que se extiende entre las sierras de Tandilia y Ventania, cerca de la ciudad actual de Tres Arroyos, se encuentra Arroyo Seco, sitio a cielo abierto con restos superpuestos de varios campamentos y de entierros humanos, algunos con ajuar funerario, que testimonian una larga serie de ocupaciones recurrentes. En los niveles más antiguos se encontraron instrumentos de piedra, así como la mitad de una piedra de boleadora, asociados a abundantes restos de guanaco, venado de las pampas y especies extintas como caballos americanos y megaterios, entre otras. Estas primeras ocupaciones se han fechado en unos 11 000 a 8500 años atrás. Pero el hallazgo más significativo fueron los esqueletos de dieciocho individuos, en su mayor parte completos.

En el sitio Paso Otero 5, a orillas de río Quequén, se hallaron los restos de un gran campamento fechado en algo más de 10 000 años A.P. Se encontró allí una gran cantidad de restos de fauna extinta, como megaterios, toxodones y caballos americanos. Los animales, que se acercaban al río para beber, eran cazados por los hombres que allí acechaban y que, en ese mismo lugar, faenaban las piezas capturadas y las consumían. La falta de leña en la llanura llevó al uso de huesos secos de animales de gran tamaño como combustible. Debido a las posibilidades de abundante caza, es posible que Paso Otero 5 fuera uno de los lugares donde distintas bandas se reunían periódicamente para realizar rituales conjuntos, concretar matrimonios e intercambiar información o valiosos bienes. La cantidad de restos de animales hace pensar en una actividad realizada en conjunto por un grupo mayor de cazadores, destinada a un número importante de consumidores.

El análisis del conjunto de los restos recuperados muestra que esas sociedades habían adaptado ya su modo de vida a las condiciones del medio, desarrollando estrategias adecuadas para aprovechar los recursos que éste les ofrecía. Dichas estrategias consistían, ante todo, en la movilidad en amplios circuitos a fin de aprovechar los recursos propios de cada nicho ecológico, pues los grupos se trasladaban frecuentemente para cazar, recolectar, obtener materias primas para la confección de instrumentos y reunirse con otros grupos. También testimonian que esa movilidad se sustentaba en un uso planificado del espacio, con distintos tipos de asentamientos.

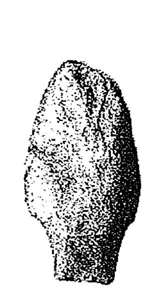
En efecto, algunos eran campamentos-base, esto es, lugares de residencia bien provistos en los cuales los grupos permanecían durante un tiempo mayor y realizaban la mayoría de las actividades domésticas. Otros, en cambio, servían como campamentos temporarios, usados durante los desplazamientos o para algunas funciones específicas, como matanza o avistaje. Había también en las sierras canteras donde obtenían rocas, así como talleres, principalmente destinados al trabajo de la piedra. Por último, no puede descartarse la existencia de campamentos sobre la costa para aprovechar recursos marinos.

En esos sitios, en especial en los campamentos permanentes, los arqueólogos encontraron múltiples testimonios de las actividades económicas de esos cazadores-recolectores. Abundan allí restos de la producción de instrumentos de piedra, de talla intensa y continua. También deben haber fabricado artefactos con materiales perecederos –fibras vegetales, pieles, madera y hueso– que no se conservaron debido a la humedad de la zona. Los instrumentos encontrados brindan abundante información acerca de los amplios circuitos que debían realizar para obtener las piedras y transportarlas a los campamentos. Las rocas más aptas de la región –cuarcitas de grano fino– provenían de canteras situadas al menos a unos 100 kilómetros hacia el este, en tanto otras eran traídas desde las sierras de Ventana, a más de 300 kilómetros. Los cazadores también usaron cantos rodados de las playas atlánticas, entonces bastante alejadas, y se encontraron artefactos fabricados con una roca silícea de color rojo, proveniente, quizá, del actual territorio uruguayo. Esto indicaría que los cazadores pampeanos participaban de amplios circuitos de intercambio, más allá de los límites regionales.

Sobre puntas de proyectil, piedras de color y niños talladores...
Un elemento que aparece en forma recurrente en sitios de la pampa y Patagonia, y que luego desaparece, son las puntas conocidas como "cola de pescado" por la forma que toma el extremo del pedúnculo. Estas puntas, que se ubican entre unos 11 000 y 10 000 años atrás, alcanzaron gran extensión en el cono sur y son abundantes en los sitios pampeanos. Para el arqueólogo Gustavo Politis, esto significa que, para esa época y esa vasta región, los pueblos originarios, pertenecieran o no a los mismos grupos, compartían algunos conceptos tecnológicos –muy complejos, a juzgar por lo elaborado de esas puntas– y estéticos.



Cueva Fell, Chile
(basalto)





Cerro La China, Buenos Aires
(cuarcita blanca)

Puntas "cola de pescado"

La existencia de conceptos estéticos que trascendían los aspectos tecnológicos fue puesta de relieve por Nora Flegenheimer. Nora observó que en las sierras de Tandilia las rocas predominantes son las ortocuarcitas blancas (un 80%). Sin embargo, en los hallazgos en los sitios la relación se invierte y predominan las ortocuarcitas de colores. Ambas rocas son de calidad similar para la fabricación de artefactos. Por eso, es difícil explicar en términos económicos o utilitarios por qué se eligieron las de color, más escasas y sin ventajas tecnológicas. Hay que pensar entonces que fueron factores sociales, estéticos y simbólicos los que intervinieron en esa selección.

Finalmente, otro hallazgo llevó a considerar aspectos sociales al buscar explicaciones. Entre las puntas de proyectil halladas en la cima del cerro El Sombrero, hay algunas de pequeño tamaño y menos elaboradas, lo que plantea dudas sobre su uso. Politis sugirió que podrían ser puntas producidas por niños como parte de un proceso de aprendizaje de la tecnología lítica por imitación del trabajo de los adultos, lo que nos introduce en un tema a veces olvidado, el de la transmisión de habilidades y conocimientos en las antiguas sociedades de cazadores-recolectores.

Esos artefactos tenían formas y funciones diferenciadas y, como era de esperar en una sociedad de cazadores, eran usados principalmente en actividades vinculadas a la caza misma, como despostar a los animales y procesar la carne, los huesos, los cueros y las pieles, a fin de obtener alimentos y materias primas para la confección de toldos, abrigos y ropas, esenciales en esas frías condiciones. En la producción de artefactos de

piedra, se destacan particularmente las llamadas puntas "cola de pescado", recuperadas en gran cantidad en los sitios de la región.

Los desechos acumulados en las cuevas también brindan información acerca de la fauna local, y de su uso por parte de los cazadores. En el oriente de Tandilia, las piezas más grandes capturadas eran ciervos, guanacos y ñandúes, aunque no desdeñaban animales más pequeños, como vizcachas, coipos y armadillos. Más al oeste, principalmente en la llanura, también eran importantes grandes herbívoros hoy extinguidos. Tal conjunto faunístico muestra un aprovechamiento muy amplio y variado de los recursos disponibles por los pobladores tempranos de la región.

El área circumpuneña

Un conjunto de sitios arqueológicos ubicado en los bordes oriental y occidental de la Puna registra la presencia de cazadores-recolectores tempranos. En el este, en el actual territorio argentino, se trata de cuevas o abrigos rocosos situados en quebradas laterales de la Puna conectadas a la de Humahuaca (actual provincia de Jujuy), como Las Cuevas, Inca Cueva 4, Alero de las Circunferencias y Cueva III de Huachichocana. Más al sur, en territorio catamarqueño, cerca de Antofagasta de la Sierra, se encuentra la cueva de Quebrada Seca 3. Los fechados radiocarbónicos disponibles ubican esas primeras ocupaciones humanas entre aproximadamente 11 000 y 9000 años atrás. En el borde de la Puna que mira hacia el océano Pacífico, al menos dos sitios –los abrigos de Tuina y San Lorenzo, entre las actuales ciudades chilenas de Calama y San Pedro de Atacama– presentan indicios de ocupaciones tempranas contemporáneas –y quizás algo anteriores– de las de la vertiente oriental.

El instrumental y los restos de fauna y vegetación hallados dan cuenta del modo de vida de esas sociedades. Eran grupos muy pequeños de cazadores-recolectores que se movían en amplios circuitos regionales a fin de aprovechar al máximo los variados y ricos recursos de tres medioambientes: la puna, las quebradas y los valles cercanos. La disponibilidad de tales recursos variaba según las estaciones, obligando a los cazadores a amplios desplazamientos.

En ese gran circuito, los sitios cumplían distintas funciones. Algunos, más cercanos a la Puna, como las cuevas de Huachichocana, eran lugares de albergue utilizados durante la primavera y comienzos de verano, aptos para la caza de camélidos y que posibilitaban el acceso a productos de los valles más bajos. Al iniciarse el otoño, con la desaparición de las lluvias y el comienzo de las bajas temperaturas, se establecían asenta-

mientos de mayor permanencia. Se proveían, principalmente, de roedores y alimentos vegetales, y manufacturaban algunas materias primas derivadas de la caza y la recolección.

Estos sitios, como Inca Cueva 4, estaban mejor acondicionados para hacer más confortable la estadía, por lo que es probable que los cazadores volvieran a ellos cada año. Allí inhumaban a sus muertos y realizaban sus rituales. Inca Cueva 4 fue usada en forma recurrente durante casi un milenio y medio: a modo de rudimentaria vivienda semisubterránea, sus ocupantes cavaron en ella un recinto circular de unos dos metros y medio de diámetro. Adentro, se encontraron algunos fogones, que se supone eran limpiados periódicamente y sus cenizas arrojadas en un basurero fuera de la cueva. Además, abrieron pozos con el fondo revestido con paja, que deben haber servido como depósitos, a juzgar por los restos vegetales recuperados.

Los ocupantes de Inca Cueva 4 centraban su actividad en la captura y consumo de roedores, como la vizcacha de la sierra, y en el procesamiento de algunas partes de camélidos –cuartos traseros y delanteros, con alto rendimiento de carne– que debieron cazar y destazar en lugares más alejados, transportando a la cueva sólo las partes más rendidoras. También procesaban los huesos largos para extraer la médula, de gran valor calórico. En Huachichocana, en cambio, se procesaban camélidos cazados en las cercanías; los animales más jóvenes –con menor rendimiento cárnico– se consumían en el lugar, en tanto que las partes más rendidoras de animales adultos se transportaban a otros sitios.

Los pobladores tempranos de la región circumpuneña disponían de un amplio repertorio de herramientas e instrumentos, entre los cuales se destacan las puntas de proyectil de forma triangular, sin pedúnculo. Pero la sequedad de la zona permitió la conservación de restos de otros materiales: así, sabemos que, además del trabajo de la piedra, desarrollaron técnicas especiales para fabricar cestas y cordeles y confeccionar adornos con fibras vegetales y animales, e incluso con plumas. La presencia de pezuñas de cérvido con orificios para colgarlas hacen suponer su uso para el adorno personal.

De Inca Cueva provienen los testimonios más tempranos del universo simbólico de esos grupos: un conjunto de pinturas realizadas sobre las paredes que representan formas geométricas simples de color rojo, ocre, amarillo y negro. El hallazgo de una posible inhumación secundaria en Huachichocana III refiere también a ese universo simbólico. En este caso, la presencia de un entierro –el hecho de de-

jar allí al muerto– permite suponer que los ocupantes del sitio preveían retornar al lugar.

Los sitios también testimonian el uso de productos originarios de lugares lejanos, en particular de las zonas más bajas, como plumas de aves, cañas macizas, grandes caracoles terrestres, ajíes, algarrobo y cactáceas, tal vez usadas por sus propiedades alucinógenas. Ahora bien, como para esta época no existe evidencia de ocupaciones en la región valliserrana o en las selvas orientales del actual noroeste argentino, cabe la posibilidad de que los habitantes de la zona circumpuneña se trasladaran para obtenerlos, o bien que accedieran a ellos mediante intercambios, lo que supondría la existencia de pobladores en esas regiones sobre los cuales no tenemos testimonios.

Este modelo de movilidad estacional programada entre zonas con recursos abundantes y con asentamientos diversos supone un flujo permanente de información e interacción entre los grupos, así como el conocimiento de la localización, distribución y posibilidades de acceso de esos recursos a veces lejanos. Para su correcto funcionamiento, era necesario que esas regiones –valliserrana y selvas orientales– estuvieran habitadas, o al menos que hubiesen sido exploradas previamente. De hecho, la complejidad de esta organización de la vida comunitaria lleva a pensar que la presencia de los primeros grupos humanos en la región debe haber sido más antigua y que los sitios hallados representan una etapa más avanzada en la ocupación del espacio.

Los primeros pobladores de Cuyo

Entre el Pleistoceno final y comienzos del Holoceno, favorecidos por las condiciones de la región, algunos cazadores-recolectores vivían en la región cuyana, en la actual provincia de Mendoza, asentados en especial en torno a los cursos de agua. El deshielo de los glaciares andinos, iniciado poco tiempo antes, alimentaba cursos de agua de importantes caudales, en torno a los cuales era posible la existencia de una rica vida vegetal y animal, con especies hoy extinguidas como el caballo americano, el milodón y el megaterio. Además, las condiciones más frías y húmedas del Pleistoceno permitían la formación de estepas en lugares hoy casi desérticos, y en muchas partes de la precordillera se daba una vegetación similar a la del monte actual.

Agua, pastos y animales fueron aprovechados por los grupos humanos que, al parecer, alcanzaron la región hacia finales del Pleistoceno. Más allá de algunos hallazgos en superficie, la presencia de tales poblaciones quedó registrada en Gruta del Indio del Rincón del Atuel,

en el curso medio del Atuel, a 700 metros sobre el nivel del mar, y en Agua de la Cueva, un amplio abrigo a unos 2900 metros sobre el nivel del mar situado en el norte de la misma provincia. Esas ocupaciones humanas más tempranas parecen ubicarse entre unos 12 000 y 9000 años atrás.

Ambos sitios presentan importantes diferencias. Los ocupantes de la Gruta del Indio aprovecharon la megafauna pleistocénica. Los restos encontrados –excrementos fosilizados, restos de piel y partes de la coraza, huesos– sugieren que la cueva servía de refugio a grandes herbívoros extintos –milodón, megaterio, caballo– desde mucho antes de la llegada del hombre, motivo que probablemente atrajera a los cazadores a la cueva. No obstante, los testimonios hallados son escasos: restos de fogones, huesos de animales fósiles quebrados o quemados y unos pocos artefactos de piedra. En cambio, de los restos hallados en Agua de la Cueva se deduce el predominio de carne de guanaco en la dieta, aunque también comían vicuñas –del tipo actual y del extinto–, chinchillones y ñandúes, e incluso consumían huevos de ñandú, pues se han hallado fragmentos de cáscaras. No se han registrado en la zona restos de grandes herbívoros extintos, probablemente debido a las condiciones ambientales.

Los artefactos de piedra hallados en Agua de la Cueva son abundantes y es posible que hayan sido fabricados allí. Los principales instrumentos eran raspadores, raederas y cuchillos de varios tipos y tamaños, en los cuales se emplearon rocas de las cercanías. Estos cazadores se vieron obligados a explotar distintos recursos a través de la caza, la recolección y la pesca, mediante desplazamientos estacionales. Este sistema flexible les permitía adaptarse a ambientes muy variados y cambiantes.

En el Holoceno temprano, la cantidad de comunidades de cazadores-recolectores aumentó. Su modo de vida básico no se modificó demasiado, aunque tras la desaparición de la megafauna el guanaco se transformó en el recurso esencial. Además, la presencia de esas comunidades se extendió al actual territorio de la provincia de San Juan, donde se hallaron restos de una industria lítica denominada La Fortuna, fechada en unos 8500 años atrás. Sus artefactos más característicos eran puntas y hojas pedunculadas y lanceoladas de tamaño mediano o grande que recuerdan a las de punta de Ayampitín de las Sierras Centrales y a ciertos materiales de la zona de Coquimbo, en territorio chileno. También utilizaron el hueso y confeccionaron hilos con fibras vegetales.

Estos grupos, que poblaron la región durante casi dos milenios, vivían principalmente de la caza de guanacos, ñandúes y otros animales pequeños, así como de la recolección de semillas de algarrobo y otros

vegetales. Sus desplazamientos estacionales seguían las migraciones de los rebaños de camélidos. En algunos sitios de Mendoza, se hallaron restos de valvas de moluscos marinos, lo que revela su participación en amplios circuitos de movilidad. Es probable que durante el verano, cuando llevaban sus campamentos a las zonas más altas de los valles y pasos andinos trás los rebaños que buscaban los pastizales de altura, entraran en contacto con grupos provenientes de la banda occidental de los Andes (actual Chile), que llegaban hasta allí con el mismo propósito.

Estos movimientos habrían sido posibles debido al mejoramiento del clima a fines del Pleistoceno y comienzos del Holoceno: ascenso de temperatura, disminución de los bloques glaciares. Esto habría permitido contactos entre ambas bandas de la cordillera, con la apertura de algunos pasos andinos. Al occidente de los Andes, en el actual territorio chileno y en las mismas latitudes que Cuyo, la presencia de comunidades de cazadores-recolectores se remonta a fines del Pleistoceno al menos, como lo sugieren los sitios de Quereo y Tagua-Tagua.

Las ocupaciones más tempranas en las Sierras Centrales

Las llamadas Sierras Centrales están formadas por una serie de cordones que se alzan en la actual provincia de San Luis y en el oeste de Córdoba. La antigüedad de la presencia humana en la región fue objeto de polémicas en la comunidad científica. Hallazgos de comienzos del siglo XX, en los que participó Florentino Ameghino, evidenciaron una gran antigüedad de la ocupación humana y su contemporaneidad con especies extinguidas. Más tarde, la reacción antievolucionista descartó estos hallazgos, cuestionando su antigüedad y la asociación entre los restos culturales y faunísticos encontrados.

Hoy, aunque los datos más antiguos son escasos, la idea de un poblamiento a fines del Pleistoceno y la contemporaneidad del hombre con faunas extintas parecen muy probables, aunque las primeras ocupaciones bien documentadas daten de unos 9000 u 8000 años atrás. Para estas fechas la arqueología testimonia en algunos sitios de las Sierras Centrales, y quizá también en las serranías del sudoeste de la actual Santiago del Estero, la presencia de cazadores-recolectores que empleaban una típica punta de proyectil de piedra, tallada sobre ambas caras, cuya forma recuerda la de una hoja de sauce o laurel. Estas puntas, producidas en cuarzo de la región, son denominadas "Ayampitín" por el nombre del lugar donde se las identificó, un sitio a cielo abierto en la Pampa de Olaen, Córdoba.

Las puntas Ayampitín, cuyo largo variaba entre 5 y 10 centímetros, iban adheridas a un astil de madera –de hecho, algunas conservan restos de un material negro adherente– a modo de lanzas o jabalinas, y podían ser arrojadas con la mano o mediante un propulsor o lanzadera, artefacto formado por una vara o caña, con un gancho de piedra o hueso en la parte posterior que se sostenía con la mano y servía para imprimir al tiro mayor fuerza y alcance.

Entre los sitios con restos de estos cazadores-recolectores se destaca Intihuasi, en las sierras de San Luis, enorme cueva de unos treinta metros de frente por seis de altura. De sus niveles más antiguos –fechados en unos 8000 años A.P. y caracterizados por la presencia de puntas Ayampitín– provienen los testimonios más completos de esas sociedades, que introdujeron importantes innovaciones tecnológicas, económicas y sociales, y desarrollaron una economía de caza y recolección que, adaptada a las condiciones del medio, les permitió perdurar por largo tiempo. También aquí el guanaco constituyó el principal recurso animal. El ciervo –tanto el "ciervo de las pampas", de mayor tamaño, como el huemul o "taruca", hoy confinado al área andina– y el ñandú estaban en un segundo lugar, y los huevos de este último eran usados, al parecer, como recipientes. La recolección de diversos vegetales, principalmente las semillas del algarrobo y del chañar para preparar harinas, fue ganando un lugar de creciente importancia en esa economía.

Para la explotación y uso de esos recursos empleaban instrumentos especializados. Además de las puntas de proyectil, esenciales para la caza, fabricaban variados artefactos de piedra. Morteros y manos realizados en piedra alisada servían para procesar los recursos vegetales recolectados y convertirlos en harina, así como para moler pigmentos colorantes. Desde temprano, desarrollaron una industria del hueso que alcanzó gran desarrollo: con huesos y astas de ciervo hicieron perforadores, agujas y punzones para trabajar el cuero y fabricar redes, retocadores para terminar los filos de los instrumentos de piedra.

Estos cazadores-recolectores organizaron el espacio conforme a una estrategia que les permitía aprovechar la diversidad ambiental. La mayoría de los sitios, como Intihuasi, eran campamentos base donde las bandas permanecían más tiempo y realizaban múltiples tareas: consumían la carne de los animales cazados; procesaban el cuero, los huesos y los tendones; molían frutos y semillas para obtener harinas; trabajaban fibras vegetales y tejían redes y bolsas; fabricaban, mantenían, reparaban y afilaban artefactos y armas de caza. En Intihuasi, llegaron a excavar pozos para almacenar alimentos.

No demasiado lejos, se han hallado otros sitios –como el mencionado Ayampitín– con ocupaciones pequeñas y breves y pocos restos de actividad, que deben haber sido usados en forma estacional. Algunos, en los territorios más bajos donde abundaban chañares y algarrobos, deben haber servido en los momentos de recolección de semillas y frutos; otros, en las partes altas de las sierras, especialmente planicies con pastizales –las llamadas "pampas"–, servían de campamentos temporarios para la caza de los animales de mayor porte. Por último, aparecen en este contexto de cazadores-recolectores las primeras manifestaciones simbólicas y estéticas que conocemos en la región, unas placas de piedra –esto es, piezas transportables– sobre las que se habían grabado motivos abstractos de carácter geométrico.

Los primeros pobladores del litoral fluvial

Hallazgos dispersos atestiguan que, a fines del Pleistoceno, grupos de cazadores-recolectores vivían en el actual territorio del sur brasileño y paraguayo y del nordeste argentino, en esa época más árido y frío. Desde allí se extendieron hacia el este y el sur siguiendo los cursos de los grandes ríos, el Paraná y el Uruguay. Hacia finales del Pleistoceno, cuando subieron las temperaturas y aumentaron las lluvias, algunos grupos se vieron obligados a retirarse hacia las tierras más altas y frías del actual planalto brasileño. Otros, en cambio, se adaptaron a las nuevas condiciones ambientales y desarrollaron estrategias adecuadas a los ambientes ribereños.

También a fines del Pleistoceno, grupos humanos con estas características ocupaban las costas del curso medio del río Uruguay y de sus principales afluentes en territorio brasileño, como el Ibicui. Allí convivieron con los últimos grandes mamíferos pleistocénicos –gliptodontes, perezosos terrestres, mastodontes, toxodones, tigres diente de sable–, en retroceso hacia el sur debido al cambio de las condiciones ambientales. Pronto esta fauna desapareció del área, y aunque no hay pruebas directas de que fueran cazadas, es probable que estos grupos los hayan atacado si los encontraban indefensos, aprovechando también los restos de los animales muertos.

Esos cazadores permanecieron en la zona hasta unos 8000 años atrás aproximadamente. Organizados en pequeñas bandas de pocos individuos, se establecían junto a los grandes ríos, preferentemente en zonas con afloramientos rocosos, frente a rápidos o islas, junto a la desembocadura de pequeños arroyos tributarios. Allí acampaban en torno a fogatas; a su paso, dejaron algunos restos –herramientas de piedra, hue-

sos con fracturas e incisiones y algunos frutos secos carbonizados–, gracias a los cuales sabemos algo de sus hábitos de vida. Esos grupos cazaban y recolectaban cuanto les proporcionaba el medio. La preferencia por instalar sus campamentos junto a los ríos, donde permanecerían varios meses al año, sugiere la explotación de diversos recursos del medio ribereño a lo largo del cual se movían; es muy probable que desde esos lugares –verdaderos campamentos base– realizaran periódicas incursiones en las zonas cercanas del interior para cazar y recolectar. Empleaban entonces una estrategia generalista –es decir, sin especializarse en un recurso particular– y flexible que combinaba con eficacia la caza, la pesca y la recolección de vegetales y de algunos animales, como moluscos.

Los más importantes restos conservados son los productos de su industria lítica. Para cazar empleaban armas arrojadizas –dardos o jabalinas– provistas de puntas de piedra pequeñas, de forma triangular y con pedúnculo. También fabricaron otros instrumentos tallados destinados a desollar a las presas, preparar las pieles, procesar la carne y quebrar los huesos para extraer la médula, como cuchillos, raspadores, raederas y machacadores.

El carácter del poblamiento más temprano del territorio

Considerados en su conjunto, los hallazgos reseñados permiten afirmar que el proceso de poblamiento inicial del actual territorio argentino debió iniciarse hace tal vez unos 13 000 años. También es posible sostener que esos primeros pobladores utilizaron distintas vías y se desplazaron en varias direcciones. El proceso fue muy complejo; no se trató de un movimiento rápido y unidireccional de norte a sur. Hubo avances y retrocesos, asentamientos más o menos exitosos y otros que se vieron frustrados debido a las dificultades del medio.

Tampoco es factible que todos los lugares fueran ocupados al mismo tiempo: los espacios que se abrían ante esos cazadores eran muy grandes, las condiciones ambientales muy diversas y esos primeros pobladores, muy reducidos en número. Debe haber pasado bastante tiempo hasta que encontraron sitios adecuados para establecerse, es decir, con condiciones climáticas más benignas, protección, agua potable suficiente, animales para cazar, vegetales para recolectar y materias primas para sus instrumentos. No es casual que los sitios más antiguos hasta ahora conocidos reúnan esas condiciones.

Aunque los primeros sitios –de más de 12 000 años de antigüedad– son muy pocos y algunos continúan sujetos a discusión, en los milenios siguientes, particularmente entre 11 000 a 8000 años atrás, esos primeros pobladores consiguieron ocupar con éxito distintos medioambientes, tal como es documentado por la arqueología. Eran los momentos finales del Pleistoceno y los comienzos del Holoceno, cuando se intensificaban los cambios provocados por el retroceso de las condiciones frías de la edad glaciar.

Por tanto, hace 8000 años grupos de cazadores-recolectores estaban bien afirmados en el territorio patagónico y fueguino, en el sudeste de la llanura pampeana y en los bordes de la puna. También había comunidades de cazadores-recolectores en las tierras cuyanas, en las sierras centrales y en el litoral fluvial. Es razonable pensar que también había grupos en otras partes aunque su presencia no haya sido aún documentada. Para entonces, y sin duda como resultado del complejo proceso de poblamiento, esas sociedades se caracterizaban ya por su diversidad y heterogeneidad.

Los restos conservados nos muestran también que esos grupos tenían un conocimiento acabado de las condiciones y recursos del medioambiente y que poseían tecnologías adecuadas para utilizarlos y explotarlos. Además, habían desarrollado complejas estrategias de subsistencia que incluían amplios circuitos de movilidad estacional en territorios extensos para aprovechar distintos nichos ecológicos, y poseían medios de expresión simbólica, como lo muestran las manifestaciones plásticas conservadas. En territorios muy extensos, como el ámbito patagónico-fueguino, hubo desde muy temprano significativas diferencias locales en la producción de instrumentos, en el uso de los recursos y en el arte rupestre. También existían semejanzas, seguramente debidas a los contactos y a la circulación de información entre comunidades.

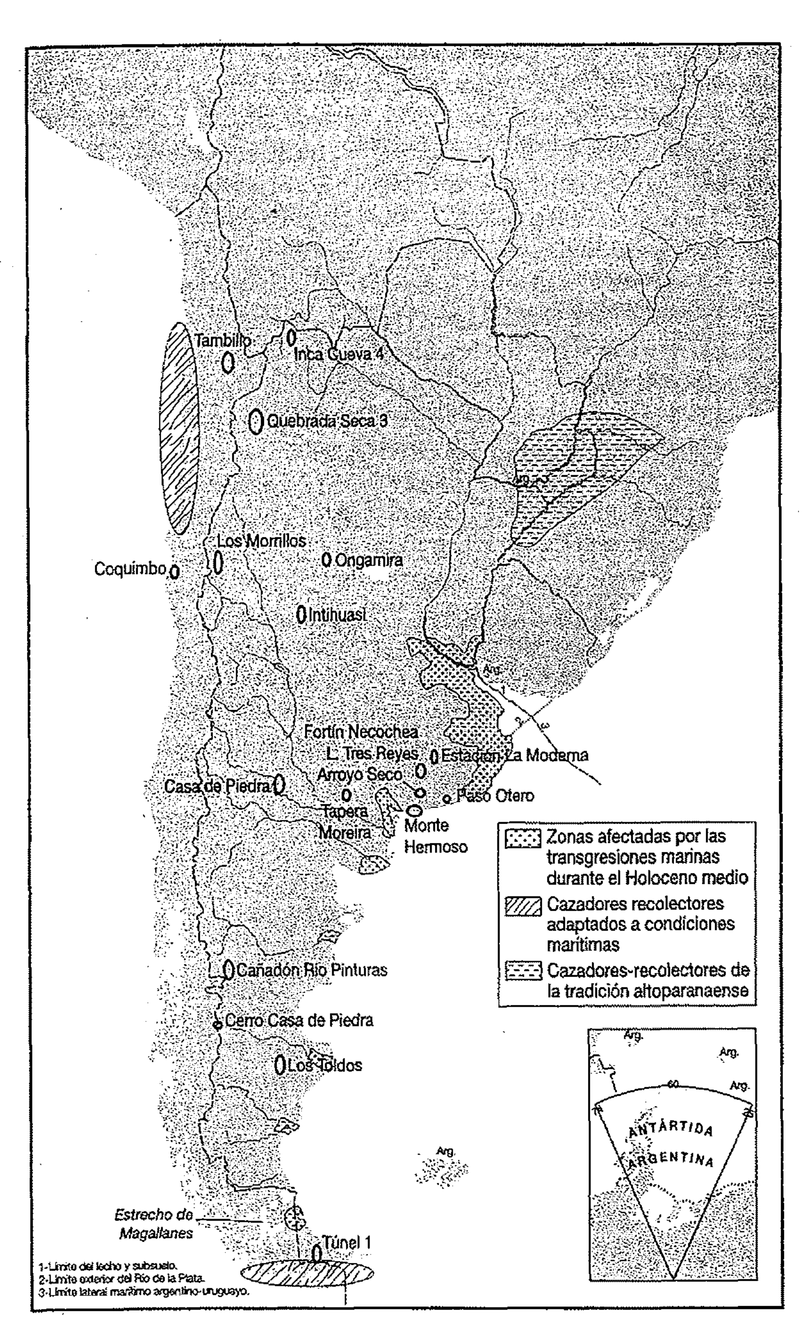
Por tales motivos, es hoy insostenible la concepción de esos primeros americanos como "hombres primitivos", semejantes a los primeros hombres de África o Europa. Esta imagen tuvo una gran difusión fuera de los medios científicos y continúa vigente en el imaginario colectivo. Pero esos primeros pobladores no tenían ya nada de "primitivos" cuando llegaron a los territorios meridionales del continente americano, ni lo eran cuando entraron en América. Se trataba de poblaciones anatómicamente modernas –*Homo sapiens sapiens*– que a lo largo de milenios habían acumulado considerable experiencia y conocimientos como resultado de múltiples adaptaciones a diversos paisajes, climas y situaciones. Además, habían adquirido una notable habilidad tecnológica que les

permitió adaptarse a las diversas y cambiantes condiciones naturales. De no ser así, seguramente no habrían sobrevivido.

Estaban organizados en pequeños grupos igualitarios, entre veinticinco y cincuenta individuos emparentados entre sí, y sin otras diferencias que las determinadas por sexo y edad. Esos grupos, denominados *bandas* por los antropólogos, gozaban de relativa autonomía y no reconocían autoridad superior. Explotaban el medio natural por medio del uso de herramientas de piedra, hueso y madera. Su alimento provenía de la recolección de plantas y de la caza de animales terrestres y acuáticos, incluida la captura de peces y mariscos. La caza de algunos de los grandes mamíferos del Pleistoceno –como el mamut y los mastodontes– debe haber sido una empresa difícil y peligrosa, por lo que suponemos que debían aprovechar los restos de animales muertos por causas naturales o por la acción de otros depredadores, actividad que los antropólogos denominan "carroñeo". Es probable que esos pobladores tuvieran perros domesticados que usaban para cazar.

Dadas esas condiciones, la ocupación humana del continente fue una experiencia larga, complicada y no siempre exitosa: el asentamiento en un territorio nuevo debió requerir el esfuerzo de muchas generaciones desde el momento en que los primeros individuos entraron en él. Esa entrada no siempre era intencional ni suponía largos desplazamientos. A veces, simplemente, la disminución de las presas posibles o el aumento del número de individuos que constituían el grupo impulsaban a algunos cazadores a alejarse tras las presas o a buscar nuevos territorios de caza. Así comenzaba la exploración; si era exitosa, otros individuos seguirían el camino hasta que algunos decidieran instalarse en las nuevas tierras.

Por ello, cruzar América de un extremo al otro a fines del Pleistoceno constituyó un prolongado y difícil viaje. Los ancestros de quienes lo realizaron ya habían atravesado Siberia antes de cruzar Beringia, lo que les había demandado la creación de formas apropiadas de vivienda y vestimenta para soportar el frío. Sus descendientes, que se adaptaron con éxito a las condiciones de vida de las llanuras de América del Norte, tuvieron luego que aprender a subsistir en las selvas centroamericanas, los altiplanos andinos, las praderas templadas o las estepas frías del sur. Esa experiencia, acumulada y transmitida de generación en generación, era el mayor capital que poseían cuando alcanzaron el extremo sur del continente, y constituyó la base del posterior desarrollo de las sociedades originarias americanas.



Principales sitios para el Holoceno medio

3. Hace unos 5000 años... (ca. 3000 a. C.)

El afianzamiento de cazadores y recolectores: intensificación y diversificación

Desde comienzos del Holoceno, el aumento de las temperaturas y los prolongados períodos de sequía y aridez afectaron extensas regiones del territorio meridional de América del Sur, como la Patagonia, la Puna, las Sierras Centrales y Cuyo. La reducción de las pasturas obligó a los cazadores-recolectores de esas áreas a ampliar el espectro de recursos vegetales y faunísticos utilizados y a intensificar su explotación. Hacia el 5000 A.P., estos procesos y la necesidad de no agotar los recursos habían impulsado el desarrollo de estrategias y artefactos adecuados a las condiciones y recursos locales. En la pampa oriental, en cambio, donde se mantuvieron condiciones de mayor humedad, las culturas cazadoras consolidaron su modo de vida y la ocupación de otros espacios, como el litoral atlántico. En el litoral fluvial, grupos de cazadores y pescadores que se desplazaban a lo largo de los ríos se adaptaron al avance de la selva. producto de condiciones climáticas más cálidas y húmedas.

Hacia el 5000 A.P., durante el período que los geólogos llaman Holoceno medio (ca. 7000-3000 A.P.), una serie de cambios afectó las condiciones ambientales del actual territorio argentino y sus zonas vecinas. El ascenso global de la temperatura, que se había iniciado al final del Pleistoceno, continuó, con algunas fluctuaciones, a lo largo del Holoceno temprano y la primera mitad del Holoceno medio. Este proceso, que se extendió a todo el planeta, es denominado *Hypsitermal* y tuvo efectos distintos a nivel regional y local: en muchas zonas –la Patagonia y la región central y oriental– fue acompañado por un aumento de la aridez; en otras –la pampa oriental y el litoral fluvial– se mantuvieron condiciones de mayor humedad. Además, el deshielo de los glaciares continentales y polares provocado por la mayor temperatura produjo un ascenso en el nivel de mares y océanos; las aguas invadieron, en muchos lados, las tierras más bajas cercanas a las costas. Este proceso,

llamado "transgresión" por lo geólogos, parece haber alcanzado su nivel máximo entre 6000 y 5500 años atrás; medio milenio después, las aguas se encontraban en retroceso. Veamos qué ocurrió con las comunidades de cazadores-recolectores en cada región.

Las poblaciones cazadoras de la Patagonia

En la meseta patagónica, las severas condiciones ambientales producto de las altas temperaturas, la sequedad y la aridez afectaron la vida de las comunidades de cazadores-recolectores que la habitaban, pues dispusieron de menor cantidad de agua y vieron reducirse las áreas de pastura de los guanacos que eran, por entonces, su principal recurso alimenticio.

Durante los primeros tiempos del Holoceno, en parte debido al mejoramiento de las condiciones climáticas, la presencia humana se había extendido a una variedad de ambientes, y el mayor número de sitios y restos hallados estaría reflejando cierto crecimiento de la población. Sin embargo, los cambios ya referidos modificaron esa situación, por lo menos en lo que hace a la distribución de los pobladores. El endurecimiento de las condiciones ambientales provocó la aparición de verdaderas barreras biogeográficas –áreas áridas o desérticas, zonas inundadas– que contribuyeron a un mayor aislamiento de muchas poblaciones.

En el extremo sur, la formación del estrecho de Magallanes al subir el nivel de las aguas de los océanos separó la Tierra del Fuego convirtiéndola en una isla. En los canales fueguinos, algunas penínsulas también quedaron convertidas en islas cuando el mar cubrió los istmos que las unían a tierra firme, en tanto que muchas islas, hoy cercanas a la costa, debían estar entonces más alejadas. Estos fenómenos redujeron la cantidad de tierras habitables y modificaron las vías de movilidad y circulación de hombres y animales.

En la Patagonia continental, en cambio, se formaron durante los períodos más secos vastas zonas áridas que obstaculizaban los movimientos y la circulación y dificultaban el acceso a algunos recursos alejados y escasos, como las piedras más aptas para el tallado. Estos fenómenos combinados –ocupación de distintos ambientes, condiciones de mayor aislamiento, reducción de los circuitos de movilidad, necesidad de intensificar la explotación de los recursos locales y de aprovechar al máximo aquellos de difícil acceso– provocaron una mayor diversificación

del uso de los espacios ocupados, una intensificación en la explotación de los recursos disponibles e importantes variaciones tecnológicas.

Así, en el sur de Tierra de Fuego y en las islas y canales vecinos surgió un modo de vida especializado, volcado al aprovechamiento de los recursos marítimos. Los primeros grupos humanos que vivieron en el extremo sur de Tierra del Fuego eran cazadores terrestres que, entre 7000 y 6700 años atrás, habían visitado la zona por breves períodos. Luego, unos 6000 años atrás, vivieron allí poblaciones adaptadas ya a las condiciones locales. Ignoramos si eran descendientes de los antiguos cazadores terrestres que habían modificado su antiguo modo de vida –como parece más probable– o de poblaciones llegadas desde el norte y vinculadas a los cazadores marítimos del norte de Chile actual.

Hacia el 5000 A.P., el modo de vida de estos cazadores-recolectores-pescadores especializados, adaptados a las condiciones litorales marítimas, estaba bien integrado. Su presencia está documentada en el canal de Beagle, la isla de Navarino, las costas del estrecho y de la bahía de Otway. Túnel I es el sitio más intensamente excavado y estudiado.

Aunque con variaciones y cambios, este modo de vida, favorecido por las especiales condiciones del litoral patagónico-fueguino, se mantuvo hasta el siglo XIX. En efecto, la región ofrecía durante todo el año una abundante biomasa litoral y marina estable –leones y lobos marinos, nutrias, aves marinas y costeras, mejillones y otros mariscos, peces chicos y cetáceos que a veces quedaban varados en las playas– cuya explotación resultaba más fácil y rendidora que la de los recursos terrestres disponibles. No menos importante era la existencia de zonas de aguas relativamente protegidas del fuerte oleaje oceánico así como la presencia, cerca de la costa, de bosques de árboles altos, buenos proveedores de madera.

Ese modo de vida se caracterizaba por asentamientos costeros, por el uso intenso de los recursos litorales y marinos, por la fabricación de utensilios adecuados para la explotación de esos recursos –arpones y anzuelos–, y por la utilización de materias primas locales –huesos de animales marinos, conchas de moluscos, maderas de los bosques cercanos a las costas–. Su afianzamiento se apoyó en dos innovaciones esenciales para la captura de lobos y leones marinos en el agua o en los sitios de apareamiento más alejados: las canoas y los arpones con punta de hueso separable. Las primeras, cuya construcción era posible gracias a la disponibilidad de maderas, facilitaron los desplazamientos pues permitían sortear por agua los caminos terrestres más dificultosos.

Otro buen ejemplo de esas nuevas estrategias proviene del noroeste santacruceño, en especial del cañadón del río Pinturas y del

Parque Nacional Perito Moreno, donde los cazadores-recolectores se movían en circuitos estacionales que les permitían aprovechar los mejores lugares para interceptar a las tropas de guanacos. Diversos sitios escalonados en altura, algunos de los cuales se remontan al séptimo milenio A.P., jalonaban esos circuitos. En las partes más bajas, cuevas y abrigos reparados, pequeños pero bien equipados, servían para alojar a grupos familiares durante los meses más fríos. Ubicadas en zonas donde era posible obtener leña, esencial durante los crudos inviernos, y cazar guanacos y cérvidos en los campos nevados cercanos, algunas de esas cuevas, como en Cerro Casa de Piedra, poseían fogones y pisos cubiertos con gramíneas.

En las partes más altas, en cambio, sitios a cielo abierto eran ocupados durante los meses de menor frío. Ubicados en hondonadas naturales rodeadas por lomas o bosques o en abrigos amplios de fácil acceso y bien acondicionados, esos campamentos alojaron mayor número de gente, probablemente varias bandas que se reunían allí para aprovechar la caza de primavera y verano, en especial guanacos pequeños o "chulengos" cuya piel era muy apreciada para la confección de vestimentas. Estos encuentros de verano facilitaban las interacciones entre los grupos, incluidos los intercambios matrimoniales.

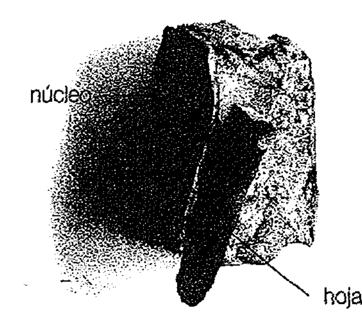
Consecuencia del relativo aislamiento de los grupos y de la limitada movilidad fue la dificultad para acceder a algunas materias primas lejanas, como piedras para la talla, cuyo abastecimiento regular se veía amenazado. Es probable que la aparición de nuevas técnicas en el trabajo de la piedra haya respondido a la necesidad de aprovechar mejor las materias primas disponibles. La llamada técnica de *hojas* o *láminas*, que caracteriza a esa época, estuvo ampliamente difundida en Patagonia y parece orientada a aquel fin. Cuchillos y raspadores –realizados sobre hojas y con filos naturales u obtenidos por retoque– fueron las herramientas más utilizadas. En cambio, se hallaron relativamente pocas puntas de proyectil y eran raras las piezas con trabajo bifacial. Las bolas de piedra, que para algunos arqueólogos eran el arma predilecta de esos cazadores, continuaban utilizándose.

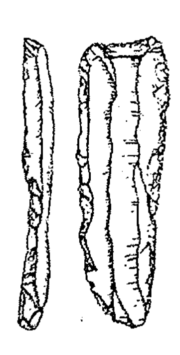
El arte rupestre, que constituyó el medio de expresión más característico de las culturas cazadoras de la Patagonia, continuó vigente aunque con algunos cambios que coinciden con los procesos analizados. En efecto, durante la primera parte del Holoceno medio no se repitieron las escenas de caza colectiva de la época anterior –aunque hay algunas de caza individual–, y cobró importancia la representación de grupos de guanacos con su macho adulto y las hembras preñadas o con sus crías.

Los animales representados no guardaban ya proporción con los modelos vivos: los cuerpos y las extremidades tenían más volumen y los vientres se habían vuelto más prominentes. Unos 6000 años atrás, esos conjuntos de guanacos comenzaron a integrarse a un sistema más amplio de representaciones que incluía formas antropomorfas, zooantropomorfas y geométricas. También apareció la figura del felino, el cazador por excelencia, y las representaciones adquirieron, en los distintos sitios, algunos rasgos particulares en la forma de ejecución y en el diseño, consistentes con la tendencia de los grupos a concentrar sus actividades en circuitos más restringidos y aislados.

Nueva tecnología lítica en Patagonia: industrias de láminas y hojas

Durante el Holoceno medio, la dificultad de acceso a buenas piedras de talla llevó a las poblaciones patagónicas a desarrollar tecnologías destinadas a un mejor aprovechamiento de la materia prima, como la técnica de hojas o láminas. Consistía en utilizar nódulos o núcleos especialmente preparados (figura de la izquierda) para extraer de ellos numerosos fragmentos delgados, de forma rectangular y alargada, que reciben el nombre de hojas (figura de la derecha).





Así, se podía obtener de un mismo núcleo mayor cantidad de fragmentos de forma y tamaño más regulares, lo que permitía el ahorro de materia prima y una mejor estandarización de los instrumentos. Representativa de esta tecnología lítica es la industria conocida con el nombre de *casapedrense*, identificada en los niveles medios de la Cueva 3 de Los Toldos, en la meseta central santacruceña, de donde proviene el artefacto mostrado en la figura de la derecha.

Las poblaciones del Holoceno medio en las Sierras Centrales

En las Sierras Centrales se había consolidado, hace unos 5000 años, un nuevo modo de vida cazador-recolector que introdujo un conjunto de innovaciones. Este modo de vida, que se extendió por las zonas serranas de Córdoba y San Luis y, tal vez, de Santiago del Estero, se desarrolló a partir del anterior y se manifestó en nuevas tecnologías, mayor variedad de instrumentos, explotación de una mayor variedad de recursos, uso diferente del espacio con más cantidad y variedad de sitios, interacciones más amplias con las regiones vecinas y cambios en los comportamientos sociales y simbólicos. Su aparición, que parece remontarse a más de 7000 años atrás, está bien representada, entre otros, en el sitio de Intihuasi –donde continúa la tradición anterior– y en los niveles antiguos de Ongamira, un inmenso alero en las Sierras Chicas cordobesas. Este modo de vida perduró hasta hace unos 3000 o 2000 años, aproximadamente.

Las puntas lanceoladas de la etapa anterior siguieron en uso, pero el artefacto característico de la nueva época son unas puntas de proyectil triangulares, de distintos tamaños y talladas en su mayoría en cuarzo, que servían como cabezales de armas arrojadizas. Las variaciones en el tamaño y en la forma de sus bases y lados pueden tener que ver con uso que se les daba, por ejemplo, con el tipo de animal que se proponían cazar. Al mismo tiempo, se afianzó la utilización de la tiradera o propulsor.

Las actividades de caza estaban más y mejor organizadas. Bien planificadas, se centraban en torno a ciertos lugares con condiciones óptimas para interceptar y capturar con éxito a los animales. Esto suponía un muy buen conocimiento del entorno y de los movimientos de las posibles presas, de sus lugares de tránsito, sus abrevaderos y sitios de pastura. En el trayecto hacia las zonas de caza podían capturar animales más pequeños –roedores, mulitas o aves–, recolectar semillas o frutos, y recoger algunas materias primas.

Esta organización económica se refleja en el uso del espacio: asentamientos de distinta jerarquía se distribuían en lugares clave para acceder a los recursos, tanto en los pequeños valles como en las pampas de altura o al pie de los montes serranos. En algunos casos se trataba de sitios residenciales, con restos de ocupaciones intensas y prolongadas, donde se realizaban múltiples actividades y se utilizaban variados recursos; otros, más pequeños y con poca cantidad y variedad de restos, eran usados temporariamente para actividades bien definidas. Exis-

tían también canteras donde se obtenía piedra para la confección de los instrumentos.

En Intihuasi, el material lítico es más variado que en la época anterior y parte de él parece destinado a tareas más delicadas, como el trabajo del cuero, las pieles, el hueso o la madera. El uso de hueso fue intenso, empleándose astas de ciervo y huesos largos de guanacos, ciervos, ñandú e incluso chajá. En el sitio se encontraron numerosos instrumentos puntiagudos, como puntas largas –que debieron servir para fabricar cestas o perforar cuero–, punzones, perforadores y retocadores. Algunas piezas son llamativas y características, como unos tubos de diferente largo obtenidos de huesos largos de aves o falanges de mamíferos ahuecados y con sus extremos cortados que quizá sirvieran para beber o para aspirar alguna sustancia especial, tal vez un alucinógeno. También eran típicas las puntas llamadas "embotantes", realizadas con falanges de guanaco o ciervo a las cuales se dejaba la articulación distal, se les recortaba el otro extremo y se extraía la parte esponjosa de modo de dejar un hueco para insertar un astil de madera. Eran utilizadas en armas arrojadizas para cazar vivos a animales pequeños o aves.

La cantidad de elementos de molienda –morteros, muelas o manos– refleja la importancia adquirida por la recolección y procesamiento de semillas, que debió responder a la disminución de los recursos faunísticos por la reducción de las zonas de pastura debido a las condiciones más cálidas y secas. Algunos de esos elementos de molienda estaban destinados a procesar pigmentos amarillos y rojos.

Las representaciones estéticas se materializaron sobre elementos durables y adquirieron nuevas dimensiones. Por un lado, se las encuentra sobre objetos de uso personal, como adornos, colgantes, cuentas de collar o algunas puntas embotantes. Por otro lado, se las halla en pinturas realizadas sobre paredes de piedra –rupestres– en grutas y aleros de la región. Ejecutadas sobre la roca natural, empleando los colores rojo y negro, esas pinturas representan guanacos y ñandúes –a veces sólo sus huellas–, y también motivos geométricos.

Estas producciones estéticas, tanto las personales como las públicas, tuvieron significados sociales cuyo contenido preciso se nos escapa. Las primeras, claramente bienes de prestigio, deben haber servido para identificar al poseedor de esos objetos y pueden estar indicando la aparición de algunas diferencias sociales relacionadas con las nuevas formas de organización. Por su parte, las pinturas rupestres, de carácter comunal, habrían sido un medio para la comunicación entre quienes

las realizaban, reforzando la idea de pertenencia a una comunidad y contribuyendo a una organización social más cohesionada y corporativa, coherente con el desarrollo de estrategias de subsistencia más complejas que debieron exigir una mayor organización de los grupos. A esta época pertenecen también los primeros enterratorios humanos conocidos en la región.

Esta forma de vida resultó efectiva, pues se mantuvo durante aproximadamente unos 5000 años. En ese lapso, la población creció –lo muestra el aumento del número de sitios y del tamaño de éstos–, y la ocupación de los asentamientos era más prolongada. Al mismo tiempo, se amplió la explotación de los ambientes y recursos, los medios utilizados se hicieron más diversos y aumentó el espectro de bienes producidos. Por último, se iniciaron procesos simples de diferenciación social y se desarrollaron sistemas simbólicos que expresaban esas diferencias o bien servían para afirmar la cohesión de esas comunidades de cazadores recolectores.

Los cazadores-recolectores cuyanos

En la zona occidental de Cuyo, en las actuales provincias de San Juan y Mendoza, se desarrollaba, hace unos 5000 años, un modo de vida cazador-recolector que, sin reemplazar totalmente al anterior, presentaba algunas innovaciones importantes. Este nuevo modo de vida, con algunas semejanzas con el que se desarrollaba en las Sierras Centrales, se caracterizó por el desarrollo de nuevas tecnologías, una explotación más intensa de un variado espectro de recursos, un uso diferenciado del espacio con mayor cantidad y variedad de sitios, amplios contactos con regiones vecinas, y comportamientos sociales y simbólicos más complejos.

La cultura de Los Morrillos constituye un buen ejemplo. Toma su nombre del sitio donde primero se la identificó, ubicado en el valle de Calingasta, y que se extendió por el sudoeste de San Juan y noroeste de Mendoza. Sus comienzos se remontan a unos 7000 años atrás y perduró hasta hace unos 4000 años. Al parecer, la cultura de Los Morrillos se desarrolló a partir de la de los cazadores-recolectores portadores de la industria lítica de La Fortuna. La alimentación de esas comunidades se basaba en el consumo de carne de guanaco –en menor medida de ñandú y otros animales pequeños–, de productos de la recolección de vegetales –en especial frutos de la algarroba

y el chañar y raíces de algunas cactáceas– y de huevos de ñandú y de otras aves.

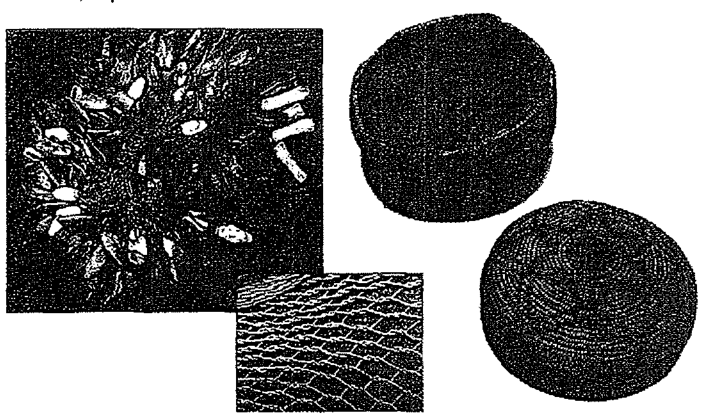
El instrumental usado por estos cazadores-recolectores era amplio y variado. La piedra era fundamental en la preparación de herramientas –raspadores, raederas, cuchillos, perforadores–, destacándose las puntas de proyectil de forma triangular y tamaño mediano o chico, usadas en dardos o proyectiles arrojadizos, seguramente mediante lanzaderas o propulsores. También realizaron instrumentos con hueso y confeccionaron cestas y redes con juncos, gramíneas y otras fibras vegetales.

Los asentamientos, que poseían rasgos más definidos, evidencian un modo de vida trashumante que alternaba estadías estacionales en campamentos semipermanentes con el uso de paraderos transitorios para cazar y recolectar, especialmente en las zonas más altas de los valles interandinos durante los meses del verano. En estos lugares solían encontrarse con grupos provenientes de otras zonas, atraídos por la cantidad de camélidos salvajes allí disponibles.

En efecto, los cazadores de Los Morrillos estuvieron conectados con amplios circuitos de interacciones que les permitían acceder a recursos escasos y valiosos. La presencia de trozos de coligüe, una caña maciza especialmente apta para astiles de dardos, indicaría contactos, directos o indirectos, con grupos ubicados más al sur, en el actual territorio neuquino. También parecen haber tenido contactos con cazadores de la vertiente occidental de los Andes, en particular de la región chilena de Coquimbo. Así lo indica, por ejemplo, el hallazgo de valvas de moluscos provenientes del litoral del Pacífico.

La existencia de algunas sepulturas de ese período ilustra otros aspectos de su vida y refiere especialmente al universo simbólico, pues el tratamiento de los cuerpos y la existencia de un ajuar funerario indican creencias en un mundo de ultratumba. Hay otros objetos asociados a Los Morrillos que parecen no haber tenido funciones utilitarias sino un carácter cultual. Tal el caso de algunas piedras horadadas, de objetos en forma de gancho confeccionados en piedras blandas pulidas y de unas pequeñas "fuentes" realizadas en óxido de hierro amasado con grasa y decoradas con grabados en su parte exterior. Ese mismo carácter debieron haber tenido las llamadas "piedras tacitas", bloques de piedra con pequeñas concavidades a modo de morteros múltiples.

Ajuar funerario en una tumba de Los Morrillos
Objetos hallados en sepulturas de la cultura de Los Morrillos ilustran muchos aspectos de su vida. Los cuerpos, echados de costado y con las piernas algo flexionadas, estaban envueltos con un manto y atados con cordeles –generalmente de pelo humano– a modo de fardo. El ajuar funerario, en general escaso, comprendía algunos elementos utilitarios y de adorno. Estos últimos podían incluir collares y pendientes realizados con semillas, dientes, huesitos de animales, uñas de ñandú, valvas marinas, o piedritas.



Un caso especial lo constituye el entierro de un niño proveniente del sitio de Los Morrillos en la provincia de San Juan. El cuerpo, bastante bien conservado, se encontraba envuelto en un manto –sin duda similar a los que se usaban cotidianamente– realizado con trozos de cuero sin despelar y cosidos entre sí. El fardo estaba encerrado en una red de hilos de nervio animal teñidos de rojo. El ajuar, más rico que en otros casos, incluía una lanzadera o propulsor, dos cestos, una muñequera y un cubresexo de plumas, entre otros objetos. En la figura pueden observarse los cestos, un trozo de red de hilos de fibra de tendón animal y la muñequera, hecha con huesillos y valvas de moluscos bivalvos del Pacífico.

Las tierras de la Puna y sus adyacencias

Al igual que en otras regiones, desde fines del Holoceno temprano, unos 7000 u 8000 años atrás, el aumento de la aridez y la sequedad influyeron en las condiciones de vida de los cazadores de la región, par-

ticularmente por la reducción de las tierras de pastura de los camélidos salvajes, un recurso esencial para su supervivencia. Como consecuencia, la población se distribuyó de modo diferente: algunas zonas aparecen como "vacías" en términos arqueológicos, en tanto otros lugares reflejan una mayor ocupación, seguramente porque disponían de agua y recursos básicos permanentes. Los grupos allí asentados, probablemente más densos, debieron desarrollar además técnicas y estrategias para intensificar la explotación de los recursos y optimizar su aprovechamiento.

Restos de esas ocupaciones aparecen en una extensa zona a lo largo del borde oriental de la Puna jujeña y salteña, aunque el mejor ejemplo es Quebrada Seca 3, en la Puna meridional, cerca de Antofagasta de la Sierra, en la actual Catamarca. En esas zonas, los antiguos cazadores se replegaron a aquellos lugares que, a modo de oasis, disponían de agua y concentraban recursos vegetales y animales ofreciendo distintas alternativas a las comunidades que los visitaban. Esta situación debió exigirles el desarrollo de distintas estrategias de caza ajustadas a las condiciones de cada lugar.

Los cazadores-recolectores de Quebrada Seca 3 explotaban, quizá desde el 7000 A.P., los recursos de una vega de altura. Los cambios en las puntas de proyectil –usadas, al parecer, para lanzas en vez de proyectiles arrojadizos– reflejan una modificación de las técnicas de caza, sin duda para asegurar la captura de guanacos y vicuñas, sus presas principales. Al mismo tiempo, se incrementó la presencia de restos vegetales de especies de otras regiones –valles serranos, bosques húmedos de oriente e, incluso, el monte chaqueño–, que debieron obtener a través de intercambios cuyas características ignoramos.

Para sostener esos crecientes intercambios, los cazadores-recolectores puneños debieron desarrollar estrategias eficaces a fin de lograr excedentes de producción. Por eso, es posible –así lo creen algunos arqueólogos– que en algún momento de este período se hayan iniciado la práctica del pastoreo de camélidos y el proceso de domesticación que llevó a la aparición de la llama, ampliamente utilizada luego en los Andes para transporte, provisión de fibras textiles y alimento. En el centro-sur andino su inicio podría ubicarse unos 4500 años atrás, aunque podría ser anterior.

Arqueológicamente, este proceso se hace más visible hace unos 5000 años. En la cuenca de Antofagasta de la Sierra los sitios muestran mayor densidad y variedad de vestigios que reflejan ocupaciones más intensas. Al norte, en Inca Cueva 4, aparecen también testimonios de prácticas fu-

nerarias complejas que fueron datados unos siglos antes: los cuerpos, momificados naturalmente, habían sido vestidos con capas de pieles de guanaco, "camisetas" de malla realizadas con hilados de fibras vegetales y gorros decorados hechos con esas mismas fibras y técnicas de cestería. Todos estos objetos muestran un importante dominio de distintas técnicas y materiales, perfeccionado en los siglos siguientes. En esos entierros también se encontraron elementos provenientes de la costa del Pacífico y de las selvas orientales. Esta presencia refuerza la idea del funcionamiento de amplios sistemas de intercambio entre poblaciones ubicadas en distintos ambientes productivos. La probabilidad, aún no documentada, de que esas comunidades dispusieran ya de llamas, fundamentales para el transporte, ayudaría a entender la extensión e importancia de estos circuitos.

Hacia el oeste, en las tierras áridas y semiáridas del norte del actual territorio chileno, tanto en la Puna como en los valles y quebradas de la costa, las comunidades de cazadores-recolectores iniciaron, desde comienzos del Holoceno, una ocupación extensiva del territorio, tomaron posesión de nuevos medioambientes –un clima menos frío permitía ocupar tierras más altas–, intensificaron la explotación de un amplio espectro de recursos y ampliaron sus estrategias de subsistencia.

En la Puna occidental, con condiciones de aridez similares a las de la porción oriental, se inició, hace unos 6000 años, la ocupación intensiva del espacio y la penetración de comunidades de cazadores-recolectores en casi todos los medioambientes puneños. Un milenio después, se había desarrollado también allí una adaptación especializada en actividades de caza y recolección. Los restos recuperados, especialmente en torno a la cuenca de Atacama, muestran que los pobladores utilizaban los recursos de distintos pisos ecológicos –el Salar, la Puna alta y los pisos más bajos como el curso medio del río Loa– mediante un eficiente y amplio circuito de movilidad estacional y el establecimiento cada vez más frecuente de campamentos semipermanentes. A diferencia de sus predecesores, prefirieron establecer esos campamentos al aire libre –en lugar de ocupar cuevas–, levantando viviendas semisubterráneas con muros de piedra y planta circular. Así ocurría, por ejemplo, con los grupos que ocuparon la vega de Tambillo, a orillas del Salar de Atacama.

Una adaptación muy distinta –que recuerda lo ocurrido en el extremo meridional de Tierra del Fuego– se dio sobre la costa del Pacífico desde hace 7000 años o más, cuando aparecen allí restos de poblaciones instaladas junto a la desembocadura de los ríos, en poblados o pequeñas aldeas que, con el tiempo, se volcaron a una economía marítima especia-

lizada. Esos aldeanos obtenían del mar la parte fundamental de sus recursos alimenticios, recolectando mariscos, capturando los peces que quedaban en las pozas al retirarse las mareas altas y cazando lobos marinos cuando podían. Para ello, desarrollaron una tecnología adecuada que les permitió disponer de un elaborado equipo de pesca: anzuelos de concha y espinas de cactáceas, arpones para mamíferos y peces con cabezales desprendibles y barbas de hueso; ganchos para atrapar cefalópodos y utensilios para preparar las piezas obtenidas.

Al mismo tiempo, cerca de la costa pero en el interior de los valles, se desarrollaban otros poblados. Aunque explotaban recursos marinos, mantuvieron en cambio una economía más diversificada que incluía también la caza y la recolección y, con el tiempo, algunos cultivos. Como veremos en el capítulo siguiente, fue entre estos grupos de cazadores-recolectores intensivos que se produjeron tempranamente, en algunos valles costeros y en las punas, las primeras experiencias de domesticación de plantas y animales.

Los cazadores-recolectores pampeanos

Cinco mil años atrás, la vida de los cazadores y recolectores de las tierras del sur de la actual provincia de Buenos Aires había experimentado algunos cambios significativos. Las condiciones ambientales se habían modificado: todavía algo más frías y áridas que las actuales, la región sufría, desde hacía dos milenios, los efectos del ascenso sostenido de las temperaturas y del aumento de la humedad. Estos factores incidieron en la subida de las aguas y en el consiguiente anegamiento de las zonas costeras y el ingreso del mar en las áreas más bajas como, por ejemplo, la amplia depresión del río Salado y las tierras vecinas a la desembocadura de ríos y arroyos; más al norte, las aguas cubrieron las costas del Río de la Plata y las islas del Delta. Hace unos 5000 años las aguas habían comenzado a retroceder –el clima era, nuevamente, algo más frío y seco–, aunque la costa bonaerense alcanzó su forma actual recién unos 1000 años atrás.

Sabemos, pese a la escasez de restos, que durante esa primera etapa del Holoceno se manifestaron algunos procesos interesantes. Entre 7500 y 7000 años atrás, aproximadamente, se produjo la extinción definitiva de la fauna del Pleistoceno y comenzaron a usarse de modo regular los recursos costeros. A partir de allí, comenzó a afianzarse un modo de vida que fue típico de las llanuras durante los milenios siguientes, tanto en su economía como en sus formas de asentamiento y tecnología. Este modo

de vida estaba ya bien asentado hace unos 5000 años, época a la que se remontan también los primeros indicios de ocupaciones humanas en el oeste de la llanura pampeana, hoy conocida como pampa seca.

En la llanura bonaerense, la extinción final de los grandes herbívoros pleistocénicos parece haber sido más tardía que en otras regiones, tal vez porque perduraron allí condiciones ambientales favorables. A esa misma época, cuando los últimos grandes mamíferos desaparecían en la llanura, corresponden los primeros registros de explotación de otro importante recurso, los lobos marinos, y de asentamientos en ambientes costeros.

Hallazgos en las playas de Monte Hermoso

En la costa sur bonaerense, cerca de la actual ciudad de Monte Hermoso, los arqueólogos localizaron varios sitios distribuidos alrededor de una antigua laguna cercana al mar, con restos de ocupaciones que pueden remontarse a más de 7000 años atrás. Se hallaron algunos centenares de huesos de lobos marinos con claras marcas de corte; al parecer, los animales habían sido faenados en otro lugar y se llevaron a los campamentos las partes más rendidoras. Junto a los huesos, diversos artefactos de piedra –pocos en relación con la gran cantidad de huesos– muestran huellas de intenso uso, y algunos tienen sus caras muy alisadas, lo que sugiere que se trataría de artefactos descartados y que muchos de ellos habrían sido empleados para sobar cueros –probablemente de lobos marinos– y para moler o machacar vegetales.



También se hallaron artefactos de madera entre los que se destaca una pieza alargada, plana, con forma de espátula, con una línea en zigzag grabada en una de sus caras. Aunque mal conservada, se trata del instrumento de madera más antiguo –entre 7300 y 6600 A.P.– y de la primera manifestación estética de la región. Cerca, en otro sector de la misma laguna, y sobre antiguas playas, Cristina Bayón y Gustavo Politis encontraron improntas muy claras de varios cientos de pisadas humanas y de algunos animales. Las huellas, que pertenecen tanto a adultos como a niños, muestran que esos individuos atravesaban la playa en distintas direcciones, seguramente cuando salían o regresaban a sus campamentos en algún lugar cercano.

La presencia de cazadores-recolectores en las costas atlánticas continuó durante los milenios siguientes. Además de explotar los recursos faunísticos, esos cazadores se proveían allí de cantos rodados para confeccionar sus instrumentos y de caracoles marinos para hacer adornos. Algunas cuentas hechas con las conchas de esos caracoles fueron halladas en lugares muy alejados, en el interior del territorio. En síntesis, desde comienzos del Holoceno medio, la costa estaba ya integrada a los circuitos de movilidad de los cazadores pampeanos.

Hacia el año 5000 A.P., esto es, a mediados del Holoceno, los restos de los cazadores pampeanos son relativamente abundantes y se los ha hallado en diferentes ambientes, principalmente a orillas de lagunas, arroyos y ríos de la zona interserrana, donde sitios como Fortín Necochea, Laguna Tres Reyes, Paso Otero y Arroyo Seco muestran largas secuencias de campamentos indígenas. Las ocupaciones recurrentes de esos ambientes lagunares se remontan quizás a unos 6000 años atrás y perduraron al menos unos dos milenios y medio más.

El guanaco se había convertido ya en la principal presa de los cazadores pampeanos quienes, sin embargo, no desdeñaban a otros animales para completar su dieta, como el venado, el ñandú, los armadillos y, seguramente, algunos roedores. En cualquier caso, el papel del guanaco fue central y la acumulación de huesos en sitios de la llanura, como Paso Otero 1 y 3, sobre el río Quequén Grande, aunque un poco más tardíos, revela que es muy probable que para esta época comenzaran a realizarse grandes cacerías de animales. La presencia en los sitios de una cantidad relativamente abundante de instrumentos de molienda –morteros y manos– testimonia que, con seguridad, recolectaban semillas y raíces. En sus desplazamientos hacia la costa también recogían guijarros y caracoles y cazaban lobos marinos. El aprovechamiento de los animales era completo: la carne y las entrañas eran los alimentos por excelencia; cueros, pieles, tendones y huesos constituyeron importantes materias primas para los artesanos indígenas.

La tecnología de esos cazadores-recolectores pampeanos se caracterizó por una variedad de artefactos de piedra relativamente estandarizados: algunos, como las puntas de proyectil, las raederas y los raspadores, eran manufacturados por talla; otros, como las bolas de boleadora y los morteros, molinos y manos, eran fabricados por picado, abrasión y pulido. Las piezas más características eran unas puntas de proyectil de un tipo diferente, sin pedúnculo, de tamaño mediano –4 o 5 centímetros de largo– y con forma de triángulo isósceles. Las raederas y los raspadores, que continuaban la tradición anterior, constituían un instrumental básico que se adaptaba a distintos usos.



Las grandes cacerías de guanacos

Restos que provienen de dos sitios de la localidad arqueológica de Paso Otero, a orillas del río Quequén Grande, en el sur de la llanura bonaerense, muestran que a mediados del Holoceno los pobladores de la región realizaban grandes matanzas de guanacos. En el lugar, los arqueólogos recuperaron una gran cantidad de huesos de guanaco que habían sido depositados formando varias pilas. Esos restos parecen ser lo que quedó de cacerías exitosas y del faenamiento posterior de las presas cerca del lugar donde habían sido capturadas. Aunque esas pilas fueron dejadas en diferentes momentos, poseen características similares: se trata de apilamientos de huesos de numerosos guanacos, principalmente huesos largos que, una vez agrupados y seleccionados, fueron abandonados en la planicie de inundación del río.

En Paso Otero 1 se hallaron unos 4100 huesos –algunos enteros, otros quebrados– que formaban cuatro pilas distintas. Los arqueólogos estiman que pertenecen, por lo menos, a unos 38 animales, y corresponden a distintos momentos. Tres de esas pilas están más o menos próximas en el tiempo, pues se las ubica entre unos 4800 y 4400 años A.P. La cuarta, en cambio, es más tardía, pues se la ha fechado en unos 2700 años atrás. En el sitio, los animales habían sido despostados y, seguramente, cuereados, tomadas las vísceras y una parte de la carne fileteada para facilitar su transporte a los campamentos residenciales. La poca cantidad de instrumentos asociados a esos restos óseos ha llamado la atención de los arqueólogos.

En Paso Otero 3, en cambio, las pilas de huesos de guanaco están asociadas a un mayor número y variedad de artefactos y residuos, lo que ha hecho suponer que se efectuaban allí otras actividades productivas. Los restos de este segundo sitio fueron fechados entre 4700 y 4500 A.P., es decir, son casi contemporáneos de los apilamientos de Paso Otero 1.

El aprovisionamiento de buenas piedras para fabricar instrumentos constituyó, sin duda, un problema crucial, pues de nada servía tener buena caza si no se disponía del equipo necesario para capturar, matar y procesar a los animales. En la región no faltaban piedras de buena calidad para tallar, pero sólo se las encontraba en ciertos lugares, como las sierras y algunos afloramientos aislados en la llanura. Aunque podían aprovecharse los cantos rodados de la costa, las piedras más usadas fueron la cuarcita –la más abundante– y la calcedonia.

Esta necesidad de proveerse de piedras obligó a los cazadores a incluir en sus desplazamientos lugares donde obtener rocas adecuadas. Algunos, que fueron explotados durante milenios, se convirtieron en canteras que aún hoy son reconocibles. También recurrieron a otras formas de acceder a piedras en caso necesario. Una de ellas fue distribuir en el paisaje, en lugares visitados con frecuencia, pequeños bloques o lascas grandes a medio trabajar. La otra, construir escondrijos, generalmente pozos cubiertos, donde se dejaba una reserva de piedras de la que se podía disponer cuando no era posible acceder a las canteras. La dificultad para aprovisionarse de rocas pudo haber sido una de las causas por las cuales no se registran todavía indicios de ocupaciones en el norte de la llanura bonaerense, donde las fuentes más cercanas de ese recurso estaban demasiado lejos –sierras del sur bonaerense o de Córdoba– o eran inaccesibles, como los afloramientos de la isla Martín García.

Esos cazadores desarrollaron estrategias complejas de asentamiento en circuitos más amplios de movilidad. Aunque las cuevas de las sierras eran visitadas periódicamente, las ocupaciones eran breves; en cambio, algunos sitios ubicados junto a las lagunas ofrecen restos de ocupaciones más frecuentes e intensas. Otros sitios reflejan su uso para algunas actividades específicas, como caza masiva y matanza de animales o canteras-taller donde se obtenía piedra y se realizaba, al menos, el procesamiento inicial del material.

A esta misma época pertenecen algunos testimonios que sugieren ocupaciones humanas en el ambiente más árido del oeste pampeano. Los más antiguos se encontraron en los niveles inferiores del sitio Casa de Piedra, sobre la orilla del río Colorado, y pueden remontarse al octavo milenio A.P. Un milenio más tarde, esa ocupación brinda evidencias de una mayor movilidad de los cazadores. De esta época proviene un conjunto de variados instrumentos de piedra entre los que se destacan unas puntas de proyectil gruesas, de forma lanceolada y borde aserrado, así como fogones circulares y vestigios de estructuras de postes, indicadores de ocupaciones algo más estables. Sabemos que cazaban guanacos y ñandúes, y que sus desplazamientos incluían algunos territorios también áridos, como el norte de la Patagonia, por lo que es probable que la recolección ocupara un lugar importante.

Sin embargo, la ocupación más intensa de los ambientes secos pampeanos se produjo más tarde, en la última parte del Holoceno medio, esto es, a partir del 5000 A.P. En Tapera Moreira, en la cuenca del río Curacó, varios sitios testimonian ocupaciones del Holoceno medio y tardío. La zona ofrecía buenas condiciones para el asentamiento hu-

mano, pues se localizaba cerca del río y de una vertiente natural de agua potable –recurso esencial en ese territorio–, y estaba próxima a un bosque de chañares que proveía vainas, semillas y leña. Los restos hallados señalan una intensificación de la explotación de los recursos vegetales pues incluyen, además de los habituales raspadores, artefactos de molienda, tanto de alimentos –especialmente semillas silvestres– como de pigmentos. Entre los animales cazados predominaba el guanaco, cuyos restos dominan claramente el registro faunístico.

Las poblaciones del litoral fluvial

Cinco mil años atrás, las tierras que hoy forman el litoral fluvial sufrían también los cambios climáticos que afectaban al planeta desde fines del Pleistoceno: un aumento constante de temperatura y el ascenso del nivel de las aguas en mares y océanos. Este último proceso afectó principalmente la zona de la desembocadura de los ríos Paraná y Uruguay –el actual Delta–, que fue cubierta por el avance de las aguas. El aumento de las temperaturas fue acompañado por condiciones húmedas y mayores precipitaciones. La confluencia de estos factores favoreció la expansión de las selvas y montes –formaciones fitogeográficas cerradas– a expensas de las praderas y sabanas y produjo un desplazamiento hacia el sur de las especies animales y vegetales. Así, es probable que en el actual norte entrerriano se dieran entonces condiciones similares a las que hoy encontramos en tierras misioneras.

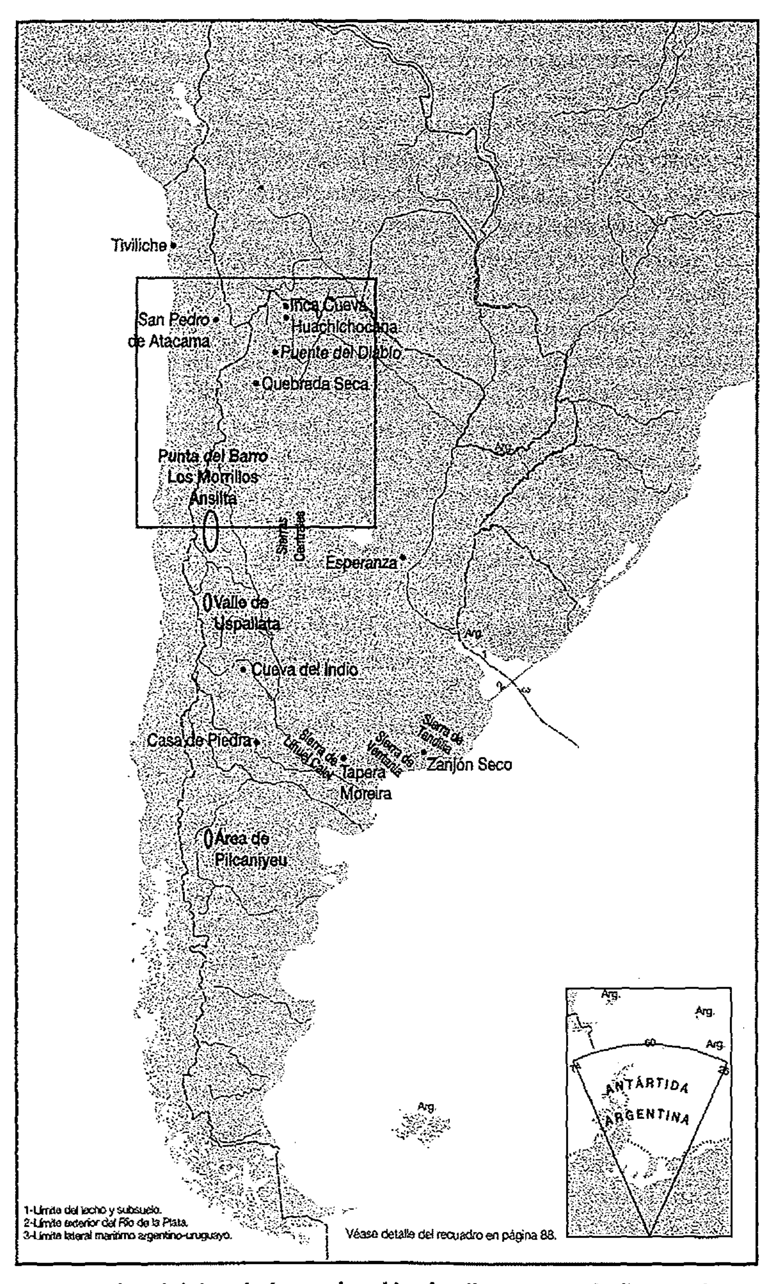
Conocemos muy poco sobre la vida de los cazadores, recolectores y pescadores que vivían en esa época en el litoral fluvial. Los escasos restos hallados se reducen en general a artefactos de piedra y son muy pocos los fechados seguros. Sin embargo, esos pocos materiales testimonian que la presencia humana se había extendido por el territorio, sin duda favorecida por las condiciones climáticas. Los restos encontrados muestran la presencia de poblaciones a lo largo de la cuenca del río Uruguay y sus principales afluentes, en algunas partes en el interior del territorio mesopotámico, en el territorio misionero y en las costas del alto Paraná. En cambio, no se han hallado hasta ahora restos en torno a la cuenca del Paraná medio e inferior.

Los campamentos de esos pobladores se vinculaban a los principales cursos de agua y a las islas, y se ubicaban preferentemente en lugares altos, como lomadas o afloramientos rocosos, de donde obtenían piedra para fabricar sus instrumentos. De ese modo, una parte fundamental de

su vida estaba ligada a los ambientes ribereños y dependía de ellos: los cursos de los ríos y las selvas ribereñas eran ámbitos ricos en recursos animales y vegetales para cazar, pescar y recolectar. Pero además estaban conectados con los ámbitos del interior, que presentaban una vegetación más abierta de monte o sabana, adonde se trasladaban periódicamente para cazar y recolectar. De hecho, la vinculación con esos distintos ámbitos marcó la movilidad de esas poblaciones. Un caso especial fue el de los cazadores recolectores del territorio misionero, identificados por los arqueólogos con la tradición altoparanaense –o Humanitá, como la denominan en Brasil– y vinculados probablemente a las poblaciones del planalto brasileño. Establecidos en las costas de los ríos, estos grupos, que se identifican por sus característicos implementos de piedra, se trasladaban durante parte del verano y el otoño hacia las tierras altas del interior misionero para explotar los recursos de los bosques de araucaria.

Las principales diferencias entre los distintos grupos se observan en la producción de sus artefactos de piedra, tanto en la materia prima como en el tipo de instrumentos y en las técnicas empleadas. El trabajo de la piedra era realizado tanto por tallado como mediante pulido. La talla, en general sobre una sola cara, se aplicaba sobre todo en la confección de puntas y raspadores –un implemento muy extendido–, y algunas hachas de mano, picos y "clavas". El pulido se usaba en la confección de bolas –con y sin surco–, artefactos de molienda, hachas y piedras con hoyuelos. Los instrumentos de molienda permiten inferir la importancia de la recolección vegetal, principalmente semillas. Entre las poblaciones del territorio misionero, las características de algunos instrumentos –tamaño, calidad de la talla, características de los filos– hacen pensar que eran usados para el trabajo de la madera. Esta última, abundante en las selvas y montes de la zona, debió ser empleada para la confección de armas, artefactos domésticos y, seguramente, canoas. Un implemento muy peculiar eran las placas de piedra con grabados. Su forma, predominantemente cuadrangular, era lograda por medio del pulido; luego se grababan en su superficie hoyuelos y surcos que formaban motivos geométricos. No sabemos cuál era su uso, aunque puede suponerse que tenían funciones rituales o ceremoniales.

La vida de estas comunidades de cazadores-recolectores y pescadores se mantuvo sin cambios significativos durante varios milenios. Los testimonios más antiguos se remontan quizás a unos 7000 u 8000 años atrás y perduraron hasta hace unos 2500 o 3000 años al menos, cuando algunas comunidades comenzaron a fabricar cerámica.



Los inicios de la producción de alimentos y el afianzamiento de las sociedades aldeanas

4. Hace 2000 años... (ca. 1 d. C.)

Afianzamiento de las comunidades aldeanas, la agricultura y la cerámica

El modo de vida cazador-recolector demostró ser eficaz y perduró en muchas regiones durante milenios. Sin embargo, a comienzos de nuestra era algunos grupos aborígenes habían experimentado cambios, en ciertos casos muy profundos. En el noroeste argentino y Cuyo, pequeñas pero prósperas comunidades vivían ya en aldeas sedentarias y obtenían su sustento del cultivo de plantas y la cría de animales. Además, habían incorporado un variado y complejo conjunto de técnicas, como la metalurgia. Cultivo y cría de animales se habían iniciado en la región entre 4500 y 3000 años antes, cuando algunas comunidades de cazadores-recolectores comenzaron allí el proceso de domesticación. Éste se encontraba en marcha en el norte del actual territorio chileno y en los Andes centrales desde mucho antes, entre 8000 y 7000 años atrás. En el resto del territorio, en cambio, se mantuvo el antiguo modo de vida. Esa continuidad, sin embargo, no excluyó cambios y ajustes en una época marcada por transformaciones.

El modo de vida de las comunidades cazadoras-recolectoras durante el Holoceno medio había resultado exitoso, en tanto les permitió enfrentar los desafíos que el medioambiente presentaba. En ese modo de vida, la diversificación y la intensificación en la explotación de los recursos habían demostrado ser estrategias clave para minimizar los riesgos derivados de los imprevisibles cambios ambientales. Como consecuencia de tales estrategias, cada una de esas comunidades pudo ajustarse a las particulares condiciones de su entorno.

Algunos indicios arqueológicos –aunque escasos y aislados– muestran que, hace unos 4000 años o más, algo había comenzado a cambiar. Esos hallazgos sugieren que en algunas quebradas de acceso a la Puna, y más al sur, en el occidente de San Juan y Mendoza, grupos de cazadores-recolectores habían comenzado a domesticar algunas plantas y animales.

Al comienzo, este hecho no cambió sustancialmente la vida de esas bandas ni sus estrategias de subsistencia. Tampoco produjo innovaciones tecnológicas y culturales destacables. Pero se había dado un paso cuyas consecuencias van a advertirse más de un milenio y medio después: había comenzado la producción de alimentos.

La gran transformación: la producción de alimentos

La domesticación de plantas y animales constituyó uno de los grandes avances en la historia humana, pues transformó radicalmente estrategias de subsistencia que se remontaban a cientos de miles de años. En efecto, desde su aparición en el registro paleontológico, hace unos dos millones de años, el hombre había sobrevivido tomando de su entorno natural los elementos necesarios para alimentarse, protegerse y fabricar sus armas y herramientas. La caza, la recolección y más tarde la pesca organizaron la vida cotidiana. Con el tiempo, los hombres mejoraron sus instrumentos y desarrollaron técnicas de caza y recolección más eficaces y complejas, pero siguieron dependiendo de los recursos que la naturaleza les brindaba, con todas las limitaciones que esto imponía.

El gran cambio se produjo cuando algunas comunidades aprendieron a *producir* sus recursos, o al menos una parte de ellos: las plantas podían ser cultivadas y los animales mantenidos en cautiverio para ser sacrificados cuando fuera necesario. Entonces, los hombres, en contacto desde hacía mucho con los animales y vegetales silvestres de su entorno, pudieron seleccionar las variedades más productivas o convenientes y favorecer su reproducción. De ese modo, habían comenzado a intervenir en el proceso de selección natural generando cambios genéticos que, con el tiempo, dieron lugar a nuevas variedades y especies que hoy denominamos domésticas.

Este cambio se inició a comienzos del Holoceno, hace unos 10 000 años, y se produjo de modo independiente en varias regiones. El proceso más conocido y antiguo se dio en el sudoeste asiático y el Mediterráneo oriental. Otros centros tempranos fueron las planicies vecinas a los grandes valles fluviales de China y las tierras cálidas del sudeste asiático. En el continente americano, la producción de alimentos se desarrolló de modo independiente en algunas zonas del actual territorio mexicano, en los Andes centrales y en las selvas cálidas situadas al oriente de la cordillera andina. En las dos primeras regiones, es posible que el cultivo se haya puesto en marcha entre unos 9000 y 7000 años

atrás. En los Andes centrales existían ya cuises –conejitos de Indias– y camélidos domesticados –seguramente alpacas– hace unos 4500 años.



La revolución neolítica

La producción de alimentos a través del cultivo y de la cría de animales, que significó el paso de una economía de apropiación basada en la caza y recolección a otra que se sustentaba en la producción, constituyó una de las grandes transformaciones de la humanidad. Esta nueva economía fue la base de la llamada "revolución neolítica", expresión que alcanzó gran popularidad a partir de la década de 1930 gracias a la obra de Vere Gordon Childe, una de las figuras más importantes de la arqueología del siglo XX.

Ese gran cambio constituía para Childe una verdadera revolución en tanto había afectado todos los aspectos de la vida de aquellas poblaciones que incorporaron la nueva economía. La arqueología muestra que el proceso fue lento y gradual, que resultó de la acumulación de pequeños cambios, y que no significó el reemplazo más o menos rápido de una economía por otra. En algunos lugares pasaron incluso milenios desde el momento en que el hombre comenzó a experimentar con la domesticación de plantas y animales hasta que la agricultura y la ganadería pudieron mantener por sí solas a las comunidades. Pero, en cambio, sí fueron revolucionarias las transformaciones que se produjeron como consecuencia del proceso: mayor estabilidad en la provisión de alimentos, posibilidad de un excedente acumulable, aumento de la población, asentamiento en aldeas permanentes, división del trabajo y especialización económica, mayor complejidad social, disponibilidad de tiempo libre que permitía mejorar las condiciones de vida y desarrollar tecnologías más complejas.

Los inicios de la producción de alimentos en los Andes meridionales

En el actual territorio argentino, cultivo y domesticación de animales alcanzaron su mayor desarrollo en las tierras andinas del noroeste y de Cuyo. En las primeras, los testimonios más tempranos provienen del borde oriental de la Puna; en Cuyo, del oeste de las actuales provincias de San Juan y Mendoza.

La región circumpuneña oriental

En esta región, los restos más antiguos provienen de cuevas situadas en la parte alta de las quebradas de acceso a la Puna, que eran visitadas por cazadores-recolectores desde fines del Pleistoceno. Los restos más seguros se hallaron en Inca Cueva y se ubican entre unos 4000 y 3500 años atrás –2000-1500 a. C., aproximadamente–. Los materiales recuperados muestran que la forma de vida de los grupos que entonces ocupaban esas cuevas era muy similar a la de los cazadores-recolectores que habitaban la región desde el Holoceno medio.

Los objetos encontrados nos dan una rica imagen de la vida cotidiana: representan a los hombres cazando y recolectando, fabricando puntas, cestos y bolsas, encendiendo fuego con ayuda de un palillo y una maderita o ejecutando música con flautas de tres agujeros realizadas en caña hueca o hueso, dato conocido pues se conservaron restos de esos instrumentos. La inhumación de los muertos incluía complicadas ceremonias; utilizaban conchas provenientes del océano Pacífico para hacer adornos y empleaban en sus rituales semillas molidas de *cebil*, que inhalaban o fumaban en pipas de piedra o hueso. La presencia de algunos de esos productos nos habla de contactos e intercambios con zonas lejanas, como el Pacífico y el Chaco. En este contexto de caza y recolección intensivas, aparecen restos de algunas calabazas, *Lagenaria siceraria*, originarias de zonas más cálidas, utilizadas especialmente para fabricar recipientes, aunque a veces podían servir como alimento. Si bien se trata del único vegetal cultivado hallado, su existencia documenta el paso hacia el cultivo incipiente.

En Huachichocana también se hallaron restos de vegetales –ají, porotos, maíz– quizá ya domesticados, a los que se asignó, inicialmente, gran antigüedad. Sin embargo, aunque estos restos no pueden desecharse totalmente, las muestras son muy escasas para determinar si se trata de especímenes domésticos, y el maíz arrojó una fecha mucho más tardía, no más de unos 2600 años atrás. También en las cabeceras del valle Calchaquí, en Puente del Diablo, cerca de La Poma, se recuperaron restos antiguos de un ejemplar afín al poroto y semillas de zapallos. Tomados en conjunto, estos hallazgos indican la existencia incipiente del cultivo, expresada en la domesticación de algunas especies locales –variedades de porotos y de zapallos– cuyas formas silvestres se encontraban en las tierras más cálidas y húmedas del este de los Andes.

El uso de alucinógenos en los Andes meridionales

Hace más de 4000 años estaba arraigada en las poblaciones de la dilatada región que se extendía al sur del Titicaca la costumbre de consumir alucinógenos, esto es, productos que provocaban estados de éxtasis con visiones y alucinaciones. Esa práctica, realizada por los chamanes, era esencial para poder acceder al mundo de los antepasados y seres sagrados. Los cazadores-recolectores que habitaron Huachichocana e Inca Cueva, en Jujuy, usaban pipas tubulares de piedra o hueso para fumar un polvo hecho con las semillas tostadas y molidas del cebil, un árbol –*Anadenanthera colubrina* o cebil– que se encuentra en las selvas cálidas del oriente andino –las llamadas yungas o "tierras calientes"–, que se extendían por el sur de la actual Bolivia y el noroeste argentino. Esta zona fue clave para el suministro de cebil a sociedades establecidas tanto en la llanura chaqueña como en las tierras altas de los Andes. La demanda de este producto, de alto valor simbólico, fue un factor crítico en la intensificación del tráfico de las caravanas de llamas, así como en la emergencia de las sociedades agrícolas, pues las primeras plantas domesticadas en las tierras altas parecen tener sus ancestros silvestres en la región de las yungas.



Más difícil es reconocer la presencia de camélidos domésticos, pues las variedades salvajes eran capturadas desde épocas tempranas por los cazadores de la región, y las diferencias entre los restos óseos de ejemplares silvestres y los de animales en proceso de domesticación son difíciles de determinar. De todos modos, combinando distintos tipos de testimonios –huesos, fibras de lana, capas de excrementos, cambios en los instrumentos– los especialistas llegaron a la conclusión de que es muy probable que algunos restos conservados en Inca Cueva, Huachichocana, Quebrada Seca y otros pocos sitios puneños pertenezcan a camélidos domésticos, seguramente vicuñas. En Inca Cueva, esos restos se remontan a unos 4000 años atrás; en los restantes lugares, a unos 3500

hasta 3200 años, es decir, son contemporáneos de los más antiguos vegetales cultivados.

En síntesis, a pesar de las dudas que aún persisten, esa antigüedad del proceso de domesticación resulta razonable dadas las fechas conocidas en los Andes centrales y en las tierras vecinas al oeste de la cordillera de los Andes. Las innovaciones introducidas iniciaron un proceso que no alteró de inmediato la vida de esas comunidades que, durante mucho tiempo, continuaron dependiendo de la caza y la recolección para proveer a sus necesidades básicas y organizando sus asentamientos y movilidad en función de esas actividades.

SALVAJES



Guanaco



Vicuña

DOMÉSTICOS



Alpaca



Llama

Camélidos americanos

En el continente americano se reconocen cuatro especies de camélidos: dos de ellas –el guanaco y la vicuña– son salvajes; las otras dos –llama y alpaca– son domésticas. Sin embargo, no está clara la relación genética entre ellas, es decir, a partir de cuáles de las especies salvajes derivan las domésticas.

En un momento se supuso que la llama provenía de la domesticación del guanaco y la alpaca de la vicuña. Pero las investigaciones más recientes de los biólogos muestran que tal esquema es demasiado simple, y los estudiosos, partiendo de diferentes datos, han tratado de buscar otras relaciones filogenéticas. "Como se puede ver –explica el arqueólogo Hugo Yacobaccio– los estudios genéticos no han brindado todavía patrones sólidos para establecer el ancestro silvestre de las formas domésticas de los camélidos."

"Sin embargo –continúa–, aunque el caso de la alpaca es complicado, el de la llama parece restringido a la posibilidad de descendencia a partir del guanaco, habiéndose debilitado mucho la posición que plantea la existencia de una llama silvestre pleistocénica."

La región cuyana

En Cuyo, los indicios de cultivos incipientes tempranos provienen de algunos abrigos y cuevas de los valles de Iglesia y Calingasta, en el oeste de San Juan, como Punta del Barro, Los Morrillos y Ansilta, donde se encontraron indicios de un núcleo de agricultura incipiente al que se conoce con el nombre del último de los sitios mencionados. Los restos más antiguos se remontan a unos 3800 años, y se supone que sus portadores pudieron llegar desde el norte del actual territorio chileno atravesando los pasos andinos de San Juan. Dedicados a la caza, la recolección y la horticultura, los grupos de Ansilta perduraron hasta hace unos 2000 años.

Ocupaban el piedemonte alto –se extiende de norte a sur entre los 2500 y 3000 metros de altura–, una franja de tierras protegida tanto de los fríos y nevadas invernales de la alta montaña como de la aridez de la estepa desértica de las tierras más bajas. Grutas y cuevas naturales brindan protección y resguardo, y en las terrazas aledañas a las profundas quebradas por donde corren los ríos se forman algunos microambientes húmedos aptos para el cultivo. El guanaco, el ñandú y la vizcacha de la sierra estaban al alcance de los cazadores, quienes, además, podían recolectar semillas de algarrobo y raíces de cactáceas. También cultivaban, en pequeños espacios protegidos, quinua, zapallos, calabazas, porotos y, más tarde, algo de maíz.

Los cazadores de Ansilta fabricaban sus armas y herramientas básicas con piedra y hueso. Con la primera hicieron puntas para proyectiles que eran arrojados con propulsor, cuchillos, raspadores y raederas; con hueso fabricaron puntas, punzones y agujas. Con fibras vegetales confeccionaron canastos, platos y redes, así como gorros y sombreros decorados con motivos geométricos que formaban parte de los paquetes funerarios. También realizaban tejidos utilizando gruesos hilos de lana reforzados con pelo humano, nervios animales o fibras vegetales. En cambio, poco sabemos acerca de sus creencias e ideas, aunque dejaron en las paredes de las grutas algunas pinturas de figuras de líneas curvas. A mediados del primer milenio antes de nuestra era, es decir, unos 2500 años atrás, estos pueblos comenzaron a fabricar recipientes de cerámica, quizá como resultado de contactos con las poblaciones del noroeste. De esta misma zona parecen haber llegado las influencias que, algo más tarde, llevaron a la formación de comunidades aldeanas plenas.

Hace cerca de 4000 años, más al sur, en el valle mendocino de Uspallata, algunos grupos de cazadores-recolectores cultivaban quinua y calabazas. Poco después, otros grupos que ocupaban la Gruta de Indio, en Rincón del Atuel, cultivaron zapallos. Como en los casos anteriores,

esas prácticas hortícolas no cambiaron su modo de vida: la caza y la recolección –esta última intensiva– continuaban proporcionando los recursos fundamentales para la subsistencia. Recién en el último milenio antes de nuestra era –entre 3000 y 2000 años atrás– se produjo un mayor desarrollo de la agricultura regional, quizá también pastoreo de llamas, y se inició la producción de cerámica.

El actual territorio chileno septentrional

Al oeste de los Andes, los testimonios de prácticas de cultivo y domesticación de animales son muy tempranos. Allí, a unos 40 kilómetros de la playa, los arqueólogos descubrieron una antigua aldea a la que nombraron Tiviliche. Se trataba de un asentamiento pequeño cuyos inicios se remontan a unos 8000 años atrás; como en otras aldeas de la época, sus pobladores vivían de los productos de la pesca, la caza y la recolección. Sin embargo, se recuperaron aquí, en niveles fechados entre 7800 y 6600 A.P., las primeras evidencias de cultivo del maíz y de la crianza del *cuy* o conejito de Indias, dos productos de fundamental importancia en el posterior desarrollo de las sociedades andinas.

Hallazgos en otros sitios del norte árido y del centro semiárido chilenos permiten agregar porotos y, algo después, zapallos, calabazas y quinua al repertorio de cultivos tempranos. Debido a las condiciones ambientales de esas regiones, los investigadores suponen que el maíz y el poroto deben haber sido domesticados en otra zona, probablemente en las tierras más templadas y húmedas del oriente de los Andes. Estos testimonios son contemporáneos de los hallados en los Andes centrales, en el actual territorio peruano: allí, en la Cueva del Guitarrero –en el Callejón de Huaylas– y en cuevas y abrigos de la región de Ayacucho, se cultivaban hace más de 7000 años pimientos, dos clases de porotos, zapallos y calabazas.

En los Andes meridionales, el proceso fue acompañado por la domesticación de algunos animales, en especial de camélidos, que provenían de ancestros salvajes locales con los que los cazadores se hallaban en contacto. Numerosos especialistas sostienen que las tierras altas meridionales pueden haber sido un núcleo independiente de domesticación de esos animales, pues en la vertiente occidental de la Puna, en el curso medio del río Loa y en sitios ubicados algo al norte de San Pedro de Atacama, los indicios del manejo del sistema de pastoreo y del inicio de la domesticación de camélidos se remontan a unos 6000 o 7000 años atrás.

Afianzamiento de las sociedades aldeanas en los Andes meridionales

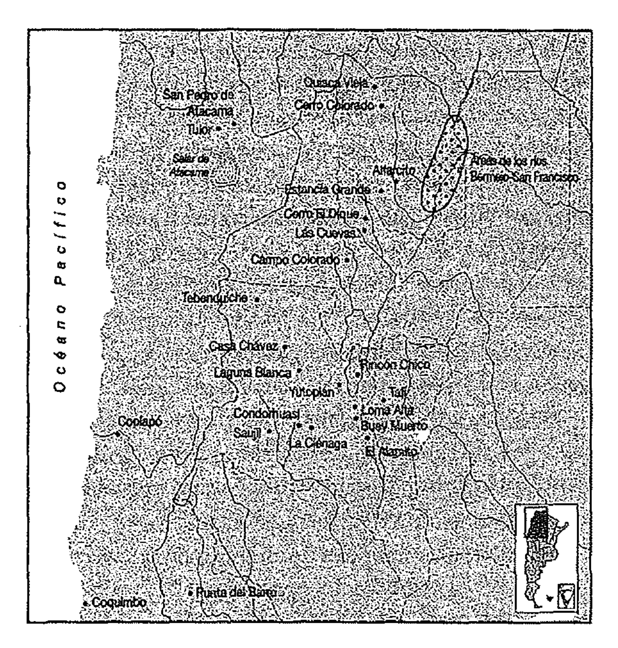
La domesticación de vegetales y animales fue el punto de partida de un proceso de transcendentales consecuencias. Cultivo y pastoreo, en principio actividades marginales de poblaciones que vivían de la caza y la recolección, lentamente fueron ocupando un lugar de mayor importancia en la economía de esas comunidades y se extendieron a otras partes de la región. Sumadas a las más antiguas, las nuevas prácticas económicas permitieron mayor disponibilidad de alimentos, el aumento de la población, la ocupación de nuevos espacios y una mayor estabilidad de los asentamientos que, con el correr del tiempo, se volvieron permanentes. Al mismo tiempo se generalizaron tecnologías más complejas, como la alfarería, cuya aparición en la región se remontaría a unos 4000 años atrás, y la metalurgia, que dio los primeros pasos en el momento que analizamos, hace unos 2000 años.

Como resultado de esos procesos, un conjunto relativamente numeroso de comunidades que basaban su subsistencia en la agricultura y el pastoreo y llevaban una vida sedentaria en caseríos o aldeas permanentes vivía ya, durante la segunda mitad del primer milenio antes de nuestra era –esto es, entre unos 2500 y 2000 años atrás–, tanto en las zonas aptas de la Puna como en quebradas y valles altoandinos y en las sierras cálidas y húmedas del oriente, llamadas *yungas* en lengua quechua. Más numerosas que las bandas de cazadores-recolectores, rara vez esas primeras comunidades agrícolas pasaban de unos pocos miles de personas; no había en ellas diferencias sociales significativas –excepto algunas vinculadas al prestigio personal–, y carecían de una organización política centralizada. Las relaciones de parentesco jugaban un papel fundamental en la organización social pues definían el lugar de cada individuo respecto a los demás miembros del grupo así como sus obligaciones y derechos. El parentesco, derivado de los matrimonios entre sujetos de distintas comunidades o linajes, era fundamental en las relaciones entre esos linajes y comunidades, pues legitimaba vínculos y alianzas que facilitaban la circulación de personas y que debieron jugar un papel fundamental en el funcionamiento de las redes de intercambio que conectaban distintas regiones entre sí. Sin embargo, aunque esas comunidades compartían un modo general de vida, existían importantes diferencias entre ellas. Al contrario de lo que ocurría con los cazadores-recolectores, los asentamientos agrícolas no aspiraban a controlar extensos territorios con variados recursos. Por el contrario, los agricul-

tores tendieron a radicarse en ambientes específicos donde instalaban sus viviendas y tenían sus tierras de cultivo, usando los alrededores para las actividades complementarias de caza y recolección. Esto los obligó a adaptarse a un medio en particular, lo que generó diferencias entre comunidades que tenían, en general, un modo de vida común.

Los asentamientos aldeanos del noroeste argentino

Los asentamientos de los tempranos agricultores sedentarios cubren un extenso lapso de tiempo –más de un milenio– y se distribuyen en los distintos ambientes andinos.



Se los encuentra en el norte y el sur de la Puna, las quebradas de Humahuaca y del Toro, los valles calchaquíes y Santa María o Yocavil. Más al sur, hay testimonios en la falda occidental del Aconquija y en los valles del Cajón y de Tafí, en Tucumán. En los valles de Hualfín y Abaucán, en Catamarca, vivían numerosas comunidades cuyas tumbas brindaron valiosos materiales. También las había en la parte meridional de la región, en La Rioja, San Juan y Mendoza. En las yungas orientales, grupos aldeanos vivieron en el oriente de Jujuy y Salta y el norte de Tucumán, destacándose los de los valles de los ríos San Francisco y Bermejo.

En tal diferenciación jugaron un papel central las características del medio en el que se instalaron, los recursos disponibles –tierras aptas para el cultivo, agua y pastos–, las materias primas al alcance, la facilidad de las comunicaciones y el acceso a redes de intercambio que permitían obtener bienes que faltaban en su territorio. De estas circunstancias dependió la importancia relativa de cada actividad económica: la agricultura fue crucial en los grandes valles y quebradas altoandinas, en tanto el pastoreo era fundamental para los pobladores de la Puna y las quebradas altas; en las tierras cálidas del este, en cambio, la caza y la recolección conservaron un lugar de mayor relevancia. Esas mismas circunstancias marcaron las características de las prácticas agrícolas, el uso del suelo y el modo de asentamiento. Por último, en las distintas zonas de la región se manifestaron *estilos* bien diferenciados, en especial en la cerámica. Por *estilo* se entiende el modo estandarizado en el que en una sociedad se elaboraban y decoraban los objetos.

Las bases materiales de las comunidades aldeanas

En mayor o menor medida, complementadas con otras actividades, las prácticas agrícolas fueron un rasgo común a todas esas comunidades. Las especies más importantes fueron el maíz perla, de granos pequeños y duros, el poroto, el maní, el zapallo, la quinua, cuyos pequeños granos poseen un alto valor alimenticio, y algunos tubérculos, como la papa, la oca y el ulluco o "papa lisa".

En las yungas, los agricultores de San Francisco y Candelaria, favorecidos por la abundancia de agua y las temperaturas elevadas, cultivaban quinua, amaranto y principalmente maíz, utilizando los terrenos llanos junto a ríos y arroyos así como las laderas de los cerros por donde bajaban cursos de agua que permitían regar los cultivos. Aunque el clima cálido no era el más apropiado, también criaban algunas llamas en prados de altura y, sobre todo, aprovechaban intensamente los recursos silvestres, vegetales y animales mediante la caza, la pesca y la recolección.

En cambio, las comunidades de la Puna de Atacama y sus quebradas de acceso estaban formadas por pastores y cultivadores con una agricultura adaptada a las rigurosas condiciones del medio: sequedad y amplias fluctuaciones diarias de temperatura. En los sitios con agua, pequeñas cuencas u oasis, cultivaban quinua, papas y otros tubérculos adaptados a las condiciones del altiplano. Centraron su economía en el pastoreo de llamas, recurso valioso por sus múltiples usos: su carne era una excelente fuente de proteínas; la lana resultaba esencial para los tejidos, fundamentales en el frío clima puneño; el estiércol servía

como abono o combustible; su resistencia las convertía en un excelente animal de carga y las transformó –así como a las comunidades que las poseían– en una pieza clave del tráfico caravanero regional e interregional.

En los grandes valles y quebradas, los aldeanos combinaban el pastoreo de llamas en las partes más altas con una intensa actividad agrícola. Aprovechando los ríos y arroyos alimentados por las aguas de deshielo, utilizaron las tierras llanas del fondo de los valles, aquellas de menor pendiente en el piedemonte y las acumulaciones de sedimentos que, arrastrados por las corrientes de agua, se depositaban en la base de las quebradas laterales. Para facilitar el cultivo preparaban parcelas de forma rectangular –hoy llamadas *canchones*– alisando el suelo, quitando las piedras y rodeándolas con muros hechos con esas mismas piedras. En algunos lugares, en especial en los faldeos montañosos, construyeron andenes o terrazas para facilitar el cultivo y evitar la erosión de los suelos, como al parecer ocurrió en Estancia Grande, cerca de la quebrada de Humahuaca, y en el valle de Tafí. También es probable que usaran pequeñas acequias para llevar el agua desde los ríos y arroyos hasta los campos de cultivo.

La recolección jugó también un importante papel. Las especies locales o de zonas vecinas tuvieron múltiples usos: algunas sirvieron para la alimentación, como las semillas o frutos del algarrobo, el chañar, el mistol y el fruto comestible del cactus o cardón, la tuna; el mismo algarrobo proporcionaba madera dura útil para la construcción y la fabricación de utensilios que podía también ser usada como combustible; otras, en cambio, eran aprovechadas por sus propiedades medicinales, tintóreas o alucinógenas, como el cebil.

El desarrollo de la tecnología cambió de a poco la vida de esos aldeanos que pudieron fabricar múltiples bienes, tanto para uso doméstico cotidiano como para actividades rituales y ceremoniales. En su mayoría conocidas desde mucho tiempo atrás, esas tecnologías fueron mejoradas y permitieron la producción de piezas de mejor calidad, con la utilización de materias primas disponibles en su hábitat y también de algunas importadas. Así, se extendió el pulimento de los artefactos de piedra, se desarrolló la alfarería, se mejoró la cestería y el hilado, el trabajo de la madera y el hueso, y los textiles se beneficiaron con la incorporación del telar. Finalmente, se introdujo la metalurgia, tecnología compleja que supone conocimientos y habilidades especiales.

Desde muy temprano, la desigual distribución de los recursos en los Andes obligó a sus pobladores a buscar en otras partes algunos produc-

tos imprescindibles o a obtenerlos mediante intercambios con otras comunidades. Debido al incremento de la población, el creciente sedentarismo y la adaptación a medios ecológicos más específicos, tal necesidad se acentuó en las comunidades aldeanas. Se intensificó entonces la circulación de productos que abarcaba un área muy extensa que llegaba desde las tierras orientales limítrofes con el Chaco hasta el litoral del Pacífico. Recuas de llamas ascendían de los valles cálidos de las yungas hasta los grandes valles y quebradas; por las quebradas transversales subían luego hasta la Puna, que cruzaban siguiendo los caminos marcados por los oasis y pequeños valles puneños, entre los que se destacaba el de San Pedro de Atacama; de allí descendían por las quebradas occidentales para alcanzar los valles de los ríos que bajaban hacia el Pacífico. El crecimiento y extensión de las redes de intercambio generó una intensa dinámica cultural, pues junto a productos y objetos circulaban ideas, técnicas, creencias y prácticas sociales.

Los asentamientos y la organización del espacio

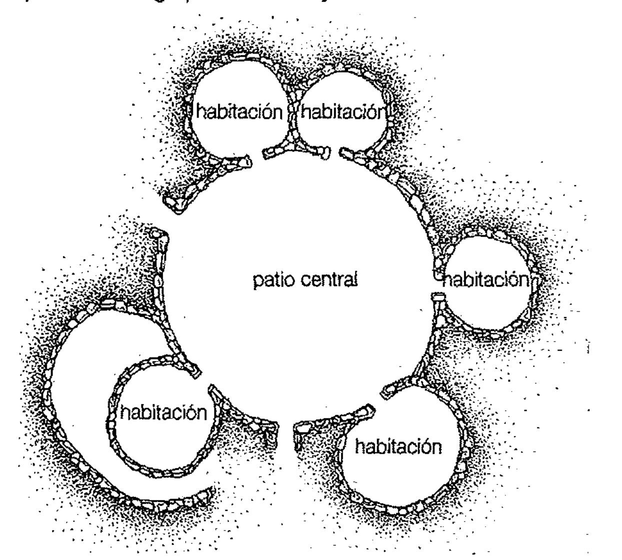
Aunque las rudimentarias técnicas agrícolas provocaban a veces el agotamiento de los suelos obligando a los agricultores a cambiar de lugar sus asentamientos, la tendencia general al sedentarismo y el crecimiento de la población se mantuvo y se refleja en el aumento de la cantidad de sitios hallados por los arqueólogos y en la mayor densidad de los restos encontrados, producto de un creciente número de gente y una permanencia más larga y continua en el mismo lugar.

Asentamientos y viviendas variaban de una región a otra. En general, se trató de unidades de vivienda o pequeños poblados dispersos en los campos de cultivo o cerca de ellos. Cada unidad estaba formada por habitaciones conectadas con un espacio central o patio que probablemente sirviera como lugar de actividades comunes y que en algunos casos poseía silos o depósitos cavados en el suelo para guardar los productos de la actividad agrícola. Estas viviendas, que debieron haber alojado familias extensas –la pareja cabeza de familia, sus hijos solteros y los hijos casados con sus respectivas familias–, podían a veces reunirse para formar pequeños poblados, como ocurre en Saujil, en el valle de Abaucán, donde cuatro o cinco unidades de vivienda, que tenían entre cuatro y diez habitaciones, se agrupaban formando un poblado. Pero no faltan ejemplos de poblados más grandes y concentrados, como Yutopián –una aldea concentrada en el valle del Cajón construida sobre una loma alta– o Campo Colorado, en el actual noroeste argentino, o Tulor, en Atacama, sobre la vertiente occidental de la Puna.



Las aldeas de Tafí

Los sitios del valle de Tafí, en la actual provincia de Tucumán, brindan buenos ejemplos del modelo de vivienda predominante en el noroeste argentino durante la etapa aldeana. Como vemos en el plano, se componían de varias habitaciones circulares dispuestas en torno a un patio central también de planta circular. En Tafí, las paredes eran de piedra, aunque en otros sitios se las hacía también de barro apisonado o adobes. El techo, que debía tener forma cónica, estaba construido con ramas o varas de madera. A veces, algunas de estas unidades se reunían para formar agrupamientos mayores.



En el espacio central, o patio, se realizaban las actividades comunes, tanto domésticas como religiosas. Las primeras incluían, entre otras, la molienda de los cereales, la preparación de los alimentos y la fabricación de herramientas y utensilios de uso doméstico. Entre las segundas, debió tener gran importancia el culto a los antepasados. La presencia en las aldeas de Tafí de estelas de piedra, en muchos casos esculpidas, parece testimoniar la importancia que esos ritos y cultos tenían para las comunidades.

Las viviendas también variaban en su forma. Predominaban las de planta redonda, como en Estancia Grande, Campo Colorado y Tafí, entre otros sitios. En este último, esas habitaciones circulares se ubicaban

en torno a un patio, también circular, de mayor tamaño. Otras eran rectangulares –los poblados Saujil del valle de Abaucán–, e incluso las había de forma irregular, como en Alfarcito. En algunos casos –cuenca del río San Francisco, poblados Saujil–, las viviendas eran semisubterráneas: los pisos se encontraban por debajo del nivel de suelo, del cual sobresalía sólo parte de las paredes y el techo. Las viviendas podían estar construidas en piedra –como en Tebenquique, Alfarcito, Yutopián y Tafí–, con adobes –Cerro Colorado, Saujil–, o bien con cimientos de piedra y paredes de adobe o de barro y ramas –Las Cuevas, Cerro Colorado–. En el oriente, entre las comunidades San Francisco y Candelaria, las viviendas eran construidas con materiales perecederos.

El desarrollo de la tecnología: cerámicas, textiles y metales

La elaboración de cerámica fue un rasgo característico de todas las sociedades aldeanas de los Andes meridionales. Además de los aspectos estrictamente tecnológicos –selección de arcillas, elaboración de la pasta, modelado, decoración y cocción de las piezas–, su elaboración se relacionaba con el universo mágico y simbólico, algo evidente a través de los motivos y diseños decorativos o de sus usos. Aunque las alfarerías de este período presentan rasgos comunes, los arqueólogos distinguen algunos estilos bien diferenciados, como San Francisco, Candelaria, Vaquerías y Condorhuasi. Algo más tarde, hacia el siglo II de nuestra era, apareció Ciénaga, quizás el estilo más conocido, que alcanzó una amplia dispersión.

La alfarería tuvo importantes usos en la vida cotidiana. Recipientes menos elaborados y, en general, sin decoración, servían como ollas para cocinar semillas y tubérculos y se utilizaron para almacenar y transportar líquidos o para consumir los alimentos (jarros, pequeños cuencos). Pero la cerámica sirvió también para elaborar figuras modeladas con forma humana o animal, vasijas decoradas destinadas a uso ceremonial o a servir como ofrendas funerarias, y pipas, vinculadas al consumo de alucinógenos, una práctica muy extendida, ligada al mundo mágico. En general, las pipas, de forma acodada, se hacían en cerámica, aunque las hay en piedra pulida. La cerámica también se utilizó para elaborar moldes o crisoles destinados al trabajo de los metales.

Al parecer, se incorporó en este período el uso del telar para la confección de telas y mantas. La producción utilitaria y simbólica de textiles llegó a tener una importancia fundamental en la vida de las comunidades andinas: las telas realizadas con lana de llama fueron esenciales como abrigo; aunque en menor cantidad, las de lana de vicuña alcanzaron gran calidad y adquirieron con el tiempo un elevado valor simbólico.

Además de lana, también se usó el algodón que, producido en las tierras más cálidas, circuló por toda la región. Aunque por su naturaleza perecedera nuestro conocimiento sobre los textiles tempranos es muy limitado, sabemos que, a fines del primer milenio antes de nuestra era, los grupos de Ansilta, en la actual San Juan, utilizaban una técnica de semitelar para tejer las mantas de lana que formaban los fardos funerarios. Estos mismos grupos utilizaban también algodón, obtenido mediante intercambios.

Cerámicas de las sociedades aldeanas del noroeste

Los grupos aldeanos de los Andes meridionales fueron muy buenos ceramistas. Más allá de las particularidades regionales, esas cerámicas, tenían algunas características comunes que se mantuvieron durante este largo período. Así, en la elaboración de alfarería de mejor calidad –la de uso cotidiano era más simple y tosca– predominan las piezas de tonalidades gris a negra –también las hubo en beige o rojo– con superficies bien pulidas, entre las cuales se destacan los vasos cilíndricos y los jarros con un asa vertical lateral. La decoración



predominante se apoyaba en motivos de tipo geométrico, a veces muy elaborados, realizados mediante incisión, aunque también podían hacerse mediante pintura aplicada después de la cocción de las piezas o por medio de gruesas líneas cuidadosamente pulidas. Por último, se usó la decoración a través de formas aplicadas por pastillaje, es decir, trozos de pasta modelados que eran adheridos a la pieza antes de la cocción. Las cerámicas pertenecientes al estilo Ciénaga (a la izquierda), provenientes de los valles centrales de Catamarca, ilustran muchas de esas características. Las de Condorhuasi (a la derecha) presentan características diferentes, destacándose las figuras modeladas con líneas pintadas en color crema sobre un fondo rojo.

Sin duda, la tecnología más compleja del período fue la metalurgia, que requería complejos procesos de producción: identificar y obtener el mineral, molerlo, manejar las altas temperaturas para la fundición (lo que involucraba conocimientos específicos y abundante leña para el fuego), preparar crisoles y moldes, dominar las técnicas necesarias de modelado y terminado de las piezas. El uso de metales no era nuevo pues ya antes se habían utilizado algunos minerales relativamente blandos, como oro y cobre, para hacer objetos suntuarios mediante procedimientos más simples como el calentado, martillado y repujado. Pero la verdadera metalurgia tuvo importantes consecuencias sociales pues, además de conocimientos y habilidades, requirió que distintos grupos sociales, en una misma comunidad o de diferentes comunidades, articularan sus actividades en el proceso de producción, lo que exigía una dirección y coordinación eficientes.

La metalurgia de la época fue aplicada, casi exclusivamente, a la elaboración de objetos de tipo suntuario: adornos de uso personal como placas, colgantes, aros, brazaletes, campanillas y narigueras. Sólo unos pocos tenían un uso más práctico: algunas hachas, punzones, cinceles, agujas y pinzas para depilar. Debido a las dificultades y costos de su producción, estos objetos adquirieron un enorme valor simbólico, y su posesión pasó pronto a otorgar, reforzar o expresar prestigio y una posición social destacada.

El universo simbólico: creencias, prácticas ceremoniales y expresiones estéticas

El conocimiento de las creencias e ideas de esos pueblos aldeanos –incompleto e indirecto– se puede inferir de sus expresiones materiales y de los testimonios que sobrevivieron de sus prácticas y actividades rituales y ceremoniales, como los entierros de los muertos, los objetos utilizados en tales prácticas y las características de los lugares en los que realizaron esas actividades ceremoniales y rituales. Empero, una parte muy rica de ese mundo escapa a nuestro conocimiento, sea porque no dejó rastros en el registro arqueológico o porque aún no hemos sido capaces de interpretar y dar sentido a los testimonios conservados.

En un mundo social dominado por las relaciones familiares y los lazos derivados del parentesco, la mayor parte de las actividades rituales y ceremoniales tuvo lugar en el ámbito doméstico. Así ocurría con las prácticas vinculadas al mundo de los muertos, expresadas en tumbas e inhumaciones: aunque las tumbas y las formas del entierro diferían de un lugar a otro, los muertos solían ser sepultados bajo el piso de las habita-

ciones o patios, esto es, asociados a las viviendas, donde deben de haberse realizado ofrendas y rituales. Los muertos eran sepultados con un ajuar u ofrenda funeraria que consistía en algunas piezas de cerámica, a veces confeccionadas especialmente, que contenían productos perecederos –semillas, frutos, líquidos– que desaparecieron. Lo mismo debió ocurrir con los textiles. Sin embargo, algunas tumbas contenían ajuares más ricos y variados que incluían adornos e instrumentos de piedra, hueso, piedras finas, conchas y, en algunos casos, metal. Estas diferencias son importantes pues el tratamiento dado al difunto se relacionaba con la posición social que ostentaba en vida: por eso, la cantidad y calidad del ajuar funerario brindan información acerca de las diferencias de prestigio y poder en las comunidades. No solía haber en ellas profundas diferencias sociales; sin embargo, la riqueza del ajuar de algunas tumbas del valle de Hualfín, quizás algo más tardías, indica que existían ya ciertas distinciones sociales marcadas, al menos entre esos grupos.

El cuidado en el tratamiento de los muertos se relacionaba con el culto de los ancestros o antepasados, práctica antigua y ampliamente difundida en todo el mundo andino. Este culto se vinculaba estrechamente con la importancia del parentesco como articulador de la vida de las comunidades y se convirtió en una herramienta fundamental de su organización: reforzó solidaridades y vínculos entre sus miembros, definió el lugar y el papel de los distintos linajes, justificó derechos territoriales y legitimó el ejercicio de la autoridad y el poder. Al parecer, al culto de los antepasados estaban ligadas las magníficas esculturas de piedra conocidas como "suplicantes", asociadas a las poblaciones Condorhuasi-Alamito y de las cuales se conocen unas treinta. Son, quizá, las expresiones estéticas más complejas y de mayor calidad de la región y, en tanto representaciones del ancestro mítico, deben haber sido objetos de un culto en su honor. Es posible que en torno a ellas se halla desarrollado una compleja actividad ceremonial. La creencia en el antepasado civilizador que organizaba, aglutinaba y protegía a los linajes legitimando su dominio económico y social perduró a lo largo de la historia prehispánica, y se volvió más elaborada a medida que aumentaba la complejidad social.

El culto de los antepasados fue una práctica destacada de un entramado más amplio de actividades religiosas. En el valle tucumano de Tafí, esas actividades ocuparon parte importante de la vida social. Allí, distribuida entre las residencias de las aldeas, se erigió una gran cantidad de piedras talladas, conocidas como *menhires*. Ignoramos su significado ritual o religioso, pero la elaboración de esos grandes bloques de piedra –a menudo esculpidos con motivos geométricos o antropomor-

fos entre los que se destacan rostros con características de felinos– debe haber exigido a los pobladores una importante inversión en trabajo. En El Mollar, en el mismo valle, esos *menhires* estaban asociados a otras construcciones y formaban un verdadero centro ceremonial que se remonta al primer siglo antes de nuestra era.



Los suplicantes de Alamito

Estas sorprendentes y extraordinariamente "modernas" esculturas constituyen otra expresión del complejo mundo de creencias de esas sociedades aldeanas. Esculpidas en piedra y de unos 30 centímetros de altura, representan seres humanos con el rostro vuelto hacia arriba –en actitud de súplica– y con sus extremidades representadas por arcos. En la representación predominan las curvas y sorprende el juego con el espacio, pues las esculturas son atravesadas por amplios vacíos.



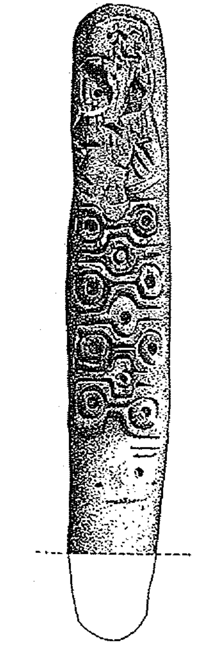
Concentradas en el oeste de Tucumán y el este de Catamarca, fueron interpretadas de distinto modo por los arqueólogos, que vieron en ellas representaciones de hombres, de animales, de fetiches o de deidades. El arqueólogo José Pérez Gollán ve en ellas representaciones en piedra de ancestros míticos (huancas) y las vincula con el culto a los antepasados, de gran importancia en todo el mundo andino, pues aseguraba protección y éxito a los descendientes y servía para afianzar la cohesión y la solidaridad dentro de la comunidad. Esta importancia de los ancestros se relaciona también con los rituales funerarios y el trato dado a los cuerpos de los difuntos.

Los sacrificios humanos fueron frecuentes en las prácticas de culto de las sociedades agroalfareras de la región andina e incluían la decapitación de algunos individuos, como lo sugieren representaciones relacionadas con el culto a la "cabeza-trofeo" que se encuentran en algunas cerámicas. Por otra parte, ciertas piezas modeladas en forma de conchas de caracoles habrían servido para guardar sustancias alucinógenas

como el cebil, cuyas semillas molidas fueron parte fundamental de las ceremonias religiosas. Las pipas encontradas en sitios de las poblaciones San Francisco, Candelaria y Condorhuasi deben haber estado asociadas a ese consumo, así como morteros y platos muy elaborados provenientes de Condorhuasi. Algunas hachas de piedra cuidadosamente esculpidas debieron haber sido utilizadas para sacrificios humanos.

El centro ceremonial de El Mollar en el valle de Tafí

El Mollar es considerado el centro ceremonial más antiguo del actual noroeste argentino. Consta de un montículo artificial de unos 30 metros de largo y 3 metros de altura construido, según los fechados obtenidos, en el primer siglo antes de nuestra era. En su parte central se descubrió la sepultura que contenía los restos de dos individuos adultos y, en los alrededores, se habían erigido varias estelas de piedra, tanto lisas como con diseños esculpidos. Algunas de ellas alcanzaban los 3,50 metros de altura y pesaban varias toneladas. Asociado al montículo había un recinto circular, de 20 metros de diámetro, cuyas paredes presentaban una cuidadosa construcción, y en cuyo interior aparecieron dos estelas esculpidas, una de las cuales se muestra en la ilustración. El hallazgo de esculturas en bulto que representan cabezas humanas, de huesos humanos carbonizados, de cráneos humanos aislados y restos de camélidos, indica que los rituales celebrados en el lugar debieron incluir sacrificos humanos y de animales.



Esas prácticas cruentas tuvieron lugar también en los sitios Alamito, algo más tardíos (siglos III a V de nuestra era), considerados hoy como centros de culto de las poblaciones Condorhuasi en esa etapa. Los sitios Alamito –de los cuales se conocen más de sesenta– responden a una misma distribución que incluye montículos, plataformas y recintos entre los cuales se recuperaron restos óseos de seres humanos mutilados, incluidos cráneos separados de su cuerpos. Si a esto añadimos las representaciones de felinos, tenemos aquí la primera aparición del complejo "felino-alucinógenos-cabeza trofeo", de gran desarrollo en el período siguiente.

Estos elementos aparecían ya con claridad entre las poblaciones que elaboraron las cerámicas de Vaquerías. La amplia distribución regional de esa cerámica –se la encuentra en sitios de la Puna occidental como San Pedro de Atacama– nos habla de la aceptación que tenía entre las comunidades aldeanas y del movimiento de caravanas que favorecía el intercambio de bienes e ideas. En esos intercambios, el cebil y los objetos vinculados a su consumo, como las pipas, tuvieron singular importancia.

Las llanuras del occidente, las Sierras Centrales y la meseta patagónica

Aunque en estas extensas regiones del territorio la situación había comenzado a cambiar hace unos 3000 años, al iniciarse el Holoceno tardío, sus pobladores conservaban todavía, al inicio de nuestra era, el modo de vida cazador-recolector que se había consolidado desde los inicios del Holoceno medio. La larga duración de ese modo de vida fue seguramente el resultado de su eficacia. Salvo en las Sierras Centrales y el occidente de Santiago del Estero, donde la agricultura se incorporó seguramente poco después del inicio de nuestra era, y en algunas partes del litoral fluvial, donde las prácticas hortícolas fueron introducidas por los guaraníes apenas unos pocos siglos antes del contacto con los europeos, ese modo de vida cazador-recolector se mantuvo vigente, en las extensas llanuras y en la meseta patagónica, hasta el momento de la invasión europea en el siglo XVI.

Sin embargo, en una época de importantes transformaciones medioambientales, la vida de esos cazadores-recolectores, aun conservando sus características fundamentales, sufrió cambios y ajustes expresados en el poblamiento de otras zonas, el aprovechamiento de otros recursos, el desarrollo de nuevas estrategias de subsistencia, la adopción y/o incorporación de nuevas tecnologías y de formas más complejas de vida social y, por último, en una ampliación del universo simbólico.

Los cazadores-recolectores de la llanura pampeana

Hace 2000 años, cambios importantes estaban produciéndose entre los cazadores-recolectores de la llanura pampeana. Esos cambios se habían iniciado unos 1000 años antes y se profundizaron con el tiempo, caracterizando la vida de las poblaciones pampeanas hasta la llegada de los conquistadores europeos. El ambiente pampeano adquiría en forma

progresiva los rasgos físicos y climáticos actuales, en un proceso muy lento que culminó hace apenas unos 1000 años, cuando se pasó de condiciones de mayor aridez a otras más húmedas, y cuando el descenso de las aguas, que durante sucesivas transgresiones marinas habían invadido las partes más bajas del territorio, hizo que las costas bonaerenses alcanzaran su nivel actual.

En ese contexto, hace unos 3000 años, las ocupaciones humanas comenzaron a extenderse en toda la región pampeana. Dicha expansión se observa tanto en las zonas de antiguo poblamiento como en otras que no habían estado ocupadas antes, al menos no en forma permanente. Así ocurrió en el norte bonaerense, en particular en la costa occidental del Río de la Plata y en la depresión del río Salado, donde las ocupaciones más antiguas se remontan a más de 2000 años atrás. Esa lenta pero continua ocupación debe haber estado relacionada con el retroceso definitivo de las aguas de la última transgresión marina; en cambio, más al norte es probable que haya estado ligada al establecimiento de algunos circuitos de intercambio que permitieron a los grupos de cazadores-recolectores el acceso más o menos regular a piedras adecuadas para la confección de instrumentos, las que faltaban en la zona.

En las sierras de Tandilia, los cazadores-recolectores continuaron visitando periódicamente las cuevas y los abrigos de la región y dejaron testimonios de su presencia en diversas manifestaciones de arte rupestre, sobre todo, motivos geométricos. Al sur-sudoeste de estas sierras, en la llanura interserrana, numerosas ocupaciones testimonian la presencia de grupos de cazadores-recolectores. Eran, en general, sitios a orillas de lagunas, arroyos y ríos, que servían como campamentos base donde se desarrollaban múltiples actividades vinculadas al procesamiento de los animales cazados, a la recolección y a la confección de artefactos e instrumentos. En las sierras de Ventania y la llanura adyacente, las ocupaciones de esta época comprendían algunos sitios que funcionaban como campamentos base con actividades múltiples, además de las canteras-taller que se venían explotando desde hacía milenios. También se hallaron grutas y aleros con pinturas rupestres de motivos geométricos, en general de color rojo. En conjunto, todos esos sitios muestran una mayor densidad de materiales que durante las ocupaciones anteriores, lo que indicaría que sus ocupantes volvían a ellos con mayor frecuencia o que permanecían allí por más tiempo. En varios lugares, inclusive en la costa atlántica, se hallaron también entierros humanos, tanto inhumaciones primarias como secundarias,

que nos introducen en el mundo de las creencias y las ideas de esos cazadores.

Al mismo tiempo que la población se expandía, se produjeron cambios tecnológicos importantes. Al parecer, se introdujo en esta época el uso del arco y la flecha –su empleo posterior fue registrado por los primeros cronistas europeos–, como lo testimonian las pequeñas puntas triangulares de piedra que caracterizan los sitios del período y que deben haberse usado en proyectiles más pequeños y livianos, como son los arrojados mediante arcos. Arcos y flechas tuvieron importante impacto en la caza debido a sus ventajas sobre otras formas de propulsión, pues otorgaban mayor velocidad, efectividad y alcance al disparo y tenían menor costo en trabajo y materia prima. También comenzaron a aprovecharse piedras más variadas, se desarrollaron técnicas líticas que permitían obtener una mayor variedad de instrumentos y, en algunas zonas, se emplearon con más frecuencia otras materias primas, como el hueso.

También se introdujo en esa época, contrariamente a lo que se pensaba hasta hace unos pocos años, el uso de cerámica. Según fechados radiocarbónicos, hace ya unos 3000 años los ocupantes de Zanjón Seco 2, en el sur bonaerense, utilizaban cerámica. En el sitio, donde vivió un grupo de cazadores-recolectores dedicados fundamentalmente a la captura de guanacos, se recuperaron unos veinte fragmentos de cerámica de color marrón o gris claro. La decoración fue realizada mediante incisiones, punzonado, el trazado de surcos rítmicos y el frotado con pintura roja. Se destaca un conjunto decorativo complejo formado por dos rombos, uno dentro de otro, que tienen en su interior líneas paralelas, en zig-zag y almenadas. Otros hallazgos, en la segunda mitad de ese milenio, muestran que la cerámica había sido ya incorporada por las poblaciones de cazadores-recolectores del sur bonaerense. Aunque los restos tempranos son escasos, a partir de hace unos 2000 años su uso y fabricación se extendieron a otras zonas de la región.

La incorporación de la cerámica por parte de comunidades móviles de cazadores-recolectores –hoy sabemos que es menos rara de lo que se suponía– representó un avance importante para esas comunidades pues les permitía disponer de recipientes adecuados para almacenar y cocinar los alimentos. El almacenamiento favorecía una mejor conservación para su uso posterior, en tanto que la cocción por hervor posibilitaba recuperar en el caldo importantes componentes alimenticios que se perdían en el asado o ahumado. La presencia temprana de alfarería en las tierras bajas no se limita al sur bonaerense. Más al norte, en la margen oriental del Río de la Plata, en territorio uruguayo, se realiza-

ron hallazgos de antigüedad similar a los de Zanjón Seco 2. En cambio, la incorporación de la cerámica fue un poco posterior en el noreste de la región pampeana y la costa occidental del Río de la Plata, seguramente porque la ocupación de esas zonas fue más tardía.

Aunque el modo de vida básico de los cazadores-recolectores pampeanos se mantuvo, las nuevas tecnologías incidieron en una mejor y más amplia disponibilidad de alimentos, como lo muestra el uso de un número mayor de especies, en particular de animales más pequeños. Los restos conservados indican que, aunque explotaban intensamente el guanaco –su presa principal hasta poco antes de la conquista– no desdeñaban el venado de las pampas, el ñandú u otros animales pequeños como mulitas, vizcachas y pequeños roedores. También comenzó a adquirir importancia el aprovechamiento de la fauna acuática –aves y peces disponibles en ambientes costeros fluviales, lagunares y marítimos– y se confeccionaron instrumentos adecuados para esta actividad, como redes y arpones.

Hacia el oeste, en la pampa seca, los cazadores-recolectores desarrollaron una estrategia distinta respecto de los de la pampa húmeda, documentada en el sitio Tapera Moreira. El guanaco continuó siendo la presa principal y su aprovechamiento era total, incluidos los huesos, empleados para fabricar algunos instrumentos. También se volcaron a una explotación muy intensa de los recursos de los montes circundantes, como lo sugiere el hallazgo de morteros y manos de piedra. Algunos fueron usados para moler ocre rojo, pero otros sirvieron para procesar productos vegetales, como los frutos del algarrobo.

En las sierras de Lihuel Calel y serranías vecinas, también en la pampa seca, se hallaron pinturas rupestres que se estima pertenecen al Holoceno tardío, caracterizadas por presentar motivos geométricos, especialmente triángulos, en colores rojo y negro. El color rojo y los motivos geométricos también eran característicos de las representaciones rupestres halladas en las sierras de Tandilia y Ventana, en el sur bonaerense. Entre estos motivos geométricos se encuentran líneas rectas paralelas, motivos almenados, escaleras, triángulos, rombos y zig-zags de diferente tipo. Estas representaciones simbólicas aparecen también en la decoración de la cerámica y sobre otros objetos, como placas de piedra grabadas.

En síntesis, hace al menos unos 2000 años se encontraban en marcha los procesos que caracterizaron al Holoceno tardío: incremento demográfico, expansión territorial de la población, ocupaciones más regulares y estables, desarrollo de nuevas tecnologías, ampliación del espectro de recursos utilizados y una explotación más intensa de éstos, probable

ampliación de las redes de contacto e intercambio, aumento de las expresiones de carácter simbólico (pinturas rupestres, decoración en las cerámicas, prácticas funerarias). Todos estos procesos se intensificaron en los siglos siguientes.

Las poblaciones del litoral fluvial

En el litoral fluvial y en las tierras vecinas, como en la llanura pampeana, las condiciones climáticas se habían modificado desde el inicio del Holoceno tardío, unos 3000 años atrás. El clima presentaba condiciones de mayor aridez, temperaturas más elevadas y una reducción del volumen de los cursos y espejos de agua. Fuertes vientos arrastraban nubes de polvo que se depositaron sobre el terreno formando una capa de sedimentos que rellenaron las partes más bajas. Los bosques y selvas se redujeron y se expandieron las estepas y praderas.

Las poblaciones que, desde inicios del Holoceno, ocupaban el norte de la región y los cursos superior y medio del río Uruguay, continuaron su vida readecuando sus estrategias de subsistencia en base a un modelo flexible de pesca, caza y recolección para aprovechar mejor los recursos disponibles, tanto junto a los grandes ríos como en las tierras vecinas del interior. En el curso medio del río Paraná, actual provincia de Santa Fe, donde no se conocen testimonios de ocupaciones humanas tempranas, aparecen para esta época –hace algo más de 2000 años– restos de la presencia de cazadores-recolectores a los que se conoce con el nombre de Esperanza, por la localidad santafecina en la cual se identificaron los restos más significativos. En este caso no se trataba de poblaciones adaptadas al medio fluvial sino de cazadores pedestres que se movían por la llanura central acercándose a veces a las costas del Paraná. Se cree que venían del oeste, desde las grandes lagunas formadas por las aguas de deshielo –hoy convertidas en salinas por un largo proceso de desecación–, al pie de los cordones más orientales de los Andes, a comienzos del Holoceno. En el litoral, sus principales asentamientos se encontraban en el curso inferior del río Salado y de los dos Saladillos, al norte de la actual ciudad de Santa Fe, y en la cuenca del río Quinto-Carcarañá, más al sur. Los querandíes que encontraron los españoles podrían representar –así lo piensan algunos investigadores– la perduración de este modo de vida hasta el momento de la invasión europea.

Estos cazadores-recolectores se movían a lo largo de los ríos que cruzaban la llanura central, en un circuito estacional, y jugaron un papel muy importante en las vinculaciones entre el mundo andino y las Sie-

rras Centrales al oeste y el litoral fluvial por el este. Obtenían sus recursos básicos de la caza a distancia, con flechas y boleadoras, de venados, guanacos, ñandúes, roedores y armadillos en los escasos lugares con agua donde abrevaban los animales. También recolectaban y utilizaban productos vegetales, como lo muestran los elementos de molienda hallados. Sus instrumentos eran relativamente escasos y adecuados a poblaciones de alta movilidad. Los fabricaban con piedra, tanto tallada como pulida, destacándose las puntas de proyectil, los raspadores y las bolas de boleadora. Las buenas piedras para tallar eran escasas en la región, por lo que los cazadores utilizaban materias primas de zonas lejanas, como las sierras del sur bonaerense –seguramente obtenidas en intercambio con otros grupos– o las Sierras Centrales, y traídas durante sus largos desplazamientos. Un elemento característico de estas poblaciones fue la construcción de hornos subterráneos para la cocción de los alimentos, donde se recuperaron restos de animales y vegetales. Conocieron y utilizaron la cerámica, en general recipientes simples cuya decoración variaba según los lugares. Su incorporación debe haber sido resultado de los contactos con otras poblaciones como los pueblos andinos o quizás otros pueblos del litoral.

La mayor novedad tecnológica que puede apreciarse en el litoral fluvial para la época aquí estudiada es la aparición de la cerámica. Las más tempranas provienen del curso medio del río Uruguay y de la llanura mesopotámica vecina, y fueron introducidas en la región hace unos 2500 años o quizás algo más, si tenemos en cuenta que en el vecino territorio uruguayo esa presencia se remonta a unos 3000 años. Se piensa que esa alfarería no constituyó un desarrollo local, sino que fue introducida desde regiones vecinas, como el nordeste, por poblaciones de origen amazónico que ya la utilizaban, o bien desde las lejanas tierras del actual noroeste argentino, transportada por cazadores-recolectores de la llanura central. Ambas posibilidades no se excluyen, lo que indicaría orígenes distintos para las cerámicas del oeste del litoral fluvial y para aquellas otras del norte y el este de ese territorio. Esas primeras cerámicas eran piezas de manufactura relativamente rudimentaria, de formas simples, globulares o semiesféricas, bocas abiertas y ausencia de asas. La decoración consistía en motivos geométricos realizados mediante incisiones y, en algunos casos, bandas pintadas en color rojo. En los inicios de nuestra era, o muy poco después, comenzaron a hacerse presentes en el norte del territorio otras influencias cerámicas vinculadas a la tradición tupí-guaraní, a la que nos referiremos en el capítulo siguiente. De todas maneras, la introducción y uso de la cerámica no modificó el modo de vida de las

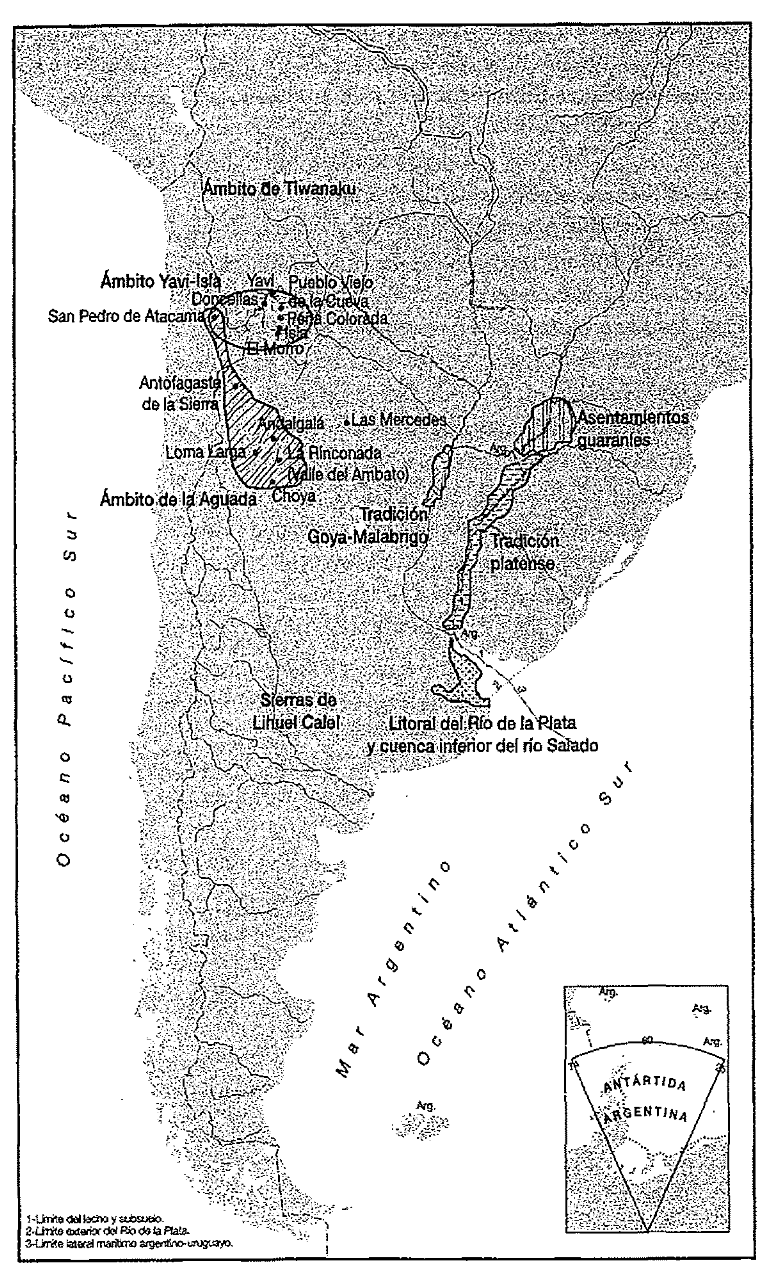
poblaciones que la adoptaron: los recipientes de cerámica fueron importantes para el almacenamiento y la cocción de los alimentos pero no alteraron sus estrategias de subsistencia, sus modos de asentamiento ni su movilidad.

Los cazadores-recolectores de la Patagonia

Al igual que en la llanura pampeana, desde los inicios del Holoceno tardío se habían profundizado en las vastas extensiones de la Patagonia los procesos iniciados en la etapa anterior. Un proceso central que se manifestó desde comienzos del período fue la extensión del poblamiento a otros espacios de la región. Así, en la Patagonia septentrional, grupos de cazadores-recolectores que durante la etapa anterior habían ido ocupando el valle del río Limay iniciaron una nueva etapa de colonización avanzando hacia los ambientes esteparios, quizá desde hace unos 2700 años. Sus restos aparecen en un conjunto de abrigos en el área de Pilcaniyeu vinculados a dos arroyos con caudal permanente, el Pichi Leufú y el Comallo.

También continuó la ocupación de las costas atlánticas, especialmente en la porción central. En efecto, aunque desde muy temprano las poblaciones del interior patagónico utilizaron algunos productos del litoral marítimo –se hallaron restos de moluscos y huesos de lobos marinos–, la instalación humana en las costas parece haberse iniciado entre unos 3000 y 2500 años atrás. Sin embargo, es necesario aclarar que en la costa atlántica, a diferencia de lo que vimos para el extremo meridional de Tierra del Fuego, no hubo una adaptación específica a las condiciones del litoral marítimo, sino un aprovechamiento temporal de los recursos de ese litoral por parte de cazadores-recolectores del interior que no modificaron sustancialmente su tecnología ni sus formas de vida.

Al mismo tiempo, facilitados sin duda por la alta movilidad de las poblaciones, se fueron intensificando los contactos entre grupos así como el intercambio de algunos bienes. Esa movilidad tenía que ver tanto con las necesidades derivadas de la caza –desplazamientos de los animales por las fluctuaciones climáticas y los cambios ambientales– como con la búsqueda de materias primas esenciales. Dicha intensificación de los contactos e intercambios se profundizó a lo largo del Holoceno tardío y se extendió a las regiones vecinas, facilitando al mismo tiempo la circulación de ideas, técnicas y prácticas sociales. El resultado fue, con el tiempo, una homogeneización del modo de vida de los cazadores-recolectores patagónicos que, sin eliminar diferencias regionales, se prolongó hasta los primeros contactos con los europeos, en el siglo XVI.



Sitios y áreas de integración en la segunda mitad del primer milenio d. C.

5. Hace unos 1300 años... (ca. 700 d. C.)

El desarrollo de la desigualdad social

Cambios importantes ocurrían desde comienzos de la era cristiana en los Andes meridionales, donde se formaron grandes áreas de interacción e integración regional. En algunas sociedades del actual noroeste argentino, las desigualdades sociales se volvieron más marcadas y, finalmente, se hicieron hereditarias. Este proceso se extendió luego a otros grupos de la región y dio lugar al surgimiento de unidades políticas más complejas. En las pampas continuaba la intensificación iniciada a comienzos del Holoceno y los asentamientos se expandieron al litoral rioplatense y la cuenca inferior del río Salado. Más al sur, en la Patagonia, las ocupaciones se volvieron más densas, quizá como resultado de un desarrollo regional que aprovechó los diversos paisajes. En las Sierras Centrales se habían introducido el cultivo, la cerámica y el uso de arcos y flechas. En el norte del litoral, grupos guaraníes que se desplazaban a lo largo de los grandes ríos desde la cuenca amazónica comenzaron a asentarse en territorios de Misiones y Corrientes.

Hacia mediados del primer milenio de nuestra era, los distintos pueblos originarios del actual territorio argentino mostraban profundas diferencias entre sí. Entre aquellos que ocupaban las tierras andinas del noroeste, el afianzamiento de la producción de alimentos fue la base de complejos procesos sociales, políticos y culturales que habían comenzado a manifestarse algunos siglos antes entre comunidades aldeanas de la región. En forma atenuada, ciertos cambios se extendieron a otras comunidades de regiones vecinas, como las tierras cálidas del oriente andino, la Sierras Centrales y Cuyo. En cambio, en las extensas llanuras orientales y en las tierras patagónicas los pueblos mantuvieron, en general, su modo de vida cazador-recolector, aunque sin excluir cambios y variaciones regionales.

Las primeras integraciones regionales en los Andes centromeridionales

La profundización de las diferencias sociales, que en algunos casos se tornaron hereditarias, es decir que comenzaron a transmitirse entre individuos de una misma familia o linaje, fue la característica más importante en la vida de las comunidades aldeanas de la región durante los primeros siglos del primer milenio de nuestra era. Al mismo tiempo, crecía el ceremonialismo y las prácticas religiosas se volvieron más complejas, incluyendo elementos vinculados a los felinos, uso de alucinógenos y sacrificios humanos. Estas prácticas contribuyeron a reforzar la autoridad y el prestigio de quienes las ejecutaban, así como las diferencias sociales.

Esta situación hizo eclosión hacia mediados del milenio, cuando los cambios económicos, sociales, políticos y simbólico-religiosos que se venían expresando en el seno de las comunidades aldeanas se articularon para generar un nuevo tipo de sociedad. En efecto, el crecimiento de la producción agropecuaria y el avance tecnológico, el aumento de la población, la mayor densidad de los asentamientos y la profundización de las diferencias sociales –tanto dentro de una misma comunidad como entre distintas comunidades– fueron acompañados por la emergencia de liderazgos políticos, el incremento en la producción de bienes de prestigio y el desarrollo del monumentalismo en los centros ceremoniales. Al mismo tiempo, comenzaron a perfilarse amplias áreas de interacción económica, social e ideológica entre comunidades distintas que controlaban recursos de diferentes nichos ecológicos, lo que acentuó la circulación de bienes utilitarios y simbólicos.

Hace unos 1300 años –a fines del siglo VII y comienzos del VIII de nuestra era– dos grandes áreas de interacción eran claramente reconocibles en el actual noroeste argentino. Una, más al sur, tuvo su centro en los valles centrales de Catamarca y articuló una vasta esfera de interacciones, desde la llanura chaqueña hasta la Puna y el actual norte chileno. La segunda, más al norte, estuvo centrada en las poblaciones de Yavi e Isla –la primera en la Puna, la segunda en la quebrada de Humahuaca–, y tenía extensas ramificaciones que llegaban hasta las áreas aledañas de la Puna y de las selvas orientales, al actual altiplano boliviano y, ya en territorio chileno, al valle del río Loa y los oasis de Atacama. Más al norte aún, en el actual altiplano boliviano, otra extensa área de interacciones tenía su centro en Tiwanaku o Tiahuanaco, un centro urbano de enormes proporciones situado al sur del lago Titicaca que ejerció una fuerte influencia en los Andes meridionales.

Tiwanaku y su área de interacciones

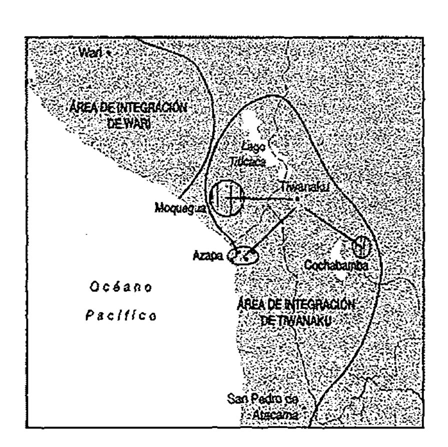
Hacia el año 700 de nuestra era, en el período denominado Horizonte Medio (ca. 600-1000 d. C.), dos grandes centros ejercían una influencia decisiva en las regiones central y centro-sur de los Andes: Wari y Tiwanaku, que desde comienzos de ese período habían iniciado un veloz proceso de expansión. La manifestación más visible de esa expansión fue la rápida diseminación de los estilos artísticos de ambos centros, que compartían distintos elementos iconográficos originados en Tiwanaku, aunque algunos parecen vincularse a una vieja tradición andina. Tales elementos –en especial algunas representaciones de carácter religioso como la figura central de la Puerta del Sol en Tiwanaku, conocida como el "dios de la Puerta"– se encuentran en cerámicas, esculturas de piedra, diseños de textiles y piezas de metal.



Las áreas controladas por Wari y Tiwanaku

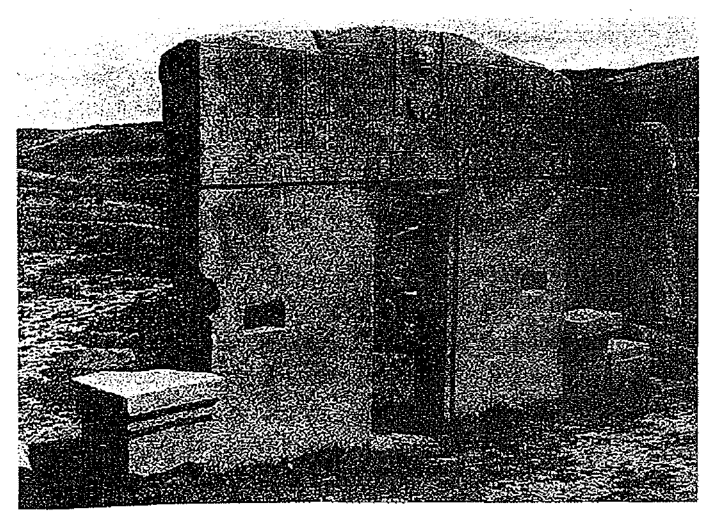
Wari y Tiwanaku iniciaron su desarrollo en la primera mitad del primer milenio de nuestra era y crecieron hasta convertirse en las ciudades más grandes de las tierras altas andinas. La primera se encontraba en el alto valle del río Mantaro; la segunda, al sur del lago Titicaca, a más de 3800 metros sobre el nivel del mar.

Hacia mediados del milenio, ambas iniciaron una rápida expansión que las convirtió en el centro de dos grandes formaciones económicas y seguramente, al menos en el caso de Wari, políticas. Sus áreas de control e influencia no se superponían, y el límite entre ambas se encontraba cerca de la actual localidad peruana de Puno. Wari se expandió hacia el norte, por el territorio del actual Perú. Tiwanaku lo hizo por la cuenca del Titicaca y las tierras altas situadas más al sur, la costa del extremo meridional del Perú, el norte de Chile –al menos hasta el río Loa en el desierto de Atacama– y quizá partes del noroeste de la actual Argentina.



La Puerta del Sol de Tiwanaku

Los elementos iconográficos más característicos de los estilos de Wari y Tiwanaku se encuentran en la conocida Puerta del Sol, ubicada en la segunda de esas ciudades. Fue realizada a partir de un enorme bloque de piedra, en cuyo centro aparece representada la que parece ser la divinidad principal –algunos lo llaman el "dios de la Puerta"–, cuyo nombre ignoramos.



Se trata de una figura compleja, de frente, con la cara y el tocado cuadrados, la boca con rasgos felinos, el tocado formado por rayos que terminan en círculos o cabezas de puma, y que lleva en ambas manos báculos o cetros con cabezas de cóndores en sus extremos. A ambos lados, figuras menores, "aladas", convergen hacia la figura central. Elementos vinculados al dios de la Puerta y a las figuras aladas así como representaciones de águilas o felinos, tan comunes en el arte de Tiwanaku, aparecen por toda el área donde se extiende su influencia e, incluso, en el arte de Wari.

Sabemos poco acerca de los motivos y la forma en que se produjo tal expansión, su real extensión, el grado de control sobre los territorios dominados o el carácter y las características de su organización política. A partir de las diferencias entre los tipos de asentamiento, algunos investigadores suponen que Wari y Tiwanaku constituyeron dos modelos distintos de expansión y organización. El primero habría representado el

de un estado conquistador que buscaba el control político sobre otras regiones o reinos a fin de canalizar hacia el centro imperial sus excedentes, fundamentalmente por la explotación de la fuerza de trabajo local. Tiwanaku, en cambio, habría sido el prototipo de estado colonizador, esto es, orientado a ocupar tierras y establecer colonos a fin de explotar distintos pisos ecológicos fuera del altiplano. Este modelo habría tendido a reemplazar la dependencia del tráfico caravanero por el control directo de las fuentes de recursos y de la circulación de éstos dentro de un espacio más vasto regulado desde un núcleo situado en el altiplano.

No sabemos con seguridad cuáles fueron los medios y los motivos de estas expansiones, es decir, si se trató de una simple difusión, de comercio, de movimientos de población o del resultado de una conquista militar. Lo más probable es que se tratara de una combinación de distintas estrategias y políticas adecuadas a cada caso particular: la heterogeneidad geográfica y humana de los territorios controlados –particularmente notable en el caso de Tiwanaku– habría hecho necesaria esa política flexible que combinaba fuerza, coacción y conflicto abierto con persuasión y negociación.

La expansión de Tiwanaku generó una fuerte integración económica que excedió los límites del territorio formalmente controlado: por un lado, impulsó el aumento de la producción agrícola y de bienes suntuarios de acuerdo a las necesidades de la elite dirigente; por otro, alentó un mayor desarrollo de los circuitos de intercambio. La expansión del consumo de coca, originaria de las yungas del actual oriente boliviano, debe haber estado relacionada con ese desarrollo que, en el norte del actual noroeste argentino, vinculó los viejos circuitos caravaneros este-oeste con otros que se conectaban con el altiplano, más al norte.

El aumento de la producción agrícola fue una prioridad de los gobernantes de Tiwanaku que debían atender las crecientes necesidades de la elite dirigente y asegurar la alimentación de la población de la ciudad y de los centros vecinos de la cuenca del Titicaca. Tiwanaku era ya una verdadera ciudad, con una población residente de algunas decenas de miles de personas. El núcleo ceremonial, donde se encontraban los monumentos más importantes y donde residía el segmento más elevado de la elite, era sólo una parte del sitio. Alrededor, separadas por un foso seco que demarcaba sus límites, se extendían las áreas residenciales, en un diámetro de entre ocho y diez kilómetros. Para atender esas necesidades, se encararon vastos proyectos agrícolas en la cuenca, especialmente extensas áreas de campos elevados destinados a la pro-

ducción de tubérculos –alimento básico de la población altoandina–, controlados desde centros administrativos locales. La ciudad también disponía de grandes rebaños de auquénidos, en particular llamas, en las zonas más altas cercanas a la cuenca lacustre. Pero la altura y las condiciones climáticas del altiplano impedían la expansión de otros cultivos que requerían mayor calor y humedad, como el maíz y la coca, productos de gran valor en los Andes debido a las dificultades de su producción.

Cultivo en campos elevados en el Titicaca

Aún hoy, los campesinos bolivianos continúan utilizando el sistema de campos elevados para cultivar papas en las cercanías de Tiwanaku, al sur del lago Titicaca. Esos campos, construidos en zona bajas y anegadizas vecinas al lago o al río Desaguadero, aprovechan la crecida de las aguas en la época del deshielo o de las lluvias de verano y presentan el aspecto de pequeñas "islas" separadas por canales.



Los campos elevados, a los que el agua moja por filtración asegurando una humedad permanente y estable, alcanzan una altísima productividad. Los arqueólogos han localizado algunos de estos "campos" que se remontan a la época de Tiwanaku. El cultivo intensivo de tubérculos, y sin duda también el de granos de altura, como la quinua, constituyó junto al pastoreo de rebaños de auquénidos la base material que permitió la supervivencia de una numerosa población en torno al lago Titicaca y el desarrollo de una rica vida urbana.

Por ese motivo, la expansión de Tiwanaku estuvo orientada a la ocupación y control de territorios específicos, especialmente en las yungas o

tierras calientes, tanto las más húmedas del oriente como las más áridas del occidente, donde podían obtenerse el maíz, la coca y el algodón, entre otros productos. Las fuertes influencias de Tiwanaku en algunos valles de las yungas puede vincularse con los grandes proyectos de colonización agrícola encarados por los dirigentes del altiplano: así habría ocurrido en el valle de Cochabamba, en el actual oriente boliviano, y en los de Moquegua y Azapa, en la costa sur del Perú y el norte del Chile actual, respectivamente.

Yavi-La Isla y su área de interacciones

Más al sur, hacia el año 700 de nuestra era, se había conformado otra amplia área de interacciones que tuvo su centro en las comunidades de Yavi e Isla, ubicadas en el oriente de la Puna y el centro de la quebrada de Humahuaca, respectivamente. Estrechamente conectadas, estas comunidades tenían acceso, por el lado de Yavi, a los recursos de la Puna –pastoreo de llamas y alpacas, sal, metales– y, a través de Isla, a la producción agrícola de la quebrada y de los valles vecinos situados al este, como Valle Grande. Pronto, las poblaciones Yavi-Isla ampliaron su esfera de interacciones a otras regiones y comunidades, integrando antiguos vínculos y relaciones. Por el este, esas interacciones se extendieron a las yungas cálidas y la vecina llanura boscosa chaqueña. Por el oeste, involucraron a otras comunidades puneñas extendiéndose hasta los oasis de la puna árida occidental y el valle superior del río Loa.

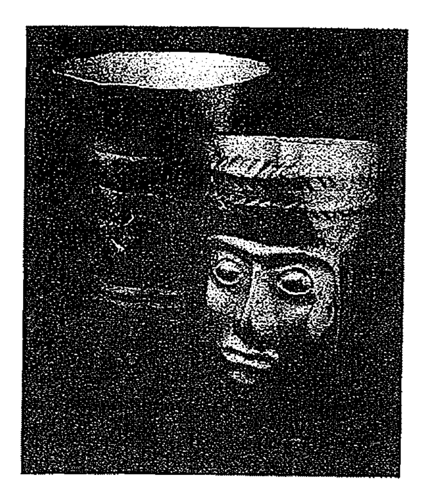
San Pedro de Atacama era un núcleo clave en esos circuitos: a las antiguas relaciones con las poblaciones de las quebradas y valles orientales sumaba las que mantenía con las comunidades de los valles centrales y costeros situados al occidente, así como sus contactos con el sur del altiplano –con fuertes influencias de Tiwanaku– donde ambas esferas de integración se conectaban. En cambio, las poblaciones Yavi-Isla no parecen haber tenido contactos con las poblaciones que, más al sur, participaban de otra gran área de integración con centro en los valles orientales catamarqueños.

El papel relevante de Yavi e Isla se asentaba en el control de importantes recursos agrícolas y pastoriles a partir de la colonización de áreas altamente productivas, en el manejo y control de los recursos hídricos que hacían posible su explotación, y en algunas significativas innovaciones. Así, en los poblados de la época –como Pueblo Viejo de la Cueva, Peñas Coloradas, Isla, Doncellas– se utilizaron piedras canteadas para levantar muros, se comenzó a delimitar espacios de uso público, como plazas, y se incorporó el uso de escalinatas y monolitos de piedra. Estos sitios pro-

porcionaron gran cantidad y variedad de materiales arqueológicos, algunos de singular calidad –piezas de alfarería, textiles, objetos de hueso y madera, piezas de metal de carácter suntuario–, a través de los cuales se ponía de manifiesto la prosperidad alcanzada por esas comunidades, señalando al mismo tiempo una creciente diferenciación social. El hallazgo de tabletas y tubos decorados con figuras de felino y vinculados al consumo de alucinógenos –entre otros, cebil, tabaco y coca, esta última

Los keros de oro de Tiwanaku

Los productos de la metalurgia jugaron un papel fundamental entre los bienes de carácter simbólico. Tales bienes, especialmente de oro y plata, provienen de tumbas del período asociadas al ámbito de Yavi-Isla, tanto de la quebrada de Huamahuaca como de la cuenca del río Doncellas, en la Puna.



Esos objetos de metal conforman la expresión más acabada de la produndización de las diferencias sociales, pues la metalurgia –así lo plantea la arqueóloga Miriam Tarragó– se desarrolló estrechamente ligada al poder. Muchas piezas provienen de fuera de la región, especialmente de Tiwanaku. Se destacan algunos keros, vasos altos con los bordes de la boca evertidos confeccionados con oro laminado. Los keros también eran fabricados en cerámica, madera y piedra, y eran característicos del altiplano. En la ilustración se muestran dos típicos keros de Tiwanaku provenientes de San Pedro de Atacama.

probablemente por influencia de Tiwanaku–, así como la presencia de "cráneos-trofeo" en las tumbas, sugieren la existencia de una organización religiosa con prácticas rituales cruentas. Asimismo, tabletas y tubos indican un cambio en la forma de consumo del cebil que, en lugar de fumarse en pipas, era reducido a polvo e inhalado por la nariz.

La metalurgia estaba presente en Yavi e Isla, y no quedan dudas sobre el carácter suntuario de las piezas halladas, de oro y plata en su mayoría, que provienen de contextos funerarios. Así, un individuo sepultado en la necrópolis de El Morro, en la Isla de Tilcara, debe haber ocupado un alto rango social, y algunas tumbas del área del río Doncellas, en la Puna, contenían un importante número de piezas de metal, algunas de las cuales parecen provenir de Tiwanaku. Las influencias de la región del Titicaca se ponen de manifiesto también en otros materiales como cornetas hechas con huesos de felinos o restos de tejidos finos de llama o alpaca.

Doncellas era entonces un centro de cierta importancia a cuyo alrededor se habían realizado considerables obras agrícolas. Los edificios del poblado cubrían unas dos hectáreas y media, y se calcula que contaba con unos 1500 habitantes. Se destaca una plataforma escalonada de planta rectangular, de 7 metros de largo y 6 de ancho en su base, comunicada con un espacio abierto semejante a una plaza. La fuerte influencia de Tiwanaku hace suponer la presencia de población originaria de ese centro, fueran colonos o caravaneros.

Estos elementos indican profundos cambios en la organización social de las comunidades involucradas. No se trataría ya de comunidades, aldeanas, sino de sociedades más complejas, extensas y diferenciadas, a las que los especialistas definen como jefaturas o señoríos. Los intercambios entre las elites que dirigían esas jefaturas incluían tanto bienes y productos como prácticas sociales y rituales, creencias e ideas, representaciones estéticas e iconográficas. Los dirigentes de esas jefaturas –con una población lingüísticamente heterogénea e inserta en amplias redes de circulación caravanera– debieron desarrollar una complicada estrategia de relaciones con las jefaturas vecinas para asegurar el control sobre sus territorios frente a la fuerte movilidad poblacional, como los desplazamientos de colonos y caravaneros, y para garantizar mediante acuerdos y alianzas el funcionamiento de todo el sistema de interacciones. Además, los cementerios y tumbas recuperados –como en Atacama, Doncellas y El Morro– indican la existencia de una elite bien estructurada que ejercía un importante control sobre la producción de bienes, su circulación y distribución, así como sobre el territo-

rio, las relaciones con otras unidades sociopolíticas y la guerra. Esa elite debió también monopolizar el uso de bienes suntuarios de alto valor simbólico –piezas de metal, alucinógenos– y la realización de las prácticas rituales que legitimaban su autoridad.



Las jefaturas

Las jefaturas –llamadas también señoríos– eran, ante todo, entidades políticas regionales que aglutinaban a múltiples comunidades bajo la autoridad permanente de un jefe. Las jefaturas, que podían llegar a tener una población de algunos miles –incluso, a veces, de decenas de miles– de habitantes, mostraban algún tipo de jerarquización social, expresada generalmente por la posición o rango elevados que ocupaban ciertos linajes y comunidades. Esa superioridad se justificaba por la proximidad genealógica al jefe, cuyo linaje ocupaba el lugar más alto de la jerarquía social.

En estas sociedades, el poder político, que se apoyaba en la figura del jefe a la que se rodeaba de complejos rituales y ceremonias, reconocía al menos dos niveles en el ejercicio de la autoridad, el de los jefes de las comunidades locales y, por encima de éstos, el de jefe superior. El poder que este último ejercía dependía, a su vez, de la importancia de su linaje, de su control sobre la producción y el intercambio de bienes, de sus capacidades y habilidades personales –incluidas las referidas a la guerra– y de una ideología que servía para legitimar e institucionalizar las desigualdades que se manifestaban en el seno de la sociedad. También dependía de la fuerza militar –su séquito o seguidores– para defender los recursos de las comunidades que se encontraban bajo su mando.

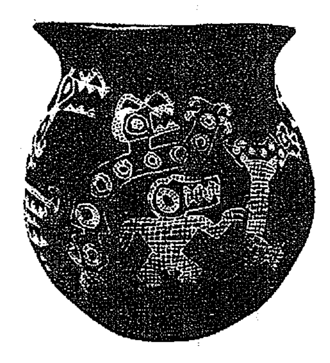
El área de interacción de La Aguada

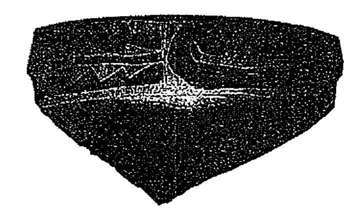
El proceso de integración regional más temprano tuvo su desarrollo en el valle de Ambato, actual provincia de Catamarca, y se extendió al piedemonte de la porción sur del nevado del Aconquija y de la sierra de Ancasti, el campo del Pucará y el bolsón de Andalgalá; probablemente haya alcanzado la llanura de vegetación chaqueña de Santiago del Estero. La fecha más temprana, que proviene de la base del montículo de La Rinconada, ubica sus inicios hacia la segunda mitad del siglo VI d. C. Hasta hace poco, la cultura de estas y otras sociedades de la provincia de Catamarca y territorios vecinos era designada, a partir del material arqueológico, en especial la cerámica, con el nombre de La Aguada.



La cerámica Aguada

Las expresiones cerámicas de las poblaciones Aguada, que se extendían por una amplia región, presentaban importantes variaciones regionales, aunque en todas predominan las representaciones de felinos en las más variadas formas y combinaciones, las imágenes de serpientes y la figura del sacrificador.





Arriba, borde de un cuenco o puco; a la izquierda, vasija globular.

Cerámica negra bruñida del Ambato con decoración incisa

La alfarería dei valle de Ambato se caracterizaba por piezas con la superficie negra bruñida, decoradas con motivos grabados que representaban personajes humanos profusamente engalanados, felinos ejecutados de manera realista o imágenes que combinaban rasgos felinos y humanos. También se modelaban figuras huecas con pinturas o tatuajes faciales y complejos tocados que sin duda representaban a jefes o señores. A diferencia de lo que ocurría en otras partes, en el área del Ambato son casi inexistentes las piezas pintadas.
En el valle de Hualfín y hacia el oeste hasta el valle de Abaucán, en cambio, predominaba la cerámica de color gris decorada con grabados que representaban figuras de felinos y seres humanos; también existían piezas de color beige con motivos pintados en varios colores, o bien beige con motivos policromos. Por último, en el actual territorio de La Rioja y más hacia el sur, la alfarería presentaba como decoración un ave finamente estilizada pintada en negro sobre rojo o marrón claro; también eran comunes aquí las vasijas policromas y las de color gris decoradas con representaciones grabadas del jaguar.

Aun reconociendo las particularidades regionales, los arqueólogos presentaban a esta cultura y a los pueblos que la crearon como una extensa unidad de carácter homogéneo. Sin embargo, de acuerdo a la información actual, La Aguada habría constituido un conjunto de entidades políticas –cada una con su territorio y con distinto desarrollo temporal, es decir, no todas contemporáneas– que no obstante compartían un sistema de representaciones con un estilo artístico y una iconografía particulares a los que se reconoce, precisamente, con el nombre de Aguada.

Distinguibles pese a las variantes locales, estilo e iconografía se caracterizaban por la importancia de la figura del felino, el tema del sacrificador y la representación de cabezas-trofeo, elementos con destacada presencia en las sociedades andinas. La amplia aceptación de ese estilo y de la ideología que expresa se relacionaba con los procesos sociopolíticos de las sociedades que lo incorporaron, esto es, con el desarrollo de las desigualdades sociales hereditarias. Ideología y estilo artístico contribuyeron a legitimar y reforzar esos procesos sociales en marcha y la supremacía de los linajes y señores más importantes.

Los pueblos del Ambato

La zona del Ambato constituyó el núcleo central de una amplia esfera de interacciones que cubrían una extensa región con recursos de crucial importancia por su valor material y simbólico. En efecto, así articuladas esas sociedades tenían acceso, en las selvas y bosques orientales, al preciado cebil y, en la zona cordillerana, al no menos valioso cobre arsenical. Este último era usado para obtener el bronce arsenical –por aleación con otros minerales, en especial estaño– con el cual se fundían distintos objetos, utilitarios y suntuarios. La disponibilidad de estos recursos fue esencial para el desarrollo de amplias redes de circulación mediante caravanas de llamas. La extensión e intensificación del tráfico caravanero impulsó y reforzó la integración de las comunidades en una amplia unidad regional.

La base material que sostuvo este desarrollo fue la expansión de la agricultura y del pastoreo y el consiguiente incremento de la producción agraria, que permitió tanto sostener el crecimiento de la población como disponer de mayores excedentes que posibilitaron liberar a un mayor número de individuos del trabajo productivo para que pudieran volcarse a actividades especializadas, sea en la producción de bienes de valor simbólico –actividad que, como en el caso de la metalurgia, requería conocimientos y habilidades especiales–, sea para cumplir ciertas funciones de carácter político y/o religioso.

Las investigaciones arqueológicas en el Ambato documentaron tanto el crecimiento de la población y el aumento de la complejidad social como la expansión de la producción agraria. Más de un centenar de asentamientos fueron localizados en la porción central del valle en tanto que en sus laderas se identificaron extensas áreas agrícolas con andenes o terrazas y obras de riego. La creación de esas áreas agrícolas se combinó con el desarrollo de nuevas variedades de maíz de mayor rendimiento alimenticio; además, el hallazgo de abundantes restos óseos de camélidos en los poblados indicaría una práctica mucho más eficiente del pastoreo.

Las comunidades del Ambato instalaron sus poblados en el fondo llano del valle. En su porción central pudieron reconocerse tres grandes conjuntos que ocupaban, cada uno, una superficie de unos 2,5 kilómetros cuadrados. Estaban formados por unidades de vivienda de patrón o plano regular. La planta básica incluía un patio central, abierto y rectangular, y recintos o cuartos cuadrangulares distribuidos sobre los lados menores del patio. Las habitaciones tenían, en general, paredes de barro reforzadas por columnas de piedras planas; el techo a dos aguas estaba cubierto de paja y barro. Con frecuencia se construía una galería techada destinada a la realización de actividades domésticas sobre la fachada que daba al patio. Las dimensiones de tales unidades eran muy variables. Algunas eran pequeñas, de unos 15 por 14 metros de planta con una sola fila de recintos, y debieron alojar a familias nucleares; otras, en cambio, que podían llegar a tener hasta cien metros de largo y más de un patio en su interior, deben haber alojado a familias ampliadas o linajes.

La expansión de los asentamientos y la creación de áreas agrícolas fueron esenciales en la conformación de un nuevo paisaje en el valle del Ambato, pero el rasgo más destacado era la presencia de dos complejos arquitectónicos de carácter ceremonial planificados para tener un aspecto monumental e imponente, como una marca indeleble en el paisaje. Uno de ellos, en el cual se realizaron complejas ceremonias religiosas, es conocido como la "Iglesia de los Indios" o La Rinconada; el otro, unos ocho kilómetros al norte, es denominado el "Bordo de los Indios". Ambos centros se distinguen por la presencia de un gran montículo piramidal de planta rectangular que dominaba un espacio abierto, a modo de una plaza flanqueada por construcciones con paredes de barro dispuestas alrededor del patio. Hasta el momento, no fue posible determinar si ambos centros eran contemporáneos, y las relaciones entre ellos aún son un interrogante.

La Rinconada, un ámbito dedicado a prácticas religiosas, es el más impresionante por su escala imponente y su monumentalidad. Cubre una superficie de unos 130 por 120 metros y está compuesto por una serie de recintos cuadrados o rectangulares que, adosados unos a otros, se disponen sobre los lados norte y este de un enorme espacio abierto o plaza de unos 3000 metros cuadrados. Sobre el lado sur se encuentra el montículo principal, de forma piramidal, de unos 22 metros de largo y 13 de ancho en la base, y una altura de 3 metros y medio. En la parte superior debió existir una plataforma a la cual se ascendía por medio de dos rampas. Es posible que allí se realizaran sacrificios humanos, pues se han hallado en el relleno huesos de hombres.

En el Ambato, la presencia de centros ceremoniales, asentamientos aldeanos y obras agrícolas de envergadura, así como su distribución en el paisaje, testimonian la existencia de un orden territorial, económico, social y político que se superpuso a las comunidades aldeanas, la jefatura, en el cual se institucionalizaron las desigualdades sociales mediante el principio del rango. La consolidación del nuevo orden social y la institucionalización de las desigualdades sociales, hereditarias en algunos linajes, consagraron el papel predominante de estos últimos en la nueva sociedad, y fueron acompañadas por la imposición de una ideología destinada a consolidar ese proceso. Esa ideología articuló y dio forma a temas, ideas, representaciones y prácticas sociales y rituales en parte ya conocidos, al menos entre las sociedades Condorhuasi-Alamito.

La imagen del jaguar o uturunco se volvió omnipresente y se muestra en todas las manifestaciones de la vida social: su figura, en diferentes formas y combinaciones, aparece grabada sobre hachas de metal y placas de bronce, tallada o esculpida en morteros y recipientes de piedra, grabada o pintada en las piezas de cerámica, en los escasos textiles conservados, y tallada en objetos de madera, en especial en vasos, tablillas y tubos. A juzgar por los personajes representados en la alfarería, la figura del jaguar era también importante en los tatuajes y adornos corporales y faciales. Gran parte de estas piezas cuidadosamente trabajadas y decoradas con representaciones del jaguar –como pequeños morteros de piedra, las tabletas de piedra o madera, tubos de madera, algunos vasos de piedra, madera o cerámica– estaban estrechamente vinculadas al consumo de alucinógenos.

En el contexto de las prácticas religiosas, este consumo ritual constituía el medio o vehículo que permitía a los hombres –chamanes primero, sacerdotes luego– entrar en contacto con el mundo de lo sa-

grado. En tiempos prehispánicos, en la región andina de la actual Argentina, se usaron para tal fin diversos vegetales, aunque las evidencias arqueológicas indican que el cebil o *vilca* fue el más empleado. El valle de Ambato se encuentra sólo a unos 20 kilómetros del inicio de la región del cebil, en la ladera oriental de la sierra de Ancasti; el control de esa región fue fundamental para los señores del Ambato, pues les permitía disponer del recurso que aseguraba la continuidad de las relaciones entre la sociedad –que esos señores representaban– y el mundo de lo sagrado.

El bronce arsenical tuvo también un papel fundamental en la consolidación del nuevo orden social. La metalurgia, que apareció en las tierras del noroeste argentino a comienzos de la era cristiana, tuvo un notable peso en el desarrollo histórico posterior. En el mundo prehispánico, los objetos de metal eran producto de una tecnología vinculada al poder, pues se trataba de bienes con un alto valor simbólico cuya posesión otorgaba prestigio y preeminencia. Junto con los alucinógenos, los objetos de metal eran bienes clave en el tráfico caravanero que vinculaba a jefaturas cuyas elites compartían igual ideología y similares prácticas rituales y sociales. Los señores facilitaron el traslado de tales bienes simbólicos y esa circulación estimuló, a su vez, la adopción de una iconografía del poder.

Más allá del Ambato

Algo más tarde que en el Ambato, otras jefaturas tomaron forma en algunos valles y bolsones del noroeste argentino, principalmente en los valles centrales de Catamarca, como los de Andalgalá, Hualfín y Abaucán. En todos ellos se desplegó una iconografía similar, que parece expresar una misma ideología. En esa iconografía el jaguar es omnipresente, en tanto que las figuras humanas –con sus complejos vestuarios, adornos y tocados, y entre las que se destaca la del "sacrificador" con sus hachas y cuchillos– representan a los señores. También parece haberse expandido la producción agropecuaria, principalmente por la extensión de los sistemas de andenes y regadíos, condición esencial para asegurar la posición de los señores y linajes gobernantes.

Otra de las expresiones del nuevo orden social fue el desarrollo de una arquitectura ceremonial de la que conocemos otras manifestaciones además de las mencionadas del Ambato. Se destacan el centro ceremonial erigido en la cima del cerro Loma Larga, cerca de la actual ciudad de Londres, en Catamarca, y el de Choya, en el sur del valle de Catamarca, donde se levantó un gran montículo de unos 7 metros de al-

tura cuya base, redonda, alcanza los 52 metros de diámetro. Hacia el norte, existen construcciones ceremoniales vinculadas a Aguada en Angalgalá y en el valle Calchaquí, en tanto que hacia el sur se las encuentra también en La Rioja y San Juan. En estas últimas regiones, donde pervivieron sociedades con características aldeanas, las instalaciones eran, hasta donde sabemos, menos complejas. Aunque estas poblaciones mantuvieron intercambios con las de los valles transversales del norte del Chile actual, su lejanía con respecto a las fuentes de aprovisionamiento de cebil y bronce podría explicar las diferencias –un relativo "retraso"– con los procesos de las sociedades del Ambato y los valles centrales de Catamarca.

Agricultura y vida aldeana en las Sierras Centrales y el occidente santiagueño

El modo de vida de las comunidades cazadoras-recolectoras de esta región, consolidado en el Holoceno medio, se mantuvo sin cambios fundamentales, al menos hasta hace unos 2000 años. Ese modo de vida fue exitoso pues la población creció y se expandió por la región. Sin embargo, algunos siglos después, hacia el 700 de nuestra era, había sufrido cambios fundamentales. En efecto, desde comienzos de la era cristiana y en forma paulatina, los cazadores-recolectores de las Sierras Centrales habían comenzado a incorporar a su vida cotidiana dos actividades de singular importancia: la producción de cerámica y el cultivo de la tierra, probablemente a partir de contactos con poblaciones de las zonas andinas. De modo paralelo, aparecieron los primeros poblados o aldeas estables. Al principio, la alfarería y el cultivo no cambiaron demasiado la vida de esas comunidades: la primera, poco abundante y de manufactura poco elaborada, se integró a un complejo tecnológico que continuó con las prácticas anteriores aplicadas a otros materiales, como la piedra, el hueso o las fibras vegetales; el cultivo –maíz y probablemente también calabazas y porotos– se incorporó como una actividad más a un modelo de subsistencia diversificado en el cual la caza y la recolección continuaron desempeñando un papel fundamental.

Sin embargo, a mediados del milenio, las bases de un nuevo modo de vida estaban establecidas, y dos siglos después, hacia el 700, el modelo ya se hallaba bien definido. La cerámica, que nunca alcanzó la relevancia que tuvo en los Andes meridionales, era más abundante y de mejor calidad en tanto que el cultivo se había integrado plenamente a la eco-

nomía de las nuevas comunidades aldeanas, que organizaron sus actividades económicas de manera tal de aprovechar los recursos de los distintos medioambientes, tanto regionales como locales. De ese modo, se aseguraban el aprovisionamiento de bienes esenciales durante todo el año y atenuaban situaciones adversas derivadas de heladas, sequías, plagas u otras calamidades. Para ello, trabajaban pequeñas chacras situadas en diferentes zonas, pero continuaban con la recolección de vegetales silvestres, en especial semillas de algarrobo, y con la captura de guanacos, ciervos y ñandúes en los prados o pampas de altura.

Esta estrategia requería frecuentes desplazamientos de las comunidades para trabajar las diferentes chacras, recolectar, cazar y obtener materias primas, pero tenía la ventaja de reducir los riesgos. Además, se trataba de una estrategia muy flexible y de gran adaptabilidad, pues el peso relativo de las distintas actividades podía ajustarse a las condiciones y recursos disponibles. Esta situación se ponía de manifiesto en formas de asentamiento que incluían poblados más o menos estables cerca o en las zonas de cultivo, y asentamientos temporarios –paraderos o campamentos– destinados a actividades específicas como la caza, la recolección y la obtención de materias primas. No obstante, la introducción de este nuevo modo de vida no produjo una ruptura brusca y total con el anterior, pues las antiguas tradiciones perduraron con fuerza en un contexto distinto. El resultado fue sin duda exitoso, en la medida en que las comunidades de agricultores aldeanos se consolidaron y expandieron en los siglos siguientes. Los asentamientos, más grandes y complejos, se extendieron por la región; la población aumentó; empezaron a utilizarse algunos espacios hasta entonces no explotados y las comunidades comenzaron a diferenciarse. Las formas de vida resultantes perduraron hasta la entrada de los primeros invasores europeos en la región a mediados del siglo XVI.

Un proceso similar se desarrolló al norte de las Sierras Centrales, en el occidente de la actual provincia de Santiago del Estero. Allí, las prácticas agrícolas se remontan a comienzos del primer milenio de nuestra era, aunque no está claro si fueron producto de un desarrollo local o si fueron introducidas por poblaciones que bajaban a las zonas más llanas desde las estribaciones montañosas de los Andes donde el cultivo era practicado desde mucho tiempo atrás.

La cultura de Las Mercedes, iniciada hacia el año 200 de nuestra era, fue característica de esta etapa agrícola temprana. Esos grupos, que conocían la alfarería, se expandieron luego hacia la llanura comprendida entre los ríos Salado y Dulce –la Mesopotamia santiagueña–, donde el

nuevo modo de vida se encontraba ya asentado hacia el año 700. Los pueblos de Las Mercedes se establecieron en pequeños poblados ubicados cerca de ríos y arroyos, explotando en forma intensa los variados recursos y posibilidades del medio: en los bosques y en la llanura vecina cazaban guanacos, ñandúes, algunos carnívoros y quirquinchos; en los ríos pescaban bagres y dorados y capturaban aves; la recolección de vegetales y el cultivo de maíz y zapallo completaban la dieta. Un rasgo distintivo fue la producción de cerámica. Pequeños recipientes –cuencos o escudillas– de color rojo o marrón decorados con motivos geométricos incisos caracterizaban la cerámica de uso cotidiano. A veces, los mismos motivos aparecen pintados en color negro o rojo con un borde blanco; en otras oportunidades se usaban cestas tejidas con fibras vegetales a modo de moldes para dar forma a las piezas pequeñas. También se fabricaban piezas de gran tamaño empleadas como urnas para enterrar a los muertos, y se han hallado fragmentos de pipas de cerámica usadas con tabaco y cebil, una práctica ritual ampliamente difundida.

Además, estas poblaciones mantenían frecuentes relaciones con las comunidades en la zona andina seguramente vinculadas a la esfera de integración de La Aguada, como los valles preandinos de Catamarca y las selvas orientales de Tucumán. Tales relaciones incluían el intercambio de bienes y productos y, seguramente, también creencias, tradiciones y prácticas sociales. A partir del año 700, sin romper la continuidad con las tradiciones anteriores, se implementaron en el ámbito santiagueño nuevos modos de asentamiento y algunos cambios en el modo de vida de las poblaciones de la región, que veremos en el capítulo siguiente.

Las poblaciones del litoral fluvial

Hacia el año 700 d. C., en la región del litoral fluvial se mantenían las características climáticas semiáridas a las que nos referimos en el capítulo anterior, lo que había provocado un corrimiento hacia el norte de las condiciones actuales, tanto climáticas como faunísticas y botánicas. En ese contexto, aunque los grupos humanos que habitaban la región no cambiaron su modo de vida básico de caza, pesca y recolección, se vieron obligados a adecuar sus actividades económicas y sus patrones de movilidad a las condiciones imperantes.

A lo largo del río Uruguay y sus principales afluentes, y extendiéndose hasta las islas del Delta, se distribuían distintas comunidades de cazado-

res, recolectores y pescadores cuya presencia se remontaba al menos hasta el primer milenio antes de nuestra era. Dichas comunidades son agrupadas por los arqueólogos en una tradición denominada "platense". Sus asentamientos, en general pequeños, se distribuían preferentemente junto a cursos y espejos de agua –ríos, lagunas, bañados y esteros– donde obtenían buena parte de sus recursos. Allí cazaban, recolectaban y pescaban, empleando diferentes técnicas. En ese medioambiente, los recursos acuáticos fueron muy importantes y, en algunos lugares, la intensa recolección de moluscos determinó la formación de grandes acumulaciones de valvas desechadas, conocidas como "conchales".

Este modo de subsistencia, flexible y versátil, facilitaba la adaptación a condiciones ambientales diversas y cambiantes, y posibilitaba la explotación de variados recursos. Su movilidad respondía al mismo patrón: con frecuencia estas comunidades desplazaban sus campamentos –sin planificación previa y según la disponibilidad de recursos– dentro del mismo medioambiente ribereño, retornando en forma regular a los lugares que ofrecían mejores condiciones; además, realizaban desplazamientos estacionales más largos en el interior del territorio, en general para cazar. Algunos lugares con recursos abundantes servían para el encuentro periódico de distintas bandas. Entonces solían acordarse matrimonios entre miembros de diferentes bandas, se realizaban rituales destinados a afianzar lazos y vínculos entre las comunidades, y se concretaban intercambios de bienes exóticos. Algunos grupos construyeron montículos de tierra que, al parecer, tenían funciones funerarias, pues en ellos se encontraron entierros. Su cultura material se caracterizaba por la presencia de artefactos de piedra, hueso, dientes, valvas, cerámica y madera. En general, los instrumentos de piedra, tanto tallados como pulidos, eran escasos y de factura bastante tosca. Por el contrario, eran numerosos y muy variados los realizados en hueso, valvas y dientes. La cerámica presentaba una manufactura rudimentaria cuya decoración incluía motivos geométricos simples realizados mediante incisiones o punteado. Algunas piezas estaban decoradas con bandas o guardas pintadas en rojo o blanco.

Otras poblaciones ribereñas se encontraban ubicadas en el curso del río Paraná. Los testimonios más antiguos de su presencia se remontan a comienzos del primer milenio de nuestra era e indican que esos núcleos se hallaban en el Paraná medio, en la actual provincia del Chaco, desde donde se extendieron hacia el sur. Estas poblaciones, que fabricaban una excelente cerámica, se asocian con la cultura arqueológica llamada Goya-Malabrigo. Sin embargo, la mayor expansión se produjo

más tarde, hacia comienzos del segundo milenio de nuestra era, es decir, hace unos 1000 años, cuando mejoraron las condiciones climáticas de la región al volverse a un etapa más húmeda.

Por último, quizá desde mediados del primer milenio de nuestra era, otras poblaciones hicieron su aparición en el extremo nordeste de la Mesopotamia. Se trataba de los guaraníes, quienes, como los *tupinambaes* de la costa atlántica brasileña, hablaban una lengua perteneciente a la gran familia tupí-guaraní. Típicos cultivadores amazónicos y buenos ceramistas, los tupí-guaraní provenían de la región del Amazonas medio, desde donde iniciaron –hace tal vez unos 5000 años– largos desplazamientos hacia el sur siguiendo los principales ríos amazónicos. Hace unos 1300 años, los guaraníes habían establecido ya algunas aldeas en las costas del actual territorio misionero. Se fueron expandiendo en los siglos siguientes, casi sin detenerse, por las costas de los ríos Paraná, Uruguay y Paraguay, así como por algunos de sus grandes afluentes, hasta alcanzar la región del Delta.

Los cazadores-recolectores pampeanos y patagónicos

Entre tanto, en la llanura bonaerense continuaba el proceso de intensificación iniciado a comienzos del Holoceno tardío. La extensión del poblamiento, la explotación más intensa de recursos variados y la expansión de las nuevas tecnologías como la alfarería marcaron la continuidad de un modo de vida que se afirmaba con el tiempo. En ese contexto, hace unos 1300 años, el proceso más destacado era la ocupación de los ambientes fluviales y lagunares de las tierras bajas del noreste bonaerense, iniciado algunos siglos antes.

En las regiones más bajas del oriente bonaerense, las costas se estabilizaron tras el descenso de las aguas que habían ingresado durante el Holoceno medio. Grupos de cazadores-recolectores se instalaron allí desarrollando formas de vida adaptadas a esos ambientes. Diversos hallazgos muestran que esas ocupaciones se remontan, al menos, a unos 1700 años atrás, y que se extendieron en el tiempo casi hasta el momento del arribo de los conquistadores europeos. Hasta ahora, el trabajo de los arqueólogos se concentró en dos zonas, la costa oeste del Río de la Plata y la cuenca inferior del río Salado, alcanzando el extremo sur de la Bahía de Samborombón. Estos sitios muestran ocupaciones más densas, con abundante cerámica y algunos artefactos de hueso; en cambio, resulta escaso el material lítico encontrado.

Estas características de los sitios sugieren que esos grupos realizaban estadías más largas en estos lugares, o bien que en sus desplazamientos retornaban a ellos con mayor frecuencia, o ambas cosas a la vez. Esta situación indica una movilidad más reducida, seguramente debido a la abundante y amplia disponibilidad de recursos durante todo el año. Los restos recuperados muestran que se trataba de grupos de cazadores, recolectores y pescadores que hacían un uso muy intenso y diversificado de los recursos de la región. En efecto, esas comunidades cazaban animales terrestres, como venados de las pampas, *coypos* y pequeños roedores, pero también recolectaban semillas y hacían un uso intenso de los recursos vinculados a los ambientes acuáticos, tanto fluviales como lagunares. En ellos recogían moluscos de agua dulce, capturaban aves –gallaretas, patos y martinetas– y pescaban. Su tecnología debía adecuarse a los recursos y condiciones de esos ambientes. Los instrumentos de piedra no eran muy abundantes, pero su uso era intensivo y se aprovechaba al máximo la materia prima disponible que provenía de afloramientos naturales lejanos, lo que sugiere la participación en redes amplias de circulación de esa materia prima. En cambio, utilizaban bastante el hueso –se encontraron artefactos de este material– y quizá la madera, aunque los elementos hechos con ella son de difícil conservación debido a las condiciones húmedas de la región. También la cerámica, que presentaba algunos rasgos comunes en la mayoría de los sitios del área, era muy abundante. Eran, en general, cerámicas lisas, aunque las había decoradas con motivos geométricos incisos y también pintadas, principalmente en rojo. Las piezas tenían forma globular o subglobular con la base semiplana, y la decoración se distribuía en bandas sobre los bordes o labios. En la cuenca inferior del río Salado se hallaron restos óseos humanos –fragmentos de cráneos y mandíbulas– que se remontan a unos 1400 años atrás.

En la pampa seca, en el actual territorio de la provincia de La Pampa, también se venían manifestando paulatinos cambios en el modo de vida, al menos desde hace unos 2000 años. Los hallazgos realizados en la cuenca del río Curacó muestran que, al igual que en el oriente pampeano, el guanaco seguía siendo la presa principal de los cazadores, que a veces aprovechaban incluso los huesos para confeccionar algunos instrumentos. Pero se encontraron también morteros y manos que, al parecer, eran usados para moler ocre rojo –un pigmento con particular valor simbólico– y para procesar semillas y frutos –como los del algarrobo y el caldén– recolectados en los bosques cercanos donde esos árboles abundaban.

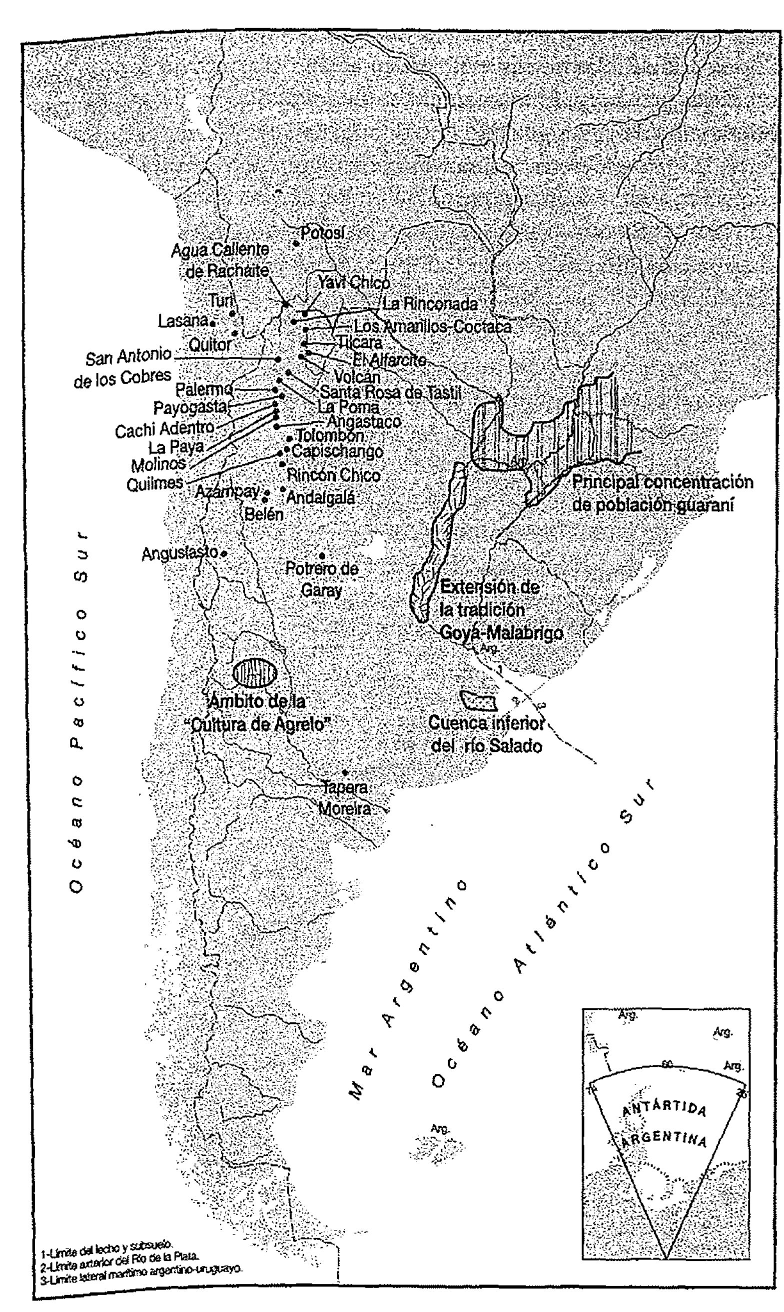
Al igual que en las serranías del sur bonaerense, en aleros y refugios rocosos de esas tierras áridas –como las sierras de Lihuel Calel– se hallaron manifestaciones de arte rupestre constituidas fundamentalmente por figuras geométricas simples. En esta etapa –o muy poco después–, esos cazadores incorporaron el uso de alfarería, que presenta en su forma y decoración algunas similitudes con las usadas en la pampa oriental. Es probable que estos cazadores-recolectores mantuvieran contactos con regiones lejanas, como la pampa oriental, el norte de la Patagonia y las Sierras Centrales. Estos contactos se fueron intensificando y algunos siglos después constituían una vasta y compleja red.

También las comunidades de cazadores y recolectores que vivían en el espacio patagónico continuaron intensificando los procesos en marcha desde comienzos del Holoceno: avanzaron en la ocupación de nuevos y variados espacios, tanto en las costas y mesetas interiores como en el área precordillerana y cordillerana; su movilidad se hizo más intensa y abarcó espacios más amplios; fueron mayores los contactos entre distintos grupos; fortalecieron sus estrategias de subsistencia y de obtención de materias primas y la explotación de distintos recursos. En suma, esos cazadores-recolectores desarrollaron un modelo económico más flexible que les permitió adecuarse a las fluctuaciones en las condiciones climáticas y ambientales de los distintos espacios que visitaban. De ese modo era posible aprovechar, por ejemplo, las costas de los lagos y los cañadones profundos, más protegidos durante los fríos inviernos (invernadas), y visitar las planicies intermedias y mesetas altas durante el verano, cuando el clima era menos riguroso (veranada).

Una innovación importante, que se había producido algún tiempo antes, fue la adopción, por parte de algunas comunidades, del uso de la cerámica. De acuerdo con los fechados disponibles, este hecho se produjo entre el 500 y el 800 de nuestra era, según las regiones. Las más tempranas aparecen en la Patagonia centro-septentrional hacia mediados del primer milenio de nuestra era; en la actual provincia de Chubut, en cambio, lo hacen unos dos o tres siglos después. Esto parecería indicar un desplazamiento de norte a sur, como han planteado algunos estudiosos. Aunque resulta prematuro afirmarlo tajantemente, la hipótesis no parece tan desencaminada si tenemos en cuenta la presencia temprana de alfarería en la pampa oriental.

En síntesis, hacia el año 700 de nuestra era las poblaciones originarias del actual territorio argentino habían desarrollado distintos modos de vida, bien adaptados a las condiciones del medio en que vivían. Pese a

esa diversidad, vemos diferenciarse dos tipos muy definidos de organización social. En las tierras andinas se habían desarrollado formas más complejas marcadas, fundamentalmente, por la diferenciación social y el desarrollo de la desigualdad hereditaria; en tanto, en las grandes planicies, llanura y mesetas, se mantuvo el antiguo modo de vida cazador-recolector, aunque con la incorporación de algunas innovaciones significativas. Las Sierras Centrales y el occidente santiagueño representan una situación intermedia, pues sus pobladores mantienen un modo de vida aldeano.



Principales sitios entre los siglos XII y XIII d. C.

6. Hace unos 800 años... (ca. 1200)

El desarrollo de los grandes señoríos

Hace unos 1000 años comenzaron a producirse importantes cambios en la configuración política y social del actual noroeste argentino. En el sur, las manifestaciones estilísticas anteriores habían desaparecido; en los valles y quebradas se formaron entidades políticas más complejas y diferenciadas y la población y la especialización productiva crecieron. La competencia por tierras para la agricultura produjo la proliferación de instalaciones defensivas conocidas como "pucará". Dos siglos después, esas unidades sociopolíticas contaban con un poder central localizado en el pucará. Éste dominaba un territorio de cierta extensión en el que se distribuían aldeas y asentamientos rurales menores. Para la misma época, en las pampas se completaba la ocupación de los espacios del litoral bonaerense y se expandía el uso de la cerámica, presente ya en las tierras patagónicas. La arqueología revela el funcionamiento de amplias redes de intercambios extrarregionales que incluían la Patagonia y las pampas, el valle central trasandino, las Sierras Centrales e incluso el noroeste argentino. En el litoral, los guaraníes continuaban su avance hacia el sur, afianzando su presencia en áreas ribereñas y desplazando, en muchos lugares, a antiguas poblaciones de cazadores-recolectores.

Al iniciarse el segundo milenio de nuestra era, eran perceptibles cambios importantes en la configuración social y política de las tierras que hoy forman el noroeste argentino y los territorios vecinos del norte de Chile y el sur de Bolivia. En la porción centro-sur de ese territorio había desaparecido la unidad estilística denominada Aguada, y en cada uno de los principales valles y quebradas de la región se manifestaba una homogeneidad estilística en la decoración de la cerámica, los tejidos y los productos de la metalurgia. Al mismo tiempo, se

iniciaba una fuerte expansión de la agricultura y el pastoreo, se incrementaba la producción artesanal especializada, aumentaba la densidad de población y cambiaban las formas y la distribución de los asentamientos.

La desaparición, poco antes, de la organización estatal creada por Tiwanaku en las tierras del altiplano boliviano, tuvo profundas repercusiones en los territorios situados al sur de la cuenca del lago Titicaca: aunque no desapareció, la dinámica de los intercambios económicos y simbólicos sufrió profundas alteraciones, en tanto que la configuración de las entidades sociopolíticas resultó intensamente afectada por estas circunstancias. En los Andes meridionales comenzó entonces una época de gran inestabilidad política. El material arqueológico da cuenta de ese clima general de competencia y desequilibrio y se percibe una marcada tendencia a la concentración de la población en grandes centros, así como una proliferación de instalaciones defensivas, estratégicas o de carácter abiertamente militar. Tales instalaciones son conocidas con el nombre de pucará o *pucara*, término quechua cuyo significado literal es fortaleza, aunque también tenía otros sentidos en el mundo andino.

Los grandes señoríos del período tardío en los Andes meridionales

Resultado de esos procesos, y al igual que en las zonas vecinas, a comienzos del siglo XIII de nuestra era el actual noroeste argentino fue testigo de un importante aumento de la población y del surgimiento de sociedades más grandes y complejas que las de la época anterior. Estas nuevas sociedades poseían una organización política cuyo poder, relativamente centralizado, se localizaba en el pucará, mientras en el resto del territorio se distribuían poblados dependientes y asentamientos rurales donde residían los campesinos.

Pucarás y chacras

Esos pucarás solían estar rodeados de murallas defensivas y se instalaban sobre cerros de estratégica ubicación que permitían vigilar y controlar vastos espacios vecinos. En muchos, en especial en los más grandes, el uso de las pendientes de los cerros para instalar las viviendas requirió la construcción de plataformas y terraplenes para nivelar y consolidar el terreno, y permitir el escurrimiento del agua de las llu-

vias torrenciales de verano. Aunque existían diferencias en el tamaño de los asentamientos y en la distribución y planta de los edificios, los principales pucarás eran grandes conglomerados con un número importante de población: algunos, como Agua Caliente de Rachaite, Tilcara, Santa Rosa de Tastil o Quilmes, pueden haber llegado a tener algunos miles de habitantes.

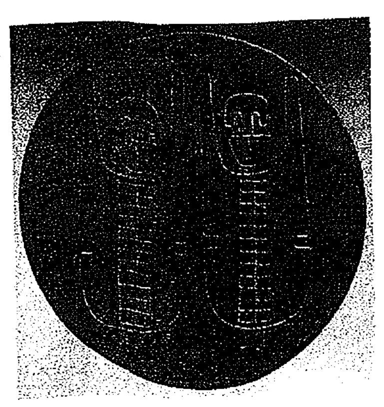
Situación semejante se vivía en la vertiente occidental del altiplano, en San Pedro de Atacama y en la cuenca media y superior del río Loa, donde la arqueología también documenta el crecimiento de la población, el emprendimiento de grandes obras agrícolas y la aparición de centros tipo pucará, como Quitor, en San Pedro de Atacama, Lasana en el Loa medio, y Turi, en el alto Salado, un afluente del Loa. La construcción de estos centros y de las extensas terrazas y obras de regadío cercanas supone la participación de una extensa fuerza de trabajo.

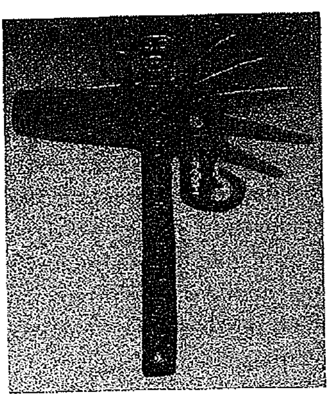
El carácter de las guerras de la época –ejércitos reducidos con armas de poca precisión y bajo alcance– daba gran valor a los sitios con ventajas para el establecimiento de asentamientos tipo pucará, cuya principal función consistía, ante todo, en brindar protección a sus habitantes, incluyendo a quienes vivían en los alrededores. Era esencial que el lugar elegido tuviera buena visibilidad para poder detectar la presencia de enemigos y avisar rápidamente al resto de los pobladores, pero también pesaban otras ventajas defensivas, como la existencia de laderas empinadas que dificultaban el asalto de los atacantes y sobre las que podían construirse murallas y parapetos. Además, los grandes conglomerados humanos permitían disponer con rapidez de personas preparadas para la defensa –mayor sería su número cuanto más alta la cantidad de habitantes–, y alertar o pedir ayuda a los poblados cercanos.

Sin embargo, el término "pucará" tenía más de un significado. Ante todo, remitía a una fortaleza con funciones de defensa y protección de la población a él subordinada, pero también tenía significaciones políticas y simbólicas. Allí residían los jefes o autoridades que coordinaban y planificaban las actividades agrarias, controlaban la producción artesanal especializada y los intercambios a larga distancia –esencialmente bienes de alto valor simbólico–, organizaban la defensa cuando era necesario o encaraban empresas militares. Además, esos jefes eran responsables de cultos y rituales para asegurar el éxito y la prosperidad de la comunidad: los pucarás estaban estrechamente vinculados a la *Pachamama*, la Madre Tierra, responsable de la prosperidad de los hombres, y estaban asociados con los antepasados, que aseguraban la unidad simbólica y la protección de la comunidad.

Especialización artesanal: el desarrollo de la metalurgia

Muchos siglos antes de la llegada de los incas al actual noroeste existía ya en la región una larga y compleja tradición del trabajo con metales que se remontaba, como vimos, al período temprano. Pero esta especialización no se limitaba a la metalurgia, sino que también abarcaba la producción de alfarería y textiles. No debemos perder de vista, sin embargo, que las sociedades andinas prehispánicas no sólo producían este tipo de bienes para cubrir necesidades económicas y técnicas sino que, particularmente en el caso de la metalurgia, los ponían en circulación en el ámbito ceremonial y suntuario de las elites.





Las sociedades que, hacia el siglo XIII de nuestra era, ocupaban los valles de Hualfín y calchaquíes, explotaron la riqueza mineral de los yacimientos que se encontraban en la porción meridional de los Nevados del Aconquija (Capillitas y sierra de Atajo), así como en el cordón de Famatina. Sin embargo, todo indica que el foco de la metalurgia del noroeste argentino estaba en los valles calchaquíes. En este contexto son notables las piezas fundidas en bronce –la mayoría de ellas objetos ceremoniales y marcadores de jerarquía social–, que impresionan por su belleza y síntesis de diseño. Hay que destacar los discos, campanas, hachas con mango, placas, pectorales, adornos cefálicos y otros objetos usados en la vestimenta. También se confeccionaban algunas herramientas metálicas para el trabajo cotidiano.

Más allá del pucará se encontraban las *chacras*, asentamientos rurales donde se desarrollaban las actividades productivas esenciales, esto es, el cultivo de las tierras y la cría de llamas y alpacas. En ellas residían los

productores agrícolas cuyo trabajo contribuía al sostenimiento y a la reproducción material de la sociedad. En síntesis, las nuevas unidades sociopolíticas se apoyaban en la unidad esencial de esos elementos: el pucará –centro social, político y religioso– y las chacras –instalaciones productivas básicamente agropastorales–.

Las ruinas de muchos pucarás muestran la existencia de espacios y edificios de uso público comunitario, seguramente vinculados a actividades ceremoniales y rituales relacionadas con la reproducción del sistema político y simbólico, esto es, del conjunto de prácticas, ideas, creencias y representaciones que aseguraban la continuidad del orden social. El pucará de Rincón Chico, en el sur del valle de Santa María o Yocavil, en Catamarca, poseía en su parte más elevada un espacio ceremonial formado por un recinto de piedras blancas y una plataforma de piedras de colores. En la Puna, en el centro de Agua Caliente de Rachaite, se erigieron monolitos cilíndricos junto a los cuales había ofrendas que incluían cabezas de camélidos. Monolitos similares se hallaron en La Rinconada y Yavi Chico. En la quebrada de Humahuaca, el pucará de Volcán y el gran poblado de Los Amarillos también poseían áreas de uso público.

Demografía y economía

Aunque es imposible precisar su número, la información arqueológica sugiere que, hacia el 1200, la población había aumentado considerablemente en toda la región. Había más asentamientos, muchos de los cuales eran grandes conglomerados que albergaban a centenares y, en algunos casos, millares de habitantes. Ese aumento de la población fue acompañado por un reordenamiento de los asentamientos mayores. Así ocurrió, por ejemplo, en la quebrada de Humahuaca: hacia el 1200, los asentamientos residenciales de cierta envergadura estaban en el valle del río Grande o en la porción inferior de sus quebradas tributarias, mientras que las partes medias y altas de esas quebradas, antes ocupadas, fueron abandonadas como lugares de habitación permanente, aunque siguieron siendo explotadas económicamente. Ese reordenamiento puede haber respondido a razones estratégicas y de control de las poblaciones.

La expansión de la economía, seguramente vinculada al aumento de la población, fue otro rasgo fundamental del período. Se desarrolló en gran escala la agricultura de riego y se colonizaron nuevos territorios en diversos paisajes para destinarlos a la obtención de recursos agrícolas y ganaderos. La agricultura se practicaba tanto en las franjas fértiles del fondo de los valles como en los faldeos de las laderas que los delimita-

El gran poblado de Los Amarillos

En la quebrada de Humahuaca, algunos sitios, como el gran poblado de Los Amarillos, poseían áreas de uso público bien definidas. En Los Amarillos, un gran conglomerado humano en una quebrada tributaria, la de Yocoraite, se construyó –quizá entre unos 800 y 700 años atrás– una gran plataforma que se elevaba entre unos cuatro y seis metros por encima de los construcciones circundantes. En la parte posterior de la plataforma se encontraban tres pequeños recintos construidos con ladrillos de adobe. Allí se halló una tumba donde habían sido sepultados al menos dos individuos adultos con un rico ajuar funerario.



Esos recintos, sin embargo, no eran visibles –como lo muestra la reconstrucción de Nielsen y Boschi– para las personas ubicadas en la plaza que se encontraba al pie de la plataforma, a la cual, al parecer, tampoco podían acceder todos los habitantes del poblado. Esta situación podría indicar que esos espacios estaban vinculados al culto de los antepasados: es conocida la práctica andina de exponer, durante los rituales, los cuerpos sepultados –seguramente individuos o jefes de linajes de alto rango–. Las diferencias visuales y de acceso a los rituales indicarían una desigual participación en esas prácticas apoyada a su vez en diferencias jerárquicas.

ban. Para aprovechar esos faldeos y prevenir la erosión, se construyeron andenes de cultivo y se emprendieron obras de regadío.

Algunas cuencas de alto rendimiento fueron puestas en producción y se realizaron en ellas amplios y sofisticados sistemas de aterrazamiento y riego. Entre tales cuencas se destacaban las de Coctaca y El Alfarcito –casi 4000 hectáreas la primera, algo más chica la segunda– en la quebrada de Humahuaca, la de Las Pailas en el valle Calchaquí, y las de Caspinchango y Quilmes en el valle de Santa María. En Quilmes, una sofisticada represa de piedra con un canal derivador y un complejo sistema de acequias proveía agua a las tierras de cultivo. En menor escala, esa expansión agropecuaria alcanzó también a los ambientes puneños, en cuencas que contaban con agua suficiente, como las del río Grande de San Juan y la de Rachaite o Doncellas.

Los restos arqueológicos recuperados, así como testimonios escritos de los primeros tiempos de la época colonial, refieren la abundancia de maíz, papa, porotos, zapallos y quinua de la que disponían los pueblos de la región. También recolectaban intensamente los frutos del algarrobo y el chañar, con los que preparaban, entre otras cosas, bebidas embriagantes utilizadas en fiestas y rituales. Silos y depósitos y, en algunos casos, grandes vasijas, servían para conservar los excedentes de la producción agrícola y de la recolección.

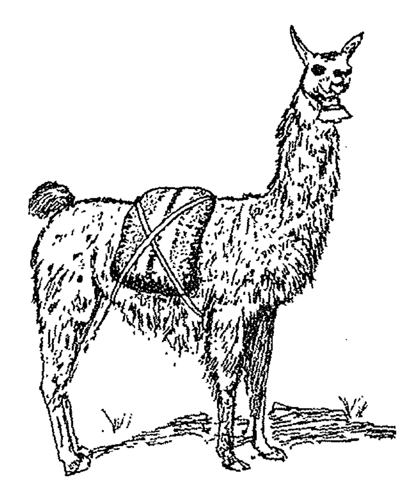
Como en el resto del territorio andino, el pastoreo de los rebaños de llamas desempeñó un importantísimo papel económico. Las llamas eran utilizadas como transporte, se comía su carne, se aprovechaba su lana para confeccionar prendas de abrigo y los excrementos se empleaban como abono o combustible. Para su cría, en invierno se recurría a los pastos de las vegas del fondo de los valles y quebradas y, en verano, a los pastizales de altura, ubicados en o cerca de la puna. Los restos de numerosos corrales testimonian la importancia de esa actividad, que obligaba a los pastores a amplios desplazamientos estacionales. Cuando era posible, también se cazaba camélidos silvestres –guanaco y vicuña– y ciervo andino o *taruka.*

Aunque en menor escala y con una densidad de población más baja, similar patrón se manifestaba más al sur, en el centro-oeste del territorio de la actual provincia de La Rioja y en los valles precordilleranos y cordilleranos de la provincia de San Juan, donde vivían prósperas comunidades agropastorales de características semejantes, al parecer no desvinculadas en sus orígenes de las sociedades situadas más al norte, en los valles y quebradas catamarqueños. Hacia el año 1200, esa población se dedicaba fundamentalmente a prácticas agrícolas y

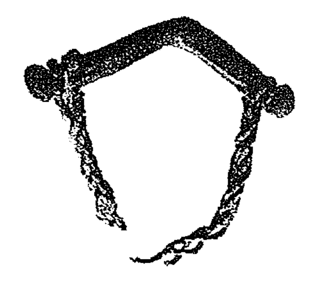
pastoriles intensivas, aunque sin abandonar la caza de guanacos y otros animales ni la recolección de los frutos de la algarroba y de huevos de ñandú.

Los circuitos puneños

El desarrollo de los centros puneños –Yavi Chico, La Rinconada, Agua Caliente de Rachaite–, establecidos en cuencas que eran verdaderos oasis entre los grandes despoblados desérticos, se había visto beneficiado durante la época de apogeo de Tiwanaku. En esos momentos, favorecidos por el poder político del centro altiplánico, los intercambios de los centros atacameños y del actual "norte" chileno se habían reorientado hacia el norte, esto es, hacia la Puna y el altiplano boliviano, en detrimento de los circuitos situados más al sur, la llamada "ruta del cebil", que atravesaba los valles y quebradas centrales.



Llama con su carga



Gancho u orqueta para sujetar la carga



Campanilla que se colocaba al animal guía

En el reordenamiento de los circuitos que siguió a la caída de Tiwanaku, los centros puneños debieron constituir verdaderos nudos en el sistema de intercambios, que desde allí se extendían, por un lado, hacia la puna de Atacama y los centros de los cursos medio y superior del río Loa –San Pedro de Atacama, Quitor, Lasana, Turi– y, por otro, hacia el sur del altiplano boliviano, la quebrada de Humahuaca y los valles templados del este. En el pucará de La Rinconada, con excelentes condiciones para la cría de llamas en los pastizales de la laguna y las aguadas cercanas, los arqueólogos hallaron una gran cantidad de ganchos y horquetas de madera, usados normalmente para sujetar la carga a los animales. En muchos otros sitios de la Puna y la quebrada, los corrales levantados en la periferia de los grandes asentamientos debieron servir, al menos en parte, para alojar las recuas de llamas en tránsito. Algunos edificios aislados en la parte alta de las quebradas pudieron ser utilizados como estaciones tanto por los pastores que se desplazaban estacionalmente como por las caravanas en tránsito.

Aunque afectado, el vasto sistema de intercambios controlado en su tiempo por Tiwanaku siguió funcionando, más allá de trastornos y reacomodamientos. Los centros del nordeste de la puna jujeña continuaron articulados, en lo económico y lo cultural, con las poblaciones del sur del altiplano boliviano, pero tenían también relaciones con la quebrada de Humahuaca y con aquellos centros situados más al oeste, sobre la misma Puna. Más al sur, las unidades sociopolíticas de las quebradas y valles mantenían contactos e intercambios con los pueblos de los valles orientales, cálidos y húmedos, con los oasis de la Puna y con el actual norte chileno, aunque en menor medida. Santa Rosa de Tastil, un gran centro en la quebrada del Toro, Salta, ocupó un lugar clave en esas redes de intercambio, pues desde su estratégica ubicación controlaba el camino que unía el valle de Lerma, más bajo y templado, con San Antonio de los Cobres, en la Puna. Además, mantenía relaciones con los grandes centros de Volcán y La Poma, situados en la quebrada de Humahuaca y el valle Calchaquí respectivamente.

Esos intercambios, basados en la circulación de caravanas, funcionaban desde mucho tiempo atrás y aseguraban el aprovisionamiento de recursos necesarios que provenían de distintos pisos ecológicos. Pero, al parecer, para esta época se encontraba ya en funcionamiento otro sistema de acceso a esos recursos. Este sistema, extendido en los Andes centrales y centromeridionales, es conocido con el nombre de "sistema

de control de un máximo de pisos ecológicos", y su funcionamiento, que perduró hasta después de la invasión europea, parece remontarse a la época de la expansión de Tiwanaku.

En efecto, se cree que las entidades mayores habían ocupado tierras en distintos pisos ecológicos, instalando allí colonos y asegurándose un control directo sobre la producción de esos territorios. Así, en la quebrada de Humahuaca, las comunidades de Tilcara y Volcán controlaban aldeas y extensos terrenos dedicados a la agricultura en las yungas o "tierras calientes" de la vertiente oriental de las sierras subandinas –valle de Zenta, valle Grande de Jujuy–, donde asentaron colonos dedicados a su explotación. Para su supervivencia, Santa Rosa de Tastil, que poseía importantes instalaciones agrícolas, debe haber contado con otras fuentes de aprovisionamiento en la Puna y los valles templados del este, pues es posible que la producción local haya sido insuficiente para mantener a su numerosa población. Más al sur, los habitantes del valle de Hualfín, actual Catamarca, tenían asentamientos en Antofagasta de la Sierra, en la Puna meridional, un área importante para la producción ganadera y, en especial, para la extracción de minerales.

El sistema sociopolítico

Las demandas de una población en aumento generaron competencia por el control del acceso a los territorios más aptos para el cultivo, el pastoreo y la recolección, situación que suscitó conflictos e inestabilidad pero que también debió haber forzado alianzas y acuerdos entre algunas entidades sociopolíticas para hacer frente a las comunidades más agresivas. Al mismo tiempo, tal situación afianzó la cohesión social dentro de esas unidades territoriales, acentuando las diferencias hereditarias, la tendencia hacia una mayor centralización política, el incremento de los conflictos armados, la formación de alianzas de poder y una articulación regional a través del tráfico a media y larga distancia.

La base del nuevo sistema político fue la constitución de grandes jefaturas que, en algunos casos, alcanzaron poder suficiente para controlar todo un valle e incluso más de uno. Esta situación se percibe en la jerarquía de los asentamientos, que incluían grandes centros, por lo general emplazamientos estratégicos (pucará), diversos establecimientos aglutinados más pequeños y unidades familiares dispersas en las cuales tenía lugar la producción agrícola y ganadera. El lugar de cada asentamiento en esa jerarquía determinaba sus dimensiones, la cantidad y calidad de las construcciones y defensas, y la importancia

de los espacios públicos y simbólicos, elementos que indicaban relaciones de dependencia y subordinación entre esos establecimientos. Así ocurría, por ejemplo, en la quebrada de Humahuaca, en el valle Calchaquí y en el de Santa María o Yocavil donde, a partir de la jerarquía de los asentamientos, los estudiosos han propuesto la existencia de distintas unidades sociopolíticas.

En la quebrada de Humahuaca existieron tres grandes entidades políticas. En la porción norte, la sede del poder parece haber estado repartida entre el pucará de Yacoraite y el gran conglomerado de Los Amarillos, ambos en la quebrada de Yocoraite. En la porción central, otra entidad política con centro en el pucará de Tilcara, el más conocido hoy, extendía su dominio por el sur hasta la quebrada de Purmamarca al menos. En la porción sur, una tercera entidad política parece haber tenido su centro en el pucará de Volcán, que, por su ubicación, controlaba la entrada a la quebrada desde el sur, articulando los intercambios entre las otras sociedades de la quebrada y aquellas más distantes, como las de Tastil, la Puna y el norte del valle Calchaquí. Al parecer, finalmente Tilcara alcanzó el predominio en la región de Humahuaca y tuvo gran influencia en las áreas aledañas.

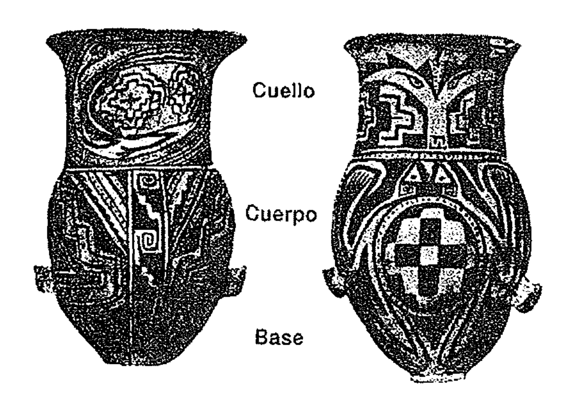
El valle Calchaquí constituía otro buen ejemplo de la complejidad social y política de esas comunidades. Los arqueólogos registraron la presencia de al menos once importantes núcleos de población, ya fueran pucarás o poblados bajos, situados en el fondo del valle, entre los que se destacan Fuerte Alto de La Poma, el pucará de Palermo, Payogasta, Cachi Adentro, La Paya, El Churcal, Molinos y Angastaco. El asentamiento más importante del valle Calchaquí parece haber sido el sitio arqueológico hoy conocido como La Paya, más tarde un centro administrativo del estado cuzqueño durante la dominación inca.

En el valle de Yocavil, hoy llamado Santa María, se conservaron restos de más de catorce grandes conglomerados con densas construcciones, como Tolombón, El Pichao, Quilmes, Fuerte Quemado y Rincón Chico, entre otros. Como el valle Calchaquí, el valle de Yocavil se dividía en varias jefaturas, cada una con sus cabeceras y una constelación de aldeas dependientes. Las poblaciones del valle se caracterizaron por un estilo cerámico particular que se extendió a algunas zonas vecinas. Al sudeste, en territorio catamarqueño, otra importante entidad tenía como eje el valle de Hualfín. Aunque compartían lengua y costumbres con los de Yocavil, en esta época las poblaciones de Hualfín se reconocen por un estilo cerámico particular conocido con el nombre de Belén. El pucará de Loma Negra de Azampay, que superaba en tamaño y

complejidad a otros centros de la zona, debe haber sido el centro hegemónico. La influencia de Hualfín se extendió hasta Andalgalá, al este, y Abaucán, al oeste –importantes zonas agropecuarias sobre las que debió existir cierta forma de control–, así como hasta Antofagasta de la Sierra, en la Puna.

La cerámica Santamariana

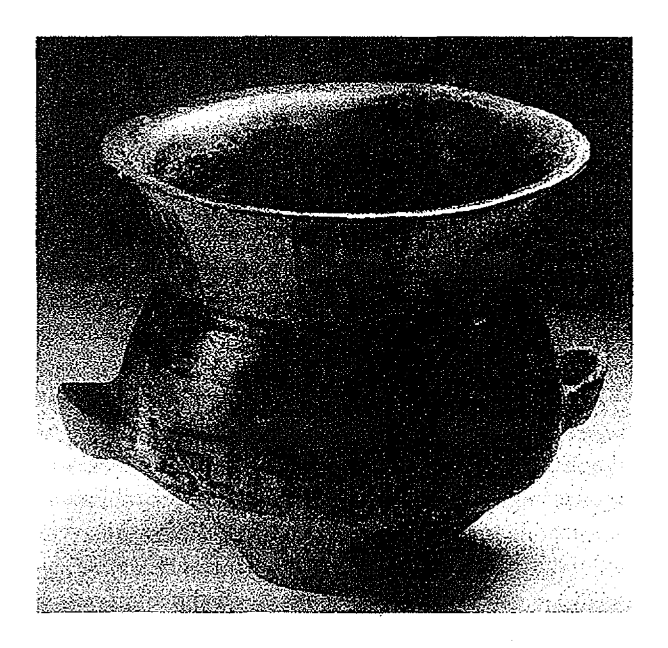
Fue en la cerámica donde el arte santamariano encontró su forma más completa y compleja de expresión. Esa cerámica, especialmente las urnas –como las que se muestran en la figura– y los cuencos o pucos, alcanzó, como señala la arqueóloga Miriam Tarragó, un grado muy alto de estandarización, tanto en sus formas como en su iconografía. Las grandes urnas, en las que predomina netamente la decoración en negro y rojo sobre un fondo blanco, se componen de tres partes: un cuello evertido, un cuerpo globular y una base tronco-cónica.



La decoración es compleja. En el cuello, nos señala Tarragó, aparece la representación de una cara antropomorfa que se desdobla hacia ambas caras de la vasija. El arco de las cejas, los ojos oblicuos y la boca podían ser aplicados en relieve o simplemente pintados. Lo mismo ocurre con los brazos que aparecen en el vientre o cuerpo de la vasija. El resto de la decoración combina líneas paralelas o angulares con motas negras, triángulos o rombos, escalonados con volutas y grecas con motivos figurativos. Entre los motivos zoomorfos se destacan el ñandú –suri– en actitud de correr, el sapo y la serpiente en forma de "S" con dos cabezas.

La cerámica Belén

La cerámica Belén, representativa del valle de Hualfín, se caracteriza por las urnas decoradas en negro sobre un fondo rojo, al igual que los cuencos que les servían de tapa. Las urnas, como la que se muestra en la figura, tienen los cuellos muy anchos y son de poca altura. Como en las santamarianas, el cuello, el cuerpo y la base forman tres paneles horizontales en los que se distribuyen los motivos decorativos.



En la base, la decoración consiste en líneas onduladas. En las otras dos partes, pueden desplegarse motivos geométricos, como triángulos, espirales, líneas escalonadas o dameros. En el registro central –cuerpo o vientre de la vasija– pueden también encontrarse distintas representaciones de la serpiente, o una cara con rasgos humanos y con los ojos, cejas y nariz en relieve. En general, el contorno de los motivos del registro central está remarcado por una gruesa línea incisa.

En los valles de La Rioja y San Juan, las comunidades de la época suelen asociarse a la cultura que los arqueólogos denominan *Angualasto* –nombre del sitio más importante ubicado en el valle del río Jáchal, en San Juan–, que parece haberse iniciado en el siglo XII de nuestra era y per-

duró hasta mediados del XV. Las comunidades de Angualasto alcanzaron cierta especialización pastoril y mantuvieron contactos e intercambios con las regiones vecinas, como el centro y norte del actual territorio chileno y el resto del noroeste argentino. Así lo muestran algunas piezas cerámicas, los textiles, la cestería, la metalurgia y algunos objetos de tipo suntuario. Sin embargo, si bien los restos hallados, especialmente en las tumbas, muestran algunas diferencias sociales, nada parece indicar aquí una jerarquización social bien definida. Al mismo tiempo, la ausencia de grandes asentamientos aglutinados y fortificados señala la falta de un control político centralizado. Las poblaciones de Angualasto son consideradas por algunos estudiosos como antepasados directos de los *capayanes*, que vivían en la zona en el momento de la invasión europea.

Más al sur, en el centro y norte de Mendoza, perduraron las condiciones que habían caracterizado la etapa anterior. Comunidades de agricultores aldeanos, identificadas con el nombre de Agrelo por los arqueólogos, que fabricaban una cerámica de color gris decorada con motivos geométricos realizados mediante incisiones, se extendían por los principales valles, donde perduraron hasta los siglos XIV o XV. En el otro extremo de las tierras andinas del territorio argentino, en las principales cuencas del norte de la Puna –San Juan Mayo, Pozuelos, Miraflores, Yavi–, se produjeron desarrollos similares a los de los grandes valles y quebradas, aunque de menor envergadura, seguramente debido a las limitaciones impuestas por las condiciones medioambientales: excepto las cuencas y algunos oasis, predominaban allí la aridez y un clima en extremo riguroso. El pucará de La Rinconada, que dominaba la cuenca de Pozuelos, instalado en una alta meseta de difícil acceso y provisto de defensas, controlaba además las rutas que atravesaban los despoblados puneños.

Sin embargo, las sociedades de la Puna tenían algunas características culturales distintivas, seguramente debidas a sus intensos contactos con las sociedades del altiplano del sur de la actual Bolivia, como las de Potosí y Lípez –aparecen construcciones del tipo *chullpa*, torreones de piedra con funciones ceremoniales y, al menos en algunas partes, funerarias–, o las del alto río Loa, en el actual Chile. En el caso de la llamada "cultura de Yavi", en el nordeste de la Puna jujeña, la situación iba más allá, pues en realidad los pueblos de Yavi formaban parte de una vasta entidad cultural que se extendía por el sur del altiplano boliviano.

Los agricultores aldeanos en las Sierras Centrales y la Mesopotamia santiagueña

Hacia el 1200, el modo de vida de las comunidades aldeanas de las Sierras Centrales, iniciado cerca de un milenio antes, estaba ya bien definido y perduró con pocas variantes hasta la llegada de los invasores europeos. Los pueblos a quienes éstos llamaron "comechingones", descriptos en los documentos del siglo XVI, representarían la continuidad de este modo de vida.

La vida económica de esas comunidades se asentaba en un modelo flexible que incluía actividades como el cultivo, la recolección y la caza, por medio de las cuales explotaban los recursos de distintos ambientes, tanto en los valles como en las "pampas" o prados de altura. Tal diversidad de actividades y recursos les permitía obtener una provisión constante de bienes y minimizar los riesgos. Los especialistas discuten aún si estas comunidades se dedicaban de manera regular a la cría de camélidos o si sólo accedían ocasionalmente, a través de intercambios con los pueblos del actual noroeste argentino, a ejemplares domesticados. El éxito de este modelo económico fue indudable. La población aumentó y las aldeas crecieron en cantidad, tamaño y complejidad, y se constituyeron en sitios estables de residencia, como ocurrió en Potrero de Garay, en Córdoba, que tenía numerosas viviendas y cierta planificación en su traza.

Las viviendas, que describieron los primeros europeos que visitaron la región, eran semisubterráneas: llamadas "casas pozo", tenían forma rectangular, podían alcanzar entre 30 y 40 metros cuadrados de superficie y estaban excavadas en el suelo a una profundidad de más de un metro; se entraba en ellas por una rampa y sólo el techo, construido de paja y sostenido por postes, sobresalía de la superficie del terreno. En un clima con amplia variación térmica, tales casas eran frescas cuando hacía calor y ofrecían una buena protección contra el frío. Las aldeas tenían además sectores destinados a almacenar alimentos, lugares usados como talleres y espacios para actividades cotidianas y para arrojar los residuos. Incluso algunas casas estaban protegidas por empalizadas de ramas y arbustos espinosos. Más allá de estos sitios de residencia permanente, la misma diversidad de actividades económicas exigió la disponibilidad de otros lugares de asentamiento temporario cuando algunos grupos salían a cazar, recolectar o buscar materias primas en sitios alejados de las aldeas. Tampoco faltaban viviendas dispersas en los campos de cultivo o cerca de ellos.

La tecnología avanzó en forma notable. La alfarería alcanzó mayor calidad pues mejoró la selección de las arcillas y la cocción de las piezas, y se desarrollaron técnicas decorativas más complejas. El trabajo del hueso, incluidas las puntas de flecha, llegó a una singular perfección, al igual que la tejeduría, sobre la que tenemos referencias indirectas; los documentos escritos más tardíos y las estatuillas modeladas en cerámica refieren a prendas de vestir, vinchas y gorros tejidos, y se encontraron "torteros", pequeñas piezas que servían como pesas en los husos de mano empleados para el hilado. Otro avance tecnológico importante fue la introducción del arco y la flecha, empleados tanto en la caza como en la guerra.

Sabemos que esos aldeanos mantenían relaciones de intercambio con otras poblaciones. En algunas tumbas se encontraron collares hechos con valvas de moluscos originarios del océano Atlántico, se consumían alucinógenos que provenían de los bosques situados en la vertiente oriental de los Andes y, según los escritos del siglo XVI, tenían objetos de metal –cuchillos y adornos– seguramente obtenidos de los pueblos andinos. También hay indicios de relaciones con los pueblos de la llanura pampeana, del litoral fluvial y de la llanura de Santiago del Estero.

Poco sabemos acerca de los modos de organización política de esas comunidades, excepto por algunas referencias tardías en la documentación del siglo XVI. En cambio, es posible acceder al universo de creencias e ideas de esas poblaciones a través del análisis de sus prácticas funerarias y sus manifestaciones estéticas. En general, los muertos eran enterrados directamente en la tierra debajo de los pisos de las viviendas, sin ofrendas o ajuar funerario ni algo que señalara externamente el lugar de la tumba. Sin embargo, se conocen algunos pocos casos en los que el cadáver estaba acompañado por algunos pocos bienes personales, como puntas de proyectil o collares de concha. Las manifestaciones estéticas eran otro modo de expresión del universo simbólico de esas poblaciones. Aunque realizadas desde una época muy antigua, fue en estos momentos cuando las pinturas rupestres alcanzaron su mayor extensión y desarrollo, pues se las encuentra en abrigos rocosos de todos los ambientes serranos. Parte de las pinturas de Cerro Colorado, en Córdoba, a las que nos referiremos en el capítulo siguiente, pertenecerían a este período.

Las poblaciones aldeanas establecidas en la porción occidental del actual territorio santiagueño compartieron un modo general de vida con aquellas que vivían en las sierras de Córdoba y San Luis y en la llanura inmediata, junto a algunos ríos. En efecto, entre las sociedades de la Mesopotamia santiagueña, formada por los ríos Salado y Dulce, el

modo de vida aldeano alcanzó hacia el año 1200 su plena madurez y, al igual que en las Sierras Centrales, perduró hasta la invasión europea. Sin embargo, pese a esa continuidad, pueden reconocerse importantes variaciones temporales y regionales debidas, sin duda, a la diversidad ambiental así como al tipo de relación con las regiones vecinas.

Uno de esos rasgos distintivos fue la peculiar forma de asentamiento que, vinculada a sus prácticas económicas, les permitió aprovechar los recursos disponibles en la región. Así, combinando actividades de caza, pesca, recolección y cultivo, los habitantes de esas aldeas eran capaces de explotar recursos muy variados en las tierras vecinas a sus asentamientos, ubicados cerca de los cursos de agua, lo que les evitaba trasladarse a sitios lejanos, como ocurría en las Sierras Centrales. De este modo, las aldeas se transformaron en asentamientos únicos y permanentes.

Las viviendas se distribuían sobre los albardones de los ríos –montículos algo elevados formados por la acumulación de los sedimentos depositados por las aguas durante las crecidas–, que las protegían de las inundaciones. El agua se acumulaba en las depresiones que se formaban entre los montículos, y cuando comenzaba a bajar, era posible pescar y cazar aves o mamíferos terrestres que acudían a beber en esos "bajos". Al retirarse totalmente el agua, el suelo húmedo era aprovechado para el cultivo de maíz, zapallos y, quizá, batatas. A veces, se realizaban canales y pequeñas represas para favorecer el llenado de esos bajos. Sin embargo, como los cursos de esos ríos de llanura solían cambiar periódicamente cada tanto las aldeas se veían forzadas a trasladarse a un nuevo lugar.

Los restos óseos recuperados en las aldeas muestran la gran variedad de fauna explotada que incluía numerosos peces de agua dulce, mamíferos terrestres, aves, reptiles y batracios. En pozos usados como fogones se hallaron también, junto a restos de animales, marlos de maíz carbonizados. Es muy probable también que los aldeanos recolectaran en los bosques cercanos los frutos del algarrobo, el chañar y el mistol, así como miel y cera de abejas.

Tampoco aquí se desarrolló una actividad pastoril importante, seguramente debido a que el clima era demasiado cálido para la cría de llamas. Las menciones de documentos tardíos y el hallazgo de torteros de cerámica revelan la importancia del tejido, pero es probable que estos pobladores obtuvieran lana de los grupos andinos con los cuales mantenían contactos. Además, fue muy importante el desarrollo de la cerámica, con piezas de muy buena calidad, y en la que se desarrollaron formas –vasijas, grandes urnas, platos o pucos, jarros, pero también torteros y estatuillas– y estilos característicos. Asimismo, se des-

taca la producción de instrumentos de hueso, como arpones, puntas, espátulas, punzones y agujas.

Los montículos o albardones también sirvieron para enterrar a los muertos, tanto niños como adultos, cuyos cuerpos eran en general colocados en grandes urnas. Se trataba de entierros secundarios, es decir, se dejaba descomponer el cuerpo antes de colocar los huesos en la urna. Las urnas ofrecían diferencias en la decoración: las había pintadas y lisas, cepilladas o con adornos en relieve. La presencia de ofrendas funerarias es excepcional, y las pocas conocidas son muy pobres, como caracoles o valvas de moluscos, algunas provenientes del Atlántico. Pese a ello, se piensa que las diferencias entre las urnas y su ubicación en algunos montículos podrían estar dando cuenta de algunas distinciones sociales –muy posiblemente basadas en el prestigio–, resultado de una mayor complejidad económica, social y política.

Los pueblos ribereños del litoral y la expansión de los guaraníes

Hacia el 1200 de nuestra era, ciertas poblaciones del litoral fluvial practicaban ya el cultivo, actividad documentada en algunas aldeas del actual territorio misionero al menos dos o tres siglos antes. Los investigadores coinciden en que las prácticas hortícolas fueron introducidas en la región desde territorios donde ya eran conocidas: muchos lo atribuyen a los guaraníes, que ya las utilizaban en sus tierras de origen en la cuenca amazónica; otros plantean que pudieron haberlo hecho pueblos ribereños del Paraná medio, que las conocieron a través de los cazadores-recolectores de la tradición Esperanza, con algunos contactos con las sierras subandinas, donde el cultivo era practicado desde hacía tiempo.

En general, en las tierras del litoral se utilizó el método de *roza*, también llamado "tala y quema", ampliamente difundido en regiones selváticas y boscosas. Consistía en talar partes del bosque, quemar la vegetación cortada para despejar el terreno, dejar que las cenizas enriquecieran los suelos, y luego sembrar. Entre los pueblos que practicaban el cultivo se encontraban ante todo los guaraníes, que formaban parte de la gran familia tupí-guaraní.

En efecto, los guaraníes eran los cultivadores más dinámicos. Se desplazaban en sus canoas a lo largo de los grandes ríos ocupando en especial los espacios con formaciones selváticas, aptas para la práctica de la agricultura de roza. Hacia el 1200, se encontraban asentados en varias partes del litoral fluvial, en cuyo extremo nordeste se habían establecido tiempo

atrás. Desde allí se habían extendido hacia el sur y el oeste por las costas del río Paraná, y remontaron luego las del río Paraguay hasta la altura de la actual ciudad de Asunción. En estas zonas se produjo la mayor concentración de población guaraní, mientras que, hacia el sur, la densidad de los asentamientos decrecía en forma gradual. Casi no los había en el Paraná medio, aunque se hallaron algunas de sus cerámicas típicas, en tanto que en el Uruguay medio e inferior se establecieron sobre todo en las islas. También habían comenzado a incursionar en el Delta del río Paraná, aunque su asentamiento aquí fue un poco más tardío.

Algunas antiguas poblaciones locales, cuya subsistencia se basaba en la caza, la recolección y la pesca, también habían incorporado el cultivo a su vida cotidiana. Sin embargo, en estos casos dicha práctica no modificó profundamente los modos de vida. Así ocurrió, en particular, con comunidades del actual territorio misionero –quizá descendientes de los antiguos pueblos Humaitá–, identificadas por los arqueólogos con el nombre de Taquara. Estas poblaciones conocían la alfarería desde hacía bastante tiempo, y se extendían por las tierras vecinas del actual Brasil; sus inicios parecen remontarse a los comienzos de la era cristiana, aunque su mayor expansión se produjo después del año 1000 d. C., cuando un clima más húmedo volvió a imperar en la región. Las poblaciones Taquara aprovecharon recursos de medioambientes costeros y del interior, donde a fines del verano practicaban una intensa recolección de piñones en los bosques de araucarias.

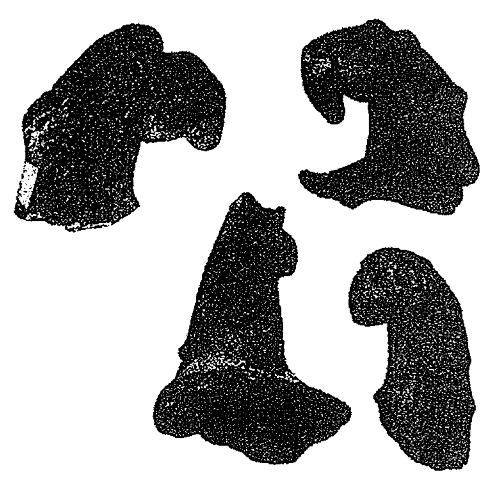
Similar situación se dio entre las poblaciones ribereñas ubicadas a lo largo del Paraná medio e inferior, a las que los arqueólogos asocian con la cultura Goya-Malabrigo, que también fabricaban alfarería y cuya presencia en la zona se remontaba a comienzos del primer milenio de nuestra era. Estos grupos alcanzaron su mayor expansión después del año 1000, y vivieron hasta el momento de la invasión europea, cuando fueron descriptos por los primeros exploradores y conquistadores del territorio. Los restos de sus campamentos, que variaban mucho en tamaño, se extienden, dispersos, por las costas del Paraná medio y sus principales afluentes hasta el Delta, por las costas del río Uruguay al sur de Salto Grande e, incluso, en ambas costas del Río de la Plata.

Algunos campamentos de Goya-Malabrigo, pequeños y con pocos restos, parecen indicar ocupaciones breves; otros, por el contrario, eran sitios extensos ocupados en forma reiterada; finalmente, existen otros que deben haber servido para actividades específicas, como el entierro de los muertos vinculado a rituales complejos. La ubicación de los campamentos, casi siempre en elevaciones cercanas a lagunas y esteros, da

cuenta del carácter ribereño de esas poblaciones, que empleaban canoas para sus desplazamientos, generalmente relacionados con las crecientes o bajantes de los ríos y con los movimientos de la fauna.

Las cerámicas de Goya-Malabrigo

Las poblaciones vinculadas a la tradición Goya-Malabrigo, que se expandieron por el Paraná medio e inferior, eran notables ceramistas. Los principales productos de esa actividad eran platos y fuentes de forma semiesférica, y ollas y cántaros de forma globular. A esas piezas aplicaban distintos tipos de asas. La decoración podía ser pintada –líneas de color rojo– o incisa, formando guardas con motivos geométricos simples o complejos. También recurrían a la impresión de uñas y al puntillado para dar textura a las superficies.



Otro rasgo característico fue el agregado, en los bordes de las piezas, de cabezas de animales modeladas o recortadas en arcilla. En general representaban cabezas de loro, como las que muestra la ilustración, aunque podía haber otras aves –lechuzas y diversos pájaros–, algunos mamíferos –nutrias, monos, felinos y murciélagos, entre otros– e, incluso, cabezas humanas. Las piezas cerámicas conocidas con el nombre de "campanas" son muy interesantes, aunque no se conoce su función. Su cuerpo, de forma cilíndrica o troncocónica, estaba abierto en ambos extremos y llevaba en su parte superior un apéndice modelado en forma de cabeza de loro.

Para la pesca, estos pueblos usaban anzuelos de hueso, redes y arpones, en tanto para cazar empleaban arcos y flechas con punta de hueso –ocasionalmente parecen haber utilizado la boleadora–. Además de trabajar hábilmente la piedra y el hueso, utilizaban valvas de moluscos para hacer cuentas de collares y eran excelentes ceramistas que elaboraban piezas de distintas formas y tamaños sobre las cuales aplicaban una rica decoración, tanto pintada como incisa y modelada.

Los cazadores-recolectores pampeanos

Para este momento, el proceso iniciado a comienzos del Holoceno tardío se había extendido y profundizado en las pampas, en tanto se completaba la ocupación de las tierras bajas del nordeste bonaerense. En los distintos medioambientes, los cazadores-recolectores habían diversificado sus fuentes de aprovisionamiento tratando de aprovechar la mayor variedad de recursos posibles, y habían intensificado su explotación mediante el desarrollo de tecnologías adecuadas, como ocurrió, por ejemplo, entre los grupos de las tierras bajas del nordeste bonaerense.

Esa intensificación alcanzó a los contactos que los grupos mantenían con otras comunidades, que se hicieron más amplios e intensos, incluyendo no sólo recursos básicos y materias primas escasas, sino también objetos y materiales suntuarios de un alto valor simbólico. El desarrollo de esos circuitos de intercambio –algunos de ellos muy antiguos– y de la movilidad de personas que implicaban debieron haber significado contactos periódicos más o menos regulares con otras comunidades. Además, los hallazgos hacen suponer que en algunos casos existieron contactos con grupos más lejanos, fuera de la región pampeana, y que, con el tiempo, esas redes se fueron volviendo más extensas y complejas. Hallazgos en sitios de la cuenca inferior del río Salado, en Buenos Aires, y en Tapera Moreira, en la cuenca del río Curacó, en La Pampa, documentan el funcionamiento de estos circuitos hace unos 800 años.

En la cuenca inferior del río Salado, la ausencia de piedras adecuadas para la fabricación de artefactos obligó al empleo de materias primas que provenían principalmente de afloramientos en las sierras del sistema de Tandilia y, en menor medida, del de Ventania. Otros restos, aunque escasos, apuntan a contactos extrarregionales, como algunos fragmentos que podrían provenir de lugares situados a no menos de 800 kilómetros, y que pertenecen a objetos de uso suntuario.

Los hallazgos de Tapera Moreira señalan también contactos extrarregionales que ubican a este sitio como el núcleo de una vasta red que alcanzaba a la Patagonia septentrional –con esta región los contactos eran antiguos–, las Sierras Centrales y el valle central chileno. Los materiales más llamativos son fragmentos de una alfarería pintada, muy diferente de los de la pampa y regiones vecinas, pero con sorprendentes similitudes con la cerámica del complejo El Vergel-Valdivia, que se desarrolló para esa misma época al oeste de la cordillera andina.

Los cazadores-recolectores de la Patagonia

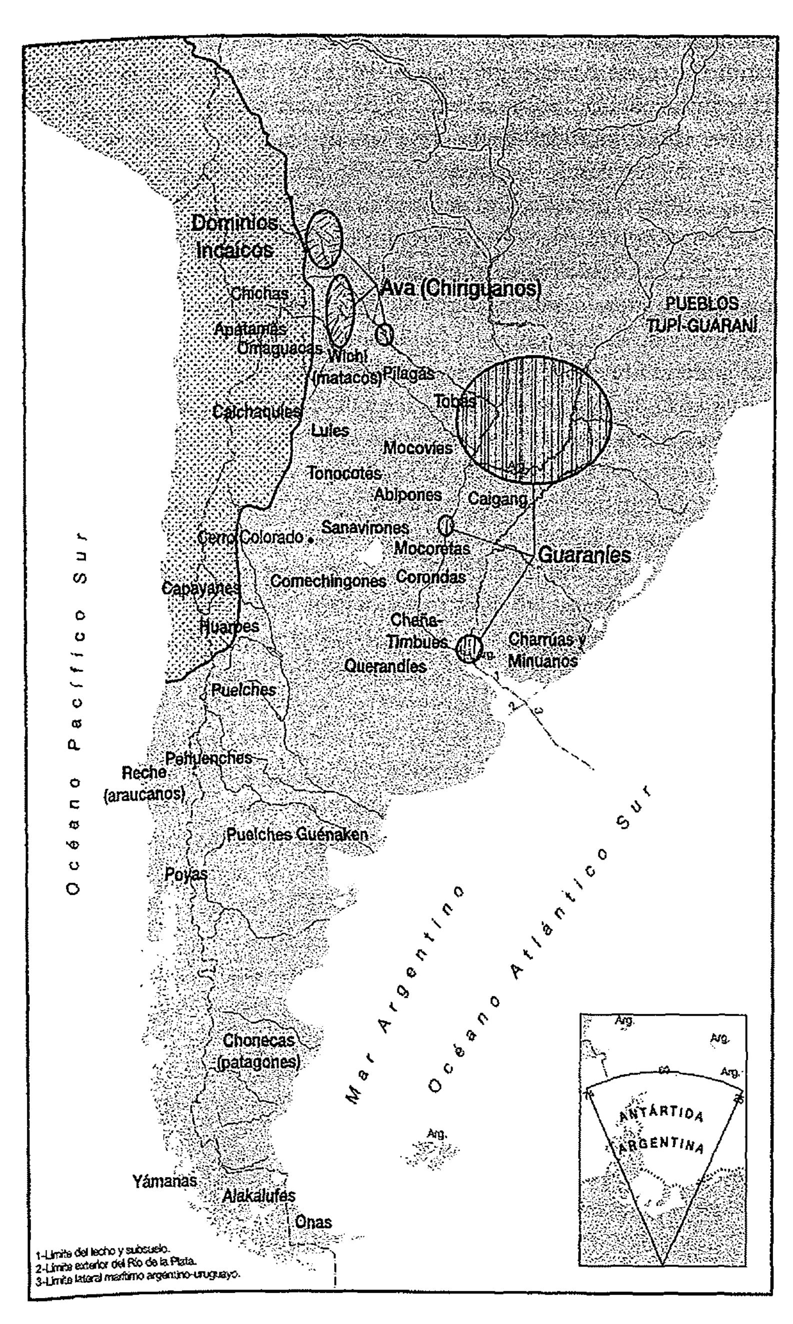
Hace ocho siglos, en el territorio patagónico continuaban los procesos iniciados a comienzos del Holoceno tardío. Para entonces, al parecer, los grupos humanos se habían expandido a todo el territorio, pues los arqueólogos han encontrado restos de ocupaciones en casi todas las zonas de la región: las costas continentales, la gran meseta central, las franjas cordillerana y precordillerana, las costas del estrecho, los canales fueguinos. Esa extensión de las ocupaciones y la proliferación de sitios fueron vinculadas por algunos investigadores a un incremento muy importante de la población que sería el resultado de una tecnología y de un modo de vida exitosos y adecuados a los recursos de la región. La introducción del arco y la flecha habría sido importante para una provechosa intensificación de las actividades de caza.

Sin embargo, otros especialistas piensan que es posible que no todos esos sitios hayan sido ocupados al mismo tiempo ni en forma continuada. Debido a las necesidades de movilidad derivadas de la disponibilidad estacional de algunos recursos –como la caza–, o de la localización limitada de otros –como algunas materias primas–, una parte de los sitios representaría ocupaciones temporarias o estacionales, en tanto que otros sólo eran visitados ocasionalmente por las bandas a lo largo de sus desplazamientos. Además, durante el Holoceno tardío se produjeron importantes fluctuaciones climáticas –temperaturas, humedad– que en el corto plazo deben haber influido en las condiciones locales: lugares en un momento favorables para la ocupación humana pueden haber dejado de serlo, obligando a los grupos a desplazarse y asentarse en otros sitios.

Estos datos relativizan la idea de un aumento general de la población; la proliferación de sitios sería más bien el resultado de continuos desplazamientos. Estos procesos de rápida e intensa movilidad también

podrían estar vinculados a la intensificación de las relaciones entre los distintos grupos de la región que, al parecer, venía produciéndose desde inicios del Holoceno. Hacia el 1200, esas relaciones eran también intensas con comunidades situadas fuera del ámbito patagónico, como los grupos costeros de Tierra del Fuego e islas vecinas, del actual valle central chileno, de la llanura pampeana y de las Sierras Centrales.

Ese largo proceso de contactos e intercambios entre los distintos grupos regionales debió haber impulsado la circulación de conocimientos, conceptos e ideas comunes. Así, con el tiempo se fue extendiendo un modo de vida común entre las poblaciones de la región. Ese modo de vida general fue el que observaron y describieron los primeros viajeros que visitaron la zona en el siglo XVI, quienes dieron a sus pobladores el nombre genérico de "patagones", hoy reemplazado por el nombre, también genérico, de "tehuelches". Sin embargo, ese modo de vida generalizado no ocultaba diferencias regionales entre los grupos, las cuales se evidenciaban en la conservación de variedades dialectales así como en los sistemas simbólicos de expresión –especialmente en el arte rupestre– y en el reconocimiento de los territorios propios de cada grupo.



El mundo indígena al comenzar el siglo XVI

7. Hace unos 500 años... (ca. 1500)

El mundo indígena en las vísperas de la invasión europea

Quinientos años atrás, hacia el 1500, hombres de piel clara y costumbres diferentes comenzaban a explorar en extrañas naves las islas del Caribe y las costas vecinas. En las tierras meridionales de América del Sur, la presencia de los invasores se hizo sentir unas décadas después. Ellos dejaron los primeros testimonios escritos sobre la región, esenciales para reconstruir la historia y la cultura de los pueblos originarios en los momentos inmediatamente anteriores. Para entonces, finales del siglo XV, continuaban en los territorios meridionales los procesos iniciados siglos antes. Sin embargo, tuvieron lugar algunos hechos de particular importancia en la vida de los pueblos originarios en esas regiones.

Hacia el año 1500, el proceso más significativo en los Andes meridionales era la presencia de los incas, que habían conquistado la zona pocas décadas antes. Al mismo tiempo, hacia el este, el movimiento de los pueblos *tupí-guaraní* se había extendido por el sur hasta el Río de la Plata, en tanto otros grupos avanzaban hacia el oeste a lo largo de los ríos y atacaban a las poblaciones del oriente andino e incluso a aquellas ubicadas en las mismas fronteras del imperio incaico. En el sur, en las llanuras y en la meseta patagónica, la vida de cazadores y recolectores presentaba una mayor complejidad. Las redes de intercambio que desde tiempos remotos vinculaban a poblaciones de diferentes regiones se habían vuelto más amplias y complejas y alcanzaron regiones muy distantes.

Los pueblos del actual noroeste argentino y la conquista incaica

En las últimas décadas del siglo XV, los ejércitos incaicos irrumpieron en las tierras surandinas que hoy forman el noroeste de la Argentina y en pocos años las fueron incorporando a su poderoso imperio. Este

hecho marcó profundamente el desarrollo posterior de los pueblos de la región. Para entonces, esas poblaciones habían alcanzado su más alta densidad, el mayor desarrollo de su economía, grandes logros tecnológicos y complejas formas de organización política y social. Esta región comprende varias subregiones con condiciones geoecológicas muy distintas, entre las que se destacan la Puna, los valles y quebradas y las yungas o valles húmedos del oriente. Las diferencias de suelo y clima habían obligado a sus pobladores a desarrollar formas específicas de adaptación que la conquista incaica no borró.

Un extenso, complejo y muy antiguo sistema de intercambios vinculaba a las distintas subregiones y daba lugar a una activa circulación de bienes. Estos intercambios se extendían aún más allá, formando un vasto circuito que incluía territorios vecinos, como los oasis del desierto de Atacama y la costa del Pacífico, la llanura chaqueña y el sur de la actual Bolivia.

Aunque los conquistadores incas difundieron el uso de su lengua, el quechua, transformado en lengua franca, el uso de lenguas locales no se perdió y se mantuvo hasta bien avanzada la época colonial. Precisamente gracias a la documentación de esta época podemos esbozar una síntesis del panorama lingüístico de la región. En la mayor parte de los valles y quebradas de las actuales provincias de Salta, Catamarca y La Rioja, se hablaban varios dialectos de una lengua denominada *cacán* o *diaguita,* nombre también aplicado, por extensión, a toda su población. Era utilizada por varias comunidades, como *pulares, cafayates, famatinas, tolombones, quilmes* y *hualfines,* y se piensa que también los *capayanes,* en la actual provincia de San Juan, poseían una lengua vinculada al *cacán.* Las lenguas *cacanas* permanecieron en uso al menos hasta la segunda mitad del siglo XVII y desaparecieron luego de que la última gran rebelión de los pueblos calchaquíes fue sofocada.

Al norte, en la Puna, los pueblos conocidos como *atacamas* hablaban la lengua *kunza,* tal vez emparentada con el cacán. En la vecina quebrada de Humahuaca y zonas aledañas, los *omaguacas* utilizaban una lengua que no conocemos pero que, al parecer, estaba emparentada con el kunza. Es posible que se entendiera y se hablara el *aymara,* lengua de los pueblos del altiplano boliviano, y el quechua. Al sur, hacia la cordillera, entre los ríos Zanjón y Diamante en las actuales provincias de San Juan y Mendoza, habitaban distintos grupos denominados genéricamente *huarpes* por los españoles. Entre ellos había diferencias económicas –pescadores y recolectores en la laguna de Guanacache, horticultores más al oeste– y lingüísticas –*aillentiac* al norte, *millcayac* al sur–.

Sobre esa compleja realidad económica, sociopolítica y cultural se implantó la dominación incaica, que se extendió a lo largo de medio siglo, hasta la caída del imperio cuzqueño frente a los españoles, en la década de 1530. La conquista incaica importó sus propios modelos económicos, introdujo nuevas formas de organización política y social e impuso pautas culturales y religiosas. Estos cambios tenían como finalidad asegurar a la elite cuzqueña el aprovechamiento de los recursos económicos regionales, facilitar el control de los territorios y prevenir y neutralizar posibles resistencias o rebeliones. Ese imperio conquistador era conocido con el nombre de *Tawantinsuyu*, término quechua que significaba literalmente "los cuatro *suyus* [o partes]", en referencia a las cuatro grandes partes o regiones –los suyus– en las que se dividía el imperio.

El Tawantinsuyu

A fines del siglo XIV, los incas conformaban un pequeño señorío en el rico valle del Cuzco, donde se habían establecido algunos siglos atrás. En lucha con señoríos vecinos por el control de tierras y agua, algunos emprendimientos exitosos les permitieron afirmar su posición y extender sus dominios en la región. El triunfo sobre los *chancas*, episodio de carácter legendario que puede haber tenido lugar hacia el año 1430, fue el momento fundamental en su historia: el vencedor, Pachacuti –soberano heroico y no menos legendario–, legitimó con él su poder y su derecho a expropiar a los vencidos.

El Cuzco se convirtió en el centro de un estado conquistador y, en pocas décadas, los incas construyeron un extenso imperio mediante una hábil política de guerras, presiones, amenazas y alianzas. A fines del siglo XV, ese imperio se extendía a lo largo de los Andes desde el sur de la actual Colombia, al norte, hasta el centro de Chile, al sur, incluyendo los territorios del oeste de Ecuador, Perú y Bolivia, el norte y centro de Chile y el noroeste argentino. Su extensión, su compleja organización político-administrativa y sus fabulosas riquezas asombraron a sus conquistadores europeos.

Las conquistas permitieron a los incas controlar vastos territorios y movilizar contingentes de mano de obra en una dimensión nunca antes alcanzada. De ese modo, dispusieron de la energía humana necesaria para emprender vastos proyectos constructivos, aplicados tanto a la agricultura, en especial del maíz, como al servicio del gobierno, la ad-

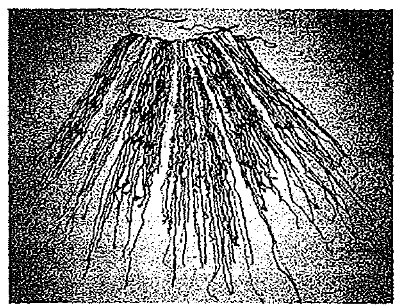
ministración del imperio y el magnífico sistema de caminos. El llamado "Camino del Inca", o *capacñam*, con sus puentes que permitían sortear quebradas profundas y ríos caudalosos, y sus paradores o posadas –*tambos*– para albergar y aprovisionar a los viajeros, tenía gran importancia política y económica pues permitía el rápido desplazamiento de mensajeros y tropas, así cómo la circulación de bienes. Los incas también construyeron grandes depósitos provinciales donde se acumulaban los excedentes de producción, principalmente alimentos y tejidos, que servían para sostener los ejércitos y la administración regional.

La conquista de vastos territorios, el control sobre una numerosa población y el monopolio de los recursos básicos –tierras, ganados, metales preciosos– constituyeron la base de sustentación del imperio, que permitió a la elite que lo regía apropiarse de los excedentes producidos por la población y redistribuirlos conforme a los intereses del estado. Esa apropiación se efectuaba a través de un sistema de prestaciones o servicios que las comunidades debían al Inca, pues, en tanto conquistadores e "hijos del Sol", los incas se proclamaban propietarios de las tierras, los rebaños y los recursos mineros. De ese modo, comunidades y grupos étnicos sometidos, anteriores propietarios de esos recursos, pasaban a convertirse en usufructuarios de ellos por un acto de generosidad del Inca quien, como prestación recíproca, exigía la realización por turnos de distintos trabajos o *mitas*, como el cultivo de tierras y el cuidado de rebaños, así como esquilar, hilar y tejer, trabajar en las grandes obras y contribuir a su conservación y mantenimiento o participar en el ejército.

El quipu y los sistemas andinos de registro

Un elemento clave de la organización administrativa incaica fue un implemento de cuerdas anudadas llamado "quipu" –que en quechua significa nudo–, donde se asentaban datos de población, contabilidad tributaria y otras cifras, aunque también servían para conservar narraciones históricas, genealogías, poemas y canciones. No constituía una escritura fonética que pudiera ser leída ni un instrumento para cálculos numéricos, sino un sistema de notación tridimensional formado por un conjunto de señales –visuales o táctiles– que servían a su autor para registrar y luego recordar distintos tipos de información. La ilustración muestra un quipu conservado y el dibujo de un quipucamayoc realizado por Huamán Poma de Ayala.





"[...] son ramales grandes de cuerdas anudadas –nos informa el cronista Pedro Cieza de León–, y los que de esto eran contadores y entendían el guarismo de estos nudos daban por ellos razón de los gastos que se habían hecho o de otras cosas que hubiesen pasado de muchos años atrás; y en estos nudos contaban de uno hasta diez y de diez hasta cien y de cien hasta mil; y en uno de estos ramales está la cuenta de lo uno y en otro lo del otro, de tal manera esto que para nosotros es una cuenta donosa y ciega y para ellos singular. En cada cabeza de provincia había contadores a quien[es] llamaban quipuscamayos [...]."

Los productos obtenidos servían para mantener al Inca y a los linajes nobles, al ejército, a los funcionarios y la administración, a los templos y al culto, o para sostener el sistema de reciprocidad –por ejemplo, alimentar a los trabajadores durante las mitas–. Este mecanismo

redistributivo requería una gran infraestructura –caminos, depósitos, funcionarios que supervisaran el sistema y llevaran el registro de lo que se producía y se usaba, etc.–, que los incas crearon a partir de viejas prácticas andinas. Tal sistema supuso una cuidadosa organización administrativa con medios adecuados de registro de la información.

Un modelo particular, conocido como "control vertical de un máximo de pisos ecológicos", caracterizó el funcionamiento de la economía incaica. La gran variabilidad ecológica del mundo andino, fundamentalmente con respecto a la altura, impulsó a las comunidades, en especial a las serranas, a disponer de tierras en distintos pisos ecológicos –valles costeros, altos valles andinos, punas, valles cálidos y bajos del oriente andino– para así tener acceso a una variedad de productos. Las tierras de cada comunidad o grupo étnico se extendían de manera discontinua, como enclaves o islotes, a través de los distintos paisajes andinos, a modo de verdaderos archipiélagos. Colonos provenientes del núcleo central, los *mitmaq*, se asentaban en esos islotes para asegurar la producción de los recursos necesarios, aunque mantenían sus viviendas y familias en su lugar de origen.

Los incas utilizaron esta tradición andina para desplazar, en calidad de *mitmaq*, a grandes grupos humanos a regiones lejanas del imperio, ya fuera por motivos económicos, para explotar recursos importantes, o por motivaciones políticas, es decir, para asegurar territorios de frontera o controlar a pueblos rebeldes. En numerosas ocasiones, estos *mitmaq* desplazados a sitios lejanos no retornaban a su núcleo original, lo cual producía una ruptura con los lazos reales que los unían a su comunidad, que perdía así a parte de sus miembros. A su vez, al perder estos lazos, los campesinos afectados se veían privados de las ventajas de la reciprocidad, esto es, de obtener ayuda y apoyo a sus familiares y parientes, únicos capaces de otorgárselos.

El principio de reciprocidad se aplicaba también a las relaciones entre los grandes señores étnicos y el Inca. Cuando una región era incorporada al imperio, el Inca acostumbraba colmar de regalos valiosos a los señores o *curacas* locales –excepto a los más rebeldes, que eran ejecutados–, costumbre que se repetía en forma periódica. De ese modo, los señores quedaban obligados a servir al Inca, lo cual los colocaba en una difícil situación: por un lado, representaban a la comunidad o al grupo étnico; por otro, se transformaban de hecho en agentes del imperio, responsables del cumplimiento de las obligaciones o mitas requeridas por el estado.

La dominación incaica en los territorios meridionales

Salvo las yungas, las regiones meridionales de los Andes formaban parte del *Tawantinsuyu*, que las había conquistado hacia el año 1480, extendiendo su dominio hasta la actual Mendoza y los territorios centrales de Chile. La cronología y el desarrollo de los hechos no son claros; esa conquista se atribuye a Topa Inca Yupanqui, hijo y sucesor de Pachacuti, el legendario fundador del imperio. Según la tradición, las fuerzan incas avanzaron en el sur hasta el río Maule, en el actual territorio chileno, donde fueron detenidas por la resistencia de la población local y se vieron forzadas a retroceder.

El noroeste argentino fue dividido por los incas en cuatro provincias: la de Humahuaca, con su centro administrativo en el pucará de Tilcara; la de Chicoana, en el alto valle Calchaquí, con La Paya como centro; la de Quire Quire, en el sur del valle Calchaquí, controlada desde Tolombón; y otra, en el extremo sur, con centro en Tambería del Inca en Chilecito (actual La Rioja). Al occidente de los Andes, existieron al menos dos grandes provincias, la de Atacama, al norte, y la de Copiapó, al sur. La expansión incaica debió aprovechar la experiencia anterior de Tiwanaku; asimismo, existía una larga tradición andina compartida en cuanto a formas institucionales básicas de organización económico-social. Los restos del *capacñam*, Camino del Inca, sin duda la huella más paradigmática del *Tawantinsuyu* en el territorio, revelan un sistema de dominación que articulaba distintos territorios, economías y sistemas políticos. Es probable que en los Andes del sur la construcción del *capacñam* respetara la traza de antiguas rutas caravaneras regionales o las trazas de Tiwanaku.

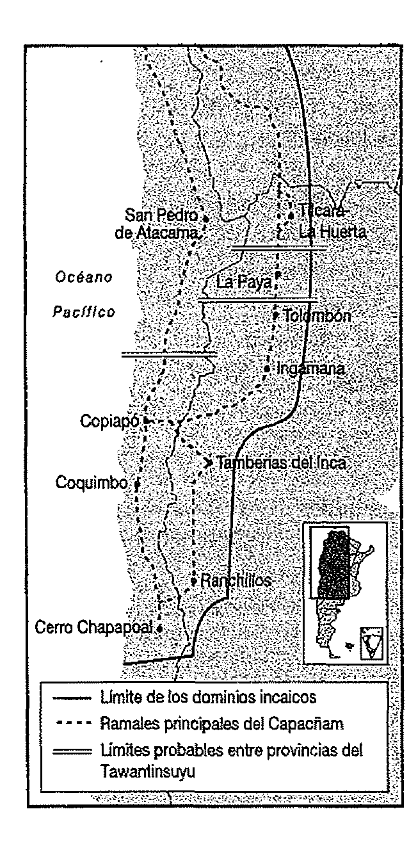
La mayoría de los asentamientos incaicos estaban situados en las proximidades del *capacñam* y se identificaban, según su función, como *tambos*, pucarás, centros administrativos y depósitos (*collcas*). En ellos pueden reconocerse algunos rasgos característicos de la arquitectura cuzqueña, como la *cancha* –gran espacio o patio cuadrangular delimitado por un muro alto de piedra o adobe, con cuartos rectangulares en su interior–, las paredes de piedras canteadas con nichos y puertas trapezoidales, o los *callanca*, recintos rectangulares de hasta 30 metros de largo, sin subdivisiones internas y con altos techos a dos aguas sostenidos por postes de madera.

Gran parte de los centros administrativos incaicos fueron construidos sobre poblados de las etnias locales, remodelando algunos sectores, como ocurrió, por ejemplo, en Tilcara o La Huerta en la quebrada de Huma-



El Camino del Inca en los Andes meridionales

En el actual territorio argentino, el *capacñam*, con una extensión de más de 2000 kilómetros, tenía una vía troncal de norte a sur que cruzaba la Puna jujeña, descendía a los valles calchaquíes, se dirigía al sur por el oeste de la actual Catamarca y continuaba luego a través de La Rioja, San Juan y Mendoza.



Al sur del Aconcagua, torcía al oeste para cruzar la cordillera hacia Chile. En su trayecto, varios caminos se desprendían hacia el oeste para internarse en el actual territorio chileno. El más importante de ellos era el que se dirigía hacia Copiapó y el litoral del Pacífico.

Estos caminos se unían al *capacñam* que, penetrando por el desierto de Atacama, atravesaba longitudinalmente el territorio de Chile hasta el valle del Aconcagua.

huaca, en La Paya en el valle Calchaquí, en Fuerte Quemado en el valle de Santa María y en el pucará de Turi en la cuenca del río Loa, en Chile. En La Paya –probablemente la Chicoana de las fuentes coloniales– se construyó un edificio de piedras canteadas rojas –la Casa Morada– y silos adjuntos cuya impronta cuzqueña los diferencia de la arquitectura local.

Representativos de la presencia incaica fueron los santuarios situados en las cumbres más altas de los Andes, muchos localizados a más de 5000 metros de altura. En ellos, junto al sacrificio de jóvenes de ambos sexos, los incas ofrendaban pequeñas figurillas de animales o personas hechas de plata o concha de *Spondylus pictorum* recortada, tejidos y plumas. Estos santuarios estaban relacionados con el culto a las montañas –consideradas lugar de origen de los linajes y grupos étnicos y, por ende, vinculadas al culto de los antepasados– así como con los cultos a la naturaleza, especialmente al agua, pues los glaciares de las altas montañas eran las principales fuentes de los ríos. Los incas dieron gran importancia a estos cultos y relacionaron con ellos a *Inti*, la divinidad solar. Se destacan aquellos santuarios construidos sobre los volcanes Socompa y Llullayllaco, los nevados de Acay y Chañí y los cerros del Toro, Mercedario y Aconcagua; en suelo trasandino merecen mencionarse los del volcán Copiapó y los cerros Doña Ana, Las Tórtolas y El Plomo.

Los incas buscaban asegurarse el acceso a los ricos recursos de la región, en especial los mineros –había abundantes minerales y la población tenía una larga tradición metalúrgica–, pero también los agrícolas y artesanales, como tejidos y cerámicas. La presencia incaica era muy fuerte en las zonas de alto potencial agrícola, donde introdujeron técnicas más complejas de agricultura, en especial en los sistemas de riego, como en los valles del norte chileno vecinos a Arica o en el valle Calchaquí en el noroeste argentino. Así, se alentó la cría de auquénidos –llamas y alpacas– para la obtención de lana, y la actividad alfarera, en la que casi todos los estilos locales incorporaron formas y diseños incaicos. Algunas formas cuzqueñas, como los aríbalos –gran cántaro con cuello en forma de bocina y base terminada en punta– y los platos con un asa modelada en forma de una cabeza de ave –platos "pato"–, incorporaron con frecuencia motivos decorativos locales.

Muchos ramales del *capacñam* estaban relacionados con el acceso a distritos de ricos recursos minerales. En el actual noroeste argentino, pueden mencionarse Capillitas en Catamarca, Famatina en La Rioja y Angualasto en San Juan; en el actual norte chileno, la zona de El Salvador y Chuquicamata. Otros sitios parecen haberse especializado en la elaboración de los metales, como el centro metalúrgico de Viña del Ce-

rro, en el interior del valle de Copiapó, donde el mineral era fundido a altas temperaturas usando hornos abiertos –o *huairas*–, batido y purificado en crisoles y finalmente vaciado en moldes.

La conquista incaica incidió en la organización social y política pues implicó la imposición de sistemas de trabajo obligatorio (*mita*) a los pueblos sometidos. Para ello fue necesario implementar mecanismos de control político y administrativo con la presencia de autoridades con un poder sin precedentes, fueran funcionarios cuzqueños o autoridades locales vinculadas a los conquistadores, pues fue característico de la dominación incaica comprometer a las autoridades locales por medio de regalos y de privilegios para que actuaran como verdaderos agentes imperiales. Esta situación debe haber profundizado las distinciones económicas y jerárquicas entre los individuos y los distintos segmentos de la sociedad.

Aun sin borrar las diferencias entre los grupos, la conquista incaica contribuyó a dar cierta uniformidad cultural al noroeste argentino. La férrea dominación política y la imposición de mecanismos de control estatal, desconocidos en la región, tendieron a homogeneizar a las poblaciones conquistadas. Se difundió el uso del quechua, empleado como lengua franca –lo que luego resultó muy útil para los conquistadores españoles–; se ampliaron las vías de comunicación, especialmente los caminos, favoreciendo el desplazamiento de personas –mensajeros, funcionarios– y de grupos –ejércitos, *mitmaq*–; se extendió el urbanismo y el uso del metal y se introdujeron en todas partes técnicas agrícolas semejantes. Además, se impusieron usos incaicos, desde el quipu y algunos tipos y elementos estilísticos en la cerámica y la arquitectura hasta prácticas y rituales religiosos que se superpusieron a las creencias locales.

La política incaica de trasplantar pueblos –*mitmaq*– provocó movimientos de población que acentuaron la amalgama cultural al quebrar los localismos regionales. Así, en la conquista de los territorios meridionales participaron pueblos del actual altiplano boliviano; a tierras trasandinas fueron trasladados grupos del actual noroeste argentino; en la conquista de la región central trasandina participó gente de los valles transversales que, al parecer, también actuó en la región cuyana. Estos movimientos de pueblos se evidenciaron en la expansión de tipos cerámicos característicos y en la aparición de cerámicas que combinan elementos locales con otros foráneos.

Empero, no faltaron resistencias y rebeliones, que parecen haber sido significativas en los valles calchaquíes. Además, las fronteras del imperio eran altamente conflictivas: al sur, en el río Maule, las pobla-

ciones locales –los *reche*– detuvieron el avance inca y constituyeron una permanente amenaza; lo mismo ocurrió en el oriente, una frontera convulsionada por los ataques de *chiriguanos* en el norte y *juríes* más al sur. Por otra parte, la dominación incaica, demasiado breve, no borró totalmente las diferencias entre las distintas zonas ni las viejas rivalidades étnicas. Esas diferencias subsistieron y pudieron ser reconocidas años después, cuando los conquistadores españoles recorrieron la región.

La periferia andina: las tierras calientes del oriente y las Sierras Centrales

La frontera oriental de las tierras conquistadas por los incas presentó numerosos conflictos debido a la acción de distintas comunidades de origen chaqueño y amazónico que, desplazándose hacia el oeste, atacaron y sometieron a poblaciones allí asentadas y amenazaron a los mismos dominios incaicos. Tal era la situación en las yungas o valles calientes del oriente de las actuales provincias de Salta, Tucumán y Catamarca, y del noroeste de Santiago del Estero, incluidas las tierras comprendidas entre los valles de los ríos Salado y Dulce. Los conquistadores españoles dieron el nombre de *juríes* o *xuríes* –palabra quechua que denomina al ñandú, un recurso abundante– a la zona de yungas y también a sus habitantes, sin distinguir correctamente las diferencias entre distintos grupos.

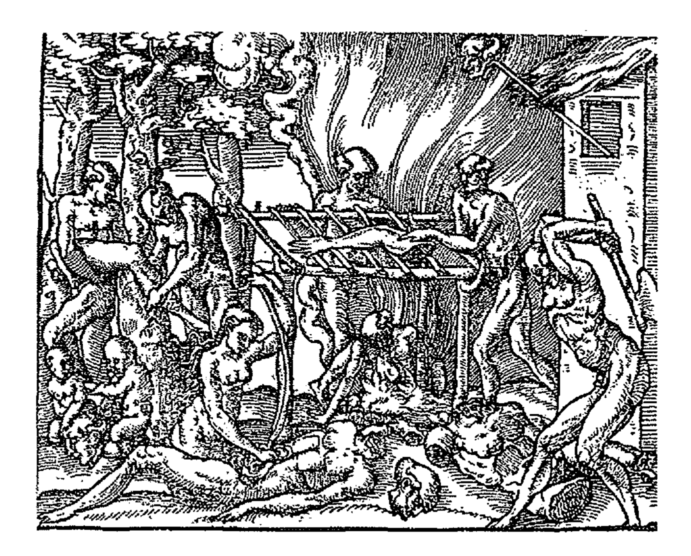
La población asentada en la región bañada por los ríos Dulce y Salado, a la que los españoles dieron el nombre de *tonocoté*, sería un pueblo de origen amazónico establecido allí desde un tiempo atrás pues los arqueólogos documentan en la zona la continuidad de un modo de vida que se remonta quizás hasta el año 700 de nuestra era. Se trataba de agricultores sedentarios cuyas aldeas se ubicaban cerca de los ríos, en lugares con acceso a diferentes recursos. Estaban formadas por varias viviendas y rodeadas, a veces, por empalizadas o defensas de ramas y arbustos espinosos, debido a los frecuentes ataques de grupos vecinos. Los *tonocoté*, fuertemente andinizados, eran muy buenos alfareros y tejedores, cualidades que fueron valoradas por los incas, y mantenían relaciones de intercambio con los pueblos de las tierras altas desde antes de la llegada de esos conquistadores, con quienes al parecer sostuvieron vínculos bastante estrechos; incluso es probable que hayan contribuido a la defensa de la frontera oriental del imperio.

Una población distinta, que los españoles llamaron *lules*, vivía también en las yungas orientales, especialmente en el sudeste de Salta y norte de Tucumán. Se la distinguía por su belicosidad y por el uso de flechas envenenadas que causaron importantes pérdidas a los primeros conquistadores europeos. Es probable que las defensas construidas en las aldeas tonocoté buscaran proteger las poblaciones de los ataques de los lules. Éstos hablaban una lengua de origen chaqueño –quizá vinculada al grupo *guaycurú*–, y ellos mismos parecen ser originarios de las tierras occidentales del Chaco, desde donde se habrían desplazado hacia el piedemonte cordillerano. Eran cazadores y recolectores con alta movilidad, aunque ocasionalmente realizaban algún cultivo, quizá debido al contacto con las poblaciones agricultoras del piedemonte andino.

La antropofagia: chiriguanos y chanáes

La práctica de la antropofagia estuvo muy extendida entre los pueblos originarios americanos, especialmente entre aquellos muy belicosos que habitaban las extensas selvas tropicales, como los tupí-guaraní, grupo al que pertenecían los chiriguanos. Vinculada al universo ritual y ceremonial –seguramente tenía que ver con la apropiación de calidades y virtudes del individuo que era comido–, esa práctica escandalizó a los europeos, que la consideraron aberrante y antinatural, e imaginaban a los pueblos que la practicaban dedicados a la realización de verdaderas carnicerías y suculentos banquetes de carne humana.

Fray Reginaldo de Lizárraga se refiere así a la antropofagia entre los chiriguanos: "Los indios Chiriguanas viven muy cerca de estos valles, en una montañas calurosas y ásperas por donde apenas pueden andar caballos. No son naturales, sino advenedizos; vinieron allí del río de la Plata; la lengua es la misma, sin se diferenciar en alguna [...]. Con los indios con que más enemiga han tenido son con una provincia que cae a las espaldas de estas montañas, tierra llanísima, falta de agua, que se llaman los llanos de Manso, o la provincia de los Chanases; de éstos, que es gente desarmada, aunque bien dispuesta, de mejores rostros y más bien inclinadas que los Chiriguanas, se han comido más de 60 000, y no creo digo muchos, porque aquellos llanos eran muy poblados; ahora no hay indios sino muy pocos, y como no tienen quien los defienda, es la carnicería de esta bestialísima gente".



Muchos grabados de la época representan también esos festines, como lo muestra la ilustración, incluida en la obra de A. Thévet, de 1558, referida a los tupinambá de Brasil, población emparentada con los ava o chiriguanos.

Algo parecido ocurría en el nordeste salteño y en los valles cálidos del oriente boliviano, con los *chiriguanos* o *ava* –como se autodenominaban–, grupos de origen guaraní que, avanzando a lo largo de los grandes ríos como el Bermejo y el Pilcomayo, habían alcanzado el borde del macizo andino, sometiendo a poblaciones locales, como ocurrió con los *chané*. Estos últimos, que al parecer compartían numerosos rasgos con los tonocoté, quedaron reducidos a condición servil, y solían ser sacrificados y comidos durante la celebración de los grandes banquetes rituales, pues la antropofagia era una actividad practicada, en general, por los pueblos tupí-guaraní.

Una larga migración había llevado a los pueblos guaraníes, que formaban parte de la gran familia tupí-guaraní, muy lejos de su tierra de origen, en el oriente del actual Brasil. Esa migración se inició hace quizá unos 5000 años y, hacia el 1500 d. C., mientras los *ava* alcanzaban los contrafuertes andinos, convulsionando la región, sus cercanos parientes, los *guaraní* propiamente dichos, llegaban a las tierras cercanas al Río de la Plata. Los *ava* llamaron la atención de los pueblos andinos y luego de los europeos por su belicosidad y por la rapidez de sus desplazamientos a lo largo de los ríos, así como por algunas prácticas socia-

les y religiosas, entre ellas la antropofagia ritual, que implicaba el sacrificio de prisioneros. Tales prácticas antropofágicas, al igual que los grandes banquetes, daban prestigio y renombre a quien los ofrecía, y consolidaban las relaciones recíprocas entre los participantes.

Los comechingones

Una breve relación, que suele atribuirse a Jerónimo Luis de Cabrera, el fundador de la ciudad de Córdoba, contiene una detallada descripción de los pobladores de esa región, los comechingones, también conocidos como indios "barbados". Dice allí el autor que llegados a las serranías cordobesas hallaron "[...] más de seiscientos pueblos de indios que en aquella serranía, y valles en medio de ella, hay y están poblados, en los cuales, y hecha con diligencia la pesquisa y por las lenguas y cuenta que de cada población se pudo entender, se hallaron haber casi treinta mil indios, gente toda, o la más, vestida, [algunos] de ellos con lana, [otros] con cueros labrados con policía [...]

"[...] Las camisetas que traen vestidas son hechas de lana, y tejidas primorosamente con chaquira [pequeñas cuentas de piedra, hueso o concha], a manera de malla menuda de muchas labores, en las aberturas y ruedos y bocamangas. Crían mucho ganado de la tierra, y danse por ello, por las lanas que se aprovechan. Las poblaciones tienen muy cercanas unas de otras, que por la mayor parte a legua y a media legua y a cuarto y a tiro de arcabuz y a vista una de otra están todas.

"Son los pueblos chicos, que el mayor tendrá hasta cuarenta casas, y hay muchos de treinta, de veinte, de quince, de diez y de menos, porque cada pueblo de éstos no es más que una parcialidad o parentela, y así está cada una por sí. Tienen los pueblos puestos en redondo y cercados con cardones y otras arboledas espinosas, que sirven de fuerza, y esto por las guerras que entre ellos tienen. Viven en cada casa cuatro y cinco indios casados y algunos más. Son las casas por la mayor parte grandes, que en una de ellas se halló caber diez hombres con sus caballos armados, que se metieron allí para una emboscada que se hizo. Son bajas las casas y la mitad de la altura que tienen está debajo de tierra, y entran a ellas como a sótanos, y esto hácenlo por el abrigo para el tiempo frío y por la falta de madera que en algunos lugares de por allí tienen.

"[...] Halláronse grandes muestras y señales de metales de oro y plata en muchas partes de la tierra, y por piezas que se vieron entre los indios se entiende que lo hay en la tierra [...]".

Las tierras altas del noroeste argentino se prolongan hacia el sudeste en las sierras de Córdoba y San Luis –las Sierras Centrales–, ocupadas por pueblos agroalfareros con fuertes influencias andinas, aunque no tuvieron contactos directos con los incas. El más conocido, en el centro de Córdoba, era el de los *comechingones*, el pueblo barbudo y belicoso del que hablan las crónicas. Su nombre, al parecer puesto por sus vecinos *sanavirones*, hacía referencia a su costumbre de habitar en las grutas o cuevas, numerosas en la región serrana, pero seguramente también en casas semisubterráneas, que llamaron la atención de los conquistadores.

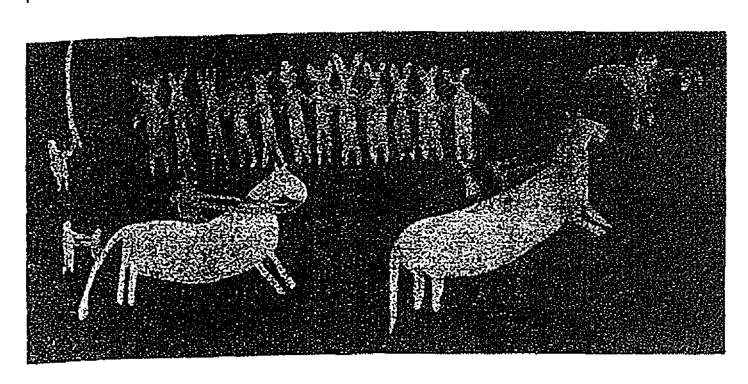
Los comechingones representaban la culminación del proceso de consolidación de las comunidades de agricultores aldeanos que tuvo lugar a fines del primer milenio de nuestra era. En la actualidad, los investigadores creen que ese nombre general encubría una realidad más compleja, es decir, que no designaba a un grupo homogéneo sino a comunidades diferentes que, aun compartiendo algunos rasgos generales de su modo de vida, presentaban amplias diferencias.

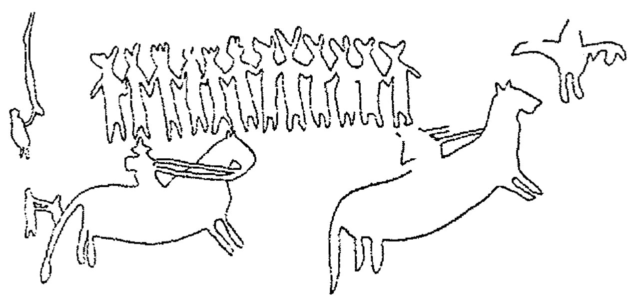
Su economía combinaba el cultivo –maíz, porotos, calabazas y quinua– con la caza de guanacos, liebres y ciervos, y la recolección de semillas de algarrobo y chañar. Es probable que criaran algunas llamas, aunque las condiciones de la región eran poco favorables para ello, pues los documentos coloniales hablan de la existencia de "ovejas de la tierra" –llamas o incluso guanacos– y de corrales. Sin embargo, también podría tratarse de animales traídos de las tierras andinas y conservados para usar su lana. Su patrimonio cultural contenía todos los elementos básicos de las culturas de los Andes meridionales, destacándose la producción textil. Expresión de las creencias y la percepción del mundo de estas poblaciones eran las pinturas rupestres, entre las que se destacan, por su calidad y cantidad, las realizadas en los abrigos rocosos de la localidad de Cerro Colorado, en el norte de Córdoba.

Las relaciones con otras comunidades fueron muy activas y alcanzaron regiones lejanas. En las tumbas aparecen collares hechos con valvas de moluscos del Atlántico; para los rituales usaban como alucinógeno el fruto molido del cebil, que provenía de los bosques orientales del noroeste; existen referencias a objetos de metal obtenidos por intercambios con los pueblos altoandinos. Los grupos situados cerca de las llanuras tenían contactos con el litoral fluvial, en tanto los ubicados más al norte los tenían con los pueblos de Santiago del Estero.

Las pinturas rupestres de Cerro Colorado

Sobre las paredes de cuevas y abrigos rocosos de Cerro Colorado, en el norte de la actual provincia de Córdoba, junto a variados motivos geométricos, cientos de figuras de hombres y animales, en general naturalistas, pintadas en rojo, blanco y negro, aisladas o formando escenas, nos introducen en múltiples aspectos de la vida de sus autores. Guerreros, chamanes y cazadores están allí representados y se distinguen por sus *atuendos, armas e instrumentos*. A veces, aparecen también participando en escenas de caza, en batallas o en lo que parecen ser rituales.





Las pinturas representan con detalle a la fauna de la región: guanacos que huyen de los cazadores, largas filas de llamas, grupos de ñandúes, ciervos, pumas, zorros y hasta cóndores con sus alas extendidas. Las escenas de guerra, que ocupan un lugar importante, representan combates entre grupos indígenas, pero también con españoles, claramente reconocibles por sus armas, las vestimentas y los caballos, en los cuales pueden apreciarse incluso las riendas. Esto indica que la

práctica de las pinturas rupestres, aunque muy antigua, seguía vigente en la época de la invasión europea, durante el siglo XVI. La ilustración muestra una de esas representaciones y el correspondiente dibujo.

Al norte de los comechingones se situaban los sanavirones, de los que poco sabemos. Algunos textos mencionan su lengua como diferente de la de los comechingones y los tonocoté, pero no diferencian demasiado su modo de vida. Sin embargo, es probable que también en este caso el término designe a grupos que, aun compartiendo muchos rasgos, tenían algunas diferencias importantes. No se descarta que hayan estado lejanamente emparentados con los tonocoté y que, tal como lo hacían más al norte lules y chiriguanos, presionaran a los comechingones, en este caso hacia el sur.

Los habitantes de la llanura chaqueña

Al este de esas regiones se extendía la dilatada llanura chaqueña. Nuestro conocimiento de sus poblaciones –casi inexistente para la época previa a la invasión europea– es muy pobre y desigual, pues los arqueólogos han trabajado poco en la región y el material documental es escaso y muy tardío. Para la época de la invasión se reconocían allí dos tipos de poblaciones con diferente base económica. Por un lado, bandas de cazadores y recolectores que ocupaban la mayor parte del territorio. Por otro, grupos de horticultores, *ava-chiriguano* y *chané*, establecidos junto a los grandes ríos donde podían realizar sus prácticas hortícolas, cazar, recolectar y pescar.

Entre los primeros, los *wichi* o *matacos*, en el noreste de Salta, constituían un típico pueblo chaqueño. Al este y sur de ellos se encontraban pueblos de la familia lingüística *guaycurú*, como *tobas*, *pilagás*, *abipones* y *mocovíes*, a los que los documentos describen como cazadores de gran movilidad y acentuada belicosidad. Estos pueblos resistieron luego los intentos de penetración de los cristianos y se mantuvieron fuera de su control hasta fines del siglo XIX.

Testimonios posteriores permiten reconstruir algunos aspectos de la vida de estos pueblos chaqueños, en especial de su economía, basaba esencialmente en la caza, la pesca y la recolección de algarroba. Algunos grupos practicaban también una horticultura temporal en las orillas de los ríos, una actividad que probablemente hayan aprendido de sus vecinos *ava* o *chiriguanos*. También era característica su movilidad

anual, determinada por la disponibilidad de los recursos, variables de acuerdo con las estaciones y las características de los distintos nichos ecológicos.

El espacio chaqueño parece haber sido testigo, desde temprano, de desplazamientos de población. Los ava o chiriguanos, de lengua guaraní fueron precedidos, unos siglos antes, por otros horticultores amazónicos, probablemente de lengua *arawak*. Estos movimientos de pueblos deben haber generado roces y conflictos entre grupos y forzado el desplazamiento de aquellos que no pudieron resistir o no aceptaron someterse, acentuando la movilidad tradicional. Más allá de los movimientos migratorios, el territorio chaqueño habría servido de conexión entre las tierras andinas y las tierras bajas del litoral. Las noticias recogidas por los primeros exploradores europeos –Juan de Solís, Sebastián Caboto, Diego García, Juan de Ayolas, Domingo Martínez de Irala–, indican que los grupos del litoral fluvial tenían noticias y algunos productos valiosos, como pequeños objetos de plata, que provenían de los Andes. Por otro lado, los nativos de los territorios cercanos a los Andes que guiaron a Diego de Rojas en su entrada al territorio conocían bien las rutas que conducían al litoral.

Los pueblos chaqueños cambiaron profundamente como consecuencia del contacto con españoles y criollos, en especial luego de la adopción del caballo y de prácticas y elementos vinculados a la vida ecuestre, y debido a su integración a vastos circuitos mercantiles que se extendían más allá del mundo indígena, aunque mantuvieron su modelo básico de subsistencia y su particular movilidad, acentuada por las nuevas condiciones.

Las poblaciones del litoral fluvial

Junto a los grandes ríos de la Mesopotamia –Paraná, Paraguay y Uruguay– vivían pueblos que, varios milenios atrás, habían adaptado su vida a las condiciones ecológicas del área. Pueden distinguirse dos tipos de poblaciones. El primero corresponde a cazadores y recolectores del interior que, al acercarse a los grandes ríos, incorporaron la pesca como actividad económica, adoptando hábitos característicos como el uso de canoas. Así ocurrió con los *caigang*, los *charrúas* y *minuanos* y los *querandíes*. Los primeros, en Misiones y el interior correntino, extendiéndose por el sur del actual Brasil, tenían una larga tradición en la región pues descendían de las poblaciones Taquara. Básicamente cazadores y reco-

lectores, habían practicado alguna horticultura ribereña que quedó reducida cuando la expansión guaraní los alejó de los ríos y los empujó hacia el interior. Guerreros y buenos peleadores, de acuerdo con las crónicas europeas, habitaban en pequeñas aldeas dispersas con "casas-pozo" –esto es, construidas bajo nivel del suelo– y levantaban montículos para uso funerario y, tal vez, ceremonial.

Los charrúas y minuanos ocupaban las tierras vecinas a la costa oriental del Río de la Plata, en el actual Uruguay; fueron típicos cazadores y recolectores, con un modo de vida característico de los cazadores de las llanuras. Con la llegada de los europeos, incorporaron rápidamente el caballo y las prácticas ecuestres, expandiéndose hacia el interior y el litoral mesopotámico. Al oeste del Río de la Plata, los querandíes se extendían desde el centro-sur santafesino y el norte bonaerense hasta las primeras serranías cordobesas. Su modo de vida parece emparentarse con el de las antiguas poblaciones Esperanza. Los primeros relatos europeos nombran además a otros grupos para la región del Paraná medio y del Delta: *timbúes, corondás, quiloazas, mocoretas, chanás, mbeguás.* Debe haberse tratado de descendientes de los pueblos ribereños a los que hicimos referencia en el capítulo anterior: la mayoría fabricaba cerámica y varios de ellos también cultivaban, aunque la base de su subsistencia seguía siendo la caza, la recolección y la pesca.

El segundo gran grupo estaba formado por tribus de horticultores amazónicos. Los *chaná-timbúes,* mencionados en textos tempranos, formaban parte de este grupo y estaban asentados en el Paraná inferior, probablemente desde mucho tiempo atrás. Pero los más importantes y conocidos fueron, sin duda, los guaraníes, a los que los primeros viajeros dieron también los nombres de *chandules, carios* o *chandris.* La primera denominación parece corresponder a grupos asentados más al sur, en tanto las dos últimas corresponden a los guaraníes establecidos en la región vecina a la confluencia del río Paraguay con el Paraná. Provenientes de la cuenca amazónica, hacia el año 800 se instalaron en Misiones y el norte de Corrientes, y avanzaron hacia el sur siguiendo los grandes ríos. Esas migraciones, probablemente motivadas por el aumento de la población en los territorios originales y la necesidad de buscar nuevas tierras, se vieron reforzadas por conflictos con otros grupos y por una fuerte motivación religiosa, la búsqueda de "la tierra sin mal" (*yvy marane y*). Esta motivación religiosa se acentuó en los tiempos inmediatamente posteriores al contacto con los europeos.



La "tierra sin mal" de los guaraníes

Pese a su fuerte componente religioso, la búsqueda de la tierra sin mal por los guaraníes no descuida –como plantea Bartolomeu Melià– la realidad de una tierra buena, esto es, una tierra preferentemente virgen, que haga fácil el trabajo agrícola y la instalación de la aldea. "Con una expresión que es muy característica de todas las sociedades guaraní –señala Melià–, la tierra guaraní se identifica con el tekohá, que significa el lugar donde se da tekó, esto es, el modo de ser propio, la costumbre y la cultura. El tekohá significa y produce al mismo tiempo relaciones económicas, relaciones sociales y organización político-religiosa, esenciales para la vida del guaraní. El tekohá, que es una tierra, es también una interrelación de espacios culturales, económicos, sociales, religiosos y políticos. Es el lugar, dicen los guaraní, donde vivimos según nuestras costumbres."

Así, el tekohá comprende distintos espacios, según los describe Melià: "[...] un monte apartado y poco trajinado, reservado para la caza, para la recolección de miel, frutas silvestres y para la pesca; la existencia de manchas de tierra especialmente fértil para hacer en ellas los rozados y cultivos y, por último, el lugar adecuado y agradable para levantar la gran casa comunal, o un grupo de casas, con un gran patio abierto, que propicia el encuentro social y la celebración de ceremonias religiosas.

"La búsqueda de la tierra buena y el abandono de las tierras donde surgía el mal –continúa Melià– podían derivar tanto de fenómenos naturales y de desgaste ecológico como de problemas de carácter social y religioso, como un considerable aumento demográfico en algunas aldeas, la presencia de enfermedades y muerte, los ataques de enemigos, pero también la lucha por el prestigio entre jefes rivales, un malestar social o la búsqueda de un mayor bienestar que sólo se podía conseguir mediante la migración a nuevas tierras.

"En la incitación a buscar nuevas tierras desempeñaron un papel importante los chamanes (karaí), que tenían una percepción particularmente aguda del mal en la tierra y la transmitían con acentuado fanatismo a sus seguidores."

Hacia el año 1500, los pueblos guaraníes, aunque dispersos por una vasta región, mantenían una fuerte identidad lingüística y cultural. Los asentamientos más densos se hallaban al norte, en torno al río Paraguay

y al alto Paraná. Más al sur, en cambio, eran más dispersos y coexistían con poblaciones más antiguas. Raros en el Paraná medio, sus asentamientos eran más numerosos en el Uruguay medio y, particularmente, en el Paraná inferior y el Delta. Pueblos de clara orientación ribereña ocuparon preferentemente zonas boscosas y usaron los ríos como vías de movimiento y comunicación. La construcción de canoas fue un rasgo típico de su cultura; algunas fueron encontradas en los fondos cenagosos de los riachos del Delta del Paraná.

Cerca de las orillas y en lugares altos, a salvo de las inundaciones, ubicaban sus aldeas, formadas por chozas ovales o circulares y protegidas por empalizadas, donde podían vivir entre 25 y 100 personas. Su subsistencia combinaba los productos de distintas actividades. En claros abiertos en la selva, practicaban una horticultura de roza basada en el cultivo de maíz (*abatí*), maní (*mandubí*), algunos tubérculos como batata y mandioca (*cazabi* o *cazabe*), zapallos, porotos y tabaco. De la mandioca obtenían harinas y bebidas fermentadas. Otros recursos fundamentales provenían de la pesca en los ríos, facilitada por el uso de canoas y el empleo de arpones, y de la recolección y la caza en las costas vecinas. Conocían la alfarería y sus piezas presentaban rasgos típicos fáciles de reconocer, destacándose las grandes urnas de hasta un metro de diámetro en las que enterraban a sus muertos. La decoración de las vasijas incluía el corrugado, a veces obtenido mediante la impresión de uñas, y la pintura de motivos geométricos en color rojo, negro o blanco.

En síntesis, hacia el 1500 la región fluvial se encontraba densamente poblada, y los ríos constituían vías o corredores muy activos por donde circulaban personas, bienes y conocimientos. Numerosas entidades convivían en el territorio, a veces en forma pacífica y en ocasiones comprometidas en guerras y conflictos que llegaban a ser muy cruentos. Estos pueblos mantenían también dinámicos contactos con poblaciones extrarregionales, como las que vivían en las selvas y bosques del sur brasileño, en las extensas llanuras situadas al occidente, en las sierras pampeanas y en las tierras altas del actual noroeste argentino.

Las llanuras y planicies meridionales

La llanura pampeana continuaba siendo ocupada por bandas de cazadores-recolectores en cuyo modo de vida se habían acentuado los rasgos básicos que se manifestaban en el período anterior. La información



Los carios (guaraníes) vistos por Ulrico Schmidl

En su relato, Ulrico Schmidl se refiere a los *carios*, nombre que se daba a los guaraníes que vivían sobre las costas del río Paraguay inferior. Entre ellos, nos dice, habían encontrado "[...] trigo turco o maíz, y mandiotín, batatas, mandioca-poropí, mandioca-pepirá, maní, bocaja y otros alimentos más, también pescado y carne, venados, puercos del monte, avestruces, ovejas indias, conejos, gallinas y gansos y otras salvajinas las que no puedo describir todas en esta vez. También hay en divina abundancia la miel de la cual se hace el vino; tienen también muchísimo algodón en la tierra [...]

"Estos Carios o Guaranís –agrega luego– son gentes bajas y gruesas y pueden aguantar algo más que otras naciones. Ellos, los hombres, tienen en el labio un pequeño agujerito, en ese meten un cristal que es de un largo como de dos jemes y grueso como un canuto de pluma y el color es amarillo y se le llama en indio un paraboe [tembetá]. Las mujeres y los hombres andan completamente desnudos, como Dios el Todopoderoso los ha creado. El padre vende su hija, y el marido su mujer cuando ella no le place, y el hermano su hermana; una mujer cuesta una camisa o un cuchillo con el cual se corta, o una pequeña hacha u otro rescate más. Los Carios han comido carne humana cuando nosotros vinimos a ellos [...]

"[...] Este asiento está hecho de dos palizadas de palos en derredor o en círculo y cada poste ha sido tan grueso como un hombre en la grosura y en el medio y desde una a otra ha estado parada una palizada a doce pasos y los postes han estado enterrados bajo tierra por una buena braza y sobre la tierra tan altos como hasta donde un hombre puede alcanzar con una tizona [espada] larga. Los Carios han tenido sus trincheras, también han hecho fosos a distancia de quince pasos de este muro o palizada tan hondos cuan altos tres hombres. Dentro de éstos habían clavado una lanza hecha de un palo duro y ha sido tan afilada como es puntiaguda una aguja. A estos fosos los han cubierto con paja y pequeñas ramitas del bosque y volcado encima un poco de tierra e hierba para que nosotros no viéramos a estos fosos [...]."

escrita proporcionada por los primeros europeos que llegaron a la región es muy escasa y parcial, pues sólo se refiere a algunos grupos con los que tuvieron contactos, como en el caso de los querandíes; por tal motivo, los hallazgos arqueológicos siguen siendo nuestra principal fuente de información.

La caza se había diversificado, adaptándose a las condiciones y recursos de los distintos ámbitos pampeanos. En las tierras de los querandíes, los venados –tanto el venado de las pampas, más pequeño, que habitaba en los pastizales abiertos, como el ciervo de los pantanos, de mayor porte, que vivía en los bosques en galería cerca de los ríos– constituían el principal producto de caza y eran, junto con los *coipos* –roedor de ambientes acuáticos muy apreciado por su piel– y otras especies menores, la base de su subsistencia. En cambio, en el sur y oeste de la llanura bonaerense y en la pampa seca, el guanaco siguió siendo el recurso fundamental, aunque se capturaban ciervos, ñandúes –de los cuales también se recogían sus huevos–, y un número importante de especies menores, como coipos, vizcachas y mulitas, entre otros.

También se aprovechaban cada vez más otros recursos. La recolección de vegetales, aunque difícil de documentar, fue importante, y en algunos lugares, como en la pampa central, debe haber ocupado un lugar relevante, como lo muestra el hallazgo de numerosos instrumentos de molienda –morteros y manos– usados para procesar semillas obtenidas en los montes cercanos, donde también se recolectaba miel. No fue menos importante en muchas zonas la pesca en ríos y lagunas o la recolección de moluscos terrestres o de agua dulce. Incluso es probable que en algunos lugares, como en la depresión del río Salado, se practicara la pesca con redes. Estas últimas actividades resultaron fundamentales entre los grupos cercanos a los grandes cursos de agua –el Paraná y el Río de la Plata–, como los querandíes que habitaban cerca de las costas. Finalmente, en la costa atlántica bonaerense podían capturarse lobos marinos.

La flexibilidad de este modelo económico permitió a los grupos pampeanos vivir en distintos medios y hacer frente a los cambios medioambientales. Organizados en pequeñas bandas, se desplazaban a pie y acampaban junto a lagunas y cursos de agua, siguiendo itinerarios determinados por la distribución de los recursos, tanto alimenticios como materias primas. Su utillaje de caza incluía arcos, flechas, dardos o lanzas y las clásicas boleadoras, muy usadas en el período. Además de alimentos, los animales brindaban cueros y pieles para vestimenta y viviendas. Éstas, llamadas "toldos" por los europeos, eran paravientos hechos con pieles sostenidas por varas de madera, fáciles de armar y desmontar. Por último, la alfarería –presente en las pampas desde hace unos 3000 años–, se generalizó en toda el área: se caracterizaba por vasijas abiertas, algunas decoradas en el borde exterior con incisiones realizadas sobre la pasta aún fresca, que consistían en motivos geométricos, líneas ondulantes y en zigzag.

Numerosos bienes –materias primas difíciles de obtener u objetos de alto valor simbólico– circulaban de grupo en grupo, llegando hasta territorios muy alejados de su lugar de origen. Las relaciones con las tierras situadas al oeste de los Andes, que se remontaban a varios siglos atrás, continuaron hasta pleno período de contacto hispano-indígena, favorecidas por los pasos cordilleranos de la región que, bajos y fáciles de atravesar, sirvieron como excelentes vías de comunicación. Esas relaciones –quizá no permanentes ni estables– fueron documentadas por los arqueólogos en la zona cordillerana de Neuquén y la pampa central y registradas por los documentos coloniales tempranos. Se explica así que, en 1582, cerca de Cabo Corrientes, actual ciudad de Mar del Plata, Juan de Garay viera indios con mantas tejidas que, según le informaron, provenían del otro lado de los Andes. Es probable que los grupos de allende la cordillera estuvieran interesados en obtener sal, productos de la caza del guanaco y del avestruz y piñones de araucaria.

Esos contactos alcanzaron regiones más distantes y fueron más intensos de lo que se suponía. En la pampa central hay testimonio de influencias de los pueblos de las Sierras Centrales y un cronista refiere que las poblaciones de la llanura pampeana consumían cebil, un alucinógeno proveniente del noroeste argentino o del Chaco. Los arqueólogos hallaron evidencia arqueológica de la circulación de conchas o valvas para uso ornamental o ceremonial que alcanzaron las tierras de Santiago del Estero. Finalmente, en la Patagonia, un entierro en el valle inferior del río Chubut, datado poco antes de las primeras expediciones españolas en las costas patagónicas, brindó un hacha ceremonial de bronce del período tardío del noroeste argentino. Eso no debe resultarnos raro si consideramos las referencias que ya hemos dado sobre los contactos y relaciones entre los indígenas del litoral y los del noroeste.

En el sur bonaerense, especialmente en la región serrana, aparecen también indicios de una extensión de influencias de la Patagonia septentrional que estaría señalando un avance hacia el norte de poblaciones de esa región, conocidas luego como *tehuelches*. Así lo indicarían pinturas rupestres halladas en paredones del cerro Curicó, en las sierras de Tandilia, con claras influencias del norte de la Patagonia. Al mismo tiempo, se producía la llegada al extremo noroeste de la pampa de grupos guaraníes que se asentaron en las costas occidentales del Río de la Plata. Esos asentamientos se reconocen por el hallazgo de entierros en urnas y por su peculiar cerámica, distinta de la de las pampas. La presencia de estos dos grupos contribuyó a hacer más complejo el

panorama de la región, introduciendo algunos elementos característicos en la fabricación de instrumentos, en el arte rupestre, en la decoración de la cerámica y en las prácticas económicas.

Al sur del río Negro se extiende la vasta meseta patagónica, cuya población de cazadores-recolectores fue conocida en tiempos posteriores al contacto con los europeos con el nombre genérico de patagones o tehuelches. Estos grupos compartían muchos rasgos básicos de su modo de vida. No obstante, los investigadores distinguen diferencias dialectales en su lengua, el reconocimiento de los territorios propios de cada grupo y algunos rasgos diferenciales en las representaciones simbólicas como, por ejemplo, las pinturas rupestres, las tabletas grabadas, las pinturas en los mantos de piel –*quillangos*– y probablemente en las pinturas corporales.

Estos elementos simbólicos, unidos a la reconocida territorialidad de los grupos, habrían servido como modos de expresión de identidad étnica. En base a las diferencias dialectales, desde hace tiempo los etnólogos reconocen la existencia de, al menos, dos grandes grupos: al norte del río Chubut se encontraban los denominados tehuelches del norte, o *guénaken* y, más tarde, también pampas; los tehuelches, situados más al sur, son individualizados con el nombre de *chonecas.* Son estos últimos los encontrados por los primeros visitantes europeos, y los que en 1519 describió Antonio Pigafetta.

Territorio de grandes distancias y enormes espacios interiores áridos, los pobladores parecen haberse concentrado allí donde los recursos hídricos hacían posible la vida, esto es, los valles de los grandes ríos patagónicos y algunas partes de la costa. Los tehuelches septentrionales fueron fundamentalmente cazadores terrestres, en tanto los del sur combinaron la caza con la pesca y la recolección de mariscos en la costa atlántica. Para ambos, el guanaco fue un recurso fundamental junto al ñandú, pero no desdeñaron la captura de animales menores, como el zorrino, que al parecer tuvo gran importancia, particularmente sus pieles. Del primero no sólo usaban la carne sino también sus cueros, con los que preparaban sus viviendas –paravientos semejantes a los de los pueblos pampeanos–, y los grandes mantos pintados con los que se protegían del frío. Los más apreciados eran los confeccionados con pieles de guanacos nonatos, popularizados con el nombre de *quillangos.*

En general, estas poblaciones tuvieron una alta movilidad determinada por la distribución de los recursos, los ciclos estacionales y el movimiento de los animales. Sabemos que en verano los *chonecas* migraban hacia el sur siguiendo los rebaños de guanacos. También deben haberse desplazado de este a oeste siguiendo el curso de los ríos,

acercándose a las costas en invierno, cuando el clima de las tierras interiores era mucho más riguroso. Sin embargo, ciertos datos recientes sugieren que en algunos lugares protegidos, como el valle del río Chubut, se produjo una importante concentración de población, dato que se desprende de los enterratorios. Algunas tumbas, con ofrendas funerarias muy importantes, serían muestra de las diferencias de jerarquía entre los allí sepultados.

Más allá del estrecho de Magallanes, en el interior de Tierra del Fuego, los *onas*, emparentados con los *chonecas*, desarrollaron formas culturales similares. En cambio, en los canales e islas vecinos, *yámanas* –o *yahgashaga*– y *alakalufes* representaban un tipo especializado de adaptación a un medio marino frío y riguroso. Los primeros se concentraban en las islas y costas que hoy forman parte del territorio argentino, en tanto los segundos lo hacían en los archipiélagos pertenecientes a Chile. Estos "canoeros", como también se los denomina, ajustaron su vida a los recursos del mar –recolección de moluscos, pesca con línea, caza de lobos marinos, nutrias y aves–, continuando, aunque con algunas variaciones, un modo de vida muy especializado que se remontaba a muchos milenios atrás. Empero, no desdeñaban el aprovechamiento de recursos terrestres, animales y vegetales, que podían obtener en las costas.

Las grandes canoas sobre las que virtualmente vivían –confeccionadas con cortezas de árboles y cosidas con tientos fabricados con tendones o barbas de ballena– y el uso del arpón fueron los elementos más significativos de su inventario cultural. En cada canoa, donde se trasladaba toda una familia, ardía siempre un pequeño fuego sobre una base o fogón de tierra y piedras. Fueron seguramente estos fuegos permanentes y móviles los que motivaron el nombre dado a la gran isla por los viajeros del siglo XVI. Con las pieles de lobos marinos confeccionaban grandes mantos, guantes y polainas para protegerse del intenso frío de la región.

Hacia la cordillera, en el sur mendocino y en Neuquén, los *pehuenches* basaron su economía en la recolección del fruto de la *Araucaria imbricata* –el *pehuén*, del que tomaron su nombre–, actividad que combinaban con la caza y la explotación de las minas de sal gema. Desde muy temprano sufrieron las influencias de los grupos del otro lado de la cordillera andina, con los que tenían intensos contactos.

Al occidente de los Andes: la tierra de los lagos, bosques y volcanes

Hacia el 1500, la región que se extiende entre el río Itata al norte y el golfo de Roloncaví al sur estaba densamente poblada. Esos grupos presentaron una fuerte resistencia a los ejércitos del Inca, que no lograron ocupar los territorios que se extendían al sur del río Maule. Las condiciones de esa región eran favorables para los asentamientos humanos, pues se caracterizaba por un paisaje boscoso donde predomina el roble, presentaban suelos fértiles e intensas lluvias, cuencas lacustres –verdaderos bolsones de población– y, hacia la cordillera, altas montañas y volcanes nevados donde nacían los ríos que cruzaban la región de este a oeste.

Los conquistadores, incas primero y españoles después, aplicaron a esa población diferentes nombres: los incas utilizaron el de *aucas*, usado en general para denominar a pueblos rebeldes y belicosos; los españoles también lo adoptaron, aunque prefirieron el de *araucanos*, popularizado por el poema de Alonso de Ercilla, *La Araucana*, que deriva de la provincia de Arauco, donde estaba la mayor concentración de población nativa. Los pueblos originarios actuales, sus descendientes, prefieren *mapuche*, esto es, "gente de la tierra", etnónimo ya documentado en el siglo XVIII. En el siglo XVI, en cambio, usaban al parecer el etnónimo *reche*, es decir, "la gente verdadera".

Esos *reche* eran, probablemente, los descendientes de antiguos pueblos agroalfareros que habían incorporado a su cultura elementos de origen andino –algunos tal vez producto del contacto con los incas–, y otros provenientes de las llanuras orientales. Aunque no constituían una unidad sociopolítica, hablaban una lengua común con variantes dialectales –el *mapudungun*, o "lengua de la tierra"– y compartían rasgos culturales básicos. Realizaban una explotación diversificada de los distintos recursos. Desarrollaban sus prácticas hortícolas estacionales mediante el sistema de roza en zonas abiertas o en claros despejados y asoleados del bosque de robles. La papa fue fundamental, aunque el maíz y otros granos pudieron adaptarse bien en la parte septentrional del territorio. El repertorio de cultígenos incluyó también cucurbitáceas –calabaza, zapallos–, ajíes, porotos, quinua, teca –gramínea usada para producir harina–, un cereal conocido como *magu* y la oleaginosa llamada *madi*, entre otros.

Pero los productos del cultivo sólo cubrían parte de las necesidades. Los ricos recursos del litoral marítimo favorecieron la pesca y la recolec-

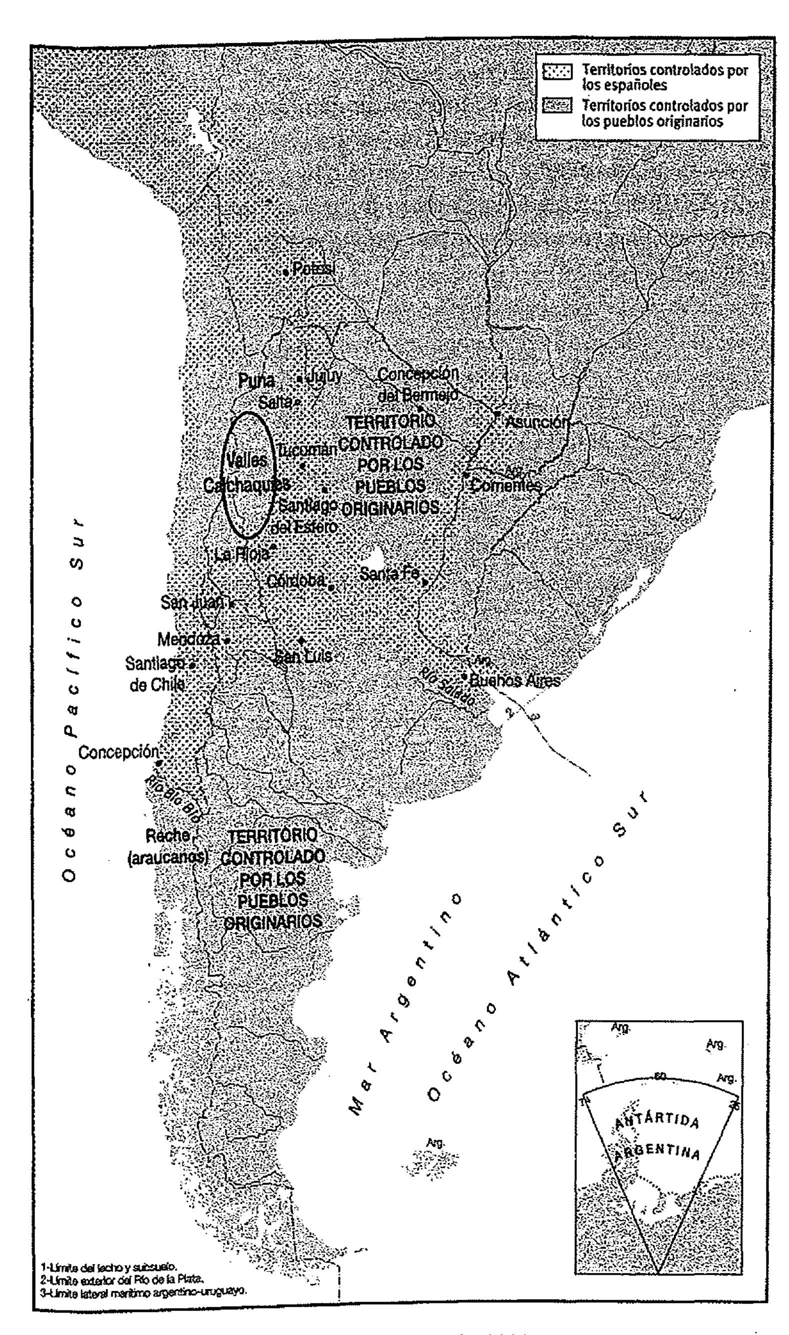
ción de mariscos y moluscos; también se pescaba y se capturaban aves en lagunas y lagos. El bosque de robles –y el de araucarias en la zona cordillerana– permitía una abundante recolección de frutos y semillas, en tanto que la caza –guanacos, *pudús*, huemules, entre otros– fue una fuente importante de recursos. Poseían animales domesticados, como perros y una variedad local de gallinas, aunque el más importante era el *chilihueque*, un camélido diferente de la llama y la alpaca. Vivían en casas aisladas –*ruca*– o en pequeñas aldeas, con una importante movilidad. La sociedad *reche* no presentaba diferencias jerárquicas establecidas –excepto las derivadas del prestigio personal o de la disponibilidad de algunos bienes apreciados– ni profundas diferencias económicas, siendo el parentesco el que determinaba los derechos y obligaciones fundamentales del individuo. De allí el papel central de la familia –se trataba de familias extensas, que incluían la esposa o esposas, las hijas solteras, los hijos solteros y casados, las esposas de éstos, y los nietos– en la organización social. En ese marco familiar, la división del trabajo tenía en cuenta el sexo y la edad y no había, al parecer, actividades productivas especializadas.

Tampoco había estructuras políticas estables; correspondía a los jefes de familia y de linaje regular los asuntos de cada comunidad; en circunstancias especiales se recurría a algunos ancianos reconocidos como sabios para resolver conflictos o diferencias. Esos jefes de linaje o de familia cimentaban su prestigio en su valor como guerreros, en la habilidad oratoria que desplegaban en reuniones o asambleas colectivas, en la cantidad de esposas –los matrimonios regulaban las relaciones entre familias y consolidaban alianzas– y en la acumulación de bienes cuya distribución –los jefes debían demostrar su generosidad hacia sus seguidores– permitía ganar adhesiones, lealtades, gratitud y renombre. Estos grandes hombres *reche* recibieron la denominación de *ulmenes*, y entre ellos se elegían los caciques. En épocas de guerra podían surgir jefes dotados temporalmente de algunos poderes, los *toqui*, reconocidos por su destreza o valentía, cuya función central era organizar y dirigir a los guerreros –*loncos*– en los combates.

La figura del chamán –*machi*–, que podía ser hombre o mujer, prevalecía en el plano de las creencias. En un mundo que se creía dominado por fuerzas sobrenaturales que podían ser benéficas o maléficas, el/la *machi* poseía el poder y los conocimientos para controlar y dominar esas fuerzas, que provocaban enfermedades o podían causar la muerte. Así, el/la *machi*, al mismo tiempo reverenciado y temido, podía curar al enfermo pero también provocar la enfermedad o la muerte de alguien

sano. Del mismo modo, podía controlar las fuerzas que regulaban las condiciones del clima.

La sociedad *reche* se transformó profundamente en los siglos siguientes como resultado de la guerra con los invasores españoles, primero, y del contacto con el mundo hispano-criollo luego, cuando, a lo largo del siglo XVIII, la guerra abierta cedió lugar a un sistema de relaciones fronterizas más complejas y relativamente pacíficas, aunque no exento de violencia.



Los territorios meridionales hacia 1600

8. Hace unos 400 años... (ca. 1600)

El mundo subvertido

Hacia 1600, el mundo americano había cambiado radicalmente como resultado de la invasión europea iniciada un siglo antes. En gran parte del continente, profundas transformaciones habían alterado la vida de los pueblos originarios: antiguos modos de vida, viejas prácticas sociales, costumbres arraigadas y creencias ancestrales perdieron vigencia, se modificaron o desaparecieron. Guerras, enfermedades y trabajos forzados diezmaban a la población nativa. Sus bases económicas estaban en crisis por la pérdida de las mejores tierras, la falta de mano de obra y la introducción de nuevas prácticas. Estados e imperios habían colapsado y la imposición de una nueva religión había obligado a cambiar costumbres y creencias. En algunas zonas, como en las islas del Caribe, en Mesoamérica o en los Andes centrales, ese impacto tuvo consecuencias inmediatas y de enorme magnitud; en otras regiones fue algo más leve, y en los territorios más aislados la vida de los pueblos originarios no se vio intensamente afectada, al menos en ese momento.

La historiografía ha remarcado el impacto que tuvo sobre los europeos el contacto con el mundo americano recién descubierto. Para los europeos, el mundo se amplió mucho más allá de los límites concebidos por la imaginación medieval; nuevas geografías, animales y plantas desconocidos, hombres y sociedades tan diferentes que hasta se dudaba de su humanidad, se presentaron ante ellos. En cambio, mucho menos se ha hablado acerca del significado de la presencia de los europeos para los antiguos pobladores del continente.

También para los pueblos originarios los invasores representaban un mundo distinto, no imaginado. Venían de Oriente, atravesando el mar –donde las tradiciones de los pueblos originarios inscribían las moradas de sus dioses– en extrañas embarcaciones impulsadas por los vientos.

Su aspecto físico –seres barbudos y de piel muy clara– y sus vestimentas eran extraños; empleaban armas temibles, capaces de matar a la distancia; sus costumbres y creencias nada tenían que ver con ellos. Traían animales desconocidos, algunos de los cuales, como caballos y mastines, eran usados en la guerra; en los combates, no respetaban reglas ni rituales ancestrales. Los recién llegados obligaban a los nativos a servirlos y trabajar para ellos, abusaban de sus mujeres, buscaban desesperadamente metales preciosos como el oro y la plata y eran capaces de matar –o de matarse entre sí– por obtenerlos.

Los invasores imponían sus costumbres y sus creencias a los pueblos que sometían y no dudaban en aplicar duros castigos a quienes se resistieran. En las zonas conquistadas, los pueblos originarios pronto vieron su mundo destruido y desarticulado. Una parte de la población sobrevivió al impacto, pero su universo material, social y espiritual se transformó. La guerra, el saqueo, la explotación a través del trabajo forzado, la pérdida de tierras y la difusión de enfermedades hasta entonces desconocidas provocaron un colapso demográfico y destruyeron las bases materiales y las estructuras sociopolíticas nativas. La introducción de una economía monetaria contribuyó a disolver antiguas prácticas económicas y a socavar los lazos comunitarios; por último, la imposición del cristianismo, al cambiar antiguas costumbres y creencias, contribuyó eficazmente a la desintegración cultural.

La expansión de los europeos por el continente

Durante las primeras décadas del siglo XVI, los invasores –cada vez más numerosos debido a la llegada de nuevos contingentes– avanzaron sin que nada pareciera ser capaz de detenerlos. Primero, exploraron las costas, ocuparon muchas islas y establecieron en ellas ciudades y pueblos. Luego, desembarcaron en el continente y avanzaron tierra adentro. El poderoso imperio azteca o *mexica* fue incapaz de contenerlos y cayó ante ellos: el todopoderoso Moctezuma fue capturado y ejecutado, y Tenochtitlan, la ciudad más grande de América, saqueada y arrasada en 1521. Ese mismo año, los invasores atravesaron el continente y alcanzaron las costas del océano Pacífico, al que llamaron Mar del Sur; al mismo tiempo, otras expediciones exploraron las costas orientales de América del Sur, alcanzaron el extremo sur y, tras cruzar el hoy llamado estrecho de Magallanes, continuaron el viaje rumbo a su tierra de origen.

En los años siguientes, el avance continuó. En la década de 1530, los invasores alcanzaron las tierras del imperio incaico, más poderoso y extenso aún que el de los *mexicas*. Vencieron y ejecutaron a su soberano, Atahualpa, y conquistaron Cuzco, su orgullosa capital. Aunque algunos incas resistieron durante un tiempo en las selvas de oriente, el corazón del imperio se había perdido para siempre.

Desde su nuevo dominio, al que llamaron Perú, los conquistadores se expandieron en todas direcciones siguiendo los caminos antes recorridos por los ejércitos incaicos. Crueles con los vencidos, les quitaban sus mejores tierras, los obligaban a trabajar mucho más duramente que en los tiempos del Inca, prohibían sus costumbres y creencias, los forzaban a comprar sus productos y los castigaban si no cumplían. Pero los conquistadores también se enfrentaban con saña entre ellos y no eran menos crueles con sus propios congéneres derrotados, a los que muchas veces asesinaban. Tampoco faltaron en las primeras décadas de la conquista las resistencias y rebeliones de los nativos vencidos, como aquella llamada *taki ongoy* que estalló en el Perú en la década de 1560, levantamientos que fueron reprimidos con dureza.

Más al sur aún, otros invasores habían penetrado en el continente por el oriente, a través del ancho río que con el tiempo tomó el nombre de Río de la Plata, porque estaban convencidos de que los conduciría a las minas de donde se extraía ese metal. Avanzaron siguiendo los ríos hasta alcanzar los límites del Perú y fundaron nuevas ciudades. También aquí los nativos que no habían logrado escapar a los montes o a las extensas llanuras fueron obligados a servir a los conquistadores y a adoptar sus creencias y muchas de sus costumbres.

Hacia 1600, los nuevos señores controlaban extensos territorios, desde México hasta Chile y el Río de la Plata. Sin embargo, el avance de estos extranjeros había perdido fuerza y la expansión parecía detenerse. Distintas situaciones lo explicaban: en algunos casos, las tierras por conquistar no parecían tener riquezas que las hicieran atractivas, eran inhóspitas o pobres, o sus climas duros y adversos, como en las latitudes más extremas o en las selvas tropicales, húmedas y tórridas; en otros casos, la conquista y ocupación resultaban demasiado difíciles y costosas, particularmente donde la resistencia de los nativos era tenaz, como ocurrió en el sur de Chile.

De este modo, regiones aún más vastas que las conquistadas permanecían fuera del control de los europeos: casi toda América del Norte excepto México, las extensas llanuras sudamericanas regadas por las cuencas del Orinoco, el Amazonas y el Plata, las vastas pampas meri-

dionales y toda la meseta patagónica. Para entonces, otros invasores de aspecto y costumbres parecidos, pero provenientes de otro reino, Portugal, se habían instalado en las costas orientales de América del Sur. Como los pueblos de la zona escapaban hacia el interior de las selvas, o no les parecían adecuados para el trabajo servil, los portugueses comenzaron a traer esclavos negros capturados en las costas de África, al otro lado del océano Atlántico.

Conquista y colonización de los territorios meridionales

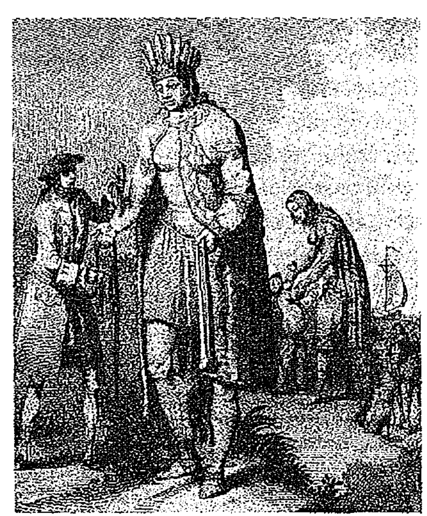
Hacia el 1600, los invasores habían ocupado una porción de los territorios meridionales y sometido a buena parte de su población nativa. Esa ocupación había comenzado muchas décadas atrás, cuando los primeros conquistadores llegaron a la región en la que vivían pueblos muy diferentes entre sí. Las tierras altas de los Andes meridionales y las Sierras Centrales estaban ocupadas por una población relativamente densa de agricultores poseedores de una tecnología compleja. Más al este, a lo largo de los grandes ríos que llevaban sus aguas al Plata, otros grupos de agricultores con tecnología más simple ocupaban aldeas dispersas que con frecuencia trasladaban de un lugar a otro. El resto del territorio albergaba a bandas de gran movilidad que obtenían sus recursos básicamente de la caza y la recolección. Los Andes meridionales, las Sierras Centrales y el litoral fluvial fueron áreas clave en los tiempos iniciales de la conquista y colonización cuando, descartada la posibilidad de encontrar allí grandes yacimientos de metales preciosos, interesaba controlar regiones con mano de obra abundante y entrenada en el trabajo agrícola.

Los contactos más antiguos de las poblaciones originarias con los invasores se produjeron cuando éstos exploraban la costa atlántica meridional buscando un paso marítimo que permitiera unir el océano Atlántico con el Mar del Sur –el actual océano Pacífico–, recientemente descubierto, para abrir una ruta marítima hacia el oriente asiático. En una desgraciada expedición que terminó con su muerte a manos de los nativos, Juan Díaz de Solís llegó al Río de la Plata a comienzos de 1516; en 1519, la armada de Hernando de Magallanes recorrió el litoral patagónico y descubrió el estrecho que lleva su nombre; en 1525, otra expedición, al mando de García Jofré de Loayza, tuvo un desgraciado final frente a las costas patagónicas. Fueron esos viajeros los que recogieron los primeros datos sobre las poblaciones

Los patagones vistos por Antonio Pigafetta

El 19 de mayo de 1520, la expedición comandada por Hernando de Magallanes llegó a la bahía de San Julián, en la costa patagónica, dispuesta a pasar allí los duros meses del invierno. Dos meses después tuvieron el primer encuentro con los pobladores de la región. Impresionados por su altura, los calificaron de "gigantes", dando inicio así a una leyenda que duraría mucho tiempo. Así los describe Antonio Pigafetta, cronista de la expedición:

"Un gigante. Transcurrieron dos meses sin que viéramos ningún habitante del país. Un día, cuando menos lo esperábamos, un hombre de figura gigantesca se presentó ante nosotros. Estaba sobre la arena casi desnudo, y cantaba y danzaba al mismo tiempo, echándose polvo sobre la cabeza. El capitán envió a tierra a uno de nuestros marineros, con orden de hacer los mismos gestos, en señal de paz y amistad, lo que fue muy bien comprendido por el gigante, quien se dejó conducir a una isleta donde el capitán había bajado. Yo me encontraba allí con otros muchos. Dio muestras de gran extrañeza al vernos, y levantando el dedo, quería sin duda decir que nos creía descendidos del cielo. Su figura: este hombre era tan grande que nuestra cabeza llegaba apenas a su cintura. De hermosa talla, su cara era ancha y teñida de rojo, excepto los ojos, rodeados con un círculo amarillo, y dos trazos en forma de corazón en las mejillas. Sus cabellos, escasos, parecían blanqueados con algún polvo. Su traje: su vestido, o, mejor dicho, su manto, estaba hecho de pieles, muy bien cosidas, de un animal que abunda en este país, como veremos a continuación".



La leyenda se mantuvo mucho tiempo. La ilustración muestra un grabado de la segunda mitad del siglo XVIII, realizado por Dom Pernetty para la publicación del viaje de Bougainville, que representa a un gigante aborigen junto a un marinero francés.

del extremo sur del continente. Pero el interés por la navegación en esas peligrosas aguas decayó a medida que crecía la atracción por las tierras americanas. Finalmente, tras algunos intentos fallidos, durante más de un siglo los invasores olvidaron esas lejanas tierras; recién volvieron a ellas hacia mediados del siglo XVIII, cuando comenzaron a usar la ruta del Cabo de Hornos.

Entre 1526 y 1527, Sebastián Caboto y Diego García, quienes seguían la ruta de Magallanes, iniciaron la exploración del actual litoral fluvial argentino, atraídos por noticias de la existencia de fabulosas riquezas en metal en el interior del continente transmitidas por sobrevivientes de la expedición de Solís. Exploraron las costas del Paraná porque suponían que los llevaría a la Sierra de la Plata, pero lo infructuoso de la búsqueda y las rivalidades entre los conquistadores los obligaron a regresar a España. Pocos años después, en 1536, arribó al Río de la Plata la expedición de don Pedro de Mendoza con el fin de explorar y poblar una región de interés para la corona castellana, deseosa de ocupar esas tierras ante las ambiciones de la monarquía portuguesa. Así surgió la ciudad de Santa María de los Buenos Aires, abandonada después de cinco años debido al hambre y la hostilidad de los nativos. Entretanto, los invasores habían explorado los ríos del litoral y fundado Asunción, sobre el río Paraguay, región de tierras fértiles y cálidas, naturaleza exuberante e indios acostumbrados al trabajo agrícola a los que parecía fácil someter. Asunción fue durante años el centro de la actividad española en la región: desde allí, Juan de Ayolas y Domingo Martínez de Irala exploraron el laberinto fluvial hacia el norte y el oeste. Irala alcanzó por fin la Sierra de la Plata que no era sino el Perú, ya conquistado.

En esos años comenzó la penetración española en el actual noroeste argentino, pronto conocido con el nombre de Tucumán. En 1535, Diego de Almagro, uno de los conquistadores del imperio incaico, ingresó al territorio desde el Perú por el camino que recorría el borde oriental de la Puna. Guiada por miembros de la nobleza cuzqueña y acompañada por numerosos auxiliares indios, la hueste de Almagro se proponía alcanzar el actual territorio chileno. Traspasada la cordillera andina, en el verano de 1536 los conquistadores penetraron en el valle de Copiapó y se dirigieron hacia el sur hasta alcanzar el valle de Aconcagua.

En su marcha, Almagro había aprovechado los caminos construidos por los incas y los conocimientos de sus guías, en tanto que la lengua quechua servía para comunicarse con las poblaciones locales

ántes sometidas a los señores del Cuzco. Almagro y sus capitanes exploraron partes de la región central sin encontrar las riquezas buscadas, pero sí la oposición de los pobladores; desilusionados, emprendieron el regreso. Correspondió a Pedro de Valdivia conquistar, pocos años más tarde, el reino de Chile: en 1541 llegó al valle del Mapocho y allí, dadas las condiciones favorables –agua, arboledas, tierras de cultivo–, fundó la ciudad de Santiago, primer asentamiento castellano en ese territorio, del cual fue elegido gobernador por el flamante cabildo.

En esos años comenzó también la exploración de los territorios del Tucumán. La primera entrada fue conducida por Diego de Rojas en 1543 y, aunque este jefe murió herido por una flecha envenenada, sus hombres recorrieron la región durante más de tres años, antes de regresar tras muchos sufrimientos y desventuras. Nuevas guerras civiles en el Perú demoraron las exploraciones, que cobraron nueva fuerza una vez superado el conflicto. Juan Núñez de Prado realizó una segunda entrada (1549-1550) y la primera fundación –El Barco–, que generó un enfrentamiento con Pedro de Valdivia, gobernador de Chile, quien se atribuyó jurisdicción sobre la provincia. Francisco Villagra, subordinado de Valdivia, atravesó la región dejando asentadas las pretensiones de su jefe. Poco después, otro emisario de Valdivia, Francisco de Aguirre, apresó a Núñez de Prado y lo envió a Santiago de Chile. El Barco fue abandonada y sus pobladores trasladados a la recién fundada Santiago del Estero, a orillas del río Dulce, en 1553. En la década siguiente, el impulso colonizador fue alentado desde Chile, aunque fracasaron algunas fundaciones por la oposición de los indígenas, a la que luego nos referiremos.

En esos mismos años, también impulsada desde Chile, comenzó la exploración y ocupación de la región de Cuyo. La fundación de Mendoza en 1561 y de San Juan en 1562 respondió a la necesidad de los conquistadores chilenos de someter y encomendar a la población nativa local, conocida como *huarpes*. Más al sur, otras expediciones avanzaron hacia la vertiente oriental de la cordillera andina.

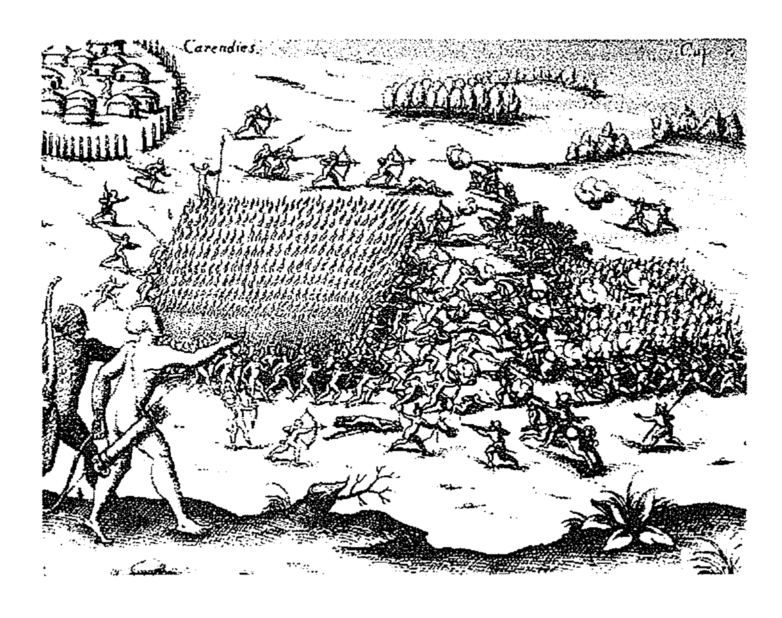
El conflicto de jurisdicciones culminó en 1563, cuando se creó la gobernación del Tucumán. Cobró impulso entonces la ocupación del territorio y se fundaron nuevas ciudades: San Miguel de Tucumán en 1565, Nuestra Señora de la Talavera o Esteco en 1567 –abandonada años después debido a los ataques de los indígenas chaqueños– y Córdoba en 1573. Jerónimo Luis de Cabrera, fundador de esta última, continuó su avance hasta alcanzar las orillas del río Paraná, buscando

Primer combate con los querandíes

Desde sus primeros momentos de vida, Buenos Aires estuvo expuesta al peligro de ataques por parte de los aborígenes de la zona, conocidos como querandíes o querandís. Ulrico Schmidl, soldado de la expedición de Mendoza, cuenta así el primer enfrentamiento:

"Los susodichos Querandís nos han traído diariamente al real durante catorce días su escasez en pescado y carne y sólo fallaron un día en que no nos trajeron que comer. Entonces nuestro general don Pedro Mendoza envió enseguida un alcalde de nombre Juan Pavón y con él dos peones; pues estos susodichos indios estaban a cuatro leguas de nuestro real. Cuando él llegó donde aquéllos estaban, se condujo de un modo tal con los indios que ellos, el alcalde y los dos peones, fueron bien apaleados; y dejaron volver los cristianos a nuestro real [...] Entonces dispuso y mandó nuestro capitán general don Pedro Mendoza a su hermano don Diego Mendoza [...] [para que] diere muerte y cautivara o apresara a los sobredichos Querandís y ocupara su lugar [...]

"Y cuando nosotros quisimos atacarlos se defendieron ellos de tal manera que ese día tuvimos que hacer bastante con ellos; [también] habían dado muerte a nuestro capitán don Diego Mendoza y junto con él a seis hidalgos de a caballo; también mataron a tiros a veinte infantes



nuestros y por el lado de los indios sucumbieron alrededor de 1000 hombres; más bien más que menos; y [se han] defendido muy valientemente contra nosotros, como bien lo hemos experimentado.
"Los susodichos Querandís tienen para arma unos arcos de mano y dardos; éstos son hechos como medias lanzas y adelante en la punta tienen un filo hecho de pedernal. Y también tienen una bola de piedra y colocada en ella un largo cordel al igual como una bola de plomo en Alemania. Ellos tiran esta bola alrededor de las patas de un caballo o de un venado de modo que tiene que caer; así con esta bola se ha dado muerte a nuestro sobredicho capitán y sus hidalgos pues yo mismo lo he visto; a nuestros infantes se los ha muerto con los susodichos dardos".
La imagen muestra una escena de lucha entre querandíes según la representa un grabado que acompaña la obra de Ulrico Schmidl.

una vía de comunicación más rápida y directa con España a través del litoral fluvial y del Río de la Plata. Allí encontró a Juan de Garay, quien, bajando desde Asunción, acababa de fundar Santa Fe en 1573. Ante la firme postura de Garay, Cabrera retrocedió, dejando la futura colonización del litoral en manos de Asunción y de su gente. Esta ciudad había progresado lentamente desde su fundación y necesitaba expandirse y asegurar posiciones estratégicas que permitieran una fácil entrada a los navíos que, desde España, llegaban al Río de la Plata. Comenzó entonces la colonización efectiva del litoral fluvial. A Santa Fe siguió, en 1580, la segunda fundación de Buenos Aires por el mismo Juan de Garay.

En los años siguientes, nuevas fundaciones marcaron el avance en la ocupación del territorio. En el Tucumán se fundaron Salta (en 1583), La Rioja (en 1591) y San Salvador de Jujuy (en 1593); en el litoral, Concepción del Bermejo (en 1585; abandonada luego debido a los ataques de los *guaycurúes*) y Corrientes (en 1588); en Cuyo, hacia 1596 se fundó San Luis. Hacia el final del siglo XVI pareció completarse el proceso de conquista del territorio. Desde las nuevas ciudades, núcleos de futuras provincias argentinas que tomaron sus nombres, se fueron ocupando las tierras circundantes. Sin embargo, al igual que en el resto del continente, grandes extensiones de territorio quedaban aún fuera del control de las autoridades coloniales.



Los pueblos indígenas del Tucumán hacia 1594

En 1594, el sacerdote jesuita Alonso de Barzana describe en una carta a los pueblos originarios del Tucumán: "Los indios que pertenecen a esta provincia son muchos, unos conquistados, de adonde vienen los indios a servir a los españoles, así en los edificios de las casas, de las labranzas de los campos, y a otras cosas, que siempre es menester de ordinario, a lo cual acuden los indios por sus veces, que acá llaman venir a hacer mita, y éste es el provecho que se saca de los indios conquistados, fuera del tributo que pagan a los encomenderos, que es a las personas a quien, por ser beneméritos, a unos más y a otros menos, se les encomiendan los indios o pueblos, a merced del rey Nuestro Señor o de los que tienen su lugar; la cual merced se da por una o dos vidas, que es para sí y para sus hijos y, muy raras veces, perpetua, y en vacando se proveen en otro. Los pueblos conquistados encomendados son los que están poblados junto al río que llaman del Estero [río Dulce] y de los que están a la ribera del río que llaman Salado, que corre poblado cuarenta leguas, y los que sirven a [Santiago del] Estero, San Miguel [de Tucumán], Córdoba, Salta; y otros muchos que no están aún del todo conquistados y se van reduciendo con correrías que [en] esta tierra se llaman malocas.

"Las lenguas más generales que tienen los indios de esta tierra son la Caca [o Cacana], Tonocote, Sanavirona; la Caca usan todos los diaguitas y todo el valle de Calchaquí, y el valle de Catamarca y gran parte de la conquista de la Nueva Rioja, y los pueblos casi todos que sirven a Santiago, así los poblados en el río del Estero, como otros muchos que están en la sierra [...]

"La lengua Tonocote hablan todos los pueblos que sirven a San Miguel de Tucumán y los que sirven a Esteco, casi todos los del río Salado y cinco o seis del río del Estero [...] también [la habla] gran parte de la nación que llaman lules, esparcida por diversas regiones como alárabes, sin casa ni heredades, pero tantos y tan guerreros que [...] sola iba conquistando y comiendo unos y rindiendo otros, y así hubiera acabado a los tonocotes [...]

"La tercera lengua, que es la sanavirona, ninguno de nosotros la entiende ni es menester, porque los sanavirones e indamas son poca gente, y tan hábil que todos han aprendido la lengua del Cuzco [el quechua], como todos los indios que sirven a Santiago y a San Miguel, Córdoba y Salta y la mayor parte de los indios de Esteco [...]."

La áreas ocupadas y las bases de la explotación colonial

En verdad, a fines del siglo XVI los españoles sólo controlaban una pequeña porción del territorio meridional. El resto era "tierra de indios", vastos espacios casi desconocidos percibidos como misteriosos, amenazantes y peligrosos. Pero también en tierras mucho más cercanas a las ocupadas subsistían zonas donde el control de los conquistadores era escaso o nulo. Así, por ejemplo, aunque las tierras de la Puna y la quebrada de Humahuaca habían sido pacificadas, los invasores no pudieron establecer allí ciudades. En los valles calchaquíes la permanente resistencia y el prolongado levantamiento de sus pobladores obligaron a abandonar algunas de las primeras y precarias ciudades. La ocupación efectiva y el sometimiento de la región se lograron recién a mediados del siglo XVII.

Durante las primeras décadas, el asentamiento más seguro había sido la ciudad de Santiago del Estero, que controlaba las tierras bajas situadas entre los ríos Dulce y Salado. Su población, antaño vinculada a los incas, había aceptado a los nuevos señores tras algunas resistencias iniciales. Más al Sur, Córdoba ejerció durante bastante tiempo un control relativo sobre las tierras de su entorno. Algunos intentos de fundar ciudades –en realidad, aldeas-fuertes– más cercanas a los valles cordilleranos habían sido frustrados por la oposición de los pueblos *calchaquíes*, alentada por los abusos de los invasores y favorecida por los conflictos entre ellos mismos. Recién en las dos últimas décadas de ese siglo pudo fundarse una serie de ciudades –Salta, Jujuy, La Rioja– destinadas a rodear por el este las tierras altas para cercar a los calchaquíes y asegurar de ese modo las rutas que comunicaban la región con Charcas y otros centros altoperuanos, en el actual territorio boliviano.

Al este, en el litoral fluvial, Asunción –establecida entre pueblos sedentarios y agricultores que formaban parte de la extensa nación guaraní, pronto sometidos– se había consolidado como el principal centro de la región y, en la segunda mitad del siglo, se había expandido hacia el sur, a lo largo del río Paraná. En esa expansión tuvieron un papel relevante los descendientes de los primeros conquistadores, ya nacidos en el continente y conocidos como "mancebos de la tierra" o criollos. Santa Fe, Buenos Aires y finalmente Corrientes jalonaron ese avance hacia el sur destinado tanto a asegurar las comunicaciones marítimas con la metrópoli como a prevenir un avance portugués desde los asentamientos ubicados en las costas del Brasil.

También aquí el control efectivo no fue mucho más allá de las tierras ribereñas y de aquellas que rodeaban las pequeñas ciudades fundadas, en realidad apenas poco más que aldeas. Entre ellas, vastos espacios eran controlados por los pueblos originarios. Garay, el fundador de Buenos Aires, exploró después los territorios del sudeste bonaerense hasta el lugar donde hoy se encuentra la ciudad de Mar del Plata. No encontró metales ni nativos dóciles que pudieran ser sometidos para explotar su trabajo. Entonces regresó; pasaría bastante tiempo antes de que los habitantes de Buenos Aires comenzaran a prestar atención a las tierras del sur. Durante más de un siglo, Buenos Aires vivió de espaldas a las pampas, mirando a Potosí, a Asunción y al Atlántico.

El proceso de conquista y colonización tuvo que ver tanto con los intereses de la sociedad conquistadora como con las peculiaridades del territorio y de las sociedades que lo ocupaban. En los territorios meridionales la ocupación del espacio planteó a los conquistadores desafíos particulares, pues a las enormes distancias y a las duras condiciones geoecológicas de muchas de esas regiones se sumó la resistencia –activa o pasiva según los casos– de las poblaciones nativas. Como vimos, en el momento de la llegada de los primeros invasores, éstas presentaban distintas formas de organización económica y social. No obstante, todas ellas –salvo en algunas zonas de las tierras altas andinas controladas por los incas–, carecían de fuertes estructuras centralizadas de poder, de sistemas tributarios y de ejércitos organizados. Por eso, en lugar de reemplazar un estado anterior aprovechando para sí sistemas de control político y administrativo existentes, los conquistadores se vieron obligados a emprender largas campañas de pacificación del territorio y a organizar un sistema que les permitiera apropiarse de los excedentes económicos a través de la explotación del trabajo indígena.

Divididas o fragmentadas, las comunidades de las nuevas tierras ofrecieron una resistencia menos formal pero más eficaz. Ataques sorpresivos, retiradas, nuevos ataques mantenían a los invasores en constante peligro y vigilia. Además, la derrota de un grupo no impedía que otros siguieran combatiendo o que aquellos que parecían someterse se lanzaran a la guerra cuando las condiciones se volvían a su favor. Otras veces, simplemente se retiraban a las zonas más protegidas de las montañas y las selvas o se adentraban en las llanuras, retornando apenas los invasores se replegaban. Se generaba así un estado de guerra o peligro permanente que acechaba a las pequeñas ciudades fundadas.

En ese contexto se organizó la explotación del territorio y, fundamentalmente, de la mano de obra indígena. Los españoles aprovecharon la experiencia adquirida en México y Perú, pero debieron ajustar el sistema a las condiciones del territorio. En principio, y en tanto súbditos de la Corona, los pueblos sometidos –salvo algunos jefes étnicos o unos pocos grupos aliados– se vieron convertidos en "tributarios", es decir, estaban obligados a pagar tributo a la Corona, como todo súbdito, ya fuera bajo la forma de prestaciones de trabajo o de contribuciones en especies y dinero. Pasados los momentos iniciales de la conquista, los funcionarios reales fueron los encargados de fijar los montos tributarios que serían percibidos por los funcionarios de la Corona o por aquellos particulares a quienes los reyes cedieran ese derecho.

El modo más generalizado de recaudación fue la implantación del sistema de encomiendas. A través de él, la monarquía o sus representantes transferían a un español –generalmente como reconocimiento o recompensa por servicios prestados al rey– el derecho a percibir el tributo que determinadas comunidades o grupos indígenas debían entregar a la Corona. Como las conquistas habían sido financiadas por los mismos conquistadores, a quienes el rey confería el derecho de explorar y ocupar determinados territorios, el otorgamiento de tierras o de encomiendas aparecía como una forma de compensación por esa inversión. A cambio, el encomendero debía velar por los indios puestos bajo su control y favorecer su conversión al catolicismo. En los primeros tiempos, la parte principal del tributo había consistido en la prestación de servicios personales. Este sistema, que dio lugar a todo tipo de abusos, fue tempranamente abolido en los Andes centrales. Sin embargo, y pese a los intentos de la monarquía para limitarlo, el servicio personal de los indios sobrevivió en el Tucumán y en Paraguay, donde el estado casi permanente de guerra ante las amenazas –reales o potenciales– de los indígenas dio fuerza a los reclamos de los encomenderos que constituían una pieza clave en el sistema defensivo del territorio.

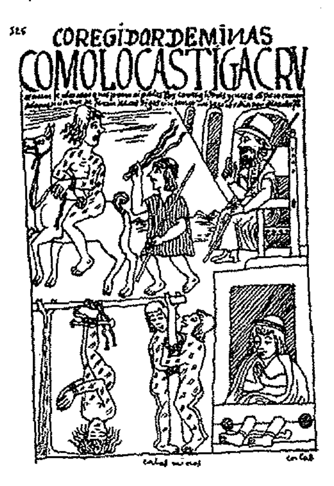
Complementaria de la implantación de las encomiendas fue la política de concentrar en pueblos a las poblaciones encomendadas, en especial a aquellas cuyos asentamientos se encontraban dispersos. Esos "pueblos de indios", conocidos con el nombre de "reducciones", tenían como principal finalidad controlar mejor a los pueblos sometidos. Tal agrupamiento facilitaba además el cobro de tributos y el cumplimiento de prestaciones –ya fuera a los encomenderos o a la

Corona–, así como la labor de conversión al catolicismo, razón por la cual había en esos pueblos uno o más curas "doctrineros", a veces en forma permanente.



La explotación de los pueblos indígenas

No fueron pocas las denuncias y quejas por los abusos cometidos en los dominios coloniales por encomenderos, corregidores e incluso sacerdotes a través del servicio personal exigido a los indígenas. Guaman Poma de Ayala, un mestizo de Huamanga, escribió una larga carta al Rey acompañada por dibujos que, con trazos ingenuos, dan una magnífica pintura del mundo indígena y de la explotación colonial. La más cruenta era la que se daba en la minería, donde a la dureza de los trabajos se unían los castigos a los que los indígenas eran sometidos.



En la carta, dice Guaman que el corregidor de minas "[...] Cuelga de los pies al cacique principal y a los demás le azota sobre encima de un carnero, y a los demás le ata desnudo en cueros y lo castiga y trasquila [cortar los cabellos, un castigo humillante]. Y a los demás le tiene en la cárcel pública preso en el cepo con grillos, sin darle de comer ni agua y sin darle licencia para proveerse. Toda la dicha molestia y afrenta lo hace con color de que falta(n) algunos indios de la mita".

El dibujo de Guaman que se reproduce representa algunos de esos castigos que se aplicaban a los indígenas que trabajaban como mitayos en las minas de Huancavélica, en Perú.

No obstante, las obligaciones de los indígenas no se limitaban a las prestaciones directas. Muchos indios de las comunidades debían emplearse regularmente como jornaleros para obtener un salario en moneda –muy bajo, por cierto– que les permitiera hacer frente al pago de la parte monetaria del tributo o adquirir bienes exigidos que no eran producidos por la misma comunidad. El sistema introdujo a las comunidades en el círculo de una economía monetaria hasta entonces desconocida.

En general, la forma que asumieron esas prestaciones personales fue la *mita*, una adecuación de la antigua institución andina del mismo nombre, aplicada extensamente en las actividades mineras de los Andes centrales. Conforme a ella, durante una cantidad fija de días al año, las comunidades debían enviar un contingente de trabajadores para realizar distintos trabajos o prestar determinados servicios. En el Tucumán y el Paraguay, los naturales aplicaban esos servicios a la agricultura, a la recolección de miel, algarrobo y cera, o al hilado y tejido del algodón –tarea en la que participaban activamente las mujeres–, con lo que pagaban su tasa al encomendero. También estaban sujetos a las llamadas *mitas de plaza*, con las que los indios contribuían a la construcción, limpieza y cuidado de las obras públicas en los centros urbanos.

La mita afectaba esencialmente a las comunidades campesinas, los llamados *ayllu* en la lengua del Cuzco, esto es, aquellas antiguas comunidades andinas vinculadas por el parentesco que habían mantenido su carácter y que habían conservado, al menos en parte, sus viejas tierras comunales. Sin embargo, las exacciones impuestas por los conquistadores, los abusos de los encomenderos y la pérdida de las mejores tierras impulsaron a muchos campesinos a escapar de sus comunidades, ya fuera para encontrar refugio en áreas marginales no muy controladas, para buscar trabajo en haciendas o talleres de los conquistadores, o para asentarse como trabajadores en fincas de españoles. Con el tiempo, los funcionarios reales clasificaron a los indios tributarios en originarios, forasteros y *yanaconas*. Los primeros eran los indígenas de comunidad que se mantenían vinculados a los ayllus; la segunda categoría incluía a los labradores que trabajaban en tierras ajenas; finalmente, por yanaconas, término también derivado del quechua, se entendía a aquellos labradores dependientes de los españoles y adscriptos a sus tierras.

Resistencias y rebeliones

Las poblaciones originarias no aceptaron sin resistencia la imposición del dominio colonial a lo largo del siglo XVI. Las acciones iniciales de distintas comunidades fueron muy firmes y efectivas: muchos españoles perdieron la vida y varias ciudades debieron ser abandonadas a causa de los ataques indígenas. Juan Díaz de Solís y varios de sus hombres murieron al ser atacados durante su desembarco en el Río de la Plata; la primera Buenos Aires estuvo sometida a duros ataques indígenas hasta que fue abandonada. En Asunción, en 1538 y 1539, los guaraníes se rebelaron y resistieron el establecimiento de los españoles; sólo la habilidad de negociación de Domingo Martínez de Irala, a cargo del gobierno de la región, logró su pacificación, aunque la ciudad siguió estando siempre expuesta a los ataques de los pueblos chaqueños o de otros grupos guaraníes no sometidos. Hacia mediados del siglo XVI, la imposición del sistema de encomiendas por parte de Irala y los abusos derivados de ellas provocaron nuevos levantamientos.

En las tierras del Tucumán, las primeras exploraciones se vieron expuestas a duros ataques de los indígenas, y el mismo Diego de Rojas murió víctima de una flecha envenenada; más tarde, los vecinos de Santiago del Estero –como los de Asunción– debieron vencer las resistencias iniciales de las poblaciones *juríes* vecinas. Durante bastante tiempo, muchos intentos de fundar ciudades fracasaron debido a la resistencia indígena. Así ocurrió, por ejemplo, con Londres, Córdoba del Calchaquí y Cañete, fundadas en la región de los valles calchaquíes entre 1558 y 1560; con Nieva en el valle de Jujuy, fundada en 1560; con San Francisco de Alava, fundada, en el mismo valle, en 1573, y con las dos San Clemente, fundadas por Gonzalo de Abreu en el valle de Salta en 1577.

La resistencia indígena en la región valliserrana del actual noroeste argentino fue, sin duda, la que más preocupó a los invasores, pues ponía en peligro un área clave para sus proyectos de expansión. Aquel territorio, rico en tierras de cultivo y pastoreo y con una población habituada al trabajo agrícola y artesanal, constituía una pieza fundamental en la vinculación del mundo altoperuano con el Río de la Plata, vía natural de salida hacia Europa; además, la zona era también una importante región productiva capaz de atender las demandas de Potosí, el centro minero más importante en producción de plata de América del Sur. Las resistencias, que alcanzaron pronto un nivel no igualado en otros lugares, en ciertos momentos tuvieron el carácter de verdaderos alzamientos que pusieron en peligro la presencia misma de los invasores.

La resistencia indígena en el Tucumán

En su información de servicios prestados a la Corona, Pedro González del Prado refiere las peripecias de su viaje por las tierras del Tucumán acompañando a Diego de Rojas, entre 1543 y 1546:

"[...] que yendo para la dicha entrada, y pasando por la provincia de Chicoana, que están en guerra los dichos indios, y viéndonos que eramos tan pocos, desde unos peñoles nos hacían daño y nos hirieron ciertos caballos, y viéndonos que éramos tan pocos salieron un día al camino a nos matar y tomar el fardaje, y yo fui el primero que arremetí a ellos, que eran más de quinientos Indios, y con el ayuda de Nuestro Señor fueron desbaratados y pudimos pasar sin riesgo, adonde me flecharon el dicho mi caballo, y a mí me mataran sino fuera por las buenas armas que llevaba y así, es muy público y notorio [...]

"[...] así pasados los dichos Andes [...], estuvimos [...] en la provincia de Tucumán, que es la primera provincia, adonde había mucha gente de indios flecheros [¿juríes?], y en las flechas tenían ponzoña que, en hiriendo a un hombre o caballo, moría de allí a cinco o seis días; y en la dicha provincia hicimos un poblezuelo adonde estuvimos cuatro meses en grandísimo riesgo; y para las velas y rondas que hacíamos cada noche, además de yo servir con el dicho mi caballo, daba el otro para que velase un soldado y fuese a buscar comida; en el cual dicho asiento nos vinieron a dar los indios una guasábara [ataque ruidoso y repentino], adonde los desbaratamos [...]

"[...] fuimos a la provincia de los comechingones, que es la gente barbada y muy belicosa; y el dicho capitán Mendoza fue al dicho río de Amazona [Río Tercero] con la mitad de la gente que éramos, y yo quedé en el dicho asiento de la dicha provincia de los comechingones, adonde los dichos indios, en tiempo de veinte días, nos dieron cuatro guasábaras que nos mataron veinte caballos, adonde en el dicho asiento quedamos obra de setenta hombres, y cada semana salía la mitad de nosotros a buscar comida, y una vez, viéndonos divididos, vinieron al dicho asiento, que para sino de la mala ventura, a dar en nosotros de noche, porque de continuo pelean de noche con fuego; y [...] el dicho escuadrón de los dichos indios era más de quinientos puestos en buen orden de guerra; cerrado el dicho escuadrón, que traía arcos y flechas y medias picas [...]".

En esas tierras –que desde 1563 formaron la llamada provincia de "Tucumán, Juríes y Diaguitas"– surgieron en esos años de rebelión grandes jefes indígenas cuya autoridad se extendió mucho más allá

de su propia comunidad, ya que fueron reconocidos como líderes regionales por distintos grupos, a veces muy distantes. Así ocurrió con Juan Calchaquí, cacique de la comunidad de Tolombón en la parte sur del valle Calchaquí –el valle habría tomado su nombre del cacique–, y con Viltipoco, señor de una comunidad de la quebrada de Humahuaca.

Las primeras referencias a Juan Calchaquí se remontan a la entrada de Francisco de Aguirre en 1552. Apresado por haber resistido la incursión de los extranjeros, negoció su libertad con el conquistador y fue seguramente entonces cuando fue bautizado y tomó su nombre cristiano. Juan fue un valeroso guerrero y un hábil negociador, cualidad que demostró en varias oportunidades. Su figura cobró relieve a partir del intento de Juan de Zurita de establecer ciudades en los valles altoandinos, particularmente en el valle Calchaquí, entre 1558 y 1560.

El movimiento se inició en 1561 y pronto se extendió. Las ciudades españolas fueron atacadas y sitiadas y, pese al esfuerzo de Zurita por llevarles refuerzos, no pudieron ser sostenidas: Córdoba del Calchaquí primero, Londres después y, por último, Cañete, debieron ser despobladas a lo largo de 1563. Al mismo tiempo, la rebelión se extendía hacia el norte: Nieva, en el valle de Jujuy, debió ser abandonada; algunas comunidades de la quebrada de Humahuaca y de la Puna adhirieron al movimiento. Incluso es posible que la mano de Juan Calchaquí haya estado detrás del alzamiento de algunas comunidades *juríes* en Santiago del Estero y de los *lules* del oriente salteño.

Muy rápidamente, Juan Calchaquí emergió como indiscutido líder regional cuya autoridad era reconocida por distintas comunidades y grupos étnicos. Su liderazgo se asentaba, ante todo, en sus méritos guerreros y en su capacidad de negociación, pero parece haber tenido también algún fundamento religioso, pues se le atribuían poderes chamánicos y era reconocido como jefe fundador de linaje. Su autoridad era incluso aceptada por los propios invasores, que se refieren a él como "cacique y señor principal de aquella tierra".

Dado que la rebelión amenazaba extenderse al territorio altoperuano, la Audiencia se propuso negociar, en tanto por otro lado organizaba la represión del movimiento. Desde Chile, Aguirre entró nuevamente en los valles calchaquíes pero, acosado por los indios, debió retirarse y buscar refugio en Santiago del Estero. Desde el norte, Martín de Almendras dirigió una expedición para reforzar la defensa de la ciudad, pero fue atacado y derrotado en la quebrada de Humahuaca, donde perdió la vida. A

fines de 1563, Santiago del Estero era la única ciudad que sobrevivía, aunque precariamente, en las tierras del Tucumán.

La situación se estabilizó un poco con la creación, ese mismo año, de la Gobernación del Tucumán, y con la designación de Francisco de Aguirre como gobernador; sin embargo, el valle Calchaquí continuaba fuera de control. Las futuras fundaciones fueron rodeando el territorio insumiso por el este, aunque sin penetrar en él, y varios intentos de someterlo resultaron infructuosos. El gobernador Gonzalo de Abreu organizó cuatro entradas que fracasaron y sufrió algunas derrotas importantes, como ocurrió en 1577. La resistencia se prolongó durante una década más, hasta que en 1588 una nueva entrada al valle Calchaquí dirigida por el gobernador Juan Ramírez de Velasco logró que un hijo de Juan se sometiera a los conquistadores. El gran cacique había muerto muy poco antes. Empero, la paz fue momentánea y el control real poco efectivo.

En ese contexto se produjo otra rebelión, más al norte, en la quebrada de Humahuaca, como respuesta a la fundación de San Salvador de Jujuy en 1594 y al intento de encomendar a los indios de la quebrada. La rebelión surgió rápidamente, y un líder regional, Viltipoco, reconocido muy pronto por muchas comunidades, reunió numerosas fuerzas y durante un tiempo cortó las comunicaciones con los centros del Alto Perú. Algunas traiciones entre sus seguidores y la necesidad de dispersar a muchos de sus hombres en la época de cosecha –era necesario acumular provisiones para el invierno y para sostener las futuras operaciones– obligaron a Viltipoco a postergar las operaciones, lo que posibilitó el ataque español. Viltipoco –junto a muchos de los caciques que lo seguían– fue capturado en Purmamarca; poco después murió en prisión, con lo cual la rebelión perdió fuerza.

También los intentos de fundar ciudades hacia el interior del Chaco encontraron serios obstáculos, entre ellos, la oposición de los indígenas. Esteco, fundada en 1566 como avanzada en el actual Chaco salteño, debió ser trasladada al año siguiente a un sitio cercano; rebautizada Nuestra Señora de Talavera, llevó una vida difícil hasta que fue abandonada en 1610. Algo parecido ocurrió en el oriente chaqueño: Nuestra Señora de la Concepción del Bermejo, fundada desde Asunción en 1567, llevó una dura existencia hasta ser despoblada en 1632. En ambos casos, la hostilidad de los indígenas fue un factor fundamental del fracaso.

Más allá de los dominios: resistencia y adaptación

A fines del siglo XVI, vastos espacios quedaban fuera del control de los conquistadores: al norte, las tierras del llamado Chaco abarcaban las actuales provincias de El Chaco y Formosa, el oriente de Salta, la mayor parte de Santiago del Estero, el norte de Córdoba y de Santa Fe, y se prolongaban más al norte hacia Paraguay y Bolivia; al sur, el territorio situado en un amplio arco que iba desde la costa del Río de la Plata –unos cuantos kilómetros al sur de Buenos Aires– hasta el centro de Mendoza. Al oeste de los Andes, los *reche*, que desde el inicio de la invasión habían ofrecido seria resistencia y protagonizado varios levantamientos, se sublevaron en 1598 y quemaron varias ciudades del sur. Derrotados en Curalaba, los españoles debieron replegarse al norte del río Bío Bío, y sus dominios quedaron limitados a la región central.

Sin embargo, incluso en las regiones que escaparon al control de la Corona española, el contacto con la sociedad europea pronto comenzó a transformar muchos aspectos de la vida de los pueblos originarios que, paulatinamente, iban incorporando a su vida cotidiana productos y hábitos de los invasores, con quienes algunas veces mantenían relaciones conflictivas, como ocurría con el reino Chile, y en otros casos de relativa paz e incluso de cierta indiferencia, como en el extremo oriental de la llanura pampeana. Hacia 1600, estas transformaciones eran poco visibles todavía, pero se volvieron más notables y profundas en los dos siglos siguientes.

En efecto, durante el siglo XVI, en las llanuras orientales y en la meseta patagónica, esos contactos habían sido muy limitados y parciales. Los exploradores del litoral patagónico tuvieron encuentros ocasionales en las costas con algunos grupos y, en las llanuras, sólo los querandíes habían estado en contacto con los primeros españoles que llegaron al Río de la Plata; algunos grupos cercanos a la cordillera de los Andes mantenían relaciones con las ciudades españolas de Cuyo, que dependían de la gobernación de Chile. Quedaron testimonios de esos primeros encuentros pues, además de datos dispersos en documentos de la época –diarios de viaje y cartas–, disponemos de algunos materiales arqueológicos. Tumbas indígenas de ese período en el valle inferior del río Chubut proporcionaron adornos confeccionados con bases de candelabros europeos de metal martilladas hasta convertirlas en discos aplanados.

El alzamiento de Lautaro

A fines de 1553 don Pedro de Valdivia, conquistador de Chile, al frente de una pequeña fuerza de unos 50 hombres, llegaba al fuerte de Tucapel, fundado poco antes en pleno territorio de los reche, para acabar con la resistencia de la población local. Sólo encontró las ruinas humeantes y repentinamente los guerreros reche salieron de los bosques cercanos y se lanzaron sobre la hueste española. Los mandaba Lautaro, que había sido caballerizo de Valdivia. El combate fue muy duro y se prolongó durante casi todo el día. Viéndose perdido y ya prácticamente sin hombres, Valdivia intentó la huida pero, detenido por un pantano, fue alcanzado por los indígenas. Ningún español, incluido Valdivia, escapó con vida.



La victoria de Tucapel alentó el levantamiento de los *reche*. Francisco de Villagra, uno de los mejores jefes de Valdivia, reunió una fuerza de unos 200 hombres, pero fue derrotado por los guerreros de Lautaro, cuyo número había aumentado, cerca de la desembocadura del río Bío Bío. La cercana ciudad de Concepción, fundada pocos años antes, fue abandonada apresuradamente por sus habitantes y arrasada por los guerreros de Lautaro.
Tras varias campañas, que incluyeron la captura de la ciudad de Angol, Lautaro intentó en dos oportunidades atacar Santiago de Chile. En la segunda de ellas, embestido por fuerzas españolas, el jefe *reche* murió como resultado de un lanzazo (1557). Sus guerreros se dispersaron rápidamente y retornaron a sus tierras. La resistencia indígena no terminó. Pocos años después, hacia fines de la misma década, otro jefe, Caupolicán, tomó el lugar de Lautaro y dirigió un nuevo alzamiento.

Sin embargo, la navegación por el litoral patagónico casi había desaparecido hacia fines del siglo y, en el Río de la Plata, Buenos Aires era apenas un pequeño asiento en el extremo de los dominios castellanos. Aquí –a diferencia de lo que ocurría en el territorio trasandino conmovido por las guerras con los *reche* de la Araucanía–, las relaciones entre españoles e indígenas durante los primeros tiempos de la dominación colonial fueron en general pacíficas. Las necesidades del pequeño establecimiento condicionaron la explotación del territorio vecino e impulsaron el desarrollo de las primeras chacras trigueras y del ganado vacuno que, además, proporcionaba algunos cueros para la exportación.

No obstante, debido a la existencia de grandes extensiones de tierra fértil y a las reducidas necesidades de la población porteña, la ocupación del suelo fue lenta y no generó roces con los indígenas. La expansión hacia el sur no pasó de unas cuantas leguas más allá de la ciudad, y las ocasionales entradas en busca del llamado ganado cimarrón –animales salvajes, especialmente equinos, descendientes de los ejemplares abandonados tras el despoblamiento de la primera Buenos Aires que se habían reproducido con rapidez, favorecidos por las condiciones ecológicas– no crearon conflictos.

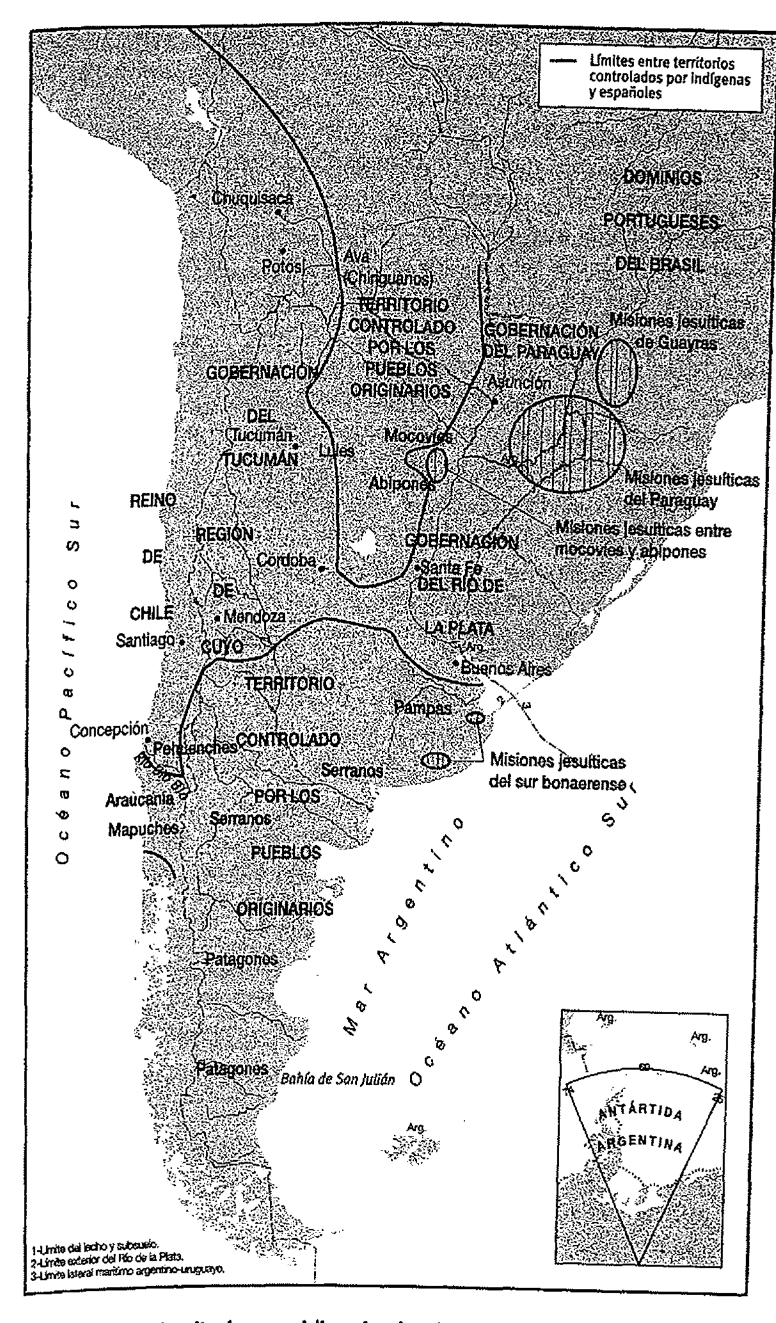
El caballo fue una de las tempranas incorporaciones de origen europeo a la vida indígena. Su presencia en las pampas se remontaba a la década de 1540, y testimonios de finales del siglo muestran que los nativos de la región habían aprendido a utilizarlos. Es casi seguro también que durante esas décadas, desde el otro lado de los Andes, se hayan introducido animales en las llanuras pues, desde mediados del siglo, los pueblos de la Araucanía, que mantenían fluidos contactos con los de las pampas, empleaban con éxito el caballo en la guerra contra los mismos españoles. Además, caballos y yeguas proporcionaban carne y materias primas –cueros, crines, huesos–, facilitaban los desplazamientos, permitían el transporte de carga y facilitaban las cacerías. Es probable también que, hacia el 1600, se utilizaran vacunos que habían sido introducidos por los españoles poco tiempo después del caballo.

Un proceso semejante comenzaba también en las tierras del Chaco, aunque con características distintas debido a las condiciones particulares de esta región, rodeada por el este, el sur y el oeste por territorios españoles. Aquí fueron los grandes ríos los que, desde temprano, permitieron los contactos y la circulación de bienes entre el frente occidental-meridional –el Tucumán y Córdoba– y el oriental –el litoral fluvial–. Tales contactos intensificaron las relaciones –ya fueran bélicas o mer-

cantiles– con las poblaciones fronterizas y agudizaron los conflictos entre los distintos grupos que pugnaban por controlar esos flujos mercantiles y el acceso a los codiciados bienes europeos.

Durante el siglo XVI, las relaciones de las poblaciones chaqueñas con sus vecinos cristianos fueron conflictivas. Del lado tucumano, *juríes* y *lules* habían resistido el asentamiento de los españoles y participaron en rebeliones ante el intento de someterlos al sistema de encomiendas. A lo largo de los grandes ríos, los guerreros ava o chiriguanos seguían siendo un peligro siempre presente para las poblaciones del oriente andino, como lo habían sido antes para los incas. Durante las últimas décadas del siglo XVI, estos temidos guerreros asolaron las estancias del oriente altoperuano y robaron una importante cantidad de caballos pronto usados para la guerra. Entre los indígenas, la posesión de caballos reforzó las distinciones sociales y marcó aún más las diferencias entre los dominantes guerreros ava y las poblaciones locales sometidas –los *chané*–, a las cuales prohibían montar y emplear estos animales.

En el Chaco oriental, las relaciones tampoco habían sido calmas. Aunque algunos grupos cercanos a Asunción habían aceptado luego de las primeras resistencias el dominio español, la mayoría se mantenía independiente. Para la segunda mitad del siglo, algunos grupos, como los *guaycurúes*, comenzaron a apoderarse de caballos, aprendieron a usarlos y los emplearon hábilmente en sus ataques a poblados españoles o de indios sometidos, en especial de guaraníes. Mediante esas acciones, obtenían más caballos y muy pronto también vacas, de modo que, hacia 1582, los guaycurúes cercanos a Asunción tenían ya más caballos que los españoles, según revela un recuento ordenado por Garay. Informes posteriores muestran que unas pocas décadas después algunos grupos, como mocovíes, tobas y abipones, consumían la carne de los caballos y empleaban sus cueros para hacer sus viviendas. En los últimos años del siglo, las amenazas de ataque de los indígenas mantenían en permanente vigilia a los pobladores de Asunción, Concepción del Bermejo y Corrientes.



Los territorios meridionales hacia 1750

9. Hace unos 250 años... (ca. 1750)

Los pueblos originarios ante la consolidación del orden colonial

A mediados del siglo XVIII, las tierras meridionales del imperio español habían sido testigo de importantes transformaciones. El orden colonial se había afianzado, los focos más importantes de resistencia indígena habían sido dominados y se habían desarrollado nuevas formas de control sobre esas poblaciones. Este proceso se había acelerado a partir de comienzos del siglo XVIII, cuando la nueva dinastía de los Borbones ocupó la Corona española, implementó activas políticas económicas y administrativas y volvió su atención hacia las fronteras con los pueblos originarios no sometidos. Como resultado de las relaciones con la sociedad hispano-criolla, entre los pueblos aborígenes no dominados se habían operado profundas transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales. Así ocurrió con los pueblos de la Araucanía al oeste de los Andes, con las comunidades de las pampas y de la Patagonia, y con las "naciones" del Chaco.

Hacia fines del siglo XVI, el impulso conquistador en los territorios meridionales del continente americano pareció detenerse y, en el siglo y medio posterior, los invasores buscaron consolidar sus posiciones en los territorios conquistados y someter a las poblaciones que aún resistían para incorporarlas al sistema de dominación colonial. Al mismo tiempo, pusieron en práctica nuevas instituciones destinadas a hacer más efectiva la explotación de los territorios conquistados y de su población.

El fin de las rebeliones en el Tucumán colonial

Hacia el 1600, en la extensa provincia del Tucumán, los colonizadores sólo controlaban un conjunto de ciudades y sus territorios circundantes. En el resto del territorio ese control no existía o era nominal, y una

parte muy importante de la población originaria –como en los valles calchaquíes–, aunque formalmente encomendada, no cumplía con sus mitas ni pagaba sus tributos. Los intentos por someterlos a esas exigencias provocaban reacciones y levantamientos; la labor de conversión al catolicismo, obstaculizada por la conflictiva situación y los abusos de los encomenderos, no parecía avanzar pese al esfuerzo de algunos misioneros.

A lo largo del siglo XVII, la situación se fue estabilizando. La presencia europea se hizo más fuerte, el número de españoles aumentó, las ciudades extendieron el control sobre los territorios que las rodeaban y se consolidó el gobierno colonial. La economía del Tucumán se fue integrando a las necesidades del imperio, y su producción se ajustó a las demandas de la minería altoperuana, especialmente de Potosí, el centro minero más importante de América del Sur, que concentraba una enorme población tanto blanca como indígena y mestiza. Ésta requería una cantidad creciente de bienes para su subsistencia, como alimentos y prendas de vestir, carretas, herramientas y mulas para el trabajo en las minas.

Las haciendas tucumanas se organizaron en función de esas necesidades, volcándose a la producción agropecuaria y artesanal mediante el empleo de antiguas técnicas y prácticas de las poblaciones originarias locales que habían desarrollado, siglos atrás, una compleja agricultura. Estas poblaciones eran expertas en el pastoreo de llamas –pronto reemplazadas por ovejas europeas– y tenían especial habilidad para el tejido, la cerámica y la metalurgia, entre otras prácticas artesanales. El aumento de la demanda motivó mayores exigencias sobre la mano de obra indígena, acentuando su explotación. Por eso, el sometimiento y el control de la población originaria resultaban imprescindibles.

Sin embargo, la resistencia de la población calchaquí demoró durante décadas la solución del problema. En dos momentos, el conflicto alcanzó el carácter de una verdadera guerra que obligó a las autoridades españolas a movilizar ejércitos y milicias, incluso desde gobernaciones vecinas, como la del Río de la Plata. El primero fue el gran alzamiento que tuvo lugar entre 1630 y 1643. El segundo, más conocido, ocurrido entre 1657 y 1665, respondió al accionar de un aventurero, Pedro Bohorques y Girón, reconocido como "inca" por las poblaciones locales.

Tras la derrota de Juan Calchaquí y de Viltipoco, la situación del Tucumán pareció calmarse, salvo en los valles calchaquíes, donde la resistencia continuó. En los años siguientes, los calchaquíes lanzaron ataques contra ciudades españolas y mataron a algunos misioneros y encomenderos. Fuera del valle tampoco faltaron revueltas, provocadas,

en casi todos los casos, por los abusos de los encomenderos. Las peores facetas del sistema de explotación colonial –exigencias abusivas, duros castigos, traslados de familias y comunidades, apropiación de tierras de las comunidades, explotación indiscriminada de mujeres, niños y ancianos– se manifestaron en la región.

Hacia 1630 la situación era alarmante, lo cual obligó al gobernador a emprender una campaña de represalia en la parte norte del valle. A fines de 1631, las comunidades del valle de Yocavil se alzaron y mataron a varios españoles; pronto se les unieron los pueblos de Andalgalá y Aconquija, liderados por el cacique Chalemín. La guerra se generalizó extendiéndose al sur hasta La Rioja: varias ciudades fueron atacadas y algunas debieron ser abandonadas. Las fuerzas españolas entraron en el valle y, aunque sufrieron varias derrotas, atacaron poblados, destruyeron cultivos, capturaron indios y ejecutaron a caciques enemigos. Con distintos avatares, el conflicto continuó y fueron necesarias nuevas expediciones. Finalmente, Chalemín fue capturado y ejecutado en 1637; muchos nativos fueron traslados y confinados en el norte de La Rioja. Éste fue el inicio de la política de "extrañamiento" o "desnaturalización", esto es, el traslado forzado de grupos o comunidades a zonas alejadas de su hábitat original donde podían ser estrechamente vigiladas. No obstante, pese a estas duras represalias, la paz no había sido alcanzada.

La guerra tuvo nefastas consecuencias para la población originaria, tanto para los "rebeldes" como para los "indios amigos" que apoyaron a los españoles esperando así obtener algunas ventajas, en especial ser exceptuados del trabajo personal, es decir, de pagar con servicios el tributo a los encomenderos. Ante todo, el efecto fue demográfico: muchos guerreros murieron en combate, otros fueron ejecutados o masacrados y una parte importante de la población fue trasladada a otras regiones; los que sobrevivieron o escaparon se vieron obligados a buscar refugio en zonas alejadas o marginales. La larga guerra dañó también recursos básicos: hubo poblados quemados, cosechas arrasadas, rebaños perdidos, acequias y campos de cultivo destruidos; los otrora ricos y densamente poblados valles comenzaron a sufrir el hambre y el despoblamiento. Pese a todo, la resistencia indígena continuó, aunque limitada fundamentalmente a los valles calchaquíes, cuya población seguía negándose a servir a los encomenderos.

Pasados varios años, la situación no se había modificado en forma notable; en ese contexto, apareció en el Tucumán Pedro Bohorques y Girón, un andaluz aventurero que había vivido varios años en el Perú. Enviado a prisión, escapó y se dirigió a la región calchaquí. Ignoramos

muchos aspectos de su recepción por parte de los pueblos calchaquíes y de las negociaciones con sus caciques, aunque la mayoría lo reconoció como inca. Aunque desconocemos los motivos exactos de esta aceptación, podemos suponer que a cierto carisma personal se sumó su dominio del quechua y su conocimiento de las tradiciones incaicas. Todo esto debe haberlo ayudado a ser aceptado como líder único frente a los invasores, pues los caciques más importantes habían muerto durante la guerra anterior.

Pedro Bohorques y la rebelión de los calchaquíes

El aventurero andaluz Pedro Bohorques y Girón llegó al Perú en 1620. Vivió con indígenas de la sierra central, aprendiendo el quechua y las costumbres, creencias y prácticas de esos pueblos. Luego realizó un largo viaje al oriente boliviano, a Paytiti, donde, se decía, se habían refugiado tropas incaicas que habían intentado conquistar a las poblaciones de la selva. Bohorques afirmaba que había encontrado Paytiti y había sido reconocido como Inca por sus habitantes. Tras años de aventuras, fue apresado y enviado a Valdivia, en Chile, de donde escapó a Mendoza para dirigirse luego a la región calchaquí.

Allí, muchos caciques reconocieron su calidad de Inca y uno de ellos, Pivanti, cacique de Tolombón, lo acogió en su casa. Desde esa posición, negoció con el gobernador del Tucumán. El encuentro, en julio de 1657, se realizó con toda pompa. Bohorques, con su séquito de calchaquíes lujosamente ataviados, arribó en medio de salvas de arcabuces y recibió obsequios y agasajos del gobernador y su comitiva. Luego de una solemne misa, y tras quince días de negociaciones, ceremonias, festejos y homenajes, Bohorques fue reconocido como Teniente de Gobernador y Capitán General, autorizándoselo a emplear el título de Inca.

El acuerdo fue desaprobado por el virrey del Perú, que ordenó capturar al fugitivo. El idilio con Bohorques había durado poco y el flamante Inca endureció su discurso contra los españoles, alentando a los nativos a la rebelión. Entre choques y enfrentamientos –incluso fueron quemadas dos misiones de los jesuitas–, las relaciones alcanzaron su máxima tensión en 1659. Finalmente, Bohorques aceptó entregarse a cambio de un indulto y fue enviado preso a Lima. Sin embargo, llevó varios años controlar la dura resistencia que opusieron los calchaquíes. Bohorques, preso en Lima, fue condenado a muerte y ejecutado en 1666, sospechado de participar en una conjura de curacas de esa ciudad.

La presencia de un "inca" en el valle provocó alarma, y el gobernador de la provincia aceptó negociar con él. Bohorques tenía un discurso que debe haber resultado grato a los colonizadores: se reconocía como fiel vasallo del Rey y aseguraba que podría contribuir a pacificar a los nativos, ayudar a su conversión, obtener información sobre la localización de minas y tesoros y convencerlos de servir a sus amos. Vecinos, funcionarios y misioneros jesuitas entraron en el juego y, finalmente, Bohorques fue aceptado por las autoridades españolas y autorizado a usar el título de inca, es decir, fue reconocido como funcionario de la Corona y como rey de los indios al mismo tiempo.

No obstante, el acuerdo fue desaprobado por el virrey del Perú, quien ordenó capturar al fugitivo. Bohorques endureció su discurso contra los españoles alentando a los nativos a la rebelión, hasta que, en 1659, se entregó con la promesa de un indulto y fue enviado preso a Lima. El valle Calchaquí fue invadido y, tras una dura campaña con victorias y derrotas de ambas partes, las fuerzas españolas –agotadas y casi en estado de sedición– lograron controlar la parte norte iniciando una severa represión, con ejecuciones y desnaturalizaciones. En cambio, la porción meridional quedó fuera de control hasta que, reiniciadas las campañas en 1664, se logró el sometimiento total del valle. La población que sobrevivió fue dispersada en distintos puntos de la gobernación bajo la supervisión de los encomenderos.

Comenzó entonces, lentamente, la ocupación del valle Calchaquí con la instalación de haciendas. Algunos grupos nativos fueron traídos otra vez al valle por los encomenderos, pero su forma de vida cambió: las tierras en las que estaban no eran ya suyas y su dependencia de los nuevos dueños era total. Además, la falta de mano de obra atrajo a poblaciones de regiones vecinas, como la Puna y el altiplano, que se asentaron allí como arrendatarios o jornaleros, lo cual llevó a un profundo proceso de mestizaje biológico y cultural. Sin embargo, en el siglo XVIII la expansión económica de las haciendas de la región sufría aún una crónica falta de mano de obra indígena. El hecho impulsó el avance hacia el este a fin de obtener trabajadores entre los grupos del Chaco occidental.

La experiencia misional jesuítica en la provincia del Paraguay

Las "reducciones" o misiones –junto con el sistema de encomiendas– constituyeron la base de la explotación colonial. Muchas de ellas estuvieron a cargo de órdenes religiosas; desde el comienzo de la conquista,

se destacaron las órdenes de franciscanos y mercedarios. Aunque más tardías, las misiones más conocidas fueron aquellas administradas por la Compañía de Jesús, en particular las que se establecieron en el nordeste mesopotámico, en un territorio que hoy pertenece a Argentina, Paraguay y Brasil.

Las misiones jesuíticas del Paraguay comenzaron a instalarse a partir de 1610, impulsadas por el gobernador Hernando Arias de Saavedra, más conocido como Hernandarias. Desde unas tres décadas antes, se hallaban en la provincia misioneros franciscanos que actuaban entre grupos guaraníes cercanos a Asunción, encomendados a vecinos de esta ciudad. Su acción había sido importante en la pacificación de esos pueblos luego de las reacciones y rebeliones, a mediados del siglo XVI. Al control político y económico ejercido por los encomenderos, la presencia franciscana unió el control ideológico a través de la imposición del catolicismo. Claro que esto no impidió roces y conflictos entre misioneros, encomenderos y funcionarios.

La labor de los jesuitas se aplicó en principio a pueblos ya encomendados y siguió los marcos establecidos. Sin embargo, a medida que su accionar se extendía sobre comunidades más alejadas, no sometidas ni encomendadas aún, desarrollaron un modelo diferente centrado en la creación de reducciones libres de las demandas de los colonos. El proyecto se vio favorecido por las cada vez más duras críticas a los abusos en el sistema de encomiendas que se escuchaban en los más altos niveles del imperio y que lograron, por ejemplo, la promulgación de las Ordenanzas de Francisco de Alfaro –apoyadas por los jesuitas–, destinadas a eliminar el servicio personal de los indios y a reemplazarlo por un tributo en dinero.

Por otra parte, comenzaron a impactar en la región las incursiones de bandas de cazadores de esclavos conocidos como *bandeirantes*, que provenían generalmente de San Pablo, en los dominios portugueses del Brasil. Su objetivo era capturar indígenas para venderlos como esclavos en las plantaciones azucareras de la costa brasileña; debido a su experiencia en el trabajo agrícola, las comunidades guaraníes eran sus víctimas predilectas. Ante esa situación, las misiones jesuíticas, en especial aquellas situadas más al este, en la zona de Guayras, pasaron a cumplir un papel central en la defensa de la frontera oriental de las posesiones españolas de la región.

Estas circunstancias contribuyeron a crear un sistema de reducciones fuertemente integrado, dirigido por la Compañía de Jesús y libre de las exigencias de los encomenderos y los funcionarios locales. Aunque el

proyecto encontró resistencias entre los primeros, en 1649 se eximió a los indios de las misiones de la mita y del servicio personal, y se les impuso un tributo de un peso en plata –una cantidad pequeña– entregado directamente a los oficiales reales. A cambio, los pueblos de las misiones se comprometían a defender la frontera de las amenazas portuguesas.

Cada reducción o misión era autónoma en lo político y en lo económico; a comienzos del siglo XVIII llegaron a ser veintidós reducciones. El gobierno de cada misión correspondía a un cabildo formado por indígenas –máxima autoridad civil–, que tenía a su frente a un corregidor –el más alto funcionario civil– nombrado por el gobernador a propuesta de los misioneros. El corregidor era generalmente el cacique principal, en tanto que los otros miembros del cabildo eran elegidos entre los demás caciques y sus familias. Así, el sistema político impuesto en la reducción convalidaba el sistema de autoridad ya existente en las comunidades. Claro que el verdadero gobierno de la reducción se hallaba en manos de un religioso auxiliado por un compañero –o dos si era un pueblo numeroso–, quienes administraban los bienes de los indígenas y manejaban todos los aspectos de la vida colectiva, tanto los religiosos como los económicos, sociales, culturales y militares. El sacerdote, verdadero conductor de la reducción, garantizaba el cumplimiento de las directivas emanadas de las autoridades superiores de la Orden.

El conjunto de reducciones dependía del "Superior de las reducciones del Paraná y el Uruguay", con asiento en la misión de Candelaria, donde también se encontraban los almacenes generales, que actuaba como lugarteniente del Provincial de la Orden, residente en Córdoba. La Compañía era una organización compleja, eficiente y muy centralizada. Fuertemente vertical, casi militarizada, la Orden estaba dirigida desde Roma por un "general" vitalicio, quien designaba a los distintos "provinciales" que estaban al frente de extensas jurisdicciones regionales o provincias, divididas a su vez en jurisdicciones locales. Las misiones del actual territorio argentino formaban parte de la extensa provincia del Paraguay (así denominada desde 1607), que abarcaba además territorios que hoy corresponden a Paraguay, Uruguay y parte de Bolivia. Esa organización aseguraba la vinculación con el resto del territorio de la provincia.

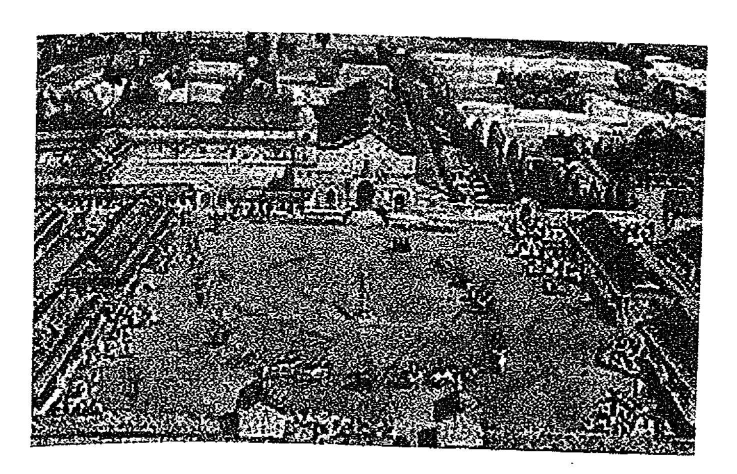
Cada uno de los nativos establecidos en los pueblos recibía una casa y una parcela de tierra que transmitía a sus hijos en herencia, donde sembraban, principalmente, mandioca, maíz, batatas, hortalizas y frutales. Además, los indígenas debían trabajar por turnos en tierras co-

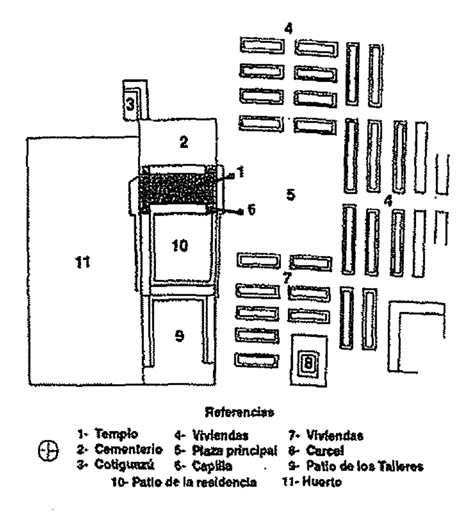
munales cuyos productos estaban destinados al conjunto de la comunidad y a cubrir situaciones de emergencia. Tanto bienes comunales como particulares eran almacenados en silos comunes; con frecuencia diaria o semanal, los pobladores recibían lo necesario para atender su subsistencia. Otra parte cubría necesidades de emergencia para viudas, huérfanos, ancianos y enfermos; el excedente era comercializado fuera de la misión. Las comunidades se dedicaban también a la cría de ganado vacuno –una parte era consumida en la misma reducción y el resto comercializado–, caballar y lanar. Además, había plantaciones de productos destinados a la comercialización: principalmente yerba mate y algodón, pero también caña de azúcar, trigo y frutales.

Los pueblos de las misiones jesuíticas del Paraguay

Para establecer los pueblos de las reducciones se buscaba un terreno amplio y llano con agua de buena calidad y con árboles aptos para leña y maderas de construcción en las cercanías. Allí se ubicaban las viviendas de los indígenas reducidos, que eran unifamiliares, de planta uniforme y agrupadas en bloques de seis o siete casas a modo de manzanas. Esos pueblos contaban además con plazas, una o más iglesias, cementerios, la casa para los sacerdotes y un conjunto de edificaciones destinadas a servir como talleres artesanales o como graneros y almacenes de uso común.

La ilustración muestra la plaza central o Plaza de Armas de la misión de San Ignacio Miní. Al fondo, de izquierda a derecha, el claustro con





las habitaciones de los sacerdotes, la iglesia y el cementerio. Sobre el costado derecho, el edificio del cabildo; al fondo, las huertas. Hacia la derecha y la izquierda se extendían los bloques de casas para los indígenas. El plano corresponde también a la misión de San Ignacio Miní.

Las manufacturas destinadas a satisfacer las necesidades familiares se elaboraban a escala doméstica. También funcionaban talleres donde se realizaban productos específicos, como embarcaciones, imprescindibles para el movimiento de mercaderías y personas, y artículos necesarios para la vida de la misión –construcción, objetos para el culto– y para su comercialización. En esos talleres se formaron excelentes plateros, pintores, torneros, talladores, escultores, relojeros, grabadores, impresores, fundidores. En el siglo XVIII, las misiones llegaron a tener talleres tipográficos con prensas, tipos y tintas fabricadas por los mismos indígenas.

Los pueblos de las misiones se autoabastecían: satisfacían sus necesidades casi por entero. Además, los distintos pueblos formaban parte de una gran unidad económica integrada: a veces sus producciones se complementaban; en otras ocasiones, los excedentes de una reducción podían compensar carencias o dificultades en otras. También producían bienes que eran colocados por los jesuitas en otros centros mercantiles, incluido Potosí. Este comercio, muy rentable para la Orden, les permitía sostener otras misiones en zonas difíciles o menos ricas, así como colegios y casas en distintas ciudades.

El factor religioso jugó un papel fundamental en las misiones. Los jesuitas supieron aprovechar el contexto de las creencias nativas y muchas de sus tradiciones sociales para fundamentar el funcionamiento del sistema, que se "humanizó", mejorando, sin duda, las condiciones de vida de los indígenas reducidos que, además, se encontraban protegidos de los abusos de los encômenderos. Sin embargo, estas poblaciones no estaban libres de la explotación colonial ni de la rigidez del sistema, pues cualquier incumplimiento de las directivas misionales era severamente castigado. En lo económico, el excedente producido por el trabajo de los indígenas en las misiones era administrado, acumulado y comercializado o invertido por los jesuitas.

Situadas sobre una frontera conflictiva y expuesta a los ataques de los *bandeirantes*, las misiones cumplieron un importante papel militar. Los misioneros organizaron la defensa; muchas comunidades se convirtieron en guarniciones donde las milicias indias eran capaces de resistir los ataques portugueses y de operar como instrumento militar a disposición de las autoridades españolas. En 1644 se permitió a los indios misioneros manejar armas de fuego –situación bastante excepcional en la América española–, y se envió a militares españoles para su entrenamiento. Convertidos en verdaderas milicias étnicas, los guaraníes de las misiones enfrentaron a los *bandeirantes* paulistas y estuvieron presentes en muchas expediciones y campañas, como la llevada a cabo en 1680 para ocupar Colonia del Sacramento, fundada por los portugueses en la margen oriental del Río de la Plata.

Después de la firma del Tratado de Permuta en 1750, que entregaba a Portugal siete pueblos de indios en el este del territorio de las misiones, esas milicias tuvieron una participación central en el levantamiento –conocido con el nombre de "guerras guaraníticas"– que enfrentó durante unos años a los pueblos de las misiones con los mismos españoles, aliados ahora con los portugueses. Tras la expulsión de los jesuitas de los dominios españoles en 1767, las misiones, administradas entonces por franciscanos, iniciaron un rápido declive.

De la guerra a la convivencia en la Araucanía

El levantamiento de los *reche* en 1598 y su victoria en Curalaba tuvieron importantes consecuencias en la vida de la Araucanía, cuya frontera con el territorio controlado por los españoles quedó formalmente fijada en el río Bío Bío. Imposibilitados de recuperar lo perdido, los es-

pañoles adoptaron una estrategia defensiva que preveía la concentración de las tropas en fortalezas establecidas a lo largo de la línea fronteriza, posible base para futuros avances. El intento de una penetración pacífica mediante misioneros fracasó pronto y la guerra continuó en la frontera durante casi todo el siglo XVII.

Imposibilitados de utilizar mano de obra indígena a través del sistema de encomiendas, los europeos recurrieron a la captura de nativos y a su venta como esclavos, pues una Real Cédula de 1608 permitía la esclavitud de los indios "rebeldes", como se consideraba a los *reche*. Se multiplicaron entonces las expediciones de saqueo y captura de indígenas, conocidas como "malocas", que llegaron a apresar niños, mujeres y nativos que estaban en paz. Las acciones de represalia por parte de los *reche* culminaron en la gran rebelión de 1655, que se extendió al norte hasta el río Maule. En 1683, otra Real Cédula puso fin a la esclavitud indígena. Para entonces, la importante población mestiza de la región central ofrecía un sustituto de la mano de obra nativa, por lo que las riesgosas expediciones de captura fueron progresivamente abandonadas.

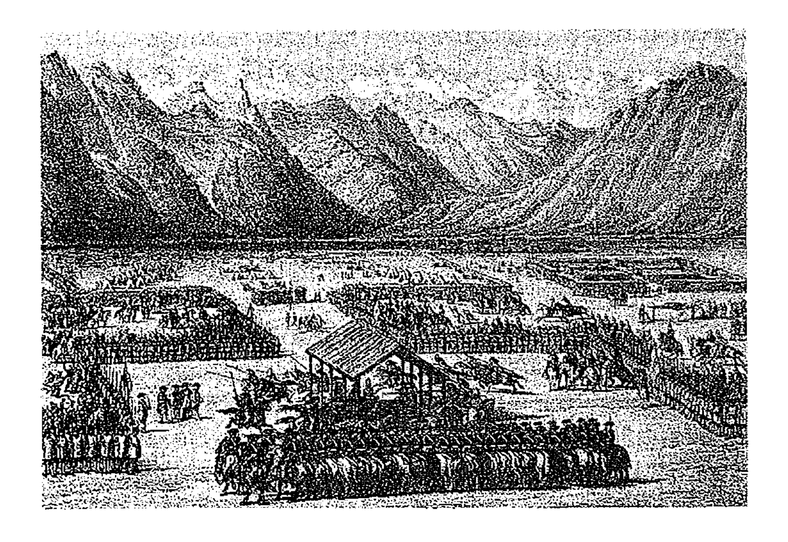
Durante el desarrollo de la guerra se introdujo una modalidad de gran importancia más adelante, el sistema de parlamentos, establecido por los gobernadores para pactar condiciones de paz con los caciques. El primero fue el de Quillín, en 1641; más allá de los aspectos pintorescos que ofrecían estas reuniones, su establecimiento revela un cierto apaciguamiento en la frontera ya a mediados del siglo.

Hacia 1700, algunos hechos indicaban un cambio en las relaciones entre españoles e indígenas. La sociedad colonial chilena, consolidada en la región central, entre los ríos Copiapó y Bío Bío, no necesitaba ya expandirse hacia el sur ni disponer de mayor mano de obra indígena, pues la población mestiza local constituía una fuerza de trabajo barata suficiente. Los gobernadores volcaron su esfuerzo a concentrar a la población en las nuevas ciudades más que a hacer avanzar la línea fronteriza, abandonándose así la idea de someter a la Araucanía. En contraposición, adquirieron importancia la labor de los misioneros, los tratos pacíficos de las autoridades españolas con los caciques mediante los parlamentos y el activo comercio local.

Un aspecto fundamental de las relaciones fronterizas era el intenso comercio local que traspasaba la frontera, tema que ocupó buena parte de las discusiones en los parlamentos. Era conducido por mercaderes y tratantes blancos y por los propios indígenas, y se realizaba tanto en las reducciones como en las estancias, fuertes y ciudades de la frontera.

Parlamentos indígenas en la Araucanía

Los parlamentos, encuentros, asambleas o "juntas de indios" que se celebraron periódicamente en las fronteras de la Araucanía, en las cuales participaban tropas y funcionarios españoles y caciques mapuches con sus guerreros, jugaron un papel central en la estabilización de las relaciones entre ambas sociedades a lo largo del siglo XVIII. En esas coloridas reuniones se establecían relaciones entre los caciques y funcionarios de la frontera, se acordaban términos de paz y se fijaban regulaciones para los intercambios comerciales en la frontera.



En las más importantes participaba el mismo gobernador y, luego, el capitán general. En otras, lo hacían los jefes y funcionarios de la frontera. En esos encuentros los regalos ocupaban un lugar central, pues servían para afirmar relaciones y obligaciones mutuas.
La ilustración, una litografía incluida en la obra de Claudio Gay, muestra el parlamento de Negrete celebrado en 1793, en el cual participaron unas 4200 personas entre españoles e indígenas mapuches y pehuenches.

Los españoles aportaban artículos de hierro (cuchillos, tijeras, hachas), espejos, añil –fundamental para teñir los tejidos–, baratijas, y vino y aguardiente. Los indios entregaban ganado caballar y vacuno, sal y

ponchos tejidos por sus mujeres. La intensidad de ese comercio –por otro lado fuente de abusos, roces y conflictos– llevó a las autoridades coloniales a intentar regularlo, concentrando todos los intercambios en ferias anuales fijas en determinadas plazas fronterizas. Esa convivencia se explica debido a la mutua dependencia de ambas comunidades. La larga resistencia de los *reche* generaba un clima de inestabilidad que afectaba la economía de la colonia y limitaba su crecimiento; además, la sociedad colonial necesitaba algunos productos provistos por los indígenas. Por su parte, estos últimos –que ya en el siglo XVIII se reconocían con el etnónimo *mapuche*, es decir, "gente de la tierra"–, habían llegado a depender de los españoles para el aprovisionamiento de licores y metales, entre otros bienes.

En 1723, como consecuencia de los abusos cometidos por los colonizadores, se produjo la única gran rebelión indígena del siglo. Diversos grupos mapuches, bajo el mando del cacique Vilumilla, cayeron sobre los fuertes avanzados, sitiaron las guarniciones y obligaron a las autoridades a abandonarlos. Toda la línea del Bío Bío se vio amenazada; sólo a costa de un enorme esfuerzo fue posible fortalecer a tiempo la frontera y detener el avance mapuche hacia el norte. Finalmente, los propios caciques propiciaron la paz. En cambio, la rebelión de 1766 tuvo un alcance menor. En síntesis, en el siglo XVIII, el rigor bélico cedió lugar a un sistema de relaciones muy variadas entre las comunidades situadas a ambos lados del Bío Bío, en el que no faltaron conflictos localizados.

Para entonces, los pueblos originarios de la Araucanía habían transformado profundamente sus bases económicas, sus estructuras sociales y políticas, sus patrones culturales. La economía tradicional de los *reche* sufrió un doble impacto. Por un lado, la guerra contra los conquistadores, particularmente violenta en la primera mitad del siglo XVII, consumió hombres y recursos. Las entradas que las fuerzas castellanas realizaban periódicamente en territorio reche arrasaban cultivos y obligaban a abandonar tierras y aldeas para buscar refugio en los bosques y zonas montañosas donde la defensa era más fácil. Cada vez más, los guerreros *reche* debieron buscar, en las llanuras que se extendían al oriente de los Andes, recursos para hacer frente a la guerra: fundamentalmente caballos, pero también guerreros. Por otra parte, cuando eran exitosos, los ataques que los guerreros *reche* lanzaban sobre las poblaciones fronterizas permitían a sus jefes obtener, además de prestigio dentro de su comunidad, un importante botín que incluía armas europeas, animales y cautivos.

En segundo término, en especial a medida que la guerra fue cediendo en intensidad, el contacto con los invasores reprodujo algunos cambios. La introducción de ganados y cereales europeos dio énfasis a la ganadería y la agricultura, que incorporó nuevas técnicas y modificó hábitos de consumo. Con el fin de la guerra abierta se intensificó el comercio en las fronteras, lo cual permitió obtener regularmente bienes producidos en la sociedad colonial, tanto de consumo como suntuarios, y colocar los excedentes de su producción, principalmente tejidos, que llegaron a ser muy valorados.

Estas transformaciones económicas impactaron en la organización sociopolítica de las comunidades *reche*. Los *ulmenes* más importantes fueron sin duda los más beneficiados por la nueva situación: la guerra les había dado ocasión de incrementar su prestigio y adquirir riquezas, primero como botín de guerra y luego mediante intercambios comerciales. A medida que se afianzaban las relaciones pacíficas, esos ulmenes adquirieron habilidad y conocimientos para negociar en las fronteras, tanto en las tratativas políticas de los parlamentos como en las negociaciones comerciales que tenían lugar en la ferias periódicas. En esta actividad era fundamental el manejo de la lengua castellana y el conocimiento de las prácticas y costumbres del mundo hispano-criollo.

La presencia de esos jefes fue central para las autoridades fronterizas españolas que, interesadas en mantener relaciones pacíficas luego de la larga y costosa guerra, buscaron entre ellos interlocutores capaces de acomodarse a la nueva situación y con habilidad para tratar con la administración colonial. El reconocimiento de esos caciques –acompañado por valiosos regalos que les permitían incrementar su riqueza y su capacidad de distribución, en este caso de bienes europeos– incrementó su prestigio en cada comunidad y les permitió consolidar su posición jerárquica. Muy pronto, esos mismos ulmenes generaron mecanismos para asegurar la transmisión del poder a un miembro de su linaje, preferentemente al primogénito de la esposa principal quien, desde muy joven, era preparado para el cargo, recibía un entrenamiento especial y desempeñaba distintas tareas y gestiones que le permitían interiorizarse en el manejo de los negocios políticos, para ir formando su propia red de alianzas.

No obstante, alentado desde la frontera, ese nuevo orden no dejó de generar resistencias. Al convertirse en mediadores fronterizos, esos ulmenes cerraban a los jóvenes guerreros los caminos para el ascenso social, esto es, el prestigio en la guerra y la obtención de botín, e impedían el acceso a posiciones políticas a quienes no pertenecían a los

linajes más poderosos y ricos. De hecho, el control de esos jóvenes díscolos era una de las condiciones que el poder colonial imponía a los jefes indios aliados. Ya en la segunda mitad del siglo, muchos de aquellos guerreros emigraron a las llanuras orientales para buscar allí la gloria guerrera y la fortuna que se les negaba en su tierra.

En suma, el nuevo etnónimo, *mapuche*, que reemplazó al de *reche* y que se conserva hasta hoy, expresaba en buena medida el nuevo orden social emergente de cambios generados a partir de la guerra y del conflicto con los conquistadores, profundizados luego en las intensas relaciones fronterizas.

Las transformaciones del mundo pampeano-patagónico

Hacia 1750, la frontera pampeana vivía momentos de intenso conflicto; los pobladores de Buenos Aires recordaban con temor el tremendo ataque que, diez años antes, habían lanzado sobre la campaña bonaerense dos poderosos caciques, Cacapol y su hijo Cangapol, al frente de una coalición de diferentes grupos. Desconocemos la cantidad exacta de guerreros –se habla de un millar–, pero los efectos devastadores de la invasión hacen pensar que se trataba de fuerzas considerables. El ataque hizo tambalear el precario sistema defensivo fronterizo. Las fuerzas indígenas arrasaron el partido de la Magdalena, al sur de Buenos Aires, y el pánico se apoderó de la ciudad, atemorizada por un ataque que se consideraba inminente. Pero los indios no se interesaron por la ciudad. Tras matar algunos españoles y apoderarse de muchos cautivos y gran cantidad de ganado, emprendieron el regreso a sus tierras, mientras que las pocas fuerzas que intentaron perseguirlos se vieron obligadas a observar su retirada.

Quiénes eran esos caciques meridionales y, particularmente, cuáles eran las bases materiales que sustentaban su poder y su capacidad de convocatoria. Es obvio que no eran ya simples jefes de banda y que su sostén no dependía únicamente de la caza y la recolección. Los pueblos originarios de las llanuras habían cambiado desde el establecimiento de los españoles en las costas rioplatenses; profundas transformaciones habían afectado su economía, su estructura sociopolítica, sus costumbres y sus prácticas sociales. Tales cambios eran resultado tanto del contacto con los españoles como de los vínculos cada vez más estrechos con los pueblos de la Araucanía.

El gran malón de Cacapol y Cangapol sobre Buenos Aires

En su *Descripción de la Patagonia...*, el misionero jesuita Tomás Falkner recuerda la gran invasión que, hacia 1740, habían llevado a cabo los caciques sureños Cacapol y su hijo Cangapol para vengar afrentas inferidas por el maestre de campo Juan de San Martín. Con tal motivo -nos relata- ambos caciques se pusieron

"[...] en campaña a la cabeza de 1000 hombres (algunos los hacen ascender a 4000) entre Tehuelhets, Huilliches y Pehuenches, y juntos invadieron el partido de la Magdalena, unas cuatro leguas distante de Buenos Aires [...] Mataron muchos españoles y se llevaron gran número de cautivos, mujeres y niños, con más de 20 000 cabezas de ganado vacuno, sin contar los caballos y demás [...]



"Los vecinos de Buenos Aires, que supieron con tiempo de esta inesperada invasión por los fugitivos, cayeron en la más terrible consternación; muchos de los oficiales de la guardia corrían por las calles en cabeza, y no sabían qué hacer, mientras que las iglesias y los conventos estaban atestados de gente que allí se refugiaba, como si ya hubiese entrado el enemigo en la ciudad".

La imagen muestra la figura de Cangapol, que fue una de las fuentes de Falkner, tal como se lo presenta en el mapa que acompaña la obra del misionero jesuita.

En efecto, esos pueblos habían adoptado productos y hábitos tomados de los cristianos. Se ha destacado muchas veces la importancia para la economía indígena de la incorporación del caballo, que obligó a modificar las formas de vida para adaptarlas a las condiciones de la actividad ecuestre. El caballo tuvo amplia aceptación entre los indígenas, quienes pronto lograron su completo dominio y lo utilizaron con habilidad y destreza. Los equinos permitieron desplazamientos más rápidos y a mayores distancias, ampliaron la capacidad de carga, modificaron las formas de obtener el alimento, permitieron realizar grandes cacerías, enriquecieron la dieta –caballos y especialmente yeguas se convirtieron en un alimento predilecto– y proporcionaron materias primas a los artesanos, como cuero, cerdas y crines, nervios, tendones y huesos. Además, el caballo se convirtió en preciado artículo de trueque y fue usado como medida de valor en los intercambios.

No obstante, sería erróneo reducir la influencia europea al caballo. Por un lado, su incorporación no significó sólo la transformación de los cazadores-recolectores pedestres en cazadores ecuestres volcados cada vez más a la captura de caballos salvajes y al saqueo y pillaje en las fronteras, sino que fue además el punto de partida de profundos cambios económicos y sociales. Por otra parte, ovejas y vacas, mulas y cabras también fueron adoptadas y tuvieron gran importancia económica, en especial las ovejas, que proveían de lana a las tejedoras nativas. También se incorporaron a la vida indígena las harinas obtenidas de cereales europeos, los instrumentos de hierro, los licores y aguardientes, el azúcar, el tabaco, muchos adornos y prendas de vestir europeas. La yerba mate, originaria de las misiones jesuíticas del Paraguay, fue otro producto introducido por los europeos entre las poblaciones originarias, que pronto se aficionaron a ella.

Este proceso tuvo consecuencias más importantes. Muchos de esos artículos sólo podían obtenerse mediante intercambios con el mundo hispano-criollo o por medio del trueque con grupos que actuaban de intermediarios para quienes estaban lejos de las fronteras. Como resultado, una extensa red de circulación comenzó a vincular las distintas regiones del territorio indígena, y a éste en su conjunto con las áreas controladas por los europeos, acentuando la dependencia de cada grupo respecto de los otros y de la sociedad blanca, y estimulando entre los indígenas la obtención o producción de bienes estimados por los hispano-criollos a fin de canjearlos en las fronteras.

La comercialización de ganado en gran escala –en menor medida, también se comercializaban sal y plumas de ñandú– en los mercados tra-

sandinos se constituyó en la principal actividad mercantil indígena y en el sostén fundamental de su economía. Siguiendo en parte viejas vías de contacto prehispánicas, la estructura de este circuito comercial se fue constituyendo a lo largo del siglo XVII y, hacia 1750, las más importantes rutas ya se encontraban en funcionamiento. Desde las llanuras orientales, principal fuente de aprovisionamiento de animales, atravesaban las pampas, alcanzaban los valles y pasos cordilleranos y seguían rumbo a la Araucanía y los establecimientos españoles cercanos a la frontera del Bío Bío.

La más conocida y sin duda la más importante de esas rutas era la del río Negro, que tenía su punto de partida en las ricas tierras del suroeste bonaerense. A lo largo de ese río se desarrollaban activos intercambios con los tehuelches meridionales, que durante el verano llegaban hasta allí desde sus lejanas tierras. Otras dos rutas atravesaban la pampa más al norte, cruzando los territorios de las actuales provincias de La Pampa, Neuquén y Mendoza. En los territorios cordilleranos del sur de Mendoza y del norte de Neuquén, los pehuenches actuaban como intermediarios en ese comercio y realizaban, en los ricos valles de la región, labores de descanso y engorde de los ganados que llegaban desde el otro extremo de la pampa.

Un efecto de la vinculación del mundo indígena con el mercado colonial y su creciente dependencia de los productos de origen europeo fue el desarrollo de procesos de especialización económica allí donde la disponibilidad de recursos valiosos lo permitía. Así ocurrió con la extracción y comercialización de sal –abundante en su territorio– por parte de los pehuenches cordilleranos, actividad que, junto con el pastoreo, fue una de las bases de su economía. En la Araucanía, fue notable el impulso que recibió entre los mapuches la producción textil, en especial de mantas y ponchos comercializados tanto en la frontera del Bío Bío como en las pampas. En las tierras del sur y sudoeste bonaerense, en particular en las comprendidas entre las sierras de Tandil y Ventana, la abundancia de aguadas y pastizales permitió la formación de un importante núcleo ganadero vinculado a esa red mercantil.

Este núcleo pastoril, que alcanzó su apogeo unas décadas más tarde, se encontraba en formación ya hacia 1750, favorecido por las óptimas condiciones de esa zona para el pastoreo y por el incremento de la demanda. Además, ese desarrollo se sustentó en el uso de una tecnología pecuaria relativamente compleja para la época: las investigaciones arqueológicas y las referencias documentales señalan la utilización, por parte de los indígenas, de técnicas destinadas a la concentración, custodia y engorde de los ganados, como el uso de potreros en mesetas y en

valles interserranos y construcciones de piedra para hacer esos sitios más seguros y fáciles de vigilar.

Esta economía pastoril especializada, como toda economía de esas características, necesitaba establecer relaciones estrechas con núcleos de agricultores o centros urbanos que los proveyeran de granos y de algunos productos manufacturados esenciales. Tales relaciones podían ser tanto de carácter pacífico como belicoso: intercambios o comercio en el primer caso; robos y ataques para obtener botines en el segundo. Para las poblaciones del sur bonaerense fueron fundamentales las relaciones con Buenos Aires y su entorno rural, donde podían proveerse de bienes necesarios –productos agrícolas o manufacturas– a cambio de los excedentes de su producción. Para esta época, las fuentes disponibles nos muestran la presencia frecuente en la ciudad de pequeñas partidas de nativos que cruzaban los puestos fronterizos llevando cueros y pieles, artículos de talabartería (riendas, aperos, lazos), algún poncho o manta de lana, o sacos de sal que cambiarían por harina, azúcar, yerba mate, vino o licores, algunas telas de algodón o quincallería.

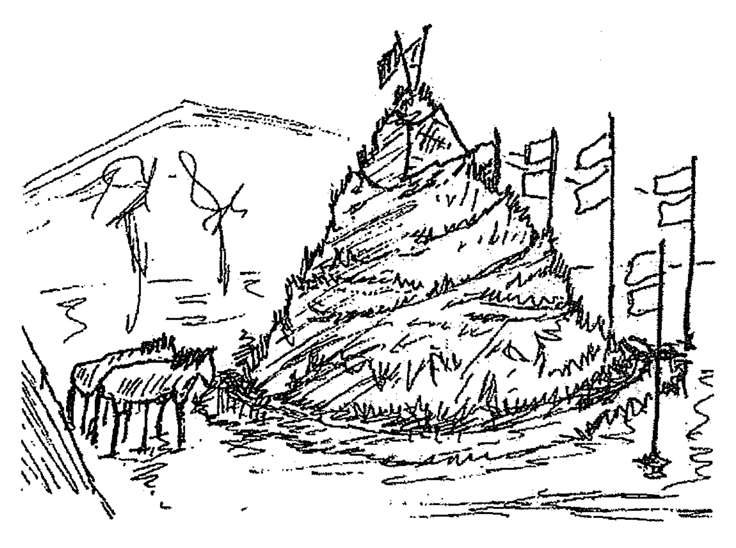
Sin embargo, los cambios producidos iban más allá de los aspectos económicos, pues muchos de los nuevos bienes adquirieron valor social y religioso: el caballo se incorporó a las costumbres y ceremonias indígenas, formó parte importante de los pagos que se efectuaban para comprar esposas y en las compensaciones por homicidio, y ocupaba un lugar destacado en ofrendas y sacrificios funerarios, rituales y diversiones. Los licores y aguardientes europeos desplazaron a la chicha nativa, cuyo consumo también estaba fuertemente ritualizado. Las chaquiras –cuentas de vidrio–, ciertas prendas europeas como chupas y sombreros, las espadas y bastones –en especial si tenían empuñaduras de plata– adquirieron gran valor como elementos de prestigio.

También se daban profundas transformaciones en el sistema social y político. Paulatinamente se establecían distinciones jerárquicas entre los caciques que se expresaban en un complejo y cuidado ceremonial. Tales distinciones eran visibles, a mediados del siglo XVIII, en diferencias en las viviendas, el número de esposas, el vestuario y los adornos, así como en la exhibición de objetos de metal por parte de algunos caciques y capitanejos, que demostraban así su riqueza y prestigio. En el plano político, ciertos elementos apuntaban a formas más complejas. Como vimos, algunos caciques meridionales, como Cangapol y Cacapol, eran capaces de movilizar un número muy importante de guerreros, encabezaban una vasta alianza de distintos grupos y podían trasmitir su autoridad por herencia dentro del mismo linaje.



La tumba de la bahía de San Julián

En 1746, los tripulantes de la fragata española San Antonio, entre los que se encontraba el misionero jesuita José Cardiel, encontraron en San Julián, en la costa patagónica, una tumba que les llamó la atención por su forma –troncocónica y construida con varas de madera– y el ajuar que acompañaba a los allí sepultados –un hombre, seguramente un cacique, y dos mujeres–, que incluía cueros de caballo, ponchos de lana y algunas piezas de metal. Frente a la tumbas, cueros de caballo rellenos de paja y colocados sobre estacas semejaban a la distancia animales vivos.



Los ponchos y el metal revelan ya influencias de la Araucanía. Al parecer, las mujeres habían sido sacrificadas para acompañar a su señor en la otra vida. Esta práctica, muy extendida en jefaturas y estados antiguos, es conocida con el nombre de *suttee*, y revela un alto grado de complejidad política y social.

La ilustración muestra una tumba similar encontrada cerca del estrecho de Magallanes por la expedición inglesa comandada por el capitán Parker King en los últimos años de la década de 1820, y aparece en un grabado incluido en el *Diario* de la expedición.

En suma, entre las poblaciones pampeanas y norpatagónicas, ya con fuertes influencias mapuches, se consolidaban procesos de diferenciación social y de concentración del poder político en manos de algunos caciques,

especialmente aquellos que controlaban las líneas fundamentales del comercio ganadero. Este proceso tuvo su expresión simbólica en la adopción de ordenadores sociales, ceremonias y rituales que ponían de relieve la riqueza, el prestigio y la autoridad, lo que facilitó la incorporación de algunos bienes europeos o mapuches altamente valorados.

Los cambios se extendieron también, aunque quizá más lentamente, a las poblaciones de la Patagonia central y meridional. Nuestra información es realmente muy escasa, pero sabemos que los tehuelches estaban conectados con los pueblos de la Patagonia septentrional y que llegaban hasta el río Negro para comerciar o hasta las sierras del sur bonaerense para buscar caballos. También parece probable que grupos del norte de la Patagonia viajaran hacia el sur, posiblemente en busca de sal, como parece revelarlo una tumba hallada en la costa patagónica en 1746.

El impacto mapuche sobre las pampas fue notable. El uso y la adopción de su lengua –el *mapudungun*– por parte de la población fue el aspecto más visible de ese proceso –los estudiosos utilizan el nombre de "araucanización" para designarlo– favorecido por los intensos contactos, la movilidad, los frecuentes intercambios y los múltiples matrimonios interétnicos. También se incorporaron prácticas económicas –esencialmente el cultivo–, técnicas artesanales como el tejido y la metalurgia, múltiples usos y costumbres, y se integraron al universo religioso pampeano creencias, ritos y ceremonias originarios de la Araucanía.

Se trató de un largo proceso, que incluyó tanto la incorporación de bienes, prácticas, costumbres y elementos culturales de origen trasandino por parte de las poblaciones de la región, como el asentamiento de importantes grupos mapuches que emigraron de sus tierras. El primer proceso, aunque más antiguo, se desarrolló durante el siglo XVIII, vinculado al entramado de relaciones entre las poblaciones de ambas regiones. El otro, más tardío –desde fines de la segunda década del siglo XIX–, fue consecuencia de los violentos hechos políticos inmediatamente posteriores a la guerra de independencia en Chile.

Estos grupos desplazados llegaban a un territorio conocido, en el que tenían parientes, donde todos usaban la misma lengua y compartían costumbres, creencias y prácticas sociales. Los antiguos contactos entre indígenas de allende la cordillera andina y de las llanuras se intensificaron durante el siglo XVIII y favorecieron el establecimiento de relaciones de parentesco entre distintos grupos a través de matrimonios mixtos. Esas redes de parientes, a veces muy amplias, facilitaban la movilidad y el desplazamiento por la región, así como la incorporación de bienes culturales mapuches por parte de las poblaciones locales, especialmente

algunos que, como los tejidos o los objetos de metal, estaban dotados de un gran prestigio. En síntesis, la incorporación de tales bienes y técnicas –tanto mapuches como europeas– no puede desligarse de las transformaciones y cambios sociopolíticos resultantes del establecimiento de nuevas relaciones económicas.

Las naciones del Chaco

El contacto con el mundo de los invasores también había generado cambios en los pueblos originarios de la región chaqueña. Aunque todavía parcial e incompleto, el conocimiento de la región es más amplio debido al aumento de la documentación producida por el mundo hispano-criollo que la rodeaba. De todos modos, aunque más profundo para las zonas de contacto, ese conocimiento es sin embargo muy escaso para las áreas interiores. Por otro lado, esas informaciones, en general tendenciosas y prejuiciosas, brindan una imagen negativa del territorio y sus pobladores –imagen que perdura hasta hoy–. Se lo consideraba un territorio hostil con condiciones de vida durísimas que albergaba una población no menos dura y violenta de "salvajes" irreductibles. Pese a ello, una lectura crítica de esos documentos puede arrojar cierta luz sobre la vida de estos pueblos.

A mediados del siglo XVIII, esas poblaciones habían desarrollado formas de vida que incorporaban a sus modos ancestrales algunos productos, bienes, técnicas y prácticas tomados de los europeos y otros nuevos que resultaban de la necesidad de adaptarse a las condiciones históricas. Esas nuevas formas de vida estaban vinculadas además a las condiciones ecológicas del territorio, una extensa llanura subtropical en la cual las diferencias climáticas determinan la formación de distintos nichos ecológicos o "parches ambientales".

Las lluvias son un factor clave. Concentradas en la larga temporada estival y más abundantes en el oeste que en el este, determinan la formación de dos grandes regiones separadas por una franja intermedia de transición: una, al oriente, es cálida y húmeda, con lluvias frecuentes distribuidas a lo largo de casi todo el año; la otra, al oeste, más seca, con lluvias menos abundantes y concentradas principalmente en los meses del verano. Estas condiciones producen cambios en la vegetación, alternándose bosques cerrados de maderas duras –como los quebrachales de la región central–, montes arbustivos, selva tropical a lo largo de los grandes ríos, praderas, pastizales y estepas.

Fuera de los grandes ríos, en la mayor parte del territorio faltan aguas en superficie, excepto por las charcas o pequeñas lagunas temporarias formadas en la temporada de lluvias por la creciente de los ríos. Por eso, fue cerca de las márgenes de los grandes ríos, como el Pilcomayo y el Bermejo, y en la selva subtropical que los bordea, donde se concentró la mayor parte de la población originaria que desarrolló allí sus principales actividades económicas y sociales. Esas mismas condiciones ecológicas explican la alta movilidad de las poblaciones chaqueñas, pues los recursos disponibles variaban estacionalmente según los nichos ecológicos. Para subsistir, los grupos debían asegurarse el acceso a diferentes territorios donde podían recoger distintos alimentos o materias primas esenciales según las estaciones. Además, las lluvias y las inundaciones jugaron un papel esencial en la movilidad de las comunidades.

En general, la economía indígena abarcó un conjunto de actividades: la caza y la recolección eran esenciales, así como algunas prácticas artesanales que utilizaban materias primas locales. Además, muchos grupos practicaban una horticultura estacional en las riberas de los ríos donde también pescaban. Estas actividades, distribuidas a lo largo del año según los recursos disponibles, marcaban el ciclo de la movilidad anual. Permanecer en un mismo territorio implicaba la imposibilidad de acceder a bienes fundamentales; la explotación continua de un recurso llevaría a su agotamiento y desaparición.

Por tales motivos, los pueblos chaqueños mostraron una fuerte resistencia a aceptar la política de reducciones y se negaron a abandonar la costumbre ancestral de vagar por el territorio, que tanto preocupaba a los misioneros. Este comportamiento, denominado por algunos antropólogos "moverse para producir", es común en grupos humanos que viven en ambientes poco favorables: el nomadismo chaqueño era una movilidad programada en función de recursos localizados en distintos lugares en diferentes momentos.

En esa movilidad incidieron de manera crucial los conflictos con otros grupos, ya que el Chaco, especialmente los grandes sistemas fluviales, fue una región de tránsito por la que se desplazaban importantes grupos humanos. La presencia de los invasores europeos incrementó esos conflictos al presionar a las poblaciones locales desde las fronteras obligándolas a desplazarse total o parcialmente, como ocurrió, por ejemplo, con *guaycurúes* y *matacos*. Esa movilidad debe ser comprendida tanto en el marco de la interacción de los sujetos con el medioambiente como por las presiones sufridas en un espacio de suma conflictividad.

La variedad de recursos disponibles utilizados por los pueblos chaqueños contrasta con la imagen de pobreza que transmiten los documentos de la época. En primer lugar, estos pueblos disponían de una amplia gama de especies animales para cazar, como tigres, guanacos, vizcachas, liebres, conejos, ciervos, antas o tapires, monos, nutrias, avestruces y más de un centenar de diferentes aves, de las que se aprovechaban, además, plumaje y huevos. En los ríos, arroyos y riachuelos de la región, habitaban numerosas tortugas acuáticas y gran cantidad de peces, como palometas, tarariras, pacús, corvinas de agua dulce, bagres, pejerreyes, dorados, surubíes y sábalos.

Recolectaban gran variedad de especies vegetales comestibles y de uso medicinal. Se destacaban las maderas duras –palo santo, cedro, chañar, nogal, quebracho y lapacho– y las que tenían propiedades tintóreas, como el añil o índigo y la cochinilla, que eran muy valoradas. Particular importancia tuvo el algarrobo, con cuyos frutos fermentados se elaboraba la *chicha*, bebida embriagante fundamental en los grandes encuentros estacionales que reunían a diferentes grupos, y el *cebil*, de gran valor como alucinógeno. Muy extendido estaba el uso de un cardo, el *caraguatá*: sus raíces eran comestibles, y de sus grandes hojas, rígidas y de bordes espinosos, se obtenían fibras para la confección de artículos de cestería y redes para la pesca.

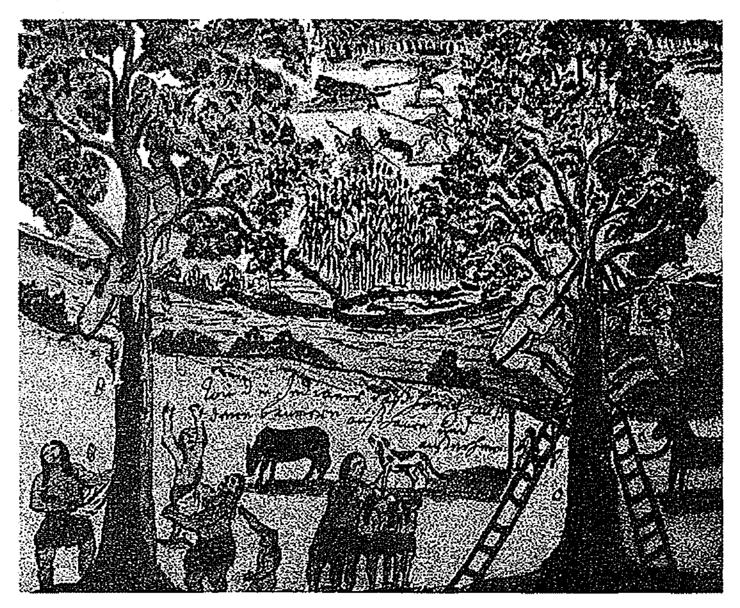


Los recursos de los pueblos chaqueños

El padre Martín Dobrizhoffer, quien misionó entre los abipones, recuerda el tipo de vida que éstos llevaban y los recursos que les ofrecía el medio: "Por instinto natural, quizás siguiendo las costumbres de sus mayores o por experiencia propia, conocieron los distintos frutos de la tierra y de los árboles; en qué momento del año brotaban libremente; qué artes se debían utilizar para cazar fieras así como el lugar donde encontrarlas [...]

"Continuamente emigraban de un lugar a otro en busca de elementos necesarios para poder sobrevivir. En los campos se criaban gran número de aves, ovejas, gamos, tigres, leones, conejos, y otros tipos de animales propios de América. Los ciervos vagaban con frecuencia por las márgenes de los grandes ríos; en tanto que en los lugares palustres [pantanosos], raramente faltaban las innumerables manadas de jabalíes. En los bosques se alimentaban grandes grupos de osos hormigueros, alces, monos y loros. En arroyos y lagos, riquísimos en peces, habitaban numerosos ejemplares de ánades y patos [...] Si acaso les faltaban todas

estas cosas, nunca quedaban con el deseo de probar las frutas comestibles de los árboles o la abundante miel. Sólo las palmeras, en sus distintos tipos, ofrecían solución a los que buscaban comida, bebida, medicina, habitación, vestido o armas. Tanto bajo tierra como bajo agua encontraban raíces aptas para alimentarse. La algarroba de dos especies, que el vulgo llama pan de San Juan, les ofrecía comida y bebida saludable la mayor parte del año [...] Si debido al clima los arroyos se secaban, o los campos estaban desiertos, buscaban bajo las hojas del caraguatá [especie de cardo] el agua que les quitaría la sed. Frutos llenos de jugo, semejantes a melones, nacían bajo tierra. En los ríos secos cavaban con la punta de la lanza un hoyo hasta ver brotar de él agua suficiente para ellos y su caballo".



El dibujo del misionero jesuita Florián Paucke muestra algunas de las actividades entre los mocovíes: mientras algunos indios recogen miel en los árboles pueden verse, más allá del río, un cultivo de maíz y una escena de cacería.

Otra actividad vinculada a la subsistencia era el cultivo, practicado en las márgenes de los cursos de agua mediante el sistema de roza o tala y quema. La intensidad del cultivo y la variedad de especies cultivadas dependían de las condiciones de cada lugar: tenemos referencia a maíz

–del que se podían hacer tres o más cosechas en el año–, sandías, varias clases de zapallos, achiras, batatas o camotes, mandioca y maní.

Especial mención merecen los ganados de origen europeo. Los caballos pasaron pronto a ocupar un lugar central, acelerando la movilidad de los grupos y brindando a aquellos que los poseían en cantidad una ventaja apreciable en las guerras, tanto contra los españoles como contra grupos nativos rivales. Al igual que en las pampas, los animales eran aprovechados en su totalidad: como transporte, en la guerra, como alimento, como fuente de materias primas. Provenían, principalmente, de la captura de aquellos que estaban sueltos y asalvajados o bien del robo en poblados y haciendas de las fronteras. Pronto constituyeron también un rubro importante en las transacciones comerciales.

Los vacunos, en cambio, no tuvieron tanta importancia, seguramente porque no se adaptaban bien a las condiciones ambientales del Chaco –excesivo calor y humedad, suelos muy mojados–, y su marcha demasiado lenta demoraba los desplazamientos. Los animales capturados eran rápidamente consumidos; los cueros se reservaban. Sí fueron incorporados, en cambio, pequeños rebaños de ovejas y cabras.

La explotación de esos variados recursos permitía a los pueblos originarios atender a su sustento material y contar con un excedente que podía ser intercambiado con otras comunidades y comercializado en las fronteras. Se consolidaron entonces amplias redes de intercambio, de funcionamiento sin duda anterior a la presencia europea. La participación de españoles y portugueses activó y amplió esas redes, que adquirieron en muchos casos un claro carácter mercantil.

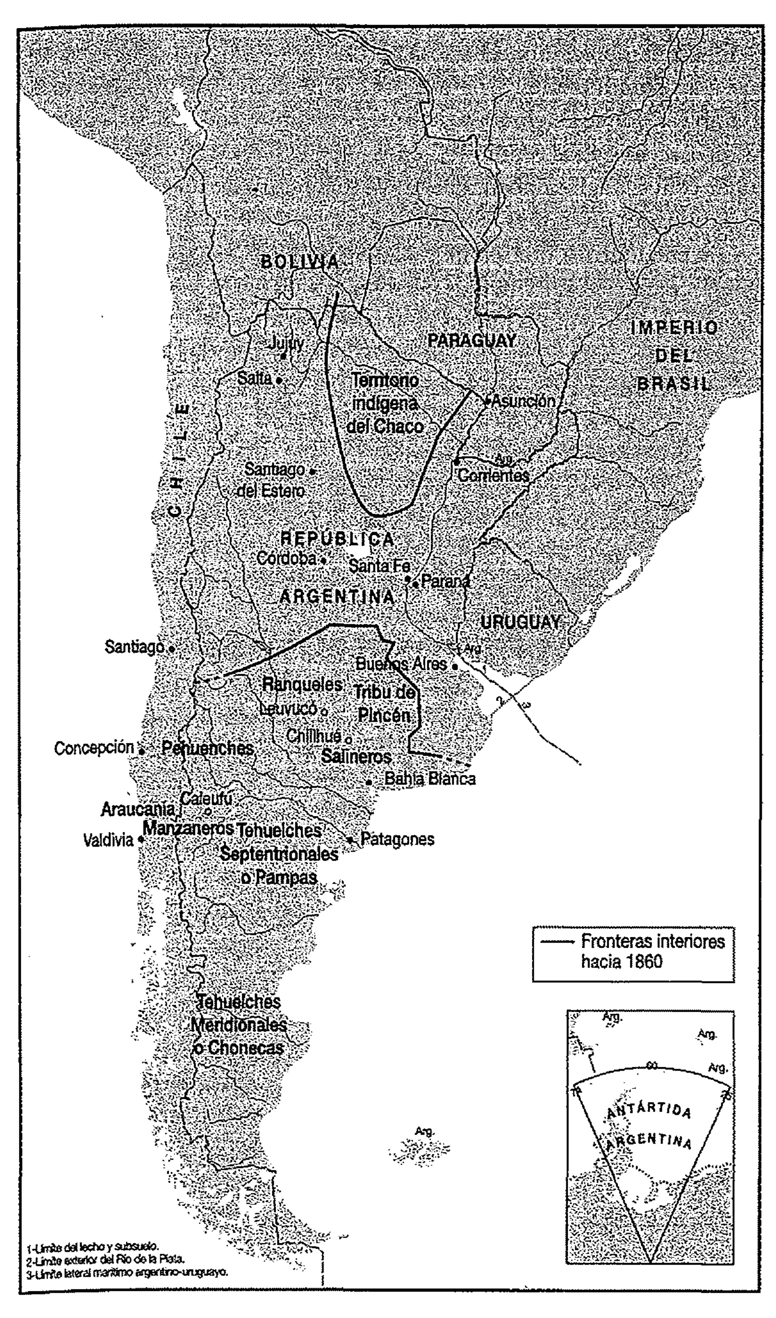
En efecto, ubicado entre los territorios controlados por España y Portugal, el Gran Chaco fue circundado desde épocas tempranas por redes comerciales a las que muy pronto se integró como consumidor de productos manufacturados provenientes del mundo hispano-criollo, o bien como proveedor de algunos bienes necesarios en pueblos, haciendas y misiones fronterizos –entre otros, pieles y cueros, añil, miel y cera–, donde no era raro encontrar a grupos nativos realizando sus tratos. Por otro lado, comerciantes españoles, criollos y portugueses realizaban periódicas incursiones, comerciales o de exploración, en territorio indígena. Entre los nativos, el comercio alentó la obtención de recursos valiosos para el mundo hispano-criollo y generó cierta especialización en los grupos con mejor y más fácil acceso a ellos.

La movilidad de los grupos –explotación de recursos estacionales, traslados a las fronteras para comerciar o trabajar temporariamente en las haciendas, expediciones guerreras contra otros grupos o contra los

españoles– y las dificultades del territorio para sostener por mucho tiempo una población numerosa en un mismo sitio tendían a fraccionar a las comunidades. Una forma de articulación fueron las grandes asambleas que se celebraban durante la temporada de lluvias, época de la recolección. Esas reuniones, en las que la bebida ritual ocupaba un lugar central, aglutinaban a distintos segmentos de una comunidad, a comunidades diferentes e incluso a grandes grupos étnicos.

Los encuentros, que culminaban en grandes borracheras rituales, servían para renovar vínculos personales y de parentesco, acordar matrimonios, convenir los límites de territorios de pesca, caza, recolección y sembradío, solucionar diferendos o disputas, acordar la paz y concertar alianzas para enfrentar a enemigos, ya fueran pobladores hispanocriollos o grupos nativos rivales. Esas juntas o asambleas constituían una forma de expresión de la identidad. En ellas, los discursos de los caciques y jefes rememoraban hechos pasados y viejas ofensas, renovaban lealtades, destacaban los propios valores frente a los de sus enemigos, especialmente de los cristianos. Esa exaltación de la identidad solía terminar en violentas grescas que eran el inicio de cruentos ataques contra los asentamientos coloniales.

Desde comienzos del siglo XVIII, la violencia conmovía a las fronteras, en particular a la del Tucumán. Vencida la resistencia en los valles calchaquíes y casi diezmada su población original, autoridades y hacendados encararon la reactivación de la economía regional. Las haciendas se expandieron en especial en la frontera chaqueña, percibida desde la óptica colonial como un territorio disponible con una población nativa susceptible de ser encomendada que, se esperaba, compensara la mano de obra perdida en los valles calchaquíes. Distintas acciones se ensayaron con ese fin: ocupación de tierras en la frontera, entradas punitivas en general poco efectivas, viajes de exploración, revitalización del sistema de misiones –mayoritariamente de jesuitas y franciscanos–, acuerdos con los caciques menos violentos, celebración de parlamentos y pactos que rara vez se cumplían, intentos por establecer un sistema de defensa más eficiente. Los resultados fueron muy pobres. La administración colonial, con pocos recursos y obligada a recurrir al aporte de los siempre remisos hacendados, poco pudo hacer frente a una población indígena reacia en general a aceptar los condicionamientos. En el frente oriental del Chaco, la presión colonial fue menor y la violencia fronteriza no alcanzó niveles tan altos aunque –pese al esfuerzo de los misioneros jesuitas por atraer a la paz a los principales caciques– grupos de abipones y mocovíes atacaban periódicamente los establecimientos fronterizos.



Fronteras y territorios indígenas hacia 1860

10. Hace unos 150 años... (ca. 1860)

La resistencia de los pueblos originarios frente al surgimiento de los estados nacionales

Hacia mediados del siglo XIX, el mundo rioplatense había sufrido, como el resto de la América española, profundos cambios. Con el quiebre del orden colonial, las elites criollas iniciaron la edificación de un nuevo orden social, político y económico que culminó en la construcción de los estados nacionales modernos y la imposición de políticas económicas liberales acordes a sus intereses. La nueva situación afectó las relaciones con los pueblos indígenas, en general pacíficas hacia fines de la época colonial, y en las fronteras del Chaco, la Araucanía y las pampas reapareció la violencia. Los pueblos originarios ensayaron distintas respuestas y encararon políticas orientadas a defender su autonomía y asegurar su subsistencia: pactaron y buscaron alianzas con grupos criollos cuando lo consideraron oportuno; guerrearon cuando vieron la posibilidad de tener éxito. Los cambios iniciados antes se aceleraron, en especial en la vasta llanura pampeana, donde se consolidaron grandes jefaturas que durante años resistieron los intentos criollos de conquista.

La segunda mitad del siglo XVIII fue una época clave para los territorios meridionales del imperio español, en especial para el Río de la Plata. Los efectos de las medidas tomadas por la monarquía borbónica se hicieron sentir en la región, que vivió así un período de marcado crecimiento económico. Se gestaron entonces las condiciones para el proceso revolucionario que tuvo lugar a partir de la crisis de la monarquía española, a fines de la primera década del siglo XIX. El proceso fue de fundamental importancia para las relaciones con las sociedades originarias que se mantenían independientes del control de las autoridades coloniales en las pampas, la Patagonia, el Chaco y la Araucanía.

Las transformaciones del mundo hispano-criollo

Las medidas que condujeron a la apertura del puerto de Buenos Aires y su habilitación para el tráfico ultramarino marcaron un vuelco del comercio hacia el Atlántico, con el consiguiente reordenamiento de los flujos comerciales. La ciudad-puerto se convirtió en la puerta de salida hacia España y otros puertos del imperio colonial de las producciones regionales, en especial de la plata del Alto Perú, y en la vía de entrada de productos ultramarinos, incluidos los esclavos africanos. Ese aumento del comercio –junto al contrabando, nunca abandonado– revalorizó algunos recursos locales, como los derivados de la ganadería, y enriqueció a los comerciantes de la región.

La población creció con rapidez. Buenos Aires –tanto la ciudad como la campaña circundante– se convirtió en un foco de atracción; comerciantes españoles de la península –o agentes de casas comerciales– se radicaron en la ciudad; migrantes del interior se instalaron en la campaña para escapar de la mala situación económica en que se encontraban algunas regiones, cuyas producciones locales no habían podido competir con los productos que entraban por Buenos Aires, como ocurrió con los textiles de algodón en Santiago del Estero.

En 1776, en consonancia con su nuevo papel económico y su situación estratégica en la ruta del Cabo de Hornos, la ciudad se convirtió en la capital del nuevo Virreinato, el del Río de la Plata. En los años siguientes, junto con el aumento de sus habitantes, la ciudad cambió su aspecto debido a las medidas edilicias de algunos virreyes más o menos imbuidos de las ideas de la Ilustración, pero también por la consolidación de una elite enriquecida. En pocas décadas, la antigua aldea comenzó a asemejarse a una ciudad.

Sin embargo, no todo fue sencillo. Los beneficios del comercio ultramarino se vieron limitados por la supervivencia de viejas trabas burocráticas y, hacia final del siglo, debido a los efectos de las guerras revolucionarias en Europa –en las que la corona española se vio comprometida–, que provocaron interrupciones del comercio atlántico. El acercamiento de España a la Francia revolucionaria luego de los furores iniciales reavivó el conflicto con Inglaterra, entonces la principal potencia marítima, que impulsaba una política decididamente antifrancesa.

En otro plano, la política centralizadora de los Borbones, dispuesta a limitar –no siempre con éxito– el peso político que habían adquirido en América las elites criollas locales, encontró resistencias no disimuladas entre esos grupos. Ése fue el objetivo de la imposición del sistema

de intendencias, que limitaba la autoridad de los cabildos –órgano de expresión de esas elites–, y la designación preferente de funcionarios provenientes de la península –supuestamente, sin vínculos económicos o familiares con esas elites– en los cargos clave del poder colonial.

Las tensiones acumuladas estallaron a fines de la década de 1810 con la crisis de la monarquía española –la abdicación de Carlos IV y de Fernando VII y el ascenso al trono español de José I, hermano de Napoleón– y la consiguiente invasión francesa a la península debido a la resistencia al nuevo monarca. Ante la virtual acefalía, en Buenos Aires y en otras capitales, como Santiago de Chile, las elites criollas decidieron ocupar el espacio vacante y traspasar el poder de los antiguos funcionarios –provenientes de los grupos peninsulares o vinculados a ellos– a otros salidos de su seno. Un aspecto clave en las políticas de los grupos dirigentes criollos fue completar la liberalización del comercio comenzada en el siglo anterior, a fin de vincularse directamente a los mercados mundiales, política alentada por la monarquía inglesa.

En la implementación de esas políticas surgieron nuevos conflictos. La elite porteña, autoproclamada heredera del poder colonial, intentó mantener la posición de la ciudad en el espacio virreinal, en especial sus privilegios comerciales, pero sus pretensiones no sólo encontraron la oposición de los partidarios del antiguo orden, legitimada luego del regreso al trono de Fernando VII, en 1814, sino de los grupos dominantes en aquellas regiones más dinámicas, como el litoral, poco dispuestos a aceptar la preeminencia porteña.

Así, el proyecto porteño de conservar la herencia del estado colonial fracasó. La crisis política vivida en la ciudad en 1820 puso fin a ese proyecto y llevó al surgimiento de Buenos Aires como un estado regional autónomo, sin duda el más fuerte y rico de los que emergían de la disolución del antiguo virreinato. En efecto, el Paraguay se había separado tempranamente, en 1811; las provincias del Alto Perú permanecieron leales a la causa peninsular y resistieron con éxito los intentos militares del gobierno porteño por mantener el control sobre esa rica región minera; Montevideo, competidora comercial de Buenos Aires y asiento de una fuerte base naval, también permaneció leal a la causa monárquica, hasta que fue tomada militarmente en 1814. La población rural había adherido al movimiento revolucionario y apoyado las acciones militares contra Montevideo, aunque pronto su principal dirigente, José Gervasio Artigas, se distanció de Buenos Aires para acercarse a otras elites del litoral, especialmente de Entre Ríos.

En la vecina Capitanía General de Chile, el movimiento revolucionario de 1810 sostenido por la elite criolla de Santiago enfrentó desde el comienzo conflictos internos entre sectores radicalizados y conservadores, y no logró adhesiones firmes fuera de la capital y su entorno. Dominado finalmente por fuerzas militares provenientes del Virreinato del Perú, sus principales dirigentes debieron exiliarse en las provincias rioplatenses. El movimiento se reavivó recién en 1817, cuando una expedición organizada por el gobierno de Buenos Aires con apoyo de los exiliados chilenos y al mando de José de San Martín atravesó la cordillera, derrotó al ejército realista en Chacabuco y entró en Santiago. Un año después, la batalla de Maipú consolidó la posición revolucionaria. El ejército realista se retiró hacia el sur, donde resistió los intentos del nuevo gobierno de Santiago por controlar definitivamente el territorio.

Para entonces, al inicio de la década de 1820, el sector dominante porteño había cambiado sus intereses. Durante la primera década revolucionaria, comerciantes ingleses o grandes casas comerciales de ese país habían ido ganando el control del comercio externo, dejando a los grandes comerciantes locales en una posición subordinada. Sin embargo, la expansión de la economía mundial tras el fin de las guerras napoleónicas había ampliado los mercados para los productos pecuarios de la campaña bonaerense; numerosos miembros de la elite porteña comenzaron a volcarse hacia esa actividad. La reorientación de la economía de Buenos Aires impulsó la necesidad de nuevas tierras; el gobierno porteño puso entonces su mirada en aquellas que se extendían más allá del río Salado, reconocido como límite formal con las sociedades originarias del sur desde la época virreinal.

El nuevo intento de construir un estado nacional centralizado expresado en la Constitución de 1824, la guerra con el imperio del Brasil y la efímera presidencia de Bernardino Rivadavia marcaron los años centrales de la década de 1820. A la renuncia de Rivadavia, cuyo poder real había quedado limitado a Buenos Aires, siguió una etapa de cruenta lucha política y militar que se extendió hasta 1829, cuando llegó al gobierno provincial Juan Manuel de Rosas. El ascenso de Rosas, estrechamente vinculado a los intereses de los grandes hacendados del sur, marcó la estabilización de un nuevo sistema político, la Confederación, asociación de estados provinciales autónomos que reconocían al de Buenos Aires algunas funciones comunes, como el ejercicio de las relaciones exteriores. No obstante, el nuevo sistema, convalidado en el Pacto Federal de 1831 y vigente hasta la caída de Rosas en 1852 –con-

cluido su primer gobierno en 1832, Rosas había retornado al poder en 1835–, no eliminó las resistencias regionales, las competencias económicas ni la oposición política.

La derrota de Rosas en Caseros en 1852, su renuncia y exilio abrieron el camino hacia la organización de un estado nacional, proyecto largamente postergado. Un año más tarde, la proclamación de la Constitución Nacional cristalizó ese proyecto, aunque la puesta en marcha de la nueva construcción política fue más larga y compleja. Las viejas tensiones regionales no desaparecieron sino que hicieron eclosión cuando la provincia de Buenos Aires, temerosa de perder su posición y privilegios y en fuerte competencia con los intereses que representaba el presidente del nuevo estado, Justo José de Urquiza, poderoso hacendado y saladerista entrerriano, se negó a aceptar la Constitución y se separó de la Confederación.

La secesión de Buenos Aires marcó la vida política de toda la década, hasta la derrota del ejército de Buenos Aires en la batalla de Cepeda, en 1859. Al año siguiente, luego de una reforma de la Constitución, la provincia se integró definitivamente al estado argentino. Claro que los conflictos internos no desaparecieron. Un nuevo enfrentamiento entre Buenos Aires y el gobierno nacional, a cargo de Santiago Derqui, llevó a una acción armada en Pavón, esta vez favorable a los ejércitos de Buenos Aires. Derqui renunció; el ascenso al gobierno de Bartolomé Mitre marcó el triunfo de los más intransigentes defensores de los intereses de Buenos Aires, que recuperaba así una posición hegemónica.

Los siguientes no fueron años fáciles para el nuevo estado. Debía crearse una estructura jurídica y político-administrativa y era preciso dotarlo de los organismos necesarios para su funcionamiento. Además, hubo que vencer resistencias internas en las provincias, donde intereses locales y resabios del viejo caudillismo resistían las imposiciones del poder central. Por último, entre 1865 y 1869 se llevó adelante una larga y costosa guerra contra Paraguay, conocida como la Guerra de la Triple Alianza. Volcados los esfuerzos y los escasos recursos del gobierno nacional a la resolución de estas cuestiones, quedó pendiente el problema de las fronteras con los pueblos originarios, llamadas entonces "fronteras interiores" –expresión que denota el reclamo de la sociedad criolla sobre aquellos territorios– para diferenciarlas de las que separaban a la Argentina de los otros estados limítrofes. Pero la situación de esas fronteras indias había cambiado desde la época colonial.

Las fronteras indias: del régimen colonial al orden posrevolucionario

Aunque de manera progresiva, los cambios producidos en el mundo hispano-criollo hacia 1810 repercutieron en las relaciones con los pueblos originarios que estaban fuera de su control y en la situación de las fronteras que, durante las últimas décadas de la época colonial, habían vivido un período de calma. La situación no fue la misma en la frontera pampeana que en la chaqueña. El crecimiento de Buenos Aires, su transformación en capital virreinal y su papel en el proceso revolucionario otorgaron a la frontera meridional una mayor relevancia en los proyectos y las políticas de los gobiernos revolucionarios. Rota en 1820 la unidad política heredada del orden colonial, la situación de las fronteras pasó a ser una cuestión a resolver por los distintos estados provinciales. Éstos, raleadas en general sus finanzas y comprometidos en desgastantes guerras internas, poco hicieron al respecto, excepto tratar de mantener una precaria paz y aprovechar algunos beneficios en la relación con los pueblos originarios.

Las fronteras chaqueñas

Así ocurrió en las fronteras del Chaco, aunque con diferencias entre la del Tucumán, que había sido la más dinámica en el siglo XVIII, y la oriental, que lindaba con las tierras del litoral. Esta última fue la más agitada por los ataques y robos de ganado protagonizados por los grupos *guaycurúes*, los más belicosos de la región. Ya plenamente ecuestres, se desplazaban con rapidez y encontraron en los establecimientos fronterizos una fuente para aprovisionarse de ganados, en especial equinos, de difícil cría en el medio chaqueño. La política española se había orientado a establecer algunos fortines –demasiado costosos para las arcas coloniales– y alentar el establecimiento de misiones, tarea emprendida sobre todo por los jesuitas hasta el momento de su expulsión. Los conflictos entre grupos indígenas –por ejemplo, entre abipones y mocovíes– o las competencias entre jefes, como en el caso de los abipones, fueron aprovechados por las autoridades fronterizas y los misioneros en sus intentos de controlar la violencia en la frontera. Sin embargo, la presencia colonial no pasó de los bordes del Chaco y la penetración hacia el interior fue prácticamente nula.

Más dinámica fue la frontera con el Tucumán. Los encomenderos de la región, limitados en el acceso a la mano de obra indígena local debido a la resistencia de los pueblos calchaquíes, veían en el Chaco

un reservorio de mano de obra y tierras necesarias para la recuperación de la economía tucumana. Por su parte, los pueblos de la mitad occidental del Chaco, en particular los más cercanos a la frontera, eran percibidos como menos belicosos y móviles, pues poseían menos caballadas y una más antigua tradición de contactos con los pueblos agrícolas de los Andes.

Desde el comienzo del siglo XVIII, la presión de la población hispano-criolla tucumana sobre la frontera y la población indígena se había hecho sentir; la situación no cambió demasiado hasta comienzos del siglo siguiente, con el inicio del proceso revolucionario. Se ocuparon algunas tierras y se establecieron haciendas; se organizaron poco efectivas expediciones punitivas y se fundaron fuertes; se alentó el establecimiento de misiones y la política de reducciones; se realizaron viajes de exploración y se celebraron pactos con algunos caciques. Aunque la resistencia de las comunidades, las duras condiciones del medio y los escasos recursos del gobierno de la colonia impidieron una penetración más profunda en el territorio, a fines de la época colonial se habían logrado avances concretos, aunque limitados, sobre los territorios chaqueños.

El proceso revolucionario y las guerras que siguieron fueron un duro golpe para la política de fronteras. El precario sistema defensivo se vio privado de recursos humanos y materiales, necesarios en otros frentes de lucha. El sistema de misiones, fuertemente afectado por la expulsión de los jesuitas en 1767, se encontraba también en crisis y apenas lograba sobrevivir. Los misioneros eran vistos con desconfianza por ambos bandos en pugna que, por otro lado, buscaron atraer hacia su causa a los indios de las misiones, incorporándolos a sus ejércitos.

Poco sabemos acerca de lo que ocurrió en el interior del Chaco durante las décadas siguientes pero, al menos hasta mediados del siglo XIX, la frontera andina del Chaco parece haber presentado una superioridad militar de los grupos indígenas que, en algunos casos y ante la debilidad de los gobiernos republicanos, recuperaron tierras perdidas durante la última etapa del período colonial y derivaron hacia el interior del Chaco recursos de la sociedad criolla, como ganado, por ejemplo.

El proceso tuvo incidencia en las comunidades chaqueñas, aunque su verdadero alcance resulta aún de difícil definición. La desaparición del peligro hispano-criollo en las fronteras debe haber debilitado las alianzas entre grupos y jefes indígenas, haciendo resurgir viejas rivalidades y competencias. La interrupción de los circuitos de comercio y del flujo

de bienes europeos actuó en el mismo sentido, al impulsar la competencia por tales bienes, ahora escasos.

Violencia en la frontera occidental del Chaco

Aunque no tan conocida como la de la frontera pampeana, la violencia no estuvo ausente en las fronteras del Chaco, particularmente en la occidental, donde los abusos de los pobladores criollos desataron violentas invasiones de los indígenas. En un informe de 1872, el comandante Napoleón Uriburu recuerda la violenta invasión toba producida una década antes. "Esos antecedentes [se refiere a los abusos], y otros no menos poderosos –señala Uriburu– trajeron la formidable invasión que, en número de más de tres mil indios, asoló el floreciente departamento de la Colonia Rivadavia [en el oriente de Salta] en 1863 [...] A consecuencia de esta invasión, en la que perecieron muchas familias enteras, llevándose los indios la mayor parte de los ganados, se sucedieron otras, pues los pobladores de la frontera fueron reforzados por guardias nacionales que el gobierno de Salta movilizó [...], con cuyos elementos invadieron a los indios y les hicieron una guerra más cruel que la que ellos habían declarado.

"Estas represalias violentas trajeron otras más encarnizadas, y las tolderías de los indios aliados que más seriamente se habían comprometido contra sus compatriotas, fueron también pasto de las rapiñas de los milicianos, a quienes se les concedía como único premio el botín de guerra que consistía en la chusma (mujeres y niños), y en los pocos animales que tenían."

Hacia mediados del siglo, la expansión de los ingenios azucareros en la región oriental de Salta y Jujuy fomentó una nueva y creciente demanda de mano obra barata que sólo las comunidades indígenas podían brindar. Hasta entonces, los *wichí* o *matacos* habían sido los principales proveedores de trabajadores a esos ingenios, aunque con el tiempo, y a medida que la demanda se ampliaba, el reclutamiento se había extendido a otros grupos. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo, con el fortalecimiento del estado nacional y la introducción de nuevas actividades económicas –actividad forestal, cultivo del algodón, expansión de la caña de azúcar–, la situación cambió rápidamente hasta que, a partir de la década de 1880, el estado nacional comenzó a efectivizar la ocupación del territorio chaqueño.

La frontera pampeana

Hacia mediados de la década de 1780, la paz había retornado a la frontera pampeana. Las violentas incursiones indígenas –ataques en general rápidos y sorpresivos conocidos como malones– cedieron lugar a un sistema de relaciones pacíficas, y las autoridades del flamante virreinato –frustrado el proyecto inicial de llevar la frontera hasta el río Negro– lograron, pese a sus escasos recursos, estabilizar en Buenos Aires un sistema defensivo apoyado en una serie de fuertes y fortines y en una fuerza regular de blandengues.

Parte de esa política había sido el avance de la línea de frontera hasta las orillas del río Salado en 1779. Hasta comienzos de la década de 1820, la nueva línea, que trazaba un amplio arco que se extendía desde el Río de la Plata hasta el fuerte de San Carlos, en Mendoza, constituyó la frontera formalmente reconocida con los pueblos originarios del sur, aunque ya numerosos colonos y algunos establecimientos rurales se habían instalado tiempo atrás más allá del río Salado, en algunos casos negociando con los caciques las condiciones de su asentamiento. Había sido un avance espontáneo, fuera de los marcos de la política estatal.

Al mismo tiempo, durante la segunda mitad del siglo XVIII las relaciones de los indígenas con el mundo hispano-criollo se habían intensificado. El comercio había sido su eje principal, y la documentación de la época muestra la afluencia cada vez más frecuente de pequeñas partidas de indígenas –en general de algún cacique o capitanejo con algunos guerreros y mujeres, las "chinas"– que cruzaban regularmente la frontera para vender en la ciudad los excedentes de su economía: pieles y cueros, artículos de talabartería, tejidos, plumas de avestruz y sal eran cambiados por quincallería, telas livianas, harinas, azúcar y yerba mate, entre otros artículos; al mismo tiempo, algunos mercachifles blancos se aventuraban hasta las tolderías con sus carretones de mercancías para realizar allí sus negocios.

Ese comercio convenía a ambas sociedades. Para los indígenas, era un medio eficiente de obtener bienes de origen europeo, a los que se habían aficionado, a cambio de los excedentes de su producción. Además de Buenos Aires, se lo practicaba en las guardias y puestos fronterizos, en las mismas tolderías, en el lejano fuerte de El Carmen cerca de la desembocadura del río Negro –establecimiento aislado que sobrevivía gracias al comercio indígena– y durante las expediciones que entraban en territorio indio, en particular aquellas que, periódicamente, se dirigían a las Salinas Grandes en busca de la preciada sal. Por cierto, al-

gunos de esos bienes podían obtenerse de otra manera: los regalos periódicos que los funcionarios españoles hacían a los caciques para asegurar su lealtad, el producto del botín obtenido en los malones, los rescates que se pagaban por los cautivos obtenidos durante las incursiones en las fronteras o los ataques a caravanas que transitaban las rutas a Córdoba o Cuyo. La paz fue cerrando estos caminos y acentuando la importancia del comercio y los regalos y dádivas.

Ese comercio convenía también a la economía colonial, que encontraba en la sociedad indígena un importante y atractivo mercado a la vez que la proveía de productos y artículos necesarios. El crecimiento de ese comercio enriqueció a algunos comerciantes de Buenos Aires y originó duras competencias por su control, especialmente por el alojamiento de las partidas indígenas que llegaban a la ciudad.

La economía rural bonaerense de esa época facilitaba tales relaciones: la agricultura y un pastoreo diversificado desempeñaban un papel significativo, con marcada importancia de las pequeñas y medianas explotaciones. Tal situación favorecía relaciones de complementariedad con una economía indígena volcada, en cambio, a un pastoreo extensivo especializado. De hecho, el factor decisivo en la ruptura de tal esquema de relaciones hacia 1820 fue la reorientación de la economía porteña hacia la ganadería extensiva. Hasta ese momento, los gobiernos revolucionarios habían mantenido la política de la última etapa colonial, tratando de conservar la paz en momentos en que las guerras de independencia primero y los conflictos regionales luego obligaban a desproteger militarmente las áreas fronterizas.

A partir de 1820, durante cerca de una década y media, las relaciones entre ambas sociedades adquirieron un carácter cada vez más violento y conflictivo a medida que crecía la competencia por tierras y ganados. Los primeros pasos de esa escalada violenta fueron los intentos por ocupar tierras hacia el sur, proyecto que se puso en marcha con la llegada al gobierno provincial de Martín Rodríguez, hacendado y hombre vinculado a la frontera. Tras una serie de campañas militares que culminaron en 1823 con la fundación del fuerte Independencia –donde hoy se encuentra la ciudad de Tandil–, la línea fronteriza se trasladó formalmente hasta las primeras sierras del sur –las del sistema de Tandilia–, incorporándose a la provincia de Buenos Aires un extenso territorio que casi duplicó su superficie.

Acciones posteriores, en particular las *razzias* realizadas por el coronel Federico Rauch, que se alternaron con la firma de algunos tratados con las tribus del sur y, más adelante, la campaña emprendida por Juan

Manuel de Rosas entre 1833 y 1834, consolidaron la nueva frontera, que se mantuvo sin cambios apreciables durante las décadas siguientes. Más allá de la línea, Bahía Blanca y Carmen de Patagones permanecieron como enclaves en pleno territorio indígena.

La pérdida de tierras de pastoreo más ricas ante este avance de las fronteras acentuó la agresividad de los grupos indígenas más afectados, obligados a trasladarse hacia el sur y el oeste. Al mismo tiempo, la expansión hacia el sur de la ganadería criolla convertía a los asentamientos fronterizos en un objetivo tentador para los ataques y saqueos de animales con los que mantener abastecidos los circuitos tradicionales. Esos ataques o malones no eran una novedad: tales empresas habían sido con frecuencia acciones de represalia de los indígenas ante lo que entendían como abusos o agresiones de los cristianos o españoles. Pero ahora, por su magnitud, comenzaban a adquirir el carácter de verdaderas empresas económicas cuyo objetivo era la apropiación de ganados.

Otros procesos que se operaban dentro del mismo mundo indígena, estrechamente vinculados a lo que ocurría en la Araucanía, contribuyeron a la inestabilidad de las fronteras. Allí, al inicio del proceso revolucionario, la población nativa permaneció en paz, y sólo después de la batalla de Maipú y de la persecución llevada a cabo por las fuerzas revolucionarias contra los restos del ejército realista en retirada hacia Concepción, mapuches y pehuenches comenzaron a alterarse. Tras la caída de Concepción, los jefes realistas derrotados buscaron refugio en la Araucanía, atrayendo a su bando a comunidades mapuches e incorporando a guerreros indígenas. De ese modo, se inició la llamada "guerra a muerte", que se extendió a lo largo de varios años.

Incapaces de acabar rápidamente con la resistencia, las fuerzas revolucionarias emprendieron varias campañas no menos crueles tras lograr el apoyo de jefes mapuches y pehuenches, animados por viejas rivalidades étnicas o por amistad con algunos oficiales republicanos. Destruidas finalmente las fuerzas realistas, los pueblos de la Araucanía regresaron en paz a su territorio, y mantuvieron esa paz, en general, hasta mediados del siglo.

Durante la "guerra a muerte" y en momentos inmediatamente posteriores, grupos vencidos o neutrales escaparon hacia la otra banda de la cordillera para evitar las represalias. Varios caciques, junto con sus guerreros y familias, se instalaron en las pampas aprovechando su conocimiento de la región y antiguas relaciones de parentesco y amistad con los jefes locales. También grupos armados de ambos bandos –en los que participaban indígenas, soldados y oficiales del ejército, campesinos

marginados e, incluso, prófugos de la justicia– habían traspasado la cordillera. Por estos motivos, el conflicto se prolongó durante más tiempo en las pampas.

La presencia de estos grupos alteró el equilibrio político entre las comunidades de las pampas, estimulando la competencia por el control de tierras y recursos e impulsando un crecimiento de la violencia entre las distintas comunidades. Estas rivalidades fueron alentadas por las autoridades criollas y, durante varios años, un complejo proceso político y militar, cada vez más violento, enfrentó a un conjunto de cambiantes y efímeras alianzas de las que participaban los antiguos jefes locales, los recién llegados y las autoridades criollas.

Luego de su "Campaña al Desierto", Rosas logró estabilizar, al menos parcialmente, la frontera de Buenos Aires, estableciendo estrechas relaciones con los llamados caciques "amigos", y acuerdos con otros caciques, especialmente con el poderoso Callfucura. A cambio de la paz, les entregaba en forma periódica regalos, donativos y raciones. El sistema, conocido como "negocio pacífico con los indios", que, con algunos cambios, se mantuvo hasta la caída de Rosas en 1852, continuaba en cierto modo la política pacífica intentada en los últimos tiempos de la época colonial. Los caciques amigos, asentados en territorio provincial, contribuían a la defensa de la frontera y se convirtieron en estrechos aliados políticos del gobernador. Así ocurrió, entre otros, con Juan Catriel, establecido en Tapalqué, cerca del pueblo de Azul. Sin embargo, tal política no aseguraba la tranquilidad de las fronteras de las otras provincias, especialmente Córdoba y San Luis, sometidas a continuos ataques de los ranqueles. Tampoco pudo evitar totalmente los roces y los robos en la misma frontera de Buenos Aires.



Juan Catriel "segundo" en Buenos Aires

En 1859, Juan Catriel "segundo" emprendió un viaje a Buenos Aires, para arreglar algunos asuntos con las autoridades provinciales. Era hijo de Juan Catriel "el viejo" –aliado y buen amigo de Juan Manuel de Rosas–, a quien había sucedido en el mando en 1848.

El cacique fue bien recibido en la ciudad, donde, incluso, se le perdonaban algunas deslealtades, como aquellos coqueteos con Callfucura apenas unos pocos años antes, pues las autoridades porteñas sabían bien que los catrieleros, como se denominaba a esos indígenas establecidos en las cercanías de Azul, eran una pieza clave en la defensa

de la frontera. Juan viajó acompañado por el coronel Ignacio Rivas, y los periódicos de Buenos Aires dieron gran importancia a su visita. Con su guardia privada y los capitanejos que lo acompañaban se albergaron en la Fonda Italiana, en pleno centro de la ciudad, y no faltaron las salidas a veladas artísticas utilizando coches de alquiler.

"Los productos consumidos por esos los indígenas –nos relata Marcelino Iriani– tienen poco que ver con la imagen que nos dan otros documentos de la época que los califican de salvajes 'sucios y borrachos': muchos de los recibos presentados corresponden a gastos de agua para baño, jabón y aceite de olor, limonada gaseosa, vinos franceses y cervezas inglesas. Además, la visita que el cacique y sus veintitrés acompañantes realizaron a Morón en febrero –utilizaron el flamante ferrocarril que partía de la estación El Parque– terminó con un almuerzo en el restaurante de comida francesa del Hotel de la Amistad. El menú incluyó pavo, palomas y paté de faisán, acompañados por omelette al ron y ensaladas; duraznos, peras y ananá integraron el postre. La comida, acompañada con cerveza inglesa, vino de champagne y jerez, incluyó café, cognac y cigarros habanos para la sobremesa. Tampoco se privaron de probar helados, llegados al país hacía pocos años.

"Esa presencia indígena –continúa Iriani–, más frecuente de lo que se supone, atraía la atención de los porteños. Si en el Teatro de la Victoria la gente no podía dejar de observar a Catriel, durante una carrera de caballos el cacique se vio obligado a montar y dar una vuelta bajo los aplausos de los asistentes."

Juan debía entrever que se encontraba en una posición particular y que debía mantener un precario equilibrio. Estaba en una encrucijada. La sociedad criolla lo necesitaba y eso era para él una fuente de prebendas, de riqueza y de poder; pero para ello debía mantener su ascendiente y control sobre sus subordinados. Si se mostraba demasiado indio dejaría de ser confiable para los blancos, pero si se presentaba como demasiado amistoso con ellos, podía perder el ascendiente sobre sus guerreros, que era su mejor arma de negociación. Este mismo dilema se le presentó a su sucesor, Cipriano.

Los conflictos internos que vivía la Confederación acentuaron los vínculos entre los caciques y los distintos caudillos y bandos en pugna, a los que incluso apoyaron militarmente, pues podían ofrecer una fuerza guerrera significativa. Esta actitud, y los frecuentes cambios de bando, han sido interpretados por la historiografía tradicional como una muestra del carácter "pérfido y traicionero" de los indios. Sin em-

bargo, esos jefes, que se consideraban independientes y trataban de igual a igual a las autoridades criollas, planeaban su política conforme a sus intereses, a la confianza que ciertos caudillos les inspiraban o a las coyunturas políticas. Para ellos, estaba en juego su propia independencia y su supervivencia.

A partir de 1852, en el espacio rioplatense el conflicto entre ambas sociedades se acentuó. La relativa paz que el gobierno de Rosas había asegurado, sostenida en gran medida en los lazos personales que el gobernador había establecido con los principales caciques, se prolongó durante poco tiempo tras su caída, y aunque el nuevo gobierno provincial intentó continuar la misma política, se inició pronto una escalada de violencia que alcanzó su punto más alto a finales de esa década. Separada en esos momentos de la Confederación presidida por Urquiza, Buenos Aires vio sus fronteras devastadas por los indígenas. Aliado, o al menos más próximo a Urquiza, Callfucura organizó una poderosa confederación, y los malones alcanzaron una envergadura antes desconocida, arrasando las ricas tierras bonaerenses; la frontera retrocedió, decenas de miles de cabezas de ganados fueron arreadas a tierras indias para emprender su viaje hacia la Araucanía y Chile, numerosos cautivos fueron llevados a las tolderías; el ejército de Buenos Aires sufrió duros reveses, como en Sierra Chica. El fin de los conflictos entre la Confederación Argentina y Buenos Aires y la incorporación formal de la provincia al estado nacional en 1862 no modificaron demasiado la situación, al menos en forma inmediata.

Callfucura

A mediados del siglo XIX Callfucura era, sin duda, el jefe más poderoso y la figura más importante de la pampas. Desde mitad de la década de 1830, cuando se instaló en las pampas proveniente de las tierras trasandinas, una hábil política que combinó la fuerza con la negociación le permitió convertirse en el señor indiscutido de la región. Ubicado cerca de las Salinas Grandes, en el centro de las pampas, controlaba la obtención de sal, esencial para el tratamiento de cueros y carnes, y una intrincada red de caminos cuyo eje central era la llamada "rastrillada de los chilenos". A sus habilidades y méritos personales unía sus vínculos estrechos con sus parientes de la Araucanía y las poblaciones de la cordillera neuquina, donde su hermano Reuque Cura había establecido otra importante jefatura.

El francés Auguste Guinnard, que vivió tres años como cautivo de los indígenas en la segunda mitad de la década de 1850, describe a Callfucura no sin cierta admiración. Nos dice del cacique, un hombre anciano de quizá más de sesenta años, que
"[...] su cabellera negra todavía hacía marco a una frente sin arrugas, que los ojos vivos y escrutadores hacían muy inteligente. El conjunto de la fisonomía de este jefe, aunque con cierta dignidad, recordaba perfectamente, sin embargo, al tipo de los patagones occidentales [...] era de alta estatura; tenía los hombros muy anchos, el pecho arqueado; la espalda estaba un poco agobiada; el paso pesado, casi dificultoso, pero gozaba todavía de todas sus facultades; con excepción de dos dientes perdidos en un combate en que le habían partido el labio superior, este viejo los poseía todos intactos todavía".
Con los criollos, Callfucura negoció y guerreó. Pactó con Rosas primero, se acercó a Urquiza luego y, como aliado de éste, atacó las fronteras de Buenos Aires. Acuerdos con los ranqueles y con Pincén le permitieron formar una confederación indígena que incluía a casi todos los grupos pampeanos. Además, se le atribuían a Callfucura –su nombre significaba Piedra Azul– poderes mágicos asociados a la posesión de una piedra de color azul. El antropólogo chileno José Bengoa cita un relato de Alejandro Curiqueo recogido en la localidad chilena de Truf Truf:
"Entonces Calfucura le dijo a su hijo: Cuando lleguen a Maquehua, cuando desmonten, tiene que arreglar bien su caballo, tiene que maniatarlo, le voy a mandar un trueno, que le dijo. Y así lo hizo. Llovía y tronaba para que lo respetaran. Porque tenía el poder de la fuerza de la naturaleza. Según dice, Calfucura tenía un piedra y la azotaba, y entonces comenzaba a tronar, lluvia, relámpago; cuando iba a pelear hacía lo mismo, para que los huincas no salieran de sus casas".

La vida de los pueblos originarios de las llanuras meridionales

Las décadas centrales del siglo XIX, particularmente las de 1850 y 1860, marcaron un breve florecimiento de las sociedades originarias del área pampeana y norpatagónica, que alcanzaron entonces su mayor complejidad económica, social y política. Fue también el momento más conflictivo en sus relaciones con la sociedad criolla, en un balance de fuerzas que, en algunas instancias, se volcó claramente a favor de la sociedad indígena.

Para entonces, entre los pueblos originarios de las llanuras se habían profundizado los cambios y transformaciones que venían operándose a partir del asentamiento de los europeos en la región, y cuyos efectos eran claramente visibles a mediados del siglo XVIII: consolidación de los circuitos ganaderos que unían las llanuras orientales con la Araucanía, desarrollo de procesos de especialización económica, mayor complejidad política y social y profundización de las relaciones con la sociedad hispano-criolla.

En las fronteras pampeanas, en especial en la bonaerense, luego de los conflictivos años iniciales de la década de 1780, las relaciones entre ambas sociedades habían sido pacíficas y estables. A partir de la muerte de Llanketruz en 1789, terminaron también las violentas acciones que llevaban a cabo los llamados "caciques corsarios" –jóvenes guerreros mapuches que se habían dirigido a las pampas para forjar sus carreras y fortunas–, actores principales en los conflictos que conmovieron a la región entre 1750 y 1790, aproximadamente. Defensores de una política agresiva contra los hispano-criollos –la guerra era el camino para lograr prestigio y riquezas–, entraron también en competencia con jefes y grupos locales y en conflicto abierto con quienes se orientaban a una política de convivencia con los cristianos o *huincas*. Así ocurrió con muchos pehuenches cordilleranos que no sólo estrecharon su alianza con las autoridades coloniales sino que, incluso, obtuvieron ayuda militar de ellas para enfrentar a sus enemigos.

Esa paz fronteriza se extendió casi hasta finales de la primera década revolucionaria, cuando se inició otro largo ciclo de guerra y violencia que se atenuó recién a mediados de la década de 1830. Una década después, a fines de la de 1840, el panorama político del mundo indígena se había simplificado: de las numerosas y cambiantes unidades políticas que habían caracterizado esos conflictivos años surgió un número relativamente reducido de jefes y linajes cada vez más fuertes, con un control territorial más extenso.

En ese proceso tomaron forma los grandes cacicatos pampeanos. El del poderoso Callfucura, con su sede central cerca de las Salinas Grandes, controlaba las tierras de pastoreo del suroeste de la actual provincia de Buenos Aires –el Carhué– y la zona de médanos y valles del este de La Pampa, tierras por las que pasaba la llamada "rastrillada de los chilenos", la vía más importante del tránsito ganadero. Más al oeste, el linaje de los *Güor* o "zorros" –cuyo representante más destacado fue Paiketruz-Güor, más conocido como Mariano Rosas–, regía el cacicato ranquel, que dominaba la región del monte pampeano, en la pampa cen-

tral. En la región cordillerana, que se extendía desde el sur mendocino hasta la zona del lago Nahuel Huapi, tres cacicatos controlaban los estratégicos pasos andinos, el de Purrán al norte, el de Reuque Cura –hermano de Callfucura– en la zona central y, al sur, el de Shayhueque, conocido luego como "gobierno de las manzanas".

La organización económica en la que se sostuvo el desarrollo de esos grandes cacicatos era el resultado de los cambios y reacomodamientos producidos en los siglos anteriores y revela una estructura y un funcionamiento complejos. Pueden distinguirse en ella dos ciclos o circuitos complementarios pero bien diferenciados, articulados en virtud de un complejo sistema de intercambios.

El primero de esos circuitos, al que denominamos "del ganado", tenía que ver con el movimiento de ganados en gran escala hacia las tierras transcordilleranas; abarcaba el conjunto de actividades vinculadas a tal circulación y los intercambios derivados. Su funcionamiento involucraba al mundo indígena en su conjunto, directa e indirectamente, y se apoyaba en la apropiación de ganados –principalmente en las estancias de la frontera– y su posterior traslado hacia el occidente de la cordillera andina, mercado normal de esos ganados. El malón, la apropiación por la fuerza de ganados en tierras del blanco, convertido en una vasta empresa económica colectiva, unificaba a los distintos grupos y aunaba esfuerzo y recursos.

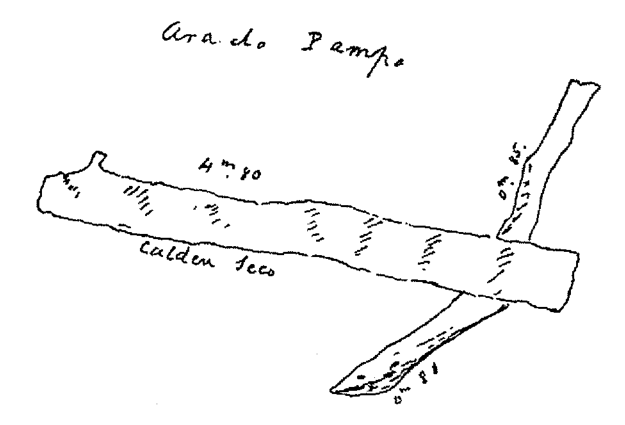
La extensión de este circuito y el volumen de animales transportados, que alcanzó a veces varias decenas de miles de cabezas, suponían una sólida organización. Robar el ganado era la etapa más fácil. Luego era preciso arrearlo hasta territorio seguro protegiéndolo de la persecución, en general poco eficaz, de las tropas de la frontera. Después venían las difíciles travesías, con escasos recursos de agua y pastos, hasta alcanzar los grandes ríos, el Negro y el Colorado, para continuar entonces el camino hacia la cordillera y atravesarla rumbo a la Araucanía o a Chile. La venta de esos ganados permitía la obtención de múltiples productos, principalmente licores y vinos, objetos de metal y plata. La empresa ganadera era la que proporcionaba las mayores riquezas al mundo indígena, en especial a los caciques y jefes que organizaban los grandes malones.

El otro circuito, que denominamos "doméstico" o "comunal", abarcaba un conjunto diversificado de actividades destinadas en su mayoría a contribuir a la subsistencia de las tolderías, satisfaciendo sus necesidades: pastoreo en pequeña o mediana escala de rebaños muy variados (caballos, ovejas, algunas vacas, cabras), caza, recolección de frutos y se-

millas y agricultura se combinaban de manera flexible permitiendo una gran adaptabilidad a las variadas condiciones ecológicas de la región. A estas actividades se sumaba una importante producción artesanal, en especial de tejidos, talabartería y platería. El conjunto de esta producción doméstica permitía al indio disponer de algunos excedentes –cueros, pieles, plumas, artículos de talabartería, ponchos y mantas tejidos– que se comercializaban en las fronteras criollas.

Agricultura indígena en las pampas

Tradicionalmente, se consideró que las poblaciones indígenas de las pampas habían basado su economía en la caza, la recolección y el pastoreo, actividades que se sumaban a lo producido por los ataques y robos en las fronteras. Sin embargo, son numerosas en los documentos las menciones y referencias a prácticas agrícolas entre los grupos aborígenes de la región. Estanislao Zeballos, que recorrió parte del territorio de los salineros apenas meses después de la conquista militar, pudo apreciar múltiples indicios de prácticas agrícolas. Zeballos describe incluso un arado de madera usado en la región e incluye un dibujo a mano alzada de éste en su *Diario* de viaje.



En su *Viaje al país de los araucanos* nos dice que, durante su travesía por Valle Argentino en el este de la actual provincia de La Pampa, "En todo el trayecto, desde mi salida de Salinas Grandes, vengo hallando o contemplando las ruinas de la población araucana, de sus aduares, corrales y sembrados.

"No es posible transitar sin precauciones estos campos –agrega más adelante–, porque las tupidas gramíneas ocultan los pozos, jagüeles, corrales de zanja, potreros y demás obras de zapa con que los indios tenían minado el valle para proveerse de agua y para faenas de su vida agrícola". Y añade luego: "El fondo de la cuenca se forma del humus más rico, y si bien las laderas son arenosas, porque confinan con las dunas, son cultivables, como lo prueba el éxito de las plantaciones de trigo, alfalfa y cebada hechas por los araucanos [...]".
Sobre los arados indios, escribe en su *Diario*: "Los arados eran todos de madera. He visto uno en perfecto estado cuyas dimensiones son: tronco 4,80 m, timón 0,85 m, reja 1,80 m. Su empleo frecuente y fecundo es revelado al viajero por la sucesión de huertas y quintas, de alfalfares y trigales [...]". La ilustración reproduce el dibujo de Zeballos.

Las características peculiares de esta economía constituyeron el cimiento de la estructura social indígena, de las relaciones entre individuos y linajes, de la división social del trabajo, de los principios ordenadores de las relaciones sociales, de los criterios de riqueza y prestigio. La toldería, en torno a la cual se organizaba gran parte de la vida económica, configuró también el ámbito nuclear de la vida social indígena. Al parecer, sus ocupantes estaban, o al menos se consideraban, emparentados entre sí, es decir, unidos por lazos familiares. Cada toldo era ocupado por una familia ampliada: padre, esposa o esposas, hijos e hijas solteros, hijos casados, nietos. En conjunto, las distintas familias que convivían en la toldería tenían relaciones de parentesco más lejanas, conformando un linaje (o *cüinga*), cuyos miembros reconocían un antepasado común y un mismo gentilicio. Dentro del linaje, no todas las familias eran iguales; el jefe de una de ellas, seguramente de la que era considerada genealógicamente más cercana al fundador, ejercía la jefatura de esa toldería. Su importancia dentro del conjunto de la tribu o del cacicato dependía en buena medida de la antigüedad de su linaje y del número de guerreros, *conas*, que pudiera llevar a la guerra y a los parlamentos.

Sin embargo, los lazos que unían a esas familias eran bastante laxos; no era raro que un jefe de familia disgustado con su cacique abandonara la toldería con los suyos y estableciera su propia toldería, o que se colocara bajo las órdenes de otro cacique en cuyos toldos tenía también parientes, pues los matrimonios entre miembros de distintos linajes –e incluso de tribus y grupos étnicos diferentes– habían creado extensas redes de parientes, ya fueran consanguíneos o afines.

Junto a los miembros de los linajes, habitaban en la toldería otros dos grupos más o menos definidos. Por un lado, cierta cantidad de cautivos –en especial mujeres–, a veces en número considerable, apresados en los malones, que constituían una fuerza de trabajo importante sumada a la que proporcionaba el grupo familiar. Por otro lado, un grupo de rasgos más difusos, los llamados "agregados" o "allegados", indios y también blancos refugiados, extraños personajes que vivían a expensas del cacique y cumplían para éste las más variadas tareas, conformando así una especie de clientela.

Las divisiones sociales reconocidas en las tolderías se relacionaban con el peculiar carácter de la vida económica. La división del trabajo estaba basada en el sexo: en términos generales, las actividades vinculadas a la circulación en gran escala de ganado –y aquellas consideradas prestigiosas– eran propias de los hombres; las vinculadas al ciclo doméstico, en cambio, quedaban en manos de las mujeres y los niños. A los hombres correspondía lo relacionado con la obtención y circulación en gran escala de ganados, el recurso económico fundamental de la sociedad indígena. El malón constituía entonces una actividad central y, en tanto que se organizaba como una empresa económica militarizada, guerra y ganados aparecían fuertemente unidos. Mujeres y niños podían colaborar, aunque en un lugar secundario, cuidando caballadas de reserva o ayudando en el arreo cuando los hombres debían enfrentar a las fuerzas militares de la frontera.

Así, la primera división bien establecida en la sociedad indígena fue entre "lanzas" y "chusma", es decir, entre quienes eran guerreros y quienes no. Los primeros constituían el estrato dominante; a ellos estaban reservadas también otras actividades económicas: las grandes cacerías –verdadero entrenamiento ecuestre–, el trabajo del cuero y, sobre todo, la platería, actividad rodeada de un gran prestigio. Entre estos *conas*, la posesión de riquezas contribuyó a profundizar las diferencias en una sociedad ya fuertemente jerarquizada. Quienes visitaron las tolderías por esa época –Lucio V. Mansilla, Augusto Guinnard, Guillermo Cox, Estanislao Zeballos, entre otros– hacen referencia a la existencia de indios ricos e indios pobres, y señalan que la medida de esa riqueza estaba dada por la cantidad de ganado disponible, en particular de caballos, por la acumulación de objetos de plata a los que era posible acceder, en buena medida, gracias al ganado, y por la posesión de numerosas mujeres que constituían una fuente de recursos decisiva para la reproducción social.

La platería, actividad propia de los hombres, era tan importante que algunos caciques tomaron el nombre de "plateros" y sus figuras desper-

taban admiración y respeto. Los abundantes objetos de plata eran el indicador de riqueza, prestigio y autoridad por excelencia. Algunos caciques los acumularon en gran cantidad, y tanto ellos como sus mujeres y sus caballos los lucían en todas las ocasiones propicias de la vida social, como ceremonias, juntas y parlamentos.

Los llamados agregados o allegados, que dependían de modo directo de caciques y jefes de familia, cumplían diferentes tareas y misiones: los acompañaban en los malones, participaban junto con ellos en juntas y parlamentos, actuaban como sus espías o informantes, e incluso heredaban sus deudas y obligaciones. A veces, si sabían escribir, se desempeñaban como secretarios o escribientes. La importancia de la información explica el lugar privilegiado de estos "secretarios" de los caciques, responsables de la correspondencia mantenida con otros jefes indios y con funcionarios y personajes importantes de las provincias argentinas y de Chile. La costumbre del padrinazgo y el compadrazgo derivado de ella reforzaba estas relaciones de carácter personal. Las obligaciones y lealtades entre el padrino y su ahijado así como con el padre de éste reforzaban los lazos derivados del parentesco y servían también para formalizar relaciones personales establecidas de hecho entre el jefe del linaje y los allegados a su toldo.

Por debajo de los conas se encontraba la chusma, es decir, el resto de la población, mezcla poco diferenciada de mujeres –ya fueran indias o cautivas–, niños, ancianos y cautivos. Sobre ellos, en particular sobre las primeras, recaía el peso mayor del trabajo. La importancia de las mujeres se hace aquí evidente. Además de las tareas domésticas propiamente dichas –limpiar, cocinar, cuidar a los niños, proveer al toldo de agua y leña–, construían los toldos, cuidaban los rebaños y los cultivos, recolectaban y tejían. De este modo, libraban al hombre de todas aquellas actividades no vinculadas al ciclo del ganado, permitiéndole volcar a éste todos sus esfuerzos. Las mujeres constituían una fuente importante de riqueza, por lo que se comprende el interés de los indios por poseerlas en el mayor número posible. Por una parte, debido al aporte de su trabajo, esencial para la supervivencia; por otra, debido a lo que se recibía en concepto de "precio de la novia" cuando eran entregadas en matrimonio: el precio de una esposa araucana era muy alto y consistía, principalmente, en animales, tejidos y prendas de plata. Esto se combinaba con la práctica aceptada de la poliginia, sólo posible en los hechos para quienes poseían recursos suficientes para comprar más de una esposa, es decir, para los jefes. Estos factores explican mejor el interés de los indios por conseguir cautivas blancas durante los malones: además de

constituir una fuente de riqueza, por su trabajo, o bien por el producto de su venta, se convertían en concubinas; para muchos guerreros que carecían de fortuna, éste era el único camino para obtener mujeres. El control que se ejercía sobre éstas y su situación de inferioridad y sometimiento eran los rasgos más marcados de la desigualdad dentro de la sociedad indígena.

Los cautivos blancos constituían un núcleo importante en la población. En su mayoría eran mujeres jóvenes y niños, ya que durante los ataques los indígenas solían matar a los hombres adultos y a los viejos. La adaptación de los cautivos a esta sociedad, quizá con excepción de los niños pequeños, era muy dura. Estos últimos eran integrados a la familia y criados como hijos propios, pero era distinto para los más grandes. Las cautivas cumplían las mismas tareas que las otras mujeres, especialmente las más pesadas, y además podían convertirse en concubinas del dueño del toldo. Los varones cautivos, en cambio, realizaban principalmente tareas vinculadas al cuidado de los rebaños. La situación de todos estos cautivos era en extremo precaria, y la menor sospecha de engaño o de fuga podía desatar las furias de su amo y llevar a castigos severos que podían terminar con la muerte. También solían ser vendidos a otros grupos o tribus, comercio que constituía un importante rubro económico.

En suma, la importancia de los ganados, la organización de un vasto circuito mercantil centrado en ellos, el fuerte carácter guerrero de tal empresa económica constituyeron los ordenadores sociales más importantes del mundo indígena. De ellos derivaron la división del trabajo, la ubicación de los distintos grupos en la sociedad y los conceptos de prestigio y riqueza que sustentaron una marcada jerarquía social, base del sistema político.

La vida política indígena era regida por una jerarquía bien ordenada de caciques y por asambleas, juntas o parlamentos en los que participaba el conjunto de los guerreros. Al menos en principio, estas asambleas tenían el poder supremo, y a ellas correspondía decidir sobre los aspectos fundamentales de la vida indígena: consagrar a los grandes caciques y resolver los asuntos relacionados con la guerra o con la paz. Los caciques tuvieron inicialmente funciones de eminente carácter militar, dirigiendo a los guerreros en los malones y ataques contra los blancos u otros grupos indígenas rivales. Con el tiempo, la autoridad y el poder de los caciques más importantes creció y sus figuras ocuparon un lugar central: recordemos, en el siglo XIX, a Llanketruz, Painé y Mariano Rosas entre los ranqueles, a Callfucura y su hijo Namuncura entre

los salineros, a Pincén en los campos de Trenque Lauquen, a Shayhueque en el "país de las manzanas", a Reuque Cura, hermano de Callfucura, a Feliciano Purrán en la tierra de los pehuenches, e incluso a Catriel y Coliqueo entre las tribus amigas asentadas en Buenos Aires. Aunque carecían de aparatos formales de poder –legislación escrita, fuerza pública, aparato administrativo–, su autoridad era considerable, en especial debido a la influencia que ejercían en las decisiones.

Ese poder se sustentaba, ante todo, en el número de *conas* que podían movilizar. El cacicazgo era, como regla general, hereditario –aunque las reglas de herencia no eran fijas–, y el sucesor salía de la misma familia; pero importaba también que el heredero fuera considerado apto, es decir, que reuniera otras condiciones. Esto último cobraba mayor relevancia a medida que se ascendía en la jerarquía política y era decisivo en el caso de los grandes caciques: como jefe de guerra, debía ser valeroso, experto jinete, hábil en el manejo de las armas y con aptitudes para dirigir y organizar a sus guerreros durante los malones; además, debía ser experto en las tareas pecuarias y excelente orador, condición fundamental para conducir y controlar parlamentos y asambleas.

Sin embargo, en los hechos pesaron otras condiciones, como la riqueza, que provenía, en primer lugar, de lo que podían obtener en los grandes malones. Otra fuente importante de recursos eran los regalos y raciones con que el gobierno nacional o los gobiernos provinciales trataban de ganar su amistad o neutralizar los ataques. Eran los caciques quienes disponían de esos regalos para repartirlos entre sus guerreros. Los caciques ricos, aquellos que podían mantener muchos allegados o "prestar" a quienes lo necesitaran, poseían un arma importante a la hora de decidir y votar en los parlamentos. Podían también obtener cautivas y comprar numerosas esposas, ya que los matrimonios significaban, al mismo tiempo, alianzas políticas con otros linajes.

De este modo, la riqueza concentrada por los caciques se redistribuía a través de complejos mecanismos: la compra de esposas, los repartos de licor, los permanentes banquetes con que se agasajaba a los invitados, la manutención de los allegados que solían vivir junto a él. Los repartos de licor, vino o aguardiente tenían especial importancia para resaltar el prestigio de un jefe y, a menudo, los caciques pedían a los visitantes criollos bebidas alcohólicas para obsequiar a sus hombres. Cuanto mayor fuera la generosidad demostrada por un cacique, mayor era el prestigio y la autoridad sobre sus indios. Ambos eran decisivos a la hora de resolver en los parlamentos, oportunidad en que los caciques debían demostrar su poder de convencimiento, en particular si había

otros jefes dispuestos a cuestionar sus opiniones. Para asegurar los resultados de la asamblea, esos caciques preparaban cuidadosamente su realización.



Valentín Sayhueque, señor de Las Manzanas

Instalado en el fértil valle del río Caleufú, sobre el curso medio del Limay, Valentín Sayhueque construyó un poderoso agrupamiento político que controlaba la zona cordillerana y precordillerana del sur de Neuquén y norte de Río Negro y tenía fuerte influencia sobre los agrupamientos establecidos en la franja de tierras que se extendía a lo largo del río Negro hasta Carmen de Patagones. Hijo de Chororí, el cacique que había enfrentado a Rosas durante su campaña de 1833-1834, lo sucedió al frente del linaje en 1854 y, muerto su primo Chingoleo en 1867, quedó como jefe indiscutido de los linajes meridionales. Estableció una sólida alianza con Casimiro, cacique principal de los tehuelches meriodionales y, en ciertos momentos, ejerció también influencia sobre algunos linajes pehuenches ubicados al norte. Ese agrupamiento fue conocido como Gobierno de Las Manzanas. Evitó los conflictos con los gobiernos criollos y mantuvo una política de acercamiento a las autoridades de Carmen de Patagones.



El aventurero inglés George Musters, que visitó su toldería en 1870, lo describe como "[...] hombre de aspecto inteligente, como de treinta y cinco años de edad, bien vestido con poncho de tela azul, sombrero y botas de cuero, recorrió a caballo nuestra línea, estrechando la mano a

todo el mundo y haciendo una que otra observación. Cuando llegó a mí el individuo, me sentí un poco avergonzado de mi traje, una simple manta en no muy buen estado de conservación".

Más adelante lo recuerda en su toldo, rodeado por sus subordinados y aliados: "Entonces se invitó a beber a los jefes, ceremoniosamente, y luego a todos los que fueron llegando, porque Cheoeque [Sayhueque] proveía el aguardiente con la mayor liberalidad. Este cacique tenía plena conciencia de su alta posición y de su poder; su cara redonda y jovial cuya tez, más oscura que la de sus súbditos, había heredado de su madre tehuelche, mostraba una astucia disimulada y su risa frecuente era algo burlona [...] se sentó 'a caballo', como dicen los españoles, en una silla en medio del toldo, vestido con una magnífica manta de piel de gato y blandiendo un 'rebenque' [...]".

La foto muestra a Sayhueque ya viejo, despues de su rendición al ejército nacional en 1884.

Otro factor importante en el fortalecimiento de esa autoridad era el manejo de información. En efecto, una vasta red de espías posibilitaba un estrecho control interno así como de lo que ocurría en los cacicatos vecinos. Además, los caciques manejaban información sobre lo que pasaba en las provincias argentinas: recibían diarios, recogían información en las fronteras a través de comerciantes o pulperos o por medio de parientes de muchos blancos que vivían refugiados en las tolderías. Esta información era fundamental a la hora de decidir un malón, planear una invasión o firmar un tratado. Esos caciques mantenían incluso una activa correspondencia con otros jefes o con personajes del mundo criollo en la que tocaban temas políticos, económicos y militares.

Sin embargo, estas construcciones políticas tuvieron una corta vida. En la década de 1870, el estado nacional argentino, resueltos ya los más graves conflictos internos y terminada la guerra con el Paraguay, pudo volcar todos sus recursos a dar una solución al problema de las fronteras interiores. En poco menos de una década, las vastas tierras de las pampas y la Patagonia fueron incorporadas formalmente a la nación, y sus ocupantes marginados y reducidos a la condición de minorías étnicas.

Epílogo

1910... La Argentina del Centenario

En 1910, la joven nación argentina celebró con brillo y grandes pompas el Centenario de la Revolución de Mayo. En esos momentos culminaba también una de las metas que se habían impuesto sus fundadores. En un proceso que se había iniciado a mediados de la década de 1870, las fronteras interiores fueron definitivamente eliminadas con la ocupación de los territorios indígenas, el sometimiento o el exterminio de sus pobladores originarios y la incorporación definitiva de sus tierras al estado nacional. Convertidos en una minoría étnica marginada, los descendientes de los pueblos originarios tuvieron a partir de entonces que luchar por su supervivencia, generando distintas respuestas y resistencias frente a las políticas estatales. Debieron pasar muchas décadas hasta que el estado comenzara a reconocerlos y a aceptar, al menos en el papel, algunos de sus derechos, especialmente el derecho preexistente sobre las tierras de sus antepasados y el reconocimiento pleno de su identidad cultural.

En 1910, la pomposa celebración del Centenario de la Revolución de Mayo fue también la celebración de las glorias de la joven nación, o mejor, de los logros de la elite que, desde comienzos de la década de 1860, imbuida de las ideas liberales de la época, conducía los destinos de ese estado. Confiando ciegamente en un "progreso" inacabable, esa elite podía exhibir logros sin duda impresionantes, y su exitoso proyecto económico y político había logrado sortear con éxito las crisis que se habían presentado.

El crecimiento de la economía parecía inacabable y se reflejaba en el aumento de la producción agropecuaria, la inmigración masiva, el incremento del comercio externo y las inversiones de capitales foráneos. Políticamente, el país había vivido, pese a las resistencias y algunas revoluciones facciosas, una larga época de estabilidad luego de las convul-

sionadas décadas posrevolucionarias. El sistema institucional implementado por la Constitución de 1853 parecía funcionar, y desde 1862 se mantenía sin quiebres la continuidad institucional.

Por cierto, eso era sólo una parte de la realidad. El sistema funcionaba pero no podía ocultar sus lados oscuros. Las desigualdades –sociales y regionales– eran notorias y el progreso económico sólo alcanzaba a ciertos grupos y regiones, profundizando de modo creciente las diferencias. Además, sólo una pequeña parte de la población participaba políticamente en un estado donde un grupo reducido manejaba con mano férrea el aparato político. Sin embargo, el poder de esa minoría iba a ser pronto cuestionado: el crecimiento económico había propiciado el desarrollo de sectores sociales medios, en gran parte descendientes de inmigrantes, que no tardaron en buscar canales de participación política.

Entre los logros que ese estado podía exhibir se encontraba el haber podido solucionar la cuestión de las fronteras interiores incorporando los territorios ocupados por los pueblos originarios y sometiendo –o exterminando– a sus pobladores. La solución del problema de las fronteras interiores había comenzado a encararse seriamente a partir de mediados de la década de 1870. Primero, los esfuerzos se volcaron esencialmente hacia los territorios del sur; luego, hacia los del Chaco.

En 1910 el problema estaba, o parecía estar, concluido. El espacio pampeano había sido ya integrado a la economía nacional y las fronteras eran cosa del pasado. En la Patagonia, la presencia del estado se iba afirmando con el tiempo, aunque había todavía áreas donde esa presencia era poco más que nominal. En el Chaco, una serie de campañas militares iniciadas en la década de 1880 había ido reduciendo las tierras ocupadas por los pueblos originarios y, hacia 1910, el estado se aprestaba a iniciar la ofensiva final, concluida al año siguiente. El proceso, sin embargo, no había sido sencillo, y la ocupación de los territorios indígenas había demandado más de tres décadas.

Los territorios del sur

Cuando a mediados del siglo XIX se constituyó el estado nacional argentino, la solución del problema de las fronteras interiores tuvo que esperar, a pesar de su importancia para la elite gobernante. Esa demora era comprensible, pues los primeros años de vida del nuevo estado no habían sido fáciles: había sido necesario ponerlo en funcionamiento creando la estructura jurídica, política y administrativa que le diera vida

y dotándolo de los cuerpos y organismos necesarios; debieron vencerse resistencias internas en las provincias, donde los intereses locales y los resabios del viejo caudillismo se negaban a aceptar las imposiciones del poder central; por último, se había sostenido una larga y costosa guerra contra Paraguay –la guerra de la Triple Alianza (1865-1869)–. A todas estas cuestiones el gobierno nacional había tenido que volcar sus esfuerzos y sus no demasiado abundantes recursos.

Sin embargo, hacia mediados de la década de 1870 estaban dadas las condiciones para encarar el problema de los límites definitivos del nuevo estado, cuestión que era, al mismo tiempo, geopolítica –definir el área de soberanía– y económica –desarrollar condiciones básicas para la expansión de una economía agroexportadora, de acuerdo con el proyecto liberal vigente–. En este último aspecto, la incorporación de nuevas tierras y su control efectivo resultaban de crucial importancia.

Con el ascenso a la presidencia de Nicolás Avellaneda, en 1874, el tema pasó a ocupar un lugar central en los debates políticos, abarcando tanto las cuestiones vinculadas a los conflictos limítrofes con las naciones vecinas como aquellas derivadas de la supervivencia de las llamadas "fronteras interiores", es decir, las fronteras con territorios indios a los cuales las nuevas naciones comenzaban a considerar también esferas de su soberanía. Como mencionamos en otros capítulos, el problema de las fronteras indias se remontaba al inicio del período colonial y, hacia mediados del siglo XIX, seguía siendo una cuestión pendiente.

La situación más grave era sin duda, desde la perspectiva del joven estado, la de la frontera del sur, especialmente en el espacio rioplatense, donde el conflicto entre ambas sociedades se había acentuado tras la caída de Rosas, en 1852. Los años finales de esta década marcaron el punto más alto en la actividad ofensiva de los indígenas. Separada Buenos Aires de la Confederación presidida por Urquiza, la provincia vio sus fronteras devastadas por esa actividad. Aliado, o al menos más próximo a Urquiza, Callfucura había organizado una poderosa confederación y los malones alcanzaron una envergadura no conocida, arrasando las ricas tierras bonaerenses. La frontera retrocedió, decenas de miles de cabezas de ganado fueron arreadas a tierras indias para emprender su viaje a Chile, numerosos cautivos fueron llevados a las tolderías y el mismo ejército de Buenos Aires sufrió duros reveses. El fin de los conflictos entre la Confederación Argentina y Buenos Aires no modificó demasiado la situación y los problemas continuaron.

Cuando Nicolás Avellaneda llegó a la presidencia, la frontera sur formaba un amplio arco que atravesaba de norte a sur la provincia de Bue-

nos Aires, torcía hacia el este antes de llegar al actual límite con la de Santa Fe, y se volcaba luego hacia el noreste; ya en Córdoba, seguía el curso del río Quinto hasta las cercanías de San Luis, para dirigirse luego hacia el sur hasta alcanzar, ya en Mendoza, el río Diamante; bordeaba su curso hasta San Rafael, se volcaba al sur hasta el Atuel y, siguiéndolo, se dirigía hacia la cordillera. Línea sensible y conflictiva, su sola presencia y el recuerdo de los violentos ataques de las décadas anteriores constituían un desafío al nuevo estado. Por un lado, limitaba la expansión del proyecto agroexportador triunfante que reclamaba más tierras; por otro, planteaba un serio problema para el futuro ante las aspiraciones del vecino estado chileno y las inevitables cuestiones limítrofes que se preveían; finalmente, las tierras fronterizas constituían un ámbito de perturbación social y política nunca bien controlado por los estados provinciales o el estado nacional.

Poco después de asumir Avellaneda, en diciembre de 1784, la opinión publica de Buenos Aires se vio conmovida por el levantamiento de Juan José Catriel, hasta entonces un aliado firme del gobierno nacional. Presionado por la exigencias de las autoridades nacionales, Catriel abandonó sus tolderías en las cercanías de Tapalqué y se dirigió hacia el interior de las pampas a unirse a Namuncura, que había sucedido a su padre, Callfucura. La alianza se extendió a otros caciques, como Pincén y Baigorrita, y durante casi tres meses los coligados asolaron la frontera, especialmente el sur bonaerense. El "malón grande", como se lo conoció entonces, fue la última gran empresa guerrera encarada por los caciques pampeanos.

El episodio aceleró el proyecto de avance de la frontera. El plan de operaciones, elaborado por el ministro de Guerra, Adolfo Alsina, preveía una primera etapa de avance limitado, que se concretó entre marzo y mayo de 1876, destinado, principalmente, a ocupar las ricas tierras de pastoreo del oriente de la actual provincia de Buenos Aires, especialmente Carhué y la zona del sistema de lagunas conocidas como Encadenadas, donde alimentaban sus ganados los caciques de Salinas Grandes. Lograda la ocupación, debería construirse una extensa zanja y un sistema de fuertes y fortines a fin de asegurar los territorios conquistados, impedir nuevos ataques y servir de base para futuros avances. El proyecto recibió múltiples críticas y dio lugar a duros debates, porque a entender de muchos mantenía una política esencialmente defensiva.

La muerte de Alsina en diciembre de 1877 dejó trunca la realización del plan, que preveía posteriores avances. El coronel Julio A. Roca, de-

signado como su sucesor, recibió de Avellaneda instrucciones expresas de continuar el avance de la frontera interior y, algunos meses después, en agosto de 1878, elevó al Congreso Nacional su plan de acción solicitando los recursos necesarios. El proyecto fue aprobado en octubre, aunque con dudas y reticencias por parte de algunos legisladores. Desde el Ministerio, Roca preparó cuidadosamente la campaña militar que, llevada a cabo entre los años 1878 y 1879, culminó en las orillas del río Negro frente a la isla de Choele-Choel.

Allí, con la presencia del mismo Roca y la plana mayor del ejército, se celebró el 25 de mayo de 1879 la fiesta patria. La llegada al río Negro –en el corazón de un territorio que la nación reclamaba y los caciques indios dominaban– constituía un objetivo largamente deseado, y su concreción parecía poner fin a tres siglos de conflicto con las poblaciones originarias de la región. La fecha elegida era clave por su valor simbólico en la formación de la nación. También lo era el lugar: Choele-Choel, centro de comunicaciones y punto de encuentro de rutas comerciales, era uno de los lugares más apreciados por los indígenas.

La ocupación del territorio chaqueño

Hasta mediados del siglo XIX, las relaciones de la sociedad criolla con el territorio chaqueño se habían limitado a las áreas externas, la franja cercana a las tierras andinas y las tierras vecinas a los ríos Paraná y Paraguay. Los territorios del interior, en cambio, constituían un mundo muy poco conocido para la sociedad criolla, pese a las exploraciones –en general poco exitosas– que se habían realizado. Las duras condiciones ambientales y la resistencia de las comunidades aborígenes habían creado además la imagen de una tierra árida, difícil y hostil poblada de "salvajes", pronto conocida con el nombre de El Impenetrable.

La penetración y ocupación del Chaco tuvo estrecha vinculación con la consolidación del estado nacional argentino. El fin de la guerra del Paraguay, al terminar la década de 1860, abrió camino a una serie de disputas diplomáticas en torno a la soberanía sobre el territorio que fueron fijando las partes correspondientes a cada estado, Argentina, Paraguay y Brasil. Paralelamente, se comenzó la exploración y ocupación militar: en 1870, el coronel Napoleón Uriburu dirigió una expedición que, desde Salta, atravesó el Chaco hasta llegar a las costas del Paraná; en 1872 se creó el Territorio del Chaco; luego, algunas campañas militares emprendidas desde Santa Fe bajo el mando del coronel Manuel

Obligado iniciaron la ocupación de territorios en el norte de esta provincia; finalmente, a partir de asentamientos militares anteriores, se fundaron los primeros poblados, Resistencia y Formosa. Aunque en los años siguientes se efectuaron otras exploraciones, como las de Luis Jorge Fontana (1879), Rudecindo Ibazeta (1881) y Juan Solá (1882), que aportaron nuevos conocimientos sobre la región, su ocupación parecía aún lejana. Los pueblos indígenas, por su parte, no cedían en sus ataques a fortines y estancias.

Recién a partir de 1884, cuando terminaron formalmente las operaciones militares en el sur, pudo el estado nacional contar con los hombres y recursos necesarios para llevar adelante la empresa. La campaña planeada y comandada en 1884 por el general Benjamín Victorica, ministro de Guerra, marcó el comienzo de la ocupación efectiva del territorio chaqueño, aunque no pudo terminar con las resistencias de los distintos pueblos indígenas. La expedición de Victorica posibilitó, sin embargo, la radicación en la zona de población criolla, la fundación de algunos poblados y un aumento de la actividad agrícola y ganadera. En ese mismo año, el Territorio del Chaco quedó dividido en dos gobernaciones, la del Chaco, al sur del río Bermejo, y la de Formosa, entre este último y el Pilcomayo.

La ocupación del territorio y el control de sus pobladores originarios fueron muy lentos, y nuevas expediciones de carácter militar debieron penetrar en el territorio entre 1885 y 1910. Aunque muchas comunidades fueron sometidas, los indígenas encontraron en las profundidades del bosque chaqueño su mejor arma para resistir. La última expedición destinada a hacer efectivo el control sobre la frontera del Pilcomayo fue dirigida en 1911 por el coronel Enrique Rostagno. Con ella se puso fin, formalmente, a la ocupación de la región.

El destino de los vencidos

La conquista militar de los territorios ocupados por los pueblos originarios pasó muy pronto a convertirse en otra de las "grandes y gloriosas gestas" de la nación que, en 1910, festejaba con toda pompa su centenario. En 1884, tras la rendición de los últimos grandes caciques, el general Lorenzo Winter informaba con grandilocuencia: "[...] ha desaparecido para siempre en el sur de la República toda limitación fronteriza contra el salvaje [...] Las aspiraciones del gobierno y del país hanse realizado en menos de un decenio. En el sur de la República no existen

ya dentro de su territorio fronterizo humillantes impuestos a la civilización por las chuzas del salvaje. Ha concluido para siempre, en esta parte, la guerra secular que contra el indio tuvo su principio en las inmediaciones de esta capital en el año 1535". Expresiones de idéntico triunfalismo pueden encontrarse en casi todos los partes e informes oficiales y en las memorias que, anualmente, los ministros elevaban al Congreso Nacional.

La conquista fue, sin embargo, larga y costosa, tanto en recursos como en vidas y, considerada en conjunto, marcó casi cuatro décadas de la vida de la joven nación. Y tuvo, como toda conquista, su lado oscuro, el de los vencidos. Para ellos, la conquista fue, en *mapudungun*, el *wingka aucan*, o "malón de los huincas", y alteró todos los aspectos de su vida. El destino de los vencidos fue desigual, pero en todos los casos dramático.

Las tierras del sur

En las vastas llanuras y planicies del sur y en los vecinos valles cordilleranos, el impacto demográfico de la invasión fue profundo y puso en riesgo la supervivencia misma de la población originaria. En efecto, muchos indígenas murieron en combates o en la huida; otros, principalmente mujeres, niños y ancianos, fueron capturados por las fuerzas expedicionarias. Algunos pudieron huir logrando cruzar la cordillera para unirse a sus hermanos de la Araucanía en espera de la ocasión propicia para retornar a las tierras que habían tenido que abandonar.

El destino de los que no murieron en la invasión fue aún más triste. Los que fueron capturados terminaron hacinados en campos de prisioneros, durmiendo al aire libre, sin abrigo ni alimento suficiente –apenas lo había para los soldados–. Víctimas indefensas del frío, el hambre y las enfermedades, pocos sobrevivieron: las mujeres y los niños, para terminar como sirvientes en las casas de las familias más ricas de las elites urbanas; los hombres, para morir pronto, víctimas del trabajo forzado en los barcos o la zafra azucarera.

Antes o después, ninguno escapó al impacto de la conquista. Muy pocos grupos quedaron en sus tierras, pero ya no eran sus dueños y señores sino una minoría marginada y sometida cuya extinción frente al avance del "progreso" era –en el pensamiento de la elite política y social de la época– sólo una cuestión de tiempo. Incluso aquellos grupos que mediante tratados con el gobierno habían colaborado en la conquista y recibido tierras para asentarse fueron sometidos, por presiones económicas y políticas o por argucias legales, a un paulatino pero continuo despojo. El

ideal de una Argentina "sin indios", de un país "blanco" y "europeo", soñado por esa misma elite, parecía a punto de cumplirse en 1910.

Sin embargo, aunque marginadas económica y socialmente e invisibilizadas por la política del estado, las comunidades aborígenes no desaparecieron. Algunos grupos sobrevivieron y se acomodaron a la nueva situación; otros, retornaron poco después de las tierras trasandinas en las que habían buscado refugio cuando éstas fueron incorporadas, apenas un par de años después, por el estado chileno. Aunque reducidas a la condición de minorías étnicas, las comunidades comenzaron así una larga lucha por sobrevivir que aún continúa.

El espacio chaqueño

Aquí, aunque el destino de sus pobladores no fue menos triste que el de sus hermanos del sur, la integración de las comunidades originarias tuvo características distintas. Y tales características parecen corresponder a los intereses y expectativas que despertaban esas tierras en las elites locales y en los capitales internacionales que deberían sostener el crecimiento económico de las nuevas tierras para acomodarlo a las demandas de los mercados externos.

En el frente occidental, en las zonas vinculadas al espacio andino, el Chaco había sido considerado desde la época colonial como un reservorio de mano de obra de los valles altoandinos y como espacio para la expansión de algunas haciendas dedicadas a una ganadería extensiva y, principalmente, al cultivo de la caña de azúcar, una actividad que requería importante cantidad de mano de obra disponible durante la temporada de la recolección de la caña (zafra). Desde mediados del siglo XIX, la expansión de los ingenios azucareros impulsó la extensión de las superficies cultivadas y la demanda de mano de obra barata, especialmente indígena.

En el frente oriental, en cambio, la penetración criolla al oeste del río Paraná había sido escasa e informal y se había reducido a establecer algunos obrajes madereros y emprendimientos ganaderos. La zona era además un área de refugio para fugitivos y marginales que escapaban del control del estado.

Con la paulatina incorporación del Chaco al estado argentino y el ingreso en el territorio de población proveniente de las provincias vecinas, en especial de Corrientes y Santiago del Estero, se dio también un importante desarrollo de la economía agropecuaria. Se expandieron rápidamente la explotación forestal y la cría de ganado criollo, y poco después se introdujo el cultivo del algodón, que inició un rápido creci-

miento a partir de 1920. Desde entonces, y por varias décadas, el algodón fue el sostén de la economía chaqueña.

Este particular desarrollo tenía marcadas diferencias con lo que ocurría en el área pampeana, donde el proyecto de expansión agropecuaria preveía, de modo liso y llano, la apropiación y puesta en explotación de las tierras, la expulsión de los indígenas –su aniquilación, si era necesario–, y su reemplazo por inmigrantes europeos, ya que el modelo económico al que se aspiraba no parecía demandar enormes cantidades de mano de obra. En el Chaco, en cambio, ocurrió lo contrario, pues la puesta en producción de las tierras conquistadas demandaba gran cantidad de mano de obra acostumbrada a las duras condiciones del clima chaqueño. De este modo, las políticas implementadas no buscaron exterminar al indígena sino privarlo de sus recursos de subsistencia (territorios de caza y pesca, acceso a los bosques, etc.). Se buscaba así obligar a las comunidades a someterse, a vivir en reducciones donde era más fácil controlarlas y vigilarlas y, fundamentalmente, a trabajar como asalariados en ingenios, obrajes y plantaciones. La población indígena constituía, de ese modo, una reserva de mano de obra fundamental para la economía regional que debía ser preservada y controlada, aunque sometida a condiciones extremas de explotación.

Como en las pampas, también los pueblos originarios chaqueños debieron elaborar complejas estrategias para sobrevivir a las duras condiciones y a la sobreexplotación. Ensayaron distintas formas de resistencia: algunos llegaron a protagonizar verdaderos levantamientos como el de Napalpí en 1924, reprimido violentamente; otros se adaptaron y negociaron cuando pudieron. Más tarde, como sus hermanos del sur, migraron a las grandes ciudades y se asentaron allí, conservando y reconstruyendo antiguos lazos comunitarios y adaptándolos a las nuevas condiciones de vida.

Hacia mediados de la década de 1980, los reclamos de los pueblos originarios comenzaron a manifestarse con creciente fuerza en un contexto sin duda favorable. En el ámbito nacional, la apertura democrática iniciada en 1984 hizo viables esas reivindicaciones, que tuvieron incluso expresión jurídica cuando algunas de ellas fueron incluidas en la Constitución Nacional con la reforma de 1994. Por otro lado, contribuyó a ello un contexto internacional más amplio que se caracterizó, al menos desde la década de 1960, principalmente en el norte del continente americano, por un avance general en la lucha por los derechos civiles, incluidos los de los pueblos originarios.

Sin duda, los logros concretos sólo fueron parciales y se encuentra pendiente aún en la Argentina un debate profundo sobre el lugar y el papel de los pueblos originarios. Pero, de todos modos, la visibilidad que alcanzaron esos movimientos y su repercusión en el ámbito nacional echaron por tierra uno de los mitos fundacionales de la nación, el de una "Argentina europea y blanca", el de un "país sin indios".

En efecto, la historiografía académica tradicional ignoró la existencia de las comunidades originarias y su historia. Tras la conquista, los indígenas desaparecieron de la historia nacional quedando sólo lejanos ecos de su pasado cuando se recordaban la campaña de Rosas "al desierto" o la empresa de conquista emprendida por Roca. Privados de sus tierras, los indígenas fueron también privados de su historia.

La visibilidad adquirida por las comunidades originarias desde la década de 1980 puso de manifiesto este vacío, pues esas comunidades no surgían de la nada. Un siglo había transcurrido desde que el estado argentino había decidido la incorporación de los territorios indios y su población. Los historiadores –algunos al menos– comenzamos entonces a interrogarnos sobre lo que había ocurrido: era evidente que estos pueblos indígenas eran los descendientes de aquellos que habían sufrido la conquista, pero ya no eran iguales. En su larga lucha por sobrevivir, los pobladores nativos debieron cambiar –al menos para afuera, es decir, para el "blanco"– muchas de sus prácticas y costumbres y reformular sus identidades. Y lo hicieron exitosamente, como lo demuestra su supervivencia en las peores condiciones.

Fue justamente este rico proceso de cambios, ajustes y transformaciones el que quedó olvidado por los historiadores. Algunas formulaciones más o menos románticas ven en el resurgimiento reciente de los pueblos originarios –o mejor dicho, en la nueva visibilidad por ellos adquirida– un renacimiento de las antiguas comunidades, que habrían permanecido ocultas por el proceso de invisibilización impuesto desde el estado nacional. Nada parece más falso.

En efecto, los pocos trabajos empíricos encarados nos muestran la complejidad de los procesos que tuvieron lugar y la multiplicidad de caminos seguidos durante ese largo siglo de sometimiento. Pero ésta es la historia que aún debe hacerse, que está por construirse y que constituye un desafío abierto para los historiadores.

Bibliografía

No es tarea fácil presentar una bibliografía complementaria destinada a sugerir al lector interesado algunos textos que le permitan ampliar y profundizar sus conocimientos del tema. Ante todo, la producción científica –histórica y arqueológica– del último cuarto de siglo es enorme y su enumeración superaría los límites de este libro. Además, consiste en su mayor parte en artículos especializados publicados en libros colectivos y revistas científicas, buena parte de ellos en el exterior y en inglés. Por último, sólo una pequeña parte de esa producción puede encontrarse en librerías o en bibliotecas accesibles para alguien ajeno a los ámbitos académicos y científicos.

En ese contexto, son pocas las obras generales que cubren la totalidad de la historia de los pueblos originarios, y no han sido producidas por historiadores. Pueden mencionarse aquí:

Ottonello, Marta y Ana María Lorandi: *Introducción a la arqueología y etnología. Diez mil años de historia argentina* (Buenos Aires, EUDEBA, 1987), en realidad un manual destinado a estudiantes universitarios que ha quedado ya desactualizado; la parte más original es la referida al noroeste argentino en la época colonial.

Hernández, Isabel: *Los indios de la Argentina* (Madrid, Mapfre, 1992), y Carlos Martínez Sarasola, *Nuestros paisanos los indios. Vida, historia y destino de las comunidades indígenas en la Argentina* (Buenos Aires, Emecé, 1992), obras escritas por antropólogos que dedican una parte importante de éstas a la etapa posterior a la invasión europea. Aunque bien intencionadas, tienen muchos puntos débiles y están desactualizadas en algunos temas. Los tramos más importantes son los referidos a la situación actual de los pueblos originarios.

Para la época prehispánica, y exceptuados los antiguos trabajos de Salvador Canals Frau y Antonio Serrano, ya muy desactualizados, las obras disponibles fueron realizadas por arqueólogos; entre ellas, merecen citarse:

González, Alberto Rex y José A. Pérez: *Argentina indígena. Vísperas de la conquista* (Buenos Aires, Paidós, 1972; reedición de 2007), obra valiosa pese a los años transcurridos desde su publicación inicial y centrada fundamentalmente en el noroeste argentino.

Barberián, Eduardo E. y Axel E. Nielsen (directores): *Historia argentina prehispánica* (Córdoba, Ed. Brujas, 2001, 2 tomos), obra bastante desigual que reúne trabajos de distintos especialistas; pese a la intención de sus directores de presentar un libro de difusión, varios artículos son de difícil comprensión para el lector no especializado.

Nueva Historia de la Nación Argentina. Tomo I. La Argentina aborigen. Conquista y colonización (Buenos Aires, Planeta, 1999), también con trabajos de distintos autores, muy desigual y, salvo algunas excepciones, la de menos valor.

Tarragó, Miriam (directora): *Nueva historia argentina. Tomo 1. Los pueblos originarios y la conquista* (Buenos Aires, Sudamericana, 2000), también una obra colectiva que es, pese a algunos desniveles, la mejor de las publicadas recientemente.

No existen trabajos generales de carácter histórico para la época posterior a la invasión europea, excepto algunos artículos en las historias generales de la Argentina publicadas recientemente, como

Crivelli, Eduardo: "La sociedad indígena", en *Nueva Historia de la Nación Argentina. Tomo IV. La configuración de la república independiente (1810-1914)*, Buenos Aires, Planeta, 2000, págs. 161-188;

Palermo, Miguel A.: "A través de la frontera. Economía y sociedad indígenas desde el tiempo colonial hasta el siglo XIX", en *Nueva historia argentina. Tomo 1. Los pueblos originarios y la conquista* (Miriam Tarragó, dir.), Buenos Aires, Sudamericana, 2000, págs. 343-382;

Palomeque, Silvia: "El mundo indígena. Siglos XVI-XVIII", en *Nueva historia argentina. Tomo 2. La sociedad colonial* (Enrique Tándeter, dir.), Buenos Aires, Sudamericana, 2000, págs. 87-143, y

Santamaría, Daniel: "La sociedad indígena", en *Nueva Historia de la Nación Argentina. Tomo II. La Argentina en los siglos XVII y XVIII, hasta 1810,*

Buenos Aires, Planeta, 2000, págs. 183-208, que, junto con el de Palomeque, son los más valiosos y mejor logrados.

Una obra general sobre el arte prehispánico que merece aquí citarse es:

González, Alberto R.: *Arte precolombino de la Argentina. Introducción a su historia cultural*, Buenos Aires, Filmediciones Valero, 1977.

Bibliografía sugerida por capítulos

Por la organización misma de los trabajos, en general de carácter regional, muchos de los artículos y libros sugeridos cubren temas de más de un capítulo.

Introducción

Ginzburg, Carlo: "Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales", en *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*, 2ª ed., Barcelona, Gedisa, 1994, págs. 138-175.

Mandrini, Raúl J. (Prólogo, selección documental y notas): *Los indígenas de la Argentina. La visión del "otro". Selección de documentos del período colonial*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA), 2004.

Capítulo 1

Dillehay, Thomas D.: *The Settlement of the Americas. A new Prehistory*, Nueva York, Basic Books, 2000.

–: *Monte Verde. Un asentamiento humano del Pleistoceno tardío en el sur de Chile* (con la colaboración de Cecilia Mañosa), Santiago de Chile, LOM ediciones, 2004.

Lavallée, Danièle: *The First South Americans. The Peopling of a Continent from the Earliest Evidence to Hight Culture*, Salk Lake City, The University of Utah Press, 2000.

Parfit, Michael: "Los albores de la Humanidad. La búsqueda de los primeros americanos", *National Geographic* (edición en español), vol. 7, nº 6 (diciembre de 2000), págs. 40-67.

Capítulo 2

Borrero, Luis Alberto: *El poblamiento de la Patagonia. Toldos, milodones y volcanes*, Buenos Aires, Emecé, 2001, especialmente capítulos 1 a 3.

Flegenheimer, Nora, Cristina Bayón y Alejandra Pupio: *Llegar a un nuevo mundo. Arqueología de los primeros pobladores del actual territorio argentino*, Buenos Aires, Antropofagia, 2007.

Núñez A., Lautaro: "Los primeros pobladores (20.000? a 9.000 a. C.)", en *Culturas de Chile. Prehistoria, desde sus orígenes hasta los albores de la conquista* (J. Hidalgo L. y otros, eds.), Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1989, págs. 13-31.

Politis, Gustavo G.: "¿Quién mató al megaterio?", *Ciencia Hoy*, vol. 1, nº 2 (Buenos Aires, Asociación Ciencia Hoy, febrero-marzo 1989), págs. 26-35.

– y Patricia E. Madrid: "Arqueología pampeana: estado actual y perspectivas", en *Historia argentina prehispánica*. Tomo II (Eduardo E. Barberián y Axel E. Nielsen, dirs.), Córdoba, Ed. Brujas, 2001, págs. 738-814.

Capítulo 3

Bayón, Cristina y Gustavo G. Politis: "Huellas humanas prehistóricas en la costa pampeana", *Ciencia Hoy*, vol. 8, nº 48 (Buenos Aires, Asociación Ciencia Hoy, septiembre-octubre 1998), págs. 12-20.

Borrero, Luis Alberto: *El poblamiento de la Patagonia. Toldos, milodones y volcanes*, Buenos Aires, Emecé, 2001, especialmente capítulo 4.

Boschín, María T.: "Pueblos originarios. Arqueología de la Patagonia septentrional", en *Patagonia. 13.000 años de historia* (M. T. Boschín y Rodolfo Casamiquela, dirs.), Buenos Aires, Museo Leleque/Emecé Editores, 2001, págs. 63-83.

Ceruti, Carlos: "Ríos y praderas: los pueblos del Litoral", en *Nueva historia argentina. Tomo 1. Los pueblos originarios y la conquista* (Miriam Tarragó, dir.), Buenos Aires, Sudamericana, 2000, págs. 105-146.

Gambier, Mariano: *Prehistoria de San Juan*, 2ª ed., San Juan, Ansilta editora, 2000.

Orquera, Luis A. y Ernesto L. Piana: "El extremo austral del continente", en *Nueva Historia de la Nación Argentina. Tomo I*, Buenos Aires, Planeta/Academia Nacional de la Historia, 1999, págs. 233-257.

Politis, Gustavo G.: "Los cazadores de la llanura", en *Nueva historia argentina. Tomo 1. Los pueblos originarios y la conquista* (Miriam Tarragó, dir.), Buenos Aires, Sudamericana, 2000, págs. 61-103.

Capítulo 4

Borrero, Luis Alberto: *El poblamiento de la Patagonia. Toldos, milodones y volcanes*, Buenos Aires, Emecé, 2001, especialmente capítulo 5.

Ceruti, Carlos N.: "La tradición de las llanuras centrales", en *Homenaje a Alberto Rex González. 50 años de aportes al desarrollo y consolidación de la antropología argentina*, Buenos Aires, Fundación Argentina de Antropología-Universidad de Buenos Aires, 1998, págs. 181-197.

Núñez Atencio, Lautaro: "La producción de alimentos y la vida sedentaria (5.000 a. C. a 900 d. C.)", en *Culturas de Chile. Prehistoria, desde sus orígenes hasta los albores de la conquista* (J. Hidalgo L. y otros, eds.), Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1989.

Olivera, Daniel E.: "Sociedades agropastoriles tempranas: el formativo inferior del noroeste argentino", en *Historia Argentina Prehispánica* (Eduardo E. Barberián y Axel E. Nielsen, dirs.), Córdoba, Editorial Brujas, 2001, tomo I, págs. 83-125.

Pérez Gollán, José Antonio: "Los suplicantes: una cartografía social", *Temas de la Academia. Arte Prehispánico: Creación, desarrollo y persistencia*, Buenos Aires, Academia Nacional de Bellas Artes, 2000, págs. 21-36.

– e Inés Gordillo: "Religión y alucinógenos en el antiguo Noroeste argentino", en *Ciencia Hoy*, vol. 4, nº 22, Buenos Aires, 1993, págs. 50-63.

Tartusi, Marta R. y Víctor A. Núñez Regueiro: "Fenómenos cúlticos tempranos en la subregión valliserrana", en *Historia Argentina Prehispánica* (Eduardo E. Barberián y Axel E. Nielsen, dirs.), Córdoba, Editorial Brujas, 2001, tomo I, págs. 127-170.

Capítulo 5

González, Alberto R.: *Cultura La Aguada. Arqueología y diseños*, Buenos Aires, Filmediciones Valero, 1998.

González, Luis R.: *Bronces sin nombre. La metalurgia prehispánica en el noroeste argentino*, Buenos Aires, Fundación Ceppa, 2004, especialmente cap. 7, págs. 181-214.

Kolata, Alan L.: *The Tiwanaku. Portrait of an Andean Civilization*, Cambridge & Oxford, Blackwell, 1993.

Pérez Gollán, José Antonio: "El proceso de integración en el valle de Ambato: Complejidad social y sistemas simbólicos", *Rumitacana. Revista de Antropología*, año 1, nº 1, San Fernando del Valle de Catamarca, Dirección de Antropología de Catamarca, 1994, págs. 33- 41.

–: "El jaguar en llamas (La religión en el antiguo Noroeste argentino)", en *Nueva Historia Argentina. Tomo 1. Los pueblos originarios y la conquista* (Myriam Tarragó, dir.), Buenos Aires, Sudamericana, 2000, págs. 229-256.

Capítulo 6

Bonín, Mirta y Andrés Laguens: "Esteros y algarrobales. Las sociedades de las tierras centrales y la llanura santiagueña", en *Nueva historia argentina. Tomo 1. Los pueblos originarios y la conquista* (Miriam Tarragó, dir.), Buenos Aires, Sudamericana, 2000, págs. 147-186.

González, Luis R.: *Bronces sin nombre. La metalurgia prehispánica en el noroeste argentino*, Buenos Aires, Fundación Ceppa, 2004, especialmente cap. 8, págs. 215-274.

González, María Isabel: *Arqueología de alfareros, cazadores y pescadores pampeanos*, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología, 2005.

Nielsen, Axel E. y Lucio Boschi: *Arqueología del espacio público en Los Amarillos, Quebrada de Humahuaca, Jujuy, Argentina*, s/l, Mallku Ediciones, 2007.

Núñez Atencio, Lautaro: *Cultura y conflicto en los oasis de San Pedro de Atacama*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1992.

Tarragó, Myriam Noemí: "Chacras y pukara. Desarrollos sociales tardíos", en *Nueva Historia Argentina. Tomo 1. Los pueblos originarios y la conquista* (Myriam Tarragó, dir.), Buenos Aires, Sudamericana, 2000, págs. 257-300.

Capítulo 7

D'Altroy, Terence N.: *The Incas*, Malden MA and oths., Blackwell Pub., 2002.

González, Luis R.: *Bronces sin nombre. La metalurgia prehispánica en el noroeste argentino*, Buenos Aires, Fundación Ceppa, 2004, especialmente cap. 9, págs. 275-338.

–: "La dominación inca. Tambos, caminos y santuarios", en *Nueva historia argentina. Tomo 1. Los pueblos originarios y la conquista* (Miriam Tarragó, dir.), Buenos Aires, Sudamericana, 2000, págs. 301-342.

Melià, Bartolomeu: "Sociedades fluviales y selvícolas del este: Paraguay y Paraná", en *Historia General de América Latina. II. El primer contacto y la formación de las nuevas sociedades* (Franklin Pease G. Y. y Frank Moya Pons, eds.), París, Unesco/Ed. Trotta, 2000, págs. 535-551.

Capítulo 8

Garavaglia, Juan Carlos: "The Crises and Transformations of Invaded Societies: La Plata Basin (1535-1650)", en *The Cambridge History or the Native Peoples of the Americas. Volume III, South América, part 2* (Frank Salomon and Stuart B. Schwartz, eds.), Cambridge, Cambridge University Press, 1999, págs. 1-58.

Lorandi, Ana María: "Las rebeliones indígenas", en *Nueva historia argentina. Tomo 2. La sociedad colonial* (Enrique Tándeter, dir.), Buenos Aires, Sudamericana, 2000, págs. 285-329.

Palermo, Miguel A.: "La innovación agropecuaria entre los indígenas pampeano-patagónicos: génesis y procesos", en *Anuario del IEHS 3, 1988*, Tandil, IEHS, 1989, págs 43-90.

Saignes, Thierry: "Las zonas conflictivas: fronteras iniciales de guerra", en *Historia General de América Latina. II. El primer contacto y la formación de las nuevas sociedades* (Franklin Pease G. Y. y Frank Moya Pons, eds.), París, Unesco/Ed. Trotta, 2000, págs. 269-299.

Wachtel, Nathan: "Los indios y la conquista española", en *Historia de América Latina. 1. América Latina colonial: La América precolombina y la conquista* (Leslie Bethell, ed.), Barcelona, Crítica, 1990, págs. 170-202.

Capítulo 9

Bocarra, Guillaume: *Los vencedores. Historia del pueblo mapuche en la época colonial*, San Pedro de Atacama, Línea Editorial HAM, 2007.

Mandrini, Raúl J.: "Guerra y paz en la frontera bonaerense durante el siglo XVIII", *Ciencia Hoy*, vol. 5, nº 22, Buenos Aires, Asociación Ciencia Hoy, marzo-abril de 1993, págs. 26-35.

– y Sara Ortelli: "Los 'araucanos' en las pampas (c. 1700-1850)", en *Colonización, resistencia y mestizaje en las Américas (siglos XVI-XX)* (Guillaume Boccara, ed.), Quito, Abya-Yala/Instituto Francés de Estudios Andinos, 2002, págs 237-257.

Paz, Carlos D.: "'... como es su costumbre hacer casi cada año...' Algunas consideraciones sobre las actividades económicas de los pueblos del

Gran Chaco argentino. Siglo XVIII", en *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVIII-XIX. Un estudio comparativo* (Raúl Mandrini y Carlos Paz, eds.), Tandil-Bahía Blanca-Neuquén, IEHS-CEHIR-UNS, 2003, págs. 377-405.

Pinto Rodríguez, Jorge: "Integración y desintegración de un espacio fronterizo. La Araucanía y las Pampas. 1550-1900", en *Araucanía y Pampas. Un mundo fronterizo en América del Sur* (J. Pinto Rodríguez, ed.), Temuco, Universidad de la Frontera, 1996, págs. 11-46.

Santamaría, Daniel: *Del tabaco al incienso. Reducción y conversión en las Misiones Jesuitas de las selvas sudamericanas siglos XVIII y XVIII*, San Salvador de Jujuy, CEIC-Universidad Nacional de Jujuy, 1994.

Vitar, Beatriz: *Guerra y misiones en la frontera chaqueña del Tucumán (1700-1767)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1997.

Capítulo 10

Bengoa, José: *Historia del pueblo mapuche. Siglo XIX y XX*, Santiago de Chile, Sur, 1985.

Langer, Erick: "La frontera oriental de los Andes y las fronteras en América Latina. Un análisis comparativo. Siglos XIX y XX", en *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVIII-XIX. Un estudio comparativo* (R. Mandrini y C. Paz, eds.), Tandil, IEHS-CEHIR-UNS, 2003, págs. 33-62.

Mandrini, Raúl J.: "¿Sólo de caza y robos vivían los indios...? La organización económica de los cacicatos pampeanos del siglo XIX", en *Siglo XIX. Revista de Historia*, 2ª época, nº 15, México, 1994, págs. 5-24.

– y Sara Ortelli: *Volver al país de los araucanos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992.

Pinto Rodríguez, Jorge: *La formación del estado y la nación y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión*, 2ª ed., Santiago de Chile, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2003.

Ratto, Silvia: *Indios y cristianos. Entre la guerra y la paz de las fronteras*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.

Teruel, Ana A.: *Misiones, economía y sociedad. La frontera chaqueña del Noroeste argentino en el siglo XIX*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2005.

Villar, Daniel y Juan F. Jiménez: "La tempestad de la guerra: indígenas y circuitos de intercambio. Elementos para una periodización (Araucanía y

las pampas, 1780-1880)", en *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVIII-XIX. Un estudio comparativo* (R. Mandrini y C. Paz, eds.), Tandil, IEHS-CEHIR-UNS, 2003, págs. 123-171.

Epílogo

Argeri, María Elba: *De guerreros a delincuentes. La desarticulación de las jefaturas indígenas y el poder judicial. Norpatagonia, 1880-1930*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2005.

Delrío, Walter Mario: *Memorias de la expropiación. Sometimiento e incorporación indígena en la Patagonia. 1872-1943*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2005.

Finkelstein, Débora: "Miguel Ñancuche Nahuelquir. Mudando la piel como los matuastos", *Vivir entre dos mundos. Las fronteras del sur de la Argentina. Siglos XVIII-XIX* (Raúl Mandrini, ed.), Buenos Aires, Taurus, 2006, págs 355-382.

Fischman, Gustavo e Isabel Hernández: *La ley y la tierra. Historia de un despojo en la tribu mapuche de Los Toldos*, Buenos Aires, Centro de Estudios Avanzados (UBA)-Centro Editor de América Latina, 1990.

Lagos, Marcelo: *La cuestión indígena en el Estado y la sociedad nacional. Gran Chaco 1870-1920*, San Salvador de Jujuy, UIHR-Universidad Nacional de Jujuy, 2000.

Mases, Enrique H.: *Estado y cuestión indígena. El destino final de los indios sometidos en el sur del territorio (1878-1910)*, Buenos Aires, Entrepasados/Prometeo libros, 2002.

Ilustraciones

Capítulo 3

Capítulo 4

4 La cerámica Santamariana. **142**
Serrano, Antonio, *Manual de la cerámica indígena*, 2ª ed., Córdoba, Editorial Assandri, 1966, lámina.
5 La cerámica de Belén. **143**
La Cordillera de los Andes: Ruta de Encuentros, Santiago de Chile, Museo Chileno de Arte Precolombino, 1994, p. 66, foto 9.
6 Las cerámicas Goya-Malabrigo. **150**
Serrano, Antonio, *Manual de la cerámica indígena*, 2ª ed., Córdoba, Editorial Assandri, 1966, lámina LV.

Capítulo 7

1 Quipu y quipucamayoc. **159**
Poma de Ayala, Felipe Guaman, *El primer nueva corónica y buen gobierno*, México y otras, Siglo XXI Editores, 1980, vol. 1, p. 332.
Von Hagen, Adriana y Craig Morris, *The cities of the Ancient Andes*, Londres, Thames and Hudson, 1998.
2 Canibalismo tupí. **167**
Thevet, André, *Les singularitez de la France Antarctique*, París, Maisonneuve & Cie., 1876, p. 202.
3 Pintura de Cerro Colorado. **170**
Gardner, G. A., *Rock-painting of North-west Córdoba*, Oxford, Clarendon Press, 1931.

Capítulo 8

1 La leyenda de los gigantes patagónicos. **189**
Del Carril, Bonifacio, *Los indios en la Argentina 1536-1845, según la iconografía de la época*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1992, p. 54.
2 Primer combate con los querandíes. **192**
Del Carril, Bonifacio, *Los indios en la Argentina 1536-1845, según la iconografía de la época*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1992, p. 19.
3 La explotación del trabajo indígena. **198**
Poma de Ayala, Felipe Guaman, *El primer nueva corónica y buen gobierno*, México, Siglo XXI Editores, 1980, vol. 2, p. 488.
4 El alzamiento de Lautaro. **205**
Bajado de www.memoriachilena.cl

Capítulo 9

Capítulo 10